

MEMORIE
RESERVA

pensamiento crítico



ROQUE DALTON

HECTOR V. SUAREZ

JOSE NUN

IDA PAZ

ARMAND MATTELART

WILFRED BURCHET

MARTA PEREZ-ROLO

pensamiento crítico

Pensamiento Crítico responde a la necesidad de información que sobre el desarrollo del pensamiento político y social del tiempo presente tiene hoy la Cuba revolucionaria. De aquí que los artículos publicados no correspondan necesariamente a la opinión de la revista, que se reserva el derecho de expresarla por medio de notas aclaratorias o artículos cuando lo estime necesario.

Director

- Fernando Martínez

Consejo de Dirección

- Aurelio Alonso
- José Bell Lara
- Mireya Crespo
- Jesús Díaz

Diseño y Emplante

- Navarrete

Suscripción anual \$4.80

Redacción / Calle J No. 556, Vedado, Habana, Cuba. Telf 32-2343

● Precio del ejemplar / 0.40 centavos ● Circulación / distribuidora Nacional de Periódicos y Revistas, Virtudes 257, Teléfono 6-6765 ● SUSCRIPCIONES ● En el extranjero a / Departamento de Exportación del Instituto Cubano del Libro / 19 No. 1002, Vedado / La Habana, Cuba ● Precio de la suscripción / anual Correo marítimo 5.00 dólares canadienses / Correo Aéreo / para Latinoamérica y Estados Unidos: 10:00 dólares canadienses / para Europa: 25 dólares canadienses.

índice

NUMERO 48—ENERO 1971

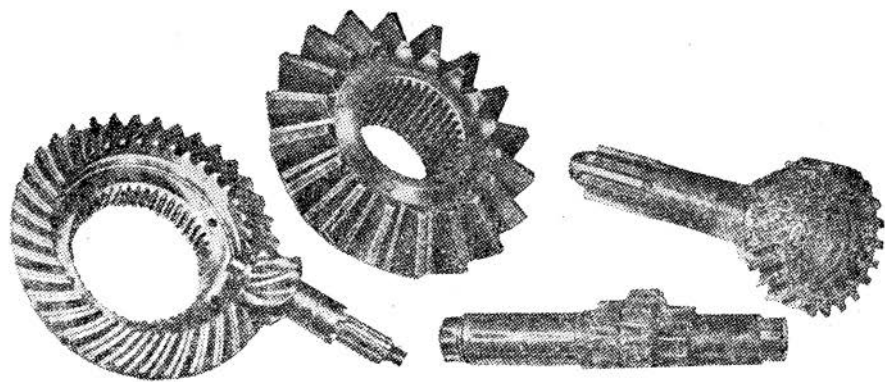
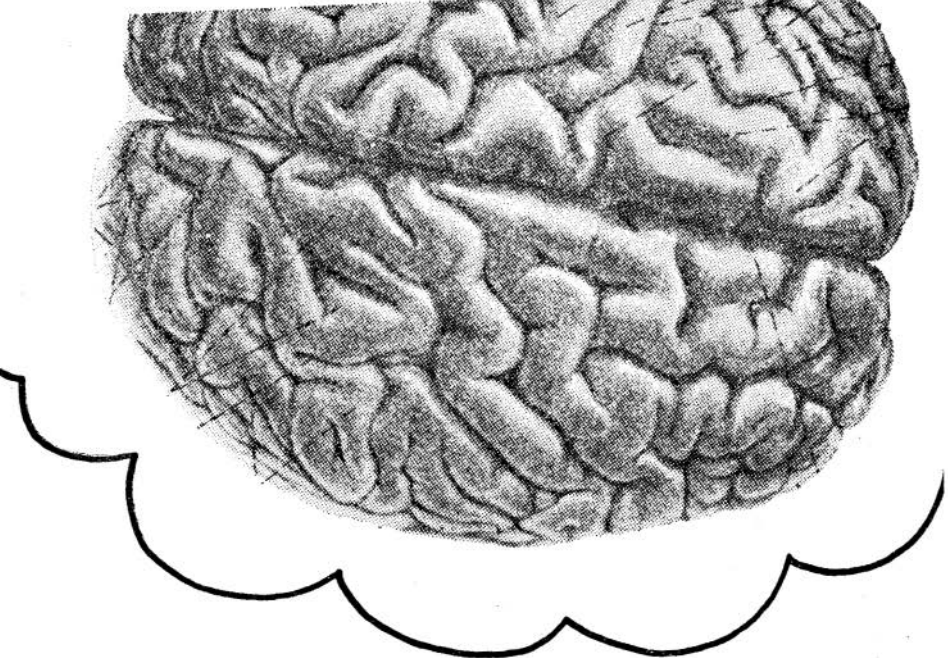
- 4** PRESENTACIÓN
- Roque Dalton 6** MIGUEL MÁRMOL: EL SALVADOR 1930-1932
-
- Héctor V. Suárez 114** ARGENTINA: CON LAS ARMAS EN LA MANO
- José Nun 164** CLASE Y CONFLICTO DE CLASES
- Ida Paz 206** CONTRAOFENSIVA IDEOLÓGICA EN LA NUEVA CIENCIA SOCIAL LATINOAMERICANA
- Armand Mattelart 224** POR UN MEDIO DE COMUNICACIÓN DE MASAS NO MITOLÓGICO

NOTAS

- Wilfred Burchett 242** EL PLAN DE PAZ DE NIXON

NOTAS DE LECTURAS

- Marta Pérez-Rolo 252** MARTÍ, LÍDER POLÍTICO
- 263** AUTORES



Los temas latinoamericanos están instalados en nuestra revista desde el inicio de su publicación. Es consecuencia natural de la pretensión de ser un vehículo de cultura cubana, hoy que ésta se halla definitivamente ligada por la revolución socialista a su destino americano. Esta vez se abordan dos momentos de la revolución: la historia que se traduce en experiencia y en tradición de luchas, y los problemas que la acción actual plantea a los combatientes argentinos; y el análisis social y sus instrumentos desde ángulos y posiciones diversas. Un signo indudable del poder espiritual y el ascenso de una cultura es la capacidad de investigar y de integrar ideológicamente a ella la historia de los movimientos revolucionarios que han precedido a su circunstancia. En la revolución de liberación nacional y socialista se genera la necesidad de una interacción efectiva de investigación y posición ideológica: sólo los que aprenden a cambiar y a comprender la situación actual tienen la posibilidad de abrir caminos para una comprensión e integración de la historia por el pueblo. Se trata sobre todo de liberar el presente del pasado, pero también se va haciendo cada vez más necesario liberar al propio pasado.

En América Latina, una de las formas de prisión del pasado es el olvido. Millones tienen datos de las andanzas históricas de Napoleón, muy pocos reaccionan al estímulo de palabras tales como Farabundo Martí, el «brujo» Hernández Martínez, insurrección salvadoreña de 1932. El relato de Miguel Mármol, revolucionario comunista, nos lleva a los tiempos de la fundación de partidos comunistas tras la huella de Octubre y de la Tercera Internacional, de la tarea ardua de organizar y de aprehender la política correcta, y en el caso salvadoreño, la inmersión en el torbellino de la insurrección popular, y la matanza.

A veces Mármol ofrece reflexiones de entonces o de ahora que dan el sentido profundo de los sucesos; otras

muchas, pinta con una anécdota el espíritu de sacrificio, el sectarismo, la incipiencia de la conciencia política, el color local, la eficiencia criminal de la reacción, la necesidad de rescatar la insurrección de 1932 de manos de los asesinos para convertirla en un arma de hoy. El cro. Roque Dalton explica en una breve introducción los datos biográficos del entrevistado y del libro que ha compuesto a partir de su extenso relato —del que forman parte los tres fragmentos que publicamos aquí— y que contendrán también, al publicarse completo, los resultados del análisis que ha hecho Dalton de aquellos acontecimientos. Algunos documentos completan la visión que ofrecemos aquí.

Esperamos contribuir en algo, como fue nuestro propósito con el número 39 y la revolución cubana del 30, al impulso de los estudios de nuestra historia revolucionaria americana. El auge de ellos acabará con el prejuicio que parcializa y tergiversa —esa otra prisión del pasado— y ayudará a afilar las armas de los combatientes de hoy.

La entrevista de Prensa Latina a dirigentes de organizaciones armadas argentinas ofrece, en las opiniones de los combatientes, el hecho político más importante de Argentina hoy: la insurgencia armada. Ellos parten del aviso del poder del pueblo y la necesidad de organización para vencer que significó Córdoba 1969, y piensan su acción en cuanto a la estrategia y las tácticas de lucha, el peronismo y las ideologías que deben hacer viable la liberación argentina, el lugar de la lucha de aquel país en la revolución latinoamericana. Para Pensamiento Crítico —que cumple cuatro años con este número— es más que una feliz coincidencia publicar, como en el primero, análisis de la estructura, el movimiento político, las ideologías en la América nuestra, debidos a estudiosos; y sobre todo, la expresión cultural más importante del continente en las voces de sus protagonistas: la Revolución.

MIQUEL MARMOL: EL



SALVADOR 1930-1932

ROQUE DALTON



Las páginas que entrego a Pensamiento Crítico y por su medio al pueblo cubano, forman parte de un libro que publicaré en breve: Miguel Mármol. Se trata de un extenso testimonio en primera persona, recogido directamente en el transcurso de una prolongada entrevista tenida en Praga, en la primavera de 1966, cuando yo desempeñaba funciones como representante del Partido Comunista de El Salvador en la Revista Internacional (Problemas de la Paz y el Socialismo) que se edita en la capital Checoslovaca. Miguel Mármol regresaba del XXIII Congreso del PCUS y se hallaba en Praga para asistir al XIII Congreso del PCCH.

Como apunto en la introducción al libro-testimonio, Miguel Mármol es «una personalidad legendaria entre los comunistas salvadoreños, un comunista muy conocido entre los marxistas y revolucionarios de Guatemala y otros países centroamericanos y un revolucionario totalmente desconocido por los revolucionarios latinoamericanos de hoy. Activista del movimiento obrero salvadoreño desde los años veinte; miembro fundador del Partido Comunista de El Salvador; primer delegado de la clase obrera salvadoreña a un congreso de trabajadores en la URSS (Congreso de la PROFINTERN celebrado en Moscú en 1930); preso en la Cuba de Machado, acusado de espía, en ese mismo año; participante en los preparativos de la insurrección armada abortada en 1932 en El Salvador; capturado, fusilado y milagrosamente sobreviviente en aquella oportunidad; importante elemento en la reorganización del PCS; recapturado por la tiranía de Martínez, en 1934 y mantenido incomunicado y esposado durante dos años; reorganizador del movimiento obrero abierto bajo la dictadura; participante indirecto en los sucesos de abril y mayo del 44 que marcaron el fin de la dictadura martinista; fundador del Partido Comunista y del Movimiento Obrero Organizado de Guatemala; miembro del Buró Político del Partido Comunista de El Salvador y posteriormente del Comité Central (cargo que ostentaba al otorgar el testimonio); preso y torturado por la guardia nacional salvadoreña en 1963, etc., el camarada Mármol es una de las encarnaciones más prototípicas del dirigente obrero y campesino comunista latinoamericano de la que suele llamarse 'época clásica', 'época heroica' de los partidos que, como secciones de la Internacional Comunista, surgieron y se desarrollaron en la casi totalidad de los países del continente».

El testimonio de Mármol abarca el período trascurrido entre 1905 (año de su nacimiento) y 1954 (año de la caída del gobierno de Arbenz en

Guatemala) y por la actividad vital del personaje es prácticamente una historia (personal, desde luego y por lo tanto, relativamente parcial) del movimiento obrero salvadoreño, del Partido Comunista de El Salvador y de las luchas revolucionarias del pueblo salvadoreño. Por esta razón el testimonio de Mármol pasa a ser un trozo de la historia del movimiento comunista internacional.

En las páginas que se publican en Pensamiento Crítico el testimonio de Mármol se circunscribe a un hecho central: la insurrección armada del pueblo salvadoreño de 1932 y la espantosa represión realizada por el gobierno oligárquico del general Maximiliano Hernández Martínez, como resultado de la cual más de treinta mil trabajadores salvadoreños murieron asesinados. Para mejor situar al lector cubano frente a tan importantes hechos, he creído útil publicar también los fragmentos en que Mármol se refiere a la penetración de las ideas marxistas en El Salvador y los detalles generales de la fundación del Partido Comunista de nuestro país. Se agregan apéndices documentales y notas. Considero que el análisis de los hechos narrados por Mármol, que se relacionan con problemas históricos actuantes en el presente latinoamericano, es indispensable para los revolucionarios salvadoreños y muy importante para todos los revolucionarios latinoamericanos. Independientemente de que el camarada Mármol hace sus propios análisis me he permitido hacer en el inicio del libro una amplia introducción analítica y crítica que incluye una explicación sobre la metodología usada para recoger y estructurar el testimonio, el examen político-cultural de la personalidad testimoniante, la ubicación histórica de la etapa a la cual el testimonio se refiere y el planteamiento de problemas, hipótesis de trabajo, posible resumen de experiencias, etc., en relación con los fenómenos testimoniados. No para dar opiniones definitivas sobre los mismos («la última palabra») sino muy por el contrario, para tratar de comenzar a develarnos innumerables aspectos de nuestro pasado revolucionario, que aparecen sumergidos en diversos tipos de tinieblas. En esta publicación, pues, me limito a dar, sin comentarios, la narración testimonial del camarada Mármol sobre los aspectos puntualizados arriba, remitiéndome, para la discusión de los problemas (de contenido o de forma) que la misma levanta objetivamente, a la introducción analítica aludida que aparecerá en la primera edición del libro.

En la primera parte del material que se presenta, Mármol narra sus experiencias en el seno de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, núcleo del movimiento obrero salvadoreño de los años veinte y principios de los treinta, sobre todo en lo referente a las luchas entre las varias corrientes ideológicas, la llegada de la propaganda y las ideas

revolucionarias desde el extranjero, la labor de las primeras escuelas de formación política en el país, el arribo de cuadros internacionalistas para la asistencia ideológico-organizativa, etc., y asimismo los detalles de la fundación y las primeras actividades del Partido Comunista de El Salvador (1930). (Capítulo IV del libro).

En la segunda parte, el testimoniante se refiere a la etapa transcurrida después de su regreso de la URSS, que se caracteriza por el agotamiento de las vías políticas pacíficas para resolver la crisis nacional (particularmente con el fraude electoral anticomunista), la irrupción de la violencia generalizada, la creación de una situación revolucionaria en el país, es decir, la creación de las condiciones para la insurrección armada popular y a las discusiones internas del PC sobre la misma. Se refiere también a su participación personal frustrada en las acciones de la insurrección, o sea a su captura, breve prisión y a su fusilamiento. (Fragmento del Cap. VI.)

En la tercera parte el camarada Mármol hace el análisis del por qué de la insurrección y su fracaso, partiendo de recordar el primer análisis escrito que se hizo sobre este problema general, elaborado en las reuniones clandestinas de reorganización del partido en la zona de Usulután, en 1933. (Fragmento del Cap. VII.)

Roque Dalton

I

LLEGADA DEL MARXISMO Y NACIMIENTO DEL PARTIDO

La sede de la Federación Regional de Trabajadores en San Salvador era el centro donde nos llegaba la intensa propaganda internacional de aquella época. Recibíamos materiales de Holanda, Argentina, Francia, Italia, Estados Unidos, México, etc., en los cuales se reflejaban varias tendencias y posiciones que por entonces influenciaban al movimiento obrero mundial. Así llegaban a nuestro país las tendencias reformistas, anarcosindicales, anarquistas y comunistas que se disputaban la hegemonía en el movimiento obrero internacional. Por el carácter gremial de la Federación Regional, la corriente que

mayor acogida tuvo en los primeros tiempos fue el anarcosindicalismo, pero también cundió en sus filas el reformismo impulsado por los oportunistas de la II Internacional desde Amsterdam. Sin embargo, con el transcurso de los días, un grupo de carpinteros, sastres, tejedores manuales, zapateros y activistas de la Liga Inquilinaria (que se había desarrollado paralelamente al movimiento sindical) comenzamos a coincidir en las posiciones comunistas, nutriéndonos en los folletos de Lossovsky, la propaganda que llegaba desde la URSS, el periódico **El Machete** del Partido Comunista Mexicano, el Boletín del Buró del Caribe de la Internacional Comunista, las primeras críticas del camarada Stalin a la colectivización, etc. A estas alturas nuestra Federación Regional estaba ya afiliada a la Confederación Sindical Latinoamericana (CSLA) que también nos prestó gran ayuda moral y material. Con grandes dificultades, a causa principalmente del atraso en el nivel ideológico de todo el movimiento, comenzó a plantearse la lucha por la dirección del proletariado salvadoreño organizado. Desde el punto de vista de su influencia real entre las masas, la regional tuvo éxito desde sus comienzos y rápidamente aglutinó en su seno a los sindicatos de mecánicos, motoristas, textiles, zapateros, panaderos, vendedores ambulantes, carpinteros, sastres, albañiles, barberos, hojalateros, saloneros, ferrocarrileros y, lo que era importantísimo, también a los sindicatos de fincas, que estaban formados por los proletarios del campo y sólo como excepción por los campesinos más pobres, y a los llamados Sindicatos de Oficios Varios, urbanos y suburbanos, como el que nació en Ilopango en el proceso que he narrado antes, es decir, sindicatos mixtos tanto por las diversas ramas de la producción de las cuales provenían los afiliados como porque en ellos entraban indistintamente obreros urbanos, artesanos y proletarios agrícolas. Por aquel entonces llegamos a tener en la regional unos 75 000 afiliados (el número de trabajadores que movilizábamos e influenciábamos era aún mayor) que casi en un sesenta por ciento eran jóvenes. La lucha ideológica, precisamente por su nivel primitivo, tomaba, en ocasiones numerosas, los cauces más violentos y no era nada raro que en las sesiones sindicales se llegara a las manos y se apoyaran los puntos de vista a puras trompadas. También salían de vez en cuando a relucir los cuchillos. Y hasta más de alguna pistola. En uno de esos bochinches al Dr. Salvador Merlos lo iban a matar a puñaladas por una intervención suya muy atinada y se salvó únicamente porque los que para entonces ya nos creíamos comunistas, actuamos unificadamente, lo defendimos de la agresión y lo pudi-

12 mos sacar del local y ponerlo fuera de peligro. La enconada lucha entre las corrientes en el seno de la regional nos convenció de la necesidad de que, persiguiéndose la unidad y la estabilidad de la organización, alguien debería ser arrojado por la ventana. Ni pensábamos en que podía ser posible una conciliación parcial o total. De manera que, en espera de las batallas siguientes, nos preocupábamos por pertrecharnos ideológicamente en el menor lapso posible. A estas alturas comenzamos a leer al camarada Lenin, que fue quien verdaderamente nos abrió los ojos hacia las nuevas formas de organización y hacia las nuevas actitudes personales y colectivas que la revolución y el movimiento obrero necesitaban en los nuevos tiempos. Leímos poco de Lenin, lo que pudimos conseguir. Pero por lo menos conocimos **El izquierdismo, enfermedad infantil del comunismo, La revolución proletaria y el renegado Kautsky**, etc. Hacíamos en derredor de las obras de Lenin, vida de lectores y discutidores, por así decirlo. Y es que Lenin es un mundo inagotable de enseñanzas del cual, desgraciadamente, repito, sólo pudimos conocer en aquellos tiempos pequeños folletos, artículos, fragmentos, etc. Por ese entonces comenzamos asimismo a ser atendidos por el movimiento obrero y revolucionario internacional. Con ese objeto llegamos al país camaradas de experiencia y preparación como Jorge Fernández Anaya, de la Juventud Comunista Mexicana; Ricardo Martínez, del Partido Comunista de Venezuela, a quien le decían «Rolito» y había sido activista del movimiento sindical reformista dependiente de Amsterdam, pero que luego había evolucionado hasta las posiciones revolucionarias, leninistas, ganando gran prestigio y autoridad, por cierto; Jacobo Jarowics, marxista-aprista del Perú, en el tiempo que el Apra no era aún la bacinica que fue después y sigue siendo. El camarada Rolito nos fue utilísimo aclarándonos los problemas de la composición social de la población del campo. Jarowics impartía economía política, particularmente para aclararnos el concepto de la plusvalía y su significado fundamental en el proceso de toma de conciencia revolucionaria de los proletarios explotados. Y Jorge Fernández Anaya trataba los problemas de organización. La revolución salvadoreña tendrá siempre una deuda de gratitud con estos camaradas que con tanto esfuerzo y abnegación sentaron en muchos de nosotros por lo menos las bases conceptuales para afrontar la lucha de clases en forma científica. Claro que es menester aclarar y decir que aún antes de la llegada de estos valiosos camaradas extranjeros, nosotros habíamos hecho por nuestra cuenta varios intentos de formar la escuela de educación comunista.

El primer intento se hizo en torno al bachiller Alfredo Díaz Nuila, que tenía algunos conocimientos marxistas, fruto de sus estudios en el extranjero. Él nos explicaba a un grupo de trabajadores las lecciones contenidas en **El ABC del Comunismo**, de Bujarin. Era un amigo muy buena gente y muy cordial con todos nosotros, pero no acabó de calar en nuestro medio de proletarios ya excesivamente golpeados por la vida. Puede ser que hayamos sido demasiado exigentes con él. Finalmente se retiró de aquella actividad educativa por las presiones de su familia, especialmente de su señora madre. Con el maestro Francisco Luarca, conocido como El «Indio» Luarca, medio poeta y medio compositor, masferreriano y soñador, hicimos el segundo intento en 1928, pero con este compañero, que clasistamente estaba más cerca de nosotros que el bachiller Díaz Nuila, había el problema puro y simple de que no era marxista. Aún más: desconocía hasta los rudimentos del maxismo-leninismo. Era un radical de anhelos revolucionarios, muy honesto y muy apasionado, muy «salvadoreño», pero nada más, y por lo menos nos ayudó a elevar el espíritu de los jóvenes sindicalistas que asistíamos a sus cursos, cursos que no eran sino una mezcla muy divertida de literatura y sociología rudimentaria, en donde las figuras cumbres eran el sinvergüenza de José Vasconcelos y José Enrique Rodó. Alfonso Rochac, que luego llegaría a ser ministro de Economía de El Salvador y que ha sido uno de los cuadros más inteligentes en cuestiones de organización económica con que han podido contar el imperialismo yanqui y la oligarquía en nuestro país —para dar al César lo que es del César—, llegaba a meterse frecuentemente en aquellas intentonas-nuestras de estudio organizado, pero sólo participaba para confundirnos y embrollar los problemas. Repito que se trata de un hombre muy inteligente, no me ha cabido nunca la menor duda de eso, pero ya desde entonces tenía una mañosidad rara para darle vuelta a las cosas claras. Nos quería imponer el gusto por la literatura romántica, por el gusto de la forma, dejando de lado las cuestiones de contenido. Decía que Vasconcelos era mejor que Rodó porque manejaba la forma literaria con más calidad. Un día me regaló un libro encauchado en blanco: poesía romántica. Esa fue la oportunidad precisa para plantearle de una vez por todas mi inconformidad con sus posiciones. Y no porque a mi me desagradara la poesía romántica, al contrario, ella siempre me hizo vibrar, nunca fui sordo para un buen poema, inspirado, profundo, sino porque de lo que se trataba en aquellos momentos era de centrarnos en una tarea exclusiva y excluyente en el terreno del estudio y la discusión,

14 es decir, la tarea de formar ideológicamente a un grupo de obreros y artesanos casi analfabetos que se enfrentaban con grandes insuficiencias a las durezas extremas de la lucha social. Todo lo que fuera diferente a este propósito y diversionista con respecto a las necesidades fundamentales que enfrentábamos, hacía daño y había de ser combatido frontalmente. Ya fuera la poesía romántica o las discusiones sobre el fondillo de la reina de España. Algunos compañeros decían inclusive que yo exageraba y que era de un sectarismo que daba miedo, pero aquel choque con Rochac sirvió mucho para poner las cosas en su lugar y guardarnos de maniobras, sirvió inclusive para que el profesor Luarca subrayara muchísimo más, en sus charlas, los aspectos políticos, sociales y hasta organizativos. Precisamente desde este último punto de vista puede decirse sin exagerar la nota que el Indio Luarca, incluso desde posiciones literario-sentimentales, pudo hacernos ver el poder de la asociación, de las formas organizativas en el seno de una sociedad. En las excursiones que hacíamos por el campo, costumbre nacida en Ilopango pero que ampliamos en el seno de la militancia sindicalista en San Salvador, Luarca nos mostraba la armonía de la naturaleza, los insectos, las flores. Y siempre hallaba punto de comparación para una anécdota de contenido positivo para nosotros. Entre tantas y tantas anécdotas tuyas, yo recuerdo especialmente algunas que han sobrevivido a las brumas del tiempo. Por ejemplo, la anécdota de la serpiente y los zancudos. Hubo una vez, en una charca, una enorme serpiente que se comía a cuanto zancudo llegara a beber agua o a poner huevos en la shuquía. Como eso no podía seguir así —decía Luarca—, el más inteligente de los zancudos pidió audiencia a Dios y fue a suplicarle que eliminara a la serpiente para que sus hermanos zancudos pudieran seguir viviendo. Dios no quería intervenir en los problemas de sus criaturas, pero por no dejar, aceptó hacer algo y le lanzó una pedrada desde el cielo a la serpiente. Pero la pedrada de Dios apenas le golpeó la cola a aquel animal y los zancudos incautos que siguieron llegando al charco fueron devorados. Entonces el zancudo inteligente organizó a sus compañeros en guerrillas. Mientras unos le picaban los ojos, otros atacaban por la panza y otros por el chunchucuyo, hasta que al fin la serpiente tuvo que irse para el carajo y dejar el charco y para acabar de joder agarró un paludismo de tembladera que la mató bien matada. La moraleja era que cuando surge la organización hasta los zancudos pueden hacer más que Dios con todo y piedras. Otra anécdota era la de la rana y el conejo. Resulta que ambos decidieron hacer una carrera

para ganar un gran premio que iba a dar el rey de la selva o sea el puma. El conejo tenía todas las de ganar porque es muy veloz y en cambio la pobre rana sólo puede dar saltos de vieja afligida. Pero entonces la rana habló con sus compañeras ranas y les pidió que se colocaran en gran número a lo largo del camino real, señalado como ruta de la competencia. A cada cerrar de ojos del conejo, una rana se ocultaba y otra nueva salía de su escondite de la orilla de la ruta y le decía: «Apúrate, conejo lento, que adelante estoy.» Hasta que el vanidoso conejo terminó por agotarse y las ranas, que aquel creía eran una sola, ganaron el premio. Estos cuentecitos de Luarda los recogíamos, los escribíamos y los publicábamos en la prensa obrera de entonces. La mera verdad es que nos ayudaron mucho para afilar la ingeniosidad en las tareas organizativas. Luarda nos sensibilizó mucho el espíritu sin necesidad de hacernos escoger, como quería Rochac, entre lo bonito y lo práctico, pero de todos modos no era esa educación la que exactamente necesitábamos entonces. Así se organizó un tercer grupo de estudios dirigido por el profesor Juan Campos Bolaños, migueleño. Él había leído un poco de marxismo, pero su verdadera base estaba en Gustavo Le Bon y otros por el estilo. También este grupo se dispersó y era natural: la fugacidad mayor o menor de estos grupos se debía principalmente a la falta de capacidad de su dirección. Sin embargo, jugaron un gran papel, tuvieron un gran valor, fundamentalmente porque agruparon en una labor común, aunque fuera una labor temporalmente fallida, precisamente a aquellos trabajadores que ya para entonces nos sentíamos comunistas o anhelábamos ser comunistas y queríamos crear las condiciones para serlo de una manera conciente y organizada. Del seno de esos grupos de estudios, precursores y primitivos, salimos por lo menos conocedores de la crítica y la autocritica como método de discusión y avance entre revolucionarios y además, como aprovechábamos las reuniones para discutir también los problemas concretos del movimiento obrero, gran parte de las líneas y directivas sindicales comenzaron a salir estructuradas de ahí, o sea, del grupo «comunista». Perfectamente concientes de nuestra propia debilidad ideológica y política, de nuestra incapacidad para impulsar hasta donde era necesario la educación de nuestros incipientes cuadros y de nosotros mismos, pusimos los ojos en el extranjero. Si el sistema de la opresión y de la explotación es internacional, ¿por qué los obreros van a ser tan estúpidos de depender exclusivamente del nivel nacional? Primero becamos a un panificador llamado Calixto para que fuera estudiar sindicalismo a México y luego, como ya

16 dejé dicho arriba, comenzaron a llegar los cuadros del movimiento internacional para ayudarnos. Esta fue la forma definitiva de acabar con la educación sindical y revolucionaria improvisada que, con todo y lo bien intencionada, no era propiamente marxista y menos aún leninista. Esa educación improvisada para los trabajadores se había iniciado en El Salvador allá por 1920, en el seno del Centro Cultural Obrero «Joaquín Rodezno». Recuerdo que yo asistí irregularmente a ese centro cuando comencé a trabajar en San Salvador, porque mi maestro Gumercindo me pagaba las clases. En ese centro, el animador principal fue el profesor Francisco Morán, que daba charlas sobre los soviets y sobre las brillantes perspectivas universales de la revolución bolchevique, sobre lo que los rusos iban a hacer de su patria liberada. En ocasiones, hablo siempre de la primera parte de los años veinte en estos momentos, algún espectador bien intencionado le decía al profesor Morán que tuviera cuidado con lo que decía pues posiblemente habría en el auditorio más de algún policía secreto u «oreja». Entonces don Chico tronaba y decía: «No le tengo miedo a los leones, continúas a los ratones.»

La consigna revolucionaria mundial en el seno del movimiento obrero era entonces la de arrebatarse la dirección a los reformistas y a los anarcosindicalistas. A estas alturas, mi maestro Gumercindo Ramírez, el tal Raúl B. Monterrosa, unos obreros de real mérito humano y gremial apellidados Tejada y Soriano, y el famoso orador proletario Joya Peña, se habían vuelto reformistas y tataratas. Los expulsamos en 1928. No fue tarea fácil porque a pesar de sus posiciones regresivas mantenían el prestigio que les había conseguido su pasado y eran respetados todavía por la masa, pero con el peso a nuestro favor de las organizaciones suburbanas, principalmente las de Ilopango y cercanías, los fregamos por completo. En 1929 se llevó a cabo el V Congreso de nuestra Federación Regional y los que nos considerábamos ya comunistas tomamos la dirección regional del organismo. Para entonces, habiendo sido desplazados los reformistas en la forma mencionada, la pelea central se planteó con los anarcosindicalistas. Yo quedé encargado de las finanzas de la Federación, con el apoyo de los «comunistas» y el de los anarcosindicalistas, pero cuando éstos vieron que en el desempeño de mi cargo yo no me plegaba a sus posiciones y no hacía concesiones a su línea, como había sido su esperanza cuando me apoyaron, tomaron venganza: acordaron dejar de pagar sus cuotas y comenzaron a desarrollar una campaña de sabotajes financieros entre la base para debilitar

nuestras posibilidades como dirección. En las condiciones económicas tan precarias en que se encontraba la federación, aquel sabotaje nos hizo un daño tremendo y fue la causa de enormes sacrificios por parte nuestra y de la masa que nos seguía firmemente. El dueño del local en que habíamos instalado nuestra sede nos hizo desalojar por morosos y a puras peñas logramos conseguir los fondos para trasladarnos a otro local, situado frente al parque Bellosa. Aquí el problema tomó otro carácter: como la lucha ideológica era tan subida de tono y degeneraba en frecuentes escándalos, muy poco tiempo pasó sin que los propietarios nos quitaran el nuevo local. De nuevo nos encontramos con que debíamos mudarnos, pero esta vez no podíamos pagar otro local porque la caja estaba vacía. Hicimos un extraordinario esfuerzo de financiamiento en el cual cada quien dio lo que tenía, ya fuera dinero en efectivo, objetos personales, animales domésticos para vender, joyas humildes de las mujeres, boletas de empeño, ropa, zapatos usados, muebles, etc. En una sola jornada reunimos cien colones, que eran suficientes para alquilar una casa que el Dr. Enrique Córdoba padre tenía en ofrecimiento. Entre angustias y esfuerzos de este tipo, fuimos empujando y consolidando la línea revolucionaria dentro del movimiento obrero salvadoreño, hasta hacerla por sí misma motor del desarrollo de todo el movimiento de masas del país.

Por esa época asimismo comenzó nuestro movimiento obrero a hacerse representar en diferentes conferencias y congresos internacionales. El obrero David Ruiz fue así a Washington para participar en el V Congreso Panamericano de Trabajadores. Gumercindo Ramírez y Raúl Monterrosa habían ido antes de su expulsión a representarnos al Congreso de la CROM en México y habían venido muy bien impresionados por el movimiento revolucionario y anticlerical de aquella etapa de la revolución burguesa mexicana. Pero la concurrencia más importante fue la que hicimos a la I Conferencia de Partidos Comunistas de América Latina que se realizó en Montevideo con posterioridad a una reunión de la CSLA, en 1929, si no me equivoco. Los delegados salvadoreños a la reunión de la CSLA fueron invitados a la conferencia de los Partidos y recibidos en ella como «grupo comunista salvadoreño». Ellos eran: Serafin G. Martínez, mecánico, que muriera fusilado a mi lado en el año de 1932; José León Flores, del sindicato de zapateros, que luego hizo estudios económicos y llegó a ser cónsul de El Salvador en Nueva York y conocido hombre de negocios en nuestro país; y Luis Díaz, carpintero. Nin-

18 guño de ellos era comunista entonces y el único que llegaría a serlo formalmente sería Luis Díaz, quien por cierto fue elegido en su oportunidad secretario general del primer Comité Central de nuestro partido, es decir, cuando éste se fundó, en 1930. Sin embargo, cuando regresaron al país, hicieron un importante trabajo de divulgación de las consignas de la conferencia en las fábricas de San Salvador, en los sindicatos gremiales y en la Empresa de Electricidad. La cosa no llegó a más entonces porque el grueso de la actividad de la regional se dedicaba al trabajo organizativo en el campo y las zonas suburbanas, donde como ya he dejado esbozado, habíamos penetrado con una profundidad sin precedentes en la historia nacional. Por aquellos días, recuerdo, se dieron algunas ocupaciones de tierras por parte de los campesinos y peones, entre ellas la invasión a la finca «Turín» y a los terrenos antiguamente ejidales que se había robado la familia Salaverría. Un cura dominico, el padre Diez, español oscurantista y fanatizante, denunció a la regional como una organización sovietizante. Así llegamos a la preparación del VI Congreso de la Regional, en un ambiente de polémica y hostigamiento. Todavía teníamos problemas económicos agudos por la actitud de sabotaje de los disidentes anarcosindicalistas e inclusive pasaba que, por no estar claro en la mente de importantes sectores de masa quién tenía la razón en la disputa interna, muchos sindicatos se abstendían de pagar su cuota esperando mayor claridad. En aquellas condiciones, la convocatoria para el nuevo congreso fue un golpe de audacia por parte nuestra, porque debido a la insistencia mía, la regional se comprometió a pagar los gastos de concurrencia y estancia a los delegados de las zonas rurales, que por cierto eran mayoría. El VI Congreso fue un éxito. Pero es que para entonces ya había algo nuevo en el movimiento revolucionario salvadoreño: ya había surgido nuestro Partido Comunista.

Hasta 1929, los obreros en el terreno político éramos simples juguetes de los partidos electoreros. Los estudiantes universitarios hacían un tipo de oposición al régimen que yo calificaría de chocarrera, destinada únicamente a poner en ridículo al gobierno de turno, sin profundizar en las causas básicas de los problemas del pueblo. Era una oposición satírica, de caricaturas, carrozas bufas, bromas y tomaduras de pelo. Esa oposición, en definitiva, favorecía al régimen social injusto, le daba al descontento popular una válvula de escape totalmente inofensiva. Aprovechándose de su innegable influencia entre las masas, principalmente en las ciudades grandes, los estudiantes

universitarios proponían además a través de los diversos partidos electoristas a los candidatos que se les antojaba, aunque fueran los más descalificados, política y moralmente hablando. Los estudiantes decían que actuaban así «por joder». Por estas vías es que llegaron a ser alcaldes de San Salvador individuos como el Dr. Antonio Romero, un borracho consuetudinario, y el famoso Severo López, apodado «Talapo», que era verdaderamente un pícaro de siete suelas. Es natural que ante tal bochornoso espectáculo fuera reforzándose en la mente de la clase obrera la idea de que era conveniente contar con un partido político propio, que defendiera los intereses específicos de nuestra clase en todos los terrenos. El núcleo revolucionario, el de los que nos sentíamos comunistas, al cual pertenecíamos un número cada día mayor de compañeros, estaba aún más claro frente a este problema: sabía que ese partido solamente podría ser el partido marxista-leninista, el Partido Comunista. La idea pasó a concretarse más y más y tuvo las condiciones para su realización definitiva con la llegada del joven comunista mexicano Jorge Fernández Anaya, que al mismo tiempo de llegar a El Salvador para trabajar en la atención teórico-política del movimiento sindical, vino a servirnos, objetivamente, de enlace con el movimiento comunista internacional.

En marzo de 1930 se citó para la reunión de constitución del Partido Comunista Salvadoreño. Fueron convocados a ella los cuadros más destacados, más firmes, más revolucionarios del movimiento obrero y sindical de aquella época. No forzamos la historia patria cuando decimos que nuestro Partido Comunista es hijo de la clase obrera salvadoreña, pues entre nosotros no se dio el caso, ocurrido en otros países, de que el P C se organizara primeramente en el medio universitario o entre la intelectualidad pequeño burguesa. Nuestro P C salió de las entrañas mismas de la clase obrera, de nuestro movimiento sindical, como una forma superior, política, de organización de clase. Los cuadros intelectuales que dieron los aportes principales en el aspecto teórico, fueron cuadros ya formados por el movimiento obrero mundial. La intelectualidad pequeño burguesa salvadoreña propiamente dicha jugó un papel de precursora del partido con la divulgación de algunos elementos de la ideología comunista, pero su papel directo en la creación del partido, en los momentos de su fundación, fue escaso. En el futuro inmediato sí sería muy importante la penetración de los pequeños burgueses, por lo menos de los peque-

20 ños burgueses de origen, en el seno del partido. Para bien y para mal. Pero esto se verá un poco más adelante.

Con ayuda de los pescadores del lago de Ilopango, se encontró un lugar adecuado, discreto, para la reunión de constitución del partido: una playa oculta por el follaje de los árboles, en las cercanías de Asino. Los asistentes a la reunión seguramente iban a ser confundidos con los grupos de paseantes que, en las tardes calurosas, llegaban hasta aquellos lugares para comer y beber, tomar fresco y bañarse. Las casas de habitación de quienes íbamos a pasar a ser comunistas de verdad, es decir, organizados, eran muy pobres: ranchitos de adobe, cuartuchos en algún mesón barato, etc., y no constituían lugar seguro para una reunión tan importante como aquella. Entre amates y almendros, pues, se instaló la reunión de nuestro partido de clase.

No pasábamos de treinta o treinta y cinco personas, pero ahora yo considero que hasta muchos éramos si tomamos en cuenta que, por ejemplo, los camaradas chinos fundaron su gran partido partiendo de una reunión de cincuenta personas. Después de concienzudas discusiones acordamos dejar fundado el Partido Comunista Salvadoreño y pasamos a elegir el Primer Comité Central. La memoria me falla en detalles, pero puedo decir que entre los miembros del Comité Central que resultaron elegidos entonces, estaban los siguientes camaradas: Luis Díaz, carpintero, que pasó a fungir como secretario general; Luis López, albañil; profesor Víctor Manuel Angulo, secretario de organización; profesor Juan Campos Bolaños, secretario de propaganda; etc. Estos dos profesores fueron los dos primeros intelectuales en el seno del CC, aunque la verdad que a esas alturas estaban ya sumamente proletarizados e inclusive trabajaban como obreros y no como profesores. Había asimismo en el CC, secretarios de finanzas, de asuntos sindicales, de asuntos campesinos, culturales, etc. Después de esta elección alguien planteó el problema de organizar especialmente a los jóvenes comunistas y de responder a nuestras obligaciones internacionales fundando y echando a andar la sección salvadoreña del Socorro Rojo Internacional, la organización de ayuda y defensa del proletariado mundial, en la lucha antimperialista que producía tantas víctimas de diverso tipo: presos, muertos, heridos, procesados, perseguidos, torturados, viudas, hijos abandonados, enfermos, desempleados, etc. Se aceptaron ambas proposiciones. La dirección de la Juventud Comunista Salvadoreña quedó integrada por los camaradas de apellido Belloso y Sorto, ambos tipógrafos; un muchacho zapatero llamado Ladislao cuyo nombre completo se me escapa;

el zapatero José Umaña, quien por cierto es policía, "oreja", en la actualidad; el carpintero José Centeno, quien luego fue becado para ir a estudiar a la Unión Soviética, donde pasó unos años, regresando después de los acontecimientos del año 32 a Cuba, donde se quedó a vivir, perdiendo todo contacto con nosotros. Tal vez se podría preguntar a los camaradas cubanos si se supo o se sabe algo de él. Yo mismo fui electo como secretario de organización de la J.C. Como responsables del Socorro Rojo Internacional quedaron los camaradas José Ismael Hernández, zapatero, y Balbino Marroquín, albañil. Desde luego que la fundación del Socorro Rojo no tuvo como fin únicamente el de responder a nuestra obligación internacional, como he dicho que fue introducida la proposición en aquella reunión, sino que principalmente para enfrentar las necesidades de la lucha que avizorábamos llena de víctimas de la reacción y del imperialismo. El Socorro Rojo se hizo cargo de canalizar nacionalmente no sólo la ayuda y la solidaridad internacional con nosotros sino, y en medida principal, la ayuda que a las víctimas de la represión burguesa daba el pueblo salvadoreño en general, incluidas las capas de la pequeña burguesía y de algunos sectores menos maleados de la burguesía. La Juventud Comunista por su parte tuvo como objetivos inmediatos la penetración en los medios universitarios y la organización de los obreros jóvenes. Asimismo, fue la encargada principal de la penetración comunista en el ejército, cuya masa fundamental estaba formada por el campesinado joven, reclutado forzosamente.

Ni en el partido ni en la juventud existió en aquel entonces la organización celular. Los organismos de base eran comités locales de ocho, doce, quince y hasta veinte personas, pero prácticamente podían crecer sin límites, y que si bien estaban supeditados a una dirección departamental y a la dirección nacional, tenían un gran radio de acción autónoma sobre todo en su organización interna y en el trabajo en su localidad. Optamos por este tipo de organización, no por ignorancia de los principios leninistas de estructura del partido, pues a esas alturas, sobre todo a través de las revistas argentinas que nos llegaban, hasta de memoria conocíamos los esquemas de una organización celular, sus ventajas y sus fines. Pero por el nivel político específico de la masa obrera salvadoreña, por sus características, el comité local se adaptaba mejor que la célula a nuestras necesidades de rápido crecimiento.

A partir de entonces, de la constitución del Partido Comunista, el movimiento revolucionario salvadoreño se fortaleció multiplicada-

22 mente en todos los frentes de la vida nacional, presentando un carácter orgánico sin precedentes, una gran claridad de miras y objetivos y un elevadísimo espíritu de combate. Pero, desde luego, como consecuencia de ese auge popular, la represión del enemigo también multiplicó su crueldad. A medida que los mítines y manifestaciones se celebraban en todo el país, el número de perseguidos, de encarcelados y apaleados crecía. La lucha por la libertad de los presos, el reclamo proveniente de las fuerzas solidarias en el mundo, eran nuevos medios para elevar la conciencia de nuestro pueblo y hacer que nuestra batalla diaria trascendiera hasta el conocimiento del movimiento obrero internacional y formara parte de la actividad por la revolución mundial.

La dirección de la Federación Regional estaba en manos de los «comunistas» y a partir de marzo de 1930 pasó a estar en manos de los comunistas. Carlos Castillo, que era un dirigente del partido, aunque no recuerdo si formaba parte del Comité Central, pasó a ocupar el cargo de secretario general de la Federación. De Castillo hablaré más adelante pues a su respecto hay cosas que se deben decir y hay cosas que no sé si se deben decir. Aunque en el seno de la federación quedaron militando varios núcleos influenciados por el reformismo y el anarcosindicalismo, nuestra línea partidaria pasó a encarnarse en la acción y el programa de la misma. Es más, el programa y las tesis de los comunistas comenzaron a prender en las más amplias masas populares y no sólo en el marco del movimiento obrero organizado. Yo creo que esto se debió a que habíamos comenzado a actuar en la política nacional partiendo de nuestras necesidades concretas, de las condiciones específicas de El Salvador, aunque nuestra visión cada día se nutriera más de la concepción científica del marxismo-leninismo y de la experiencia internacional. Aunque fuera de manera primitiva y vaga, teníamos ya la idea de la importancia que tiene para la revolución conjugar las posibilidades reales del país en el seno del amplio marco internacional. Dentro de esa manera de comprender la tarea organizativa político-revolucionaria, nuestro partido se proponía encabezar al pueblo unificado en torno de un gran objetivo: la realización de la revolución democrático-burguesa. Yo creo que esa consigna era justa en aquella época y que nuestros pasos organizativos y agitativos se ajustaron a ella en forma bastante positiva. Después de tomar en nuestras manos la dirección del movimiento obrero organizado, luchamos por su unidad y su fortalecimiento y sólo cuando estuvieron dadas estas

condiciones por lo menos en la medida mínimamente necesaria, fue que pasamos a insistir en nuestro programa revolucionario, cuya realización suponía ineludiblemente la toma del poder político por parte del pueblo salvadoreño. Se equivocan rotundamente quienes nos acusan de haber levantado la consigna de la revolución democrático-burguesa en forma mecánica, por consigna recibida de la IC. Es verdad que aquella era la consigna general de la época para los países dependientes y semicoloniales, pero en nuestro caso ello surgió del análisis de nuestras condiciones. No es cierto que con ese planteamiento nuestro partido trataba de mediatizar a una burguesía que no existía. Estábamos en un país que ya había entrado en la segunda fase de su desarrollo industrial, independientemente de sus muchos resabios. ¡Y entonces no existía el poderío del campo socialista como hoy! No podíamos, sin caer en la irresponsabilidad plantear de una vez las nacionalizaciones, la reforma agraria profunda o el desarrollo no capitalista de la economía como se puede hacer ahora por ejemplo en África. La revolución democrático-burguesa tendría que haber operado entre nosotros como un concepto bastante limitado, circunscrito a sus características más esenciales, y aún éstas habrían tenido que ser modificadas en la práctica para resultar óptimas en el seno de la débil estructura económica y de clases del país. Tuvimos el cuidado de no desligar esta consigna general, de la lucha diaria por las demandas más urgentes de los trabajadores y los campesinos, buscando despertar en el pueblo la confianza en sus propias fuerzas, medio para mí insuperable de la formación de la conciencia revolucionaria. Nuestros errores, incluso los errores debidos a nuestro estrecho sectarismo, no fueron de estrategia, de consignas generales como esta de la revolución y su carácter. Creo que esto quedará claro cuando yo entre a analizar los hechos de la insurrección del 32. Repito que, eso sí, huimos como el diablo de las consignas huecas. No escatimábamos los motivos más cotidianos para movilizar a las masas. Por ejemplo, en el campo llevábamos a los peones y colonos a la concepción de la revolución democrático-burguesa, con las amenazas de huelga contra los patronos o con la realización efectiva de esas huelgas, hasta por la obtención de tortillas más grandes en el rancho diario, por mayor cantidad de frijoles en cada tiempo y la inclusión del café en dicho rancho; por la abolición de las tiendas de raya y el sistema de fichas en las haciendas; por aumentos de salarios y mejor trato; por la reparación o renovación por cuenta de la hacienda de los ranchos de paja en que los colonos vivían, etc. Los frutos de esas formas de

24 lucha en cuanto a acercar la masa a nuestra línea programática general no se hicieron esperar. Y tampoco se hicieron esperar en el terreno de la obtención de reivindicaciones laborales, lo que aumentaba la confianza de la gente en los métodos de lucha que nosotros proponíamos. En la hacienda «Aguas Frías», para el caso, propiedad de la familia Sol, situada en los alrededores de Santa Tecla, después de algunos días de planteada la huelga, la patronal cedió, aumentando los salarios, de 37 centavos diarios a un colón. Lo mismo pasó en la hacienda «Colombia» y en otras. Hubo una huelga de gran repercusión, dirigida, como todas las demás, por nosotros, contra la empresa constructora del balneario «La Chacra» y los tanques de Holanda, en San Salvador. Pararon en su trascurso novecientos trabajadores y se ganó un aumento del 50 por ciento en los salarios. Recuerdo que ahí tuvo gran lucimiento el entonces camarada Carlos Castillo. Perdimos una huelga muy batallada contra la empresa pavimentadora de San Salvador, pero ganamos las demandas de rebajas de alquileres en los mesones y las tarifas del alumbrado eléctrico, demandas que fueron apoyadas con grandes campañas de masas. En Santa Ana triunfamos también consiguiendo rebaja en las tarifas eléctricas, pero el triunfo fue sólo aparente pues la empresa se las ingenió para reducir al mismo tiempo que los precios, las horas de servicio. Yo digo que las empresas eléctricas de El Salvador han sido unas de las mayores chupasangres de nuestra historia.

Toda esta actividad representaba, desde el punto de vista personal, sacrificios enormes. La miseria era espantosa, el desempleo era feroz. Comíamos cuando se podía y andábamos sucios y casi harapientos. El secretario general del partido tuvo que meter de cocinera a su mujer en una casa de gente rica y como él no tenía ni para comer diariamente, con frecuencia iba a esperarla cerca de la casa a fin de que ella le diera las sobras de comida que hubiera podido recoger en la cocina. O sea, ni más ni menos que lo que los salvadoreños llamamos «la papelada». Yo y mi familia y el camarada Ismael Hernández y la suya, nos amontonamos en un pequeño cuarto de mesón que parecía corral de cerdos, porque no nos alcanzaban los centavos para más: éramos en total siete personas, tres niños y cuatro mayores. Nuestras mujeres vendían frutas por la mañana y por la tarde hacían tamales también para vender, a fin de sobrellevar la situación y a fin de que los hombres nos pudiéramos dedicar por completo al trabajo organizativo y revolucionario.

Con el año de 1930 se había abierto un nuevo período electorista. El Partido Constitucionalista, que postulaba para presidente de la república al Dr. Miguel Tomás Molina, me ofreció un cargo como propagandista con un sueldo mensual de 150 colones. Por cierto que fue la señora madre de los hermanos Marín, los que serían héroes y mártires en la insurrección civil-militar de 1944 contra Martínez, quien me hizo el ofrecimiento en nombre del propio Dr. Molina. Otro partido político, no recuerdo cuál, hizo el mismo tipo de ofrecimiento a Ismael Hernández. Decidimos, por insistencia de Ismael, consultar al partido qué hacer frente a tales ofrecimientos, sobre la base de que mi opinión era desde el principio la de que no debíamos aceptarlos porque eso significaría ponerse al servicio de la farsa electoral de la burguesía, aun cuando en ella participaran personas más o menos limpias, como podía ser el caso de Molina. El secretario general del partido, camarada Luis Díaz, compartió mi opinión y nos dijo que primero estaba el prestigio del partido, que los comunistas debíamos cuidar nuestro honor sobre todo en un medio como el salvadoreño, en el cual, por ejemplo, la gente se da cuenta de que una muchacha era honrada a partir del momento en que se hace público que ha metido la pata. Luis Díaz le quitó así todas las dudas a Ismael.

Claro, al lado de la inevitable miseria y de estos afanes para mantener la verticalidad de conducta de los comunistas, también surgían entre nosotros diversas actitudes exageradas extremistas, y pueriles. Por ejemplo, la ola de lo que yo llamo «proletarismo estúpido» nos hizo mucho daño entonces y después. Prácticamente era considerado como un crimen el uso de la corbata por parte de los comunistas. Yo tuve que botar mis camisas de cuello porque sólo en camiseta era uno bien recibido entre los compañeros. En caso contrario caían sobre uno las burlas, las cuchufletas y en ocasiones hasta los insultos. En lugar de cinturón de cuero llegué a usar una pita de cáñamo para sostener los pantalones. Desde luego que esto era incomprendible para nuestras familias y para muchos compañeros. Hubo militantes abnegados que nos manifestaron sus dudas ante aquellas actitudes: «Por la gran chucha, camaradas, ¿quiere decir que para ser comunistas tenemos que llegar a ser los más pobres y andar todos jodidos?» La presión de mis hermanas (que por cierto nos ayudaban económicamente para medio comer y para pagar la renta del cuarto del mesón) era la más insistente: ellas no comprendían por qué, siendo nosotros obreros jóvenes, fuertes y hábiles,

26 pasábamos tanta miseria. Un día que llegó mi mamá a casa de mi hermana mayor en momentos en que yo estaba también allí, mi mencionada hermana me dijo en tono dramático y emocionante: «Hoy que está aquí mi mamá, quiero que digas de una vez en frente de ella lo siguiente: ¿a quién querés más, a esas tonterías en que andas metido o a mi mamá?» «Yo quiero mucho a mi mamá —le contesté, mirándola fijamente— pero estas tonterías en que ando metido son cosas necesarias para todos y alguien tiene que hacerles frente. Mi mamá me ha hablado siempre de los grandes hombres y me los ha diferenciado de los traidores. También me ha hablado de los sufrimientos de la Virgen María, la madre de ese revolucionario que era Cristo. Aquí estamos hablando nosotros tres y sé que nos queremos mucho, pero yo estoy luchando por millones de hombres, que tienen millones de mamases y millones de hijos y millones de esposas y millones de hermanos y hermanas. ¿Qué dirían ustedes si el general Sandino bajara del Chipotón y se rindiera a los gringos por complacer a su mamá?» Mi madre me vio fijo a los ojos y luego se volvió a mi hermana y le dijo: «Ve, Pilar, yo lo he parido a éste y sé que sus sentimientos son buenos, a pesar de que yo no entiendo nada de lo que dice.» Mi mamá había recibido una gran impresión hacía poco con la muerte de mi tío Feliciano Mármol, su hermano más querido, quien en su lecho de muerte le había dicho: «No desdeñen a Miguelito, yo lo comprendo. Esa actividad en que anda metido lo va a llevar a la muerte, pero se trata de una actividad muy grande y muy digna, en la que sólo participan los mejores de entre los mejores.»

De cuando en cuando mi mujer me contaba que algún pariente de ella o alguna amiga de confianza le aconsejaba que me abandonara, porque conmigo no había porvenir. Yo le respondía que quienes tal cosa le decían tenían toda la razón del mundo y que posiblemente se lo decían por su bien, pero qué así era la triste vida de un soldado de la revolución y que yo no podía ponerle remedio a nuestra pobreza sin dejar de ser un hombre honrado. Ella me quería mucho, como quiere la mujer a su hombre, y yo la quería a ella también mucho, como quiere el hombre a su mujer. Con la juventud y el amor disimulábamos hasta el hambre y mi mujer rechazaba los consejos sensatísimos de la gente. Eso sí, yo siempre le advertí que cuando ella decidiera otra cosa, que fuera sincera y leal conmigo, porque el amor es una cosa que se puede acabar en cualquier momento, pero si queda la lealtad como lazo común entre las per-

sonas, se puede superar cualquier circunstancia o se puede resolver de común acuerdo acerca de un camino mejor para ambos. Lo que sí jode todo es la mentira.

No se vaya a creer que estas miserias eran las únicas penalidades que pasábamos los revolucionarios de entonces. Cuando en varias ocasiones he dicho que la represión se multiplicaba no lo he hecho por hacer frases. Lo que pasa es que no me gusta insistir tanto en este aspecto de las persecuciones que sufrimos porque esta no es una narración de aventuras, sino simples anotaciones de mis recuerdos más generales en lo que de útil tengan o puedan tener para la juventud revolucionaria de hoy. Y porque yo sé que a los revolucionarios de verdad nunca les ha gustado insistir demasiado en sus desgracias. Pero la verdad es que todo el odio y la saña de la burguesía y de sus títeres de turno se derramaba sobre nosotros cada día más. Ya durante los últimos meses de 1929 y durante 1930 yo tenía que usar varios escondites y refugios para huir de la policía y hasta me vi obligado en varias oportunidades a disfrazarme. Mi refugio principal seguía siendo Ilopango porque allí la gente me conocía más y me protegía mejor. Y luego, pasaba que las autoridades, sobre todo la guardia y la policía tenían un personal intercambiable que no se quedaba mucho tiempo y por lo tanto no llegaban los esbirros a conocerlo a uno a la perfección. Los campesinos de los alrededores me hicieron un pequeño subterráneo y en él trabajaba a cualquier hora con mi máquina de escribir, haciendo octavillas, manifiestos, documentos, etc. Unos niñitos, hijos de comunistas, eran mis centinelas y avisaban la proximidad de la guardia o de simples peatones con una campanita o con el estallido de unos cohetillos que yo mismo les compraba. Se divertían ellos y me ayudaban mucho a mí. En las ciudades grandes, sobre todo en San Salvador, sí que tenía que andar con pies de plomo. En una ocasión tuvimos una cita en el Parque Centenario con Carlos Castillo. Hablamos unos minutos y nos separamos. Al tratar de salir nos vimos rodeados por la policía. A Castillo lo capturaron pero yo pude escaparme. Cuando lo volví a ver me dijo que lo habían soltado después de un interrogatorio acompañado de una santa paliza. Luego, la casa de nuestras mujeres, digo, la casa de la mujer de Ismael y la de la mía, estaban permanentemente vigiladas. Los policías llegaban a fingir ser borrachos que dormían la mona en plena calle, para ver si me sorprendían. Pero siempre me les pude zafar e inclusive me las arreglaba para ver a mis criaturas, que siempre han sido la debilidad de mi

28 corazón. Una vez logré penetrar en mi casa pensando que no había vigilancia en los alrededores. Mi hijito estaba gritando como un loco porque se había cagado en los pañales y no estaba la mamá en la casa. Cambiándole los pañales estaba cuando por la ventana alcancé a ver que la policía estaba rodeando la casa. Con gran dolor de mi alma tuve que dejar a mi hijo todo cagado y me escapé por el techo, por una parte desentejada que había. Después me fui caminando por los techos de las casas vecinas hasta poder saltar hacia una vía férrea y me perdí en el monte. Otra vez que estaba escribiendo un manifiesto contra Araujo, me sorprendieron tres policías. Pero conmigo estaban dos camaradas jóvenes y fuertes que demostraron estar dispuestos a romperse la madre con los cuillos. Éstos salieron corriendo con intenciones de pedir refuerzos y nosotros aprovechamos para escapar. Un vecino, que era guatemalteco, que ni siquiera era amigo de nosotros, pero que suponía en lo que andábamos y se dio cuenta del conato de escaramuza, entró al cuarto nuestro, tomó la máquina de escribir y los materiales y lo colocó todo en el asiento del cochecito de su niño, sentando a éste, lleno de pañales, encima de todo el bulto. De inmediato llegó un grupo grande de policías pero ellos ya no hallaron nada en la casa. Luego el guatemalteco, usando siempre el cochecito como transporte, nos llevó la máquina y los documentos a un lugar donde le avisamos que lo esperaríamos. Había gran simpatía popular en favor nuestro. Incluso una vez que me escapé de las manos de la policía, saliendo de un refugio que tenía en las inmediaciones de la Maestranza General del Ejército por un albañal de aguas negras, resultó que vine a desembarcar en una calle pavimentada y de mucho tránsito y cuando los vecinos del lugar me vieron salir, creyeron que era algún ladrón fugitivo y me quisieron capturar. Pero cuando les dije que yo era simplemente un obrero perseguido por razones políticas, me abrieron paso, me señalaron una ruta segura y hasta me dieron dinero.

Y ni se diga nada de nuestros militantes. Existía un alto nivel de disciplina tanto en el partido como en la juventud y también en amplios sectores del movimiento sindical. Puede ser que se haya caído en extremismos de rigidez, pero la verdad es que a base de disciplina y de ejemplo fue que la unidad revolucionaria y proletaria fue pronto un hecho. La puntual asistencia a las reuniones era una exigencia permanente y seria, así nos tocara a los dirigentes recorrer a pie decenas de kilómetros a monte traviesa. En una ocasión yo tenía

que dirigir una reunión de pescadores al otro lado del lago. Como estaba lloviendo a mares, los riachuelos habían crecido mucho y hubo uno que era imposible de atravesar a pie. El tiempo pasaba y yo no hallaba cómo hacer para seguir. Primeramente pasó una carreta con los bueyes medio desbocados y el carretero luchaba por controlarlos. Cuando le dije tímidamente que si por favor me llevaba encajado en la carreta para atravesar el río, el hombre, con la cabeza puesta exclusivamente en su problema con los bueyes descontrolados, me mandó a la mierda. Cuando pasó otra carreta ya yo le hablé al carretero con tono de autoridad: «Alto ahí». Y me llevó, por miedo. Luego, por la pena y porque era lo único que llevaba, le di una peseta. Llegué a las cinco de la mañana a la reunión y los pescadores no estaban reunidos. Pero cuando llegaron los primeros, con la seguridad de que no iba a haber reunión ni nada por el estilo, se avergonzaron de ver que yo ya estaba allí y fueron corriendo a traer a los demás y la reunión fue una maravilla. Eso enseñaba: el dirigente, así llueva, truene o caigan rayos del cielo, debe cumplir siempre con la masa y darle ejemplo.

Claro que también metíamos la pata. Ya dije del proletarismo estúpido. Creo que la peor manifestación de aquella actitud fue la destitución de su cargo en la dirección del partido de quien fue el primer secretario general, el camarada Luis Díaz, quien siempre fue un comunista. Sucedió que en una manifestación muy combativa que se llevó a cabo en Santa Tecla y en la cual participaron unas doce mil personas, hubo varios muertos y heridos por la brutalidad policiaca y numerosos camaradas nuestros cayeron presos batallando contra las fuerzas represivas. Entre ellos cayó preso el camarada secretario general. Fueron procesados y recluidos en la penitenciaría local. Pero resultó que en esa ciudad había una señora millonaria de apellido Guírola, doña Violeta creo que se llamaba, la cual había hecho una promesa a la Virgen del Carmen en el sentido de que si curaba a un niño enfermo que ella tenía, iba a cumplir con una obra de caridad anual. Como el cipote se curó, la señora se sintió obligada con la Virgen del Carmen y una vez al año llegaba hasta la penitenciaría y regalaba a cada preso un sobrecito con un billete de a peso adentro. La cosa era ya una tradición y cuando llegaba el día de la caridad de doña Violeta, la dirección del penal no andaba preguntando el parecer de los presos sino que de una vez los formaba en el patio y ahí pasaba la vieja repartiendo los sobrecitos. En esa ocasión que cuento le tocó también su sobrecito de a peso al secre-

30 tario general del Partido Comunista Salvadoreño. Cuando éste contó el hecho, sin darle ninguna importancia, a unos camaradas que le visitaron el siguiente domingo, éstos se indignaron y pusieron la queja al Comité Central y este organismo acordó destituir a Luis Díaz de la dirección del partido «por haber aceptado limosnas de la oligarquía».

II

COMO SURGE UNA INSURRECCION

Como es fácil entender por estos relatos, no hay derecho para que los jóvenes comunistas de hoy digan olímpicamente que todos nosotros éramos hombres de arraigada mentalidad artesanal. Aunque estrictamente hablando es cierto que la mayoría de nosotros (hablo de los cuadros dirigentes) éramos artesanos, la vida que hacíamos era de revolucionarios proletarios. Lo que pasaba es que nosotros no permanecíamos mucho tiempo trabajando en un mismo taller porque la presión del trabajo de masas, el excesivo trabajo político, nos lo impedían. Los patronos no nos tenían confianza como trabajadores estables. Y es que efectivamente, no íbamos a perder el tiempo haciendo un par de zapatos de señora en los momentos en que era necesario producir un manifiesto. Por eso pensamos en el pequeño taller propio, para ganarnos la vida y conservar la independencia. En el período de luchas al que me vengo refiriendo yo trabajé según recuerdo, después de salirme del taller del maestro Angulo, en los establecimientos de Luis Rivas; en «La Elegancia», de Cirilo Pérez, contiguo al Primer Regional de Infantería; en la zapatería de un señor llamado Prudencia, que era de Zacatecoluca y quien por cierto lloró cuando me tuve que ir para otra parte; e incluso en la zapatería de don José Enrique Cañas, que fue un excelente patrón conmigo, que en varias ocasiones me ocultó de la policía y que fue quien me regaló el par de zapatos conque hice el viaje a la URSS. Pero entre taller y taller, y entre el taller y la lucha, yo no tenía la mentalidad artesana de estar pensando en el taller propio, en la maquinita por la maquinita. Repito: si uno pensaba en tener su tallercito era por la libertad que éste daba de trabajar sin horario y poder dedicarse a conveniencia al trabajo político. Si algunos de nosotros tuvimos nuestro taller en esa época fue por razones tác-

ticas y no por ser artesanos pequeñoburgueses. Así fue en el caso mío, en los casos de Ismael Hernández o de León Ponce. Además había otras razones fuera de la del tiempo libre: el taller lo encubría a uno. Como dueño de taller uno pasaba a ser el **maestro don Miguel Mármol**, lo cual era más estimado por la generalidad de la gente que eso de ser el compañero Mármol, el operario Mármol. Y eso no denotaba arribismo de ninguna especie. Se trataba nada más de aprovechar las mejores condiciones para penetrar en círculos más amplios. Desde luego, hubo un momento en que la represión llegó a un nivel tan agudo que nuestros tallercitos tuvieron que ser abandonados en manos de compañeros no quemados, o de una vez cerrados. La represión no era localizada, se efectuaba en todo el territorio nacional. Yo trabajaba en perfeccionar mis métodos para eludir la acción de la policía, al grado de que en esta etapa de intensa persecución solamente una vez caí preso. Fue a principios de 1931, durante las actividades de la campaña electoral en que nosotros participamos. Ocurrió en ocasión de un mitin de masas en Juayúa y caímos Chico Sánchez (el dirigente campesino de Izalco que sería fusilado en el año 32) y yo. La guardia nacional nos retuvo en las cárceles locales y nos amenazaron con matarnos, a pedimiento, según ellos, del alcalde Emilio Radaelli, que moriría por cierto en las acciones del 32. En esa ocasión las masas de Juayúa protestaron en forma violenta y las autoridades tuvieron que soltarnos. La gente se dispersó y entonces nos volvieron a capturar. Pero las masas volvieron y nos tuvieron que soltar de nuevo. Es conveniente detenerse un poco en lo de estas elecciones, pues ellas estuvieron muy ligadas al estallido de la insurrección popular. Las elecciones para diputados y alcaldes a que me voy a referir ya fueron bajo el gobierno de Araujo, que había subido al poder con apoyo popular pero que se había desprestigiado rápidamente. El proceso electoral sería interferido por el golpe de estado que derrocó a Araujo, organizado y de inmediato aprovechado directamente por el archicriminal general Maximiliano Hernández Martínez. Estas elecciones significaron el cierre de toda solución pacífica para el problema político salvadoreño de aquella época. ¿Por qué fue que los comunistas participamos en aquellas elecciones? En realidad nosotros no hicimos sino recoger una inquietud de las masas. Las condiciones en todo el país eran terribles desde el punto de vista económico porque la crisis mundial del capitalismo estallada en 1929 azotó a nuestro país en forma especialmente perturbadora. En el campo la situación era en extremo miserable, había hambre de verdad y una auténtica desesperación entre las

32 masas campesinas. Estas masas comenzaron a intensificar su labor política canalizando sus inquietudes hacia nuestras filas. Y bastó apenas esta primera expresión política del campesinado y de los peones agrícolas para que la burguesía y el gobierno, para que los terratenientes y sus aparatos de poder, iniciaran la violencia contra el pueblo. En realidad hubo violencia organizada de la burguesía contra las masas trabajadoras de El Salvador desde 1930. Los terratenientes incendiaban los sembrados de los campos pobres y medianos, echaban el ganado en las milpas de los colonos y los aparceros, usaban el despido masivo contra el proletariado rural como medio para descargar la crisis en el lomo de los trabajadores, creando además un clima de terror físico en el cual los crímenes a nivel individual fueron innumerables. Las fuerzas represivas del gobierno colaboraban en la creación de este clima, pues bastaba la menor denuncia de los terratenientes contra los trabajadores para que se castigara a éstos sin misericordia. La represión más aguda por aquel entonces fue la que se dio en la finca «Asuchillo», en el Departamento de la Libertad, a principios del año 31. Sucedió que se convocó a una reunión del sindicato de esa finca para discutir sobre los problemas de la crisis económica. El dueño de la finca prohibió la reunión y llamó a la guardia nacional. Llegó un destacamento de este cuerpo que disparó contra la gente reunida y hubo muchos muertos. Con ese motivo, Farabundo Martí salió de la clandestinidad y fue a entrevistarse con el presidente Araujo, pero no logró ningún entendimiento con el mandatario laborista. Farabundo se violentó e insultó al presidente. En la calle lo capturaron y lo enviaron a la prisión, pero Farabundo se declaró inmediatamente en huelga de hambre, como en su detención anterior. Veintisiete días estuvo el negro Martí en huelga de hambre y veintisiete días estuvo el pueblo salvadoreño en las calles peleando por su libertad. Hubo una gran agitación en la prensa alrededor de la prisión de Martí y de los actos de masas y el desprestigio del gobierno araujista se multiplicó. Este desprestigio, desgraciadamente, fue capitalizado por los enemigos políticos burgueses del gobierno de Araujo y abrió las posibilidades de maniobra al astuto y zorro ministro de la guerra de aquel régimen debilitado, el general Martínez, que había sido candidato a la presidencia en las elecciones que le dieron el triunfo a Araujo. En todo caso, la lucha por la libertad de Martí culminó exitosamente, ya que se decretó su libertad ante la presión de las masas. ¡Y pensar que hay más de un escritor salvadoreño revolucionario que ha tratado de reducir este hecho a un incidente provocado por el negro Martí

pasado de copas, puteando al presidente Araujo y encarcelado por tan ridícula circunstancia! No era Martí el único preso político del país. Las cárceles retumbaban de gente y los destierros estaban a la orden del día. La violencia oficial comenzó a generalizar en las masas un nivel de respuesta cada vez más adecuado. Grandes combates de masas e incluso choques frontales contra el ejército y la guardia nacional, se daban en Sonsonate, Santa Ana y otros lugares del país. Por ejemplo el 17 de mayo de 1931 hubo en Sonsonate una concentración popular en favor de la libertad de Martí. Contra ella intervino violentamente la caballería de Santa Ana conjuntamente con tropas del regimiento de Sonsonate y se armó la de Dios es Cristo, una masacre tremenda. Mataron a diez o doce compañeros y hubo decenas de heridos graves, golpeados, presos. Frente a esa violencia, la masa y no el partido, comenzó a plantear a través de los sindicatos y otras organizaciones, el deseo de dar la batalla a la burguesía en las elecciones para diputados y alcaldías municipales. El Partido Comunista no había participado en las elecciones presidenciales que dieron el triunfo a Araujo y que tienen la fama, no del todo falsa, de haber sido las únicas elecciones verdaderamente libres que se han dado en El Salvador en este siglo. Por eso al viejo zorro de don Pío algunos le siguen llamando «el padre de la democracia salvadoreña». En aquellas elecciones habían participado varios otros candidatos, tales como Claramount, Enrique Córdova, Miguel Tomás Molina, el general Martínez, etc. Las masas habían elegido a Araujo. Y a pesar del golpe de estado que se veía venir las masas no estaban convencidas de que la vía electoral estuviese agotada sino todo lo contrario. En ese tiempo, el control de una alcaldía permitía el control completo del gobierno local, policía municipal, funcionarios judiciales, etc. Las masas creían plenamente que un cambio de autoridades en el aparato administrativo resolvería realmente muchos problemas. Era una verdadera necesidad de las masas que se planteaba en las concentraciones en forma pertinaz. A mi modo de ver, los comunistas no entendimos que a pesar de la debilidad última de aquel planteamiento, el mismo significaba el gran anhelo de politizar su lucha que tenían los trabajadores salvadoreños. Pues no hay que olvidar que a pesar de la violencia en que se enmárcaba la lucha de nuestro partido y del movimiento obrero organizado, ella era hasta entonces y fundamentalmente una lucha económica. Incluso a aquellas alturas el Comité Central hizo circular una resolución prohibiendo estas instigaciones para participar en las elecciones municipal-diputadiles, recordando a las ma-

34 sas que nos encontrábamos en una lucha económica y que no había por lo tanto que hacer política. En nombre de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores me tocó a mí y a muchos compañeros la labor de calmar al pueblo en este terreno. La verdad es que la masa se disciplinó. Pero ya en octubre el partido acordó la participación en las elecciones después de una prolongada y violenta discusión interna. Esta discusión se hizo en el seno de un pleno ampliado del CC, en el cual hubo representación de todos los organismos de masas, que se llevó a cabo clandestinamente en los terrenos de lo que hoy es la colonia Flor Blanca, que entonces era campo abierto. Los representantes de la Juventud Comunista y de la Regional de Trabajadores estuvimos en contra de la participación en las elecciones, pero no por los motivos que había esgrimido antes el partido, o sea, los de no confundir la lucha política con la lucha económica. Por el contrario, nosotros dijimos que la consigna economista que había prevalecido hasta entonces había apagado el entusiasmo político del pueblo, pero que la realidad concreta desfavorable era la siguiente: las elecciones iban a ser en diciembre y por lo tanto quedaban apenas unas semanas para el trabajo de agitación y propaganda y que en último caso, aun suponiendo que se pudiera hacer un trabajo exitoso y que inclusive pudiéramos lograr una buena votación que nos permitiera ganar algunos puestos, éstos nos iban a ser negados sin duda alguna por el fraude electoral que preparaba el gobierno o por la fuerza del aparato represivo y que tales ocurrencias, en medio de la agitada lucha de clases nacional, iba seguramente a desatar la violencia generalizada, a alturas que no estábamos preparados todavía para dirigir y encausar revolucionariamente. El CC mantuvo su nueva tesis de participar en las elecciones y los mejores exponentes de la misma en aquella discusión fueron los camaradas Moisés Castro y Morales y Max Ricardo Cuenca. Moisés Castro dijo que aun cuando no ganáramos las elecciones, la campaña nos serviría para hacer contacto con el pueblo, para darle a conocer nuestra posición y para pasar a organizarlo políticamente sobre la base de un programa amplio. En realidad sus argumentos fueron muy convincentes, como lo han sido los argumentos de quienes siguen defendiendo el «contacto electoral con la masa» en los últimos años. Max Ricardo Cuenca se atenía a lo que él llamaba la disciplina de las masas y decía que nuestro trabajo debería consistir en reforzar esa disciplina y alinear a las masas en dirección a los propósitos a largo plazo del partido. Yo diría hoy que nos debimos haber preguntado seriamente (y esta es una pregunta

que se debe hacer siempre un partido) hasta qué punto estábamos nosotros en capacidad de garantizar una línea de masas frente a la violencia organizada del estado burgués. En todo caso, Farabundo Martí estuvo de acuerdo con Castro y Morales y con Cuenca y finalmente todos aceptamos ir a elecciones, con la reserva propuesta por la Juventud Comunista y la Regional de Trabajadores (a través de mi persona) en el sentido de que, simultáneamente, se debería trabajar en la preparación de una gran huelga nacional de los peones cafetaleros, planificada para conseguir aumentos sustanciales de salarios, pero que podía avanzar hasta posiciones políticas si se le relacionaba con un evento como las elecciones. Este planteamiento era sumamente importante para nosotros. Era de un gran avance en el terreno huelguístico de los trabajadores salvadoreños pues se trataba de una huelga concebida a nivel nacional, que contemplaba además la posibilidad de la solidaridad de los trabajadores de otras ramas de la producción y dejaba atrás el trabajo tradicional de las huelgas parciales. De esta discusión informamos inmediatamente al Buró del Caribe de la Internacional Comunista, pidiendo una opinión, un consejo. La verdad es que nunca recibimos respuesta sobre el particular. De inmediato se nombró la Comisión Electoral, adjunta al CC, que sería el organismo por medio del cual el partido y el movimiento revolucionario salvadoreño dirigirían la campaña. Yo fui nombrado responsable para la movilización en el departamento de San Salvador, en lo referente a los pueblos y zonas rurales del departamento. En esos días salió de la cárcel el entonces camarada ebanista Carlos Castillo, cuadro destacado por el partido en la dirección de la regional, de quien ya he hablado varias veces, y lo primero que hizo cuando me encontró fue regañarme por no haber sostenido firmemente en el pleno ampliado la posición de la regional de no ir a las elecciones. Castillo tenía entonces mucha influencia y logró convocar para una reunión de reconsideración de los acuerdos tomados, que se llevó a cabo también en los terrenos de la Flor Blanca. Asistí a esa reunión por indicación expresa de Castillo, pero al llegar me di cuenta de que mi presencia no les fue simpática a Max Cuenca y otros camaradas. En esa reunión yo retomé el problema de no ir a las elecciones. Pero todos los asistentes me acallaron y dijeron que era un problema ya votado y aprobado. Castillo coincidió conmigo: el fraude electoral sería fatal y ante él el pueblo recurriría a la violencia. Y dio informaciones concretas. Dijo por ejemplo que en Ahuachapán la población tenía ya preparado un plan en el sentido de que si se le arrebatara el triunfo por fraude, se

36 osaltaría el cuartel y se impondría la voluntad popular con las armas en la mano. Castillo aseguraba que nuestro partido no estaba en capacidad de dirigir al pueblo en una insurrección por la toma del poder. Max Cuenca dijo que la experiencia de las elecciones sería un precedente histórico y se puso a citar a Lenin. El resultado de la reunión fue que se confirmó el acuerdo de ir a elecciones. Mi labor pasó a ser, por disciplina, la de rehacer y elevar el ánimo político electoral del pueblo, estando personalmente en desacuerdo con aquella actividad. El tiempo pasaba volando y los acontecimientos se precipitaban, de hora en hora. Hubo un momento en que se citó a una reunión urgente para considerar una serie de informes secretos que habían llegado a la dirección del partido y que evidenciaban que se avecinaba un golpe de estado contra el gobierno de Araujo, posiblemente inspirado por el mismo ministro de Defensa, el general Martínez. Varios camaradas nos pronunciamos en principio por adelantarnos al golpe de estado, llevando a las masas a la insurrección nacional, pues era de preverse que un gobierno encabezado por el general Martínez, responsable individual y directo de la mayoría de las masacres y represiones que he venido relatando, iba a tener el carácter de una feroz dictadura terrorista antipopular. Creo que la perspectiva de una dictadura tal le quitaba todo cariz aventurero a una insurrección planteada en aquellas circunstancias y la verdad es que contábamos con fuerzas populares suficientes para ser optimistas. Ya veremos en adelante qué era lo que nos faltaba. Farabundo Martí estuvo sin embargo muy sereno ante nuestras proposiciones y dijo que no importaba tanto que el general Martínez tomara el poder, que en todo caso nuestras posibilidades reales de evitarlo eran muy escasas y que una insurrección nacional era demasiado precio para evitar el ascenso de un gobierno dictatorial. Agregó que inclusive las condiciones para el éxito de una insurrección se darían mejor bajo un gobierno criminal. Farabundo citaba copiosamente a Lenin y decía que el ejército salvadoreño no estaba todavía suficientemente desprestigiado ante el pueblo y en cambio los gobiernos civiles como el de Araujo tenían para entonces un desprestigio total. Era posible por lo tanto que el golpe de un militar como Martínez encontrara apoyo en sectores importantes. Farabundo dijo que no nos deberíamos dirigir a la insurrección sino a la toma de medidas para enfrentar positivamente el golpe de estado, resguardar las organizaciones, mantener la influencia de masas en las nuevas circunstancias, etc. Esa misma noche llegó a la reunión quien era nuestro candidato a alcalde de Ahuachapán, un

obrero de apellido Contreras. Llegó agitadísimo, para informar que el cuartel de Ahuachapán estaba sitiado por un contingente de novecientos campesinos que habían decidido cobrarse las cuentas por las arbitrariedades de que eran víctimas por parte de las autoridades militares. Informó que de nada habían valido las exhortaciones del comandante del regimiento, coronel Escobar, y que los dirigentes locales del Partido Comunista pedían un delegado del Comité Central para que fuera a calmar a los campesinos y para que lograra que se retiraran a sus casas antes de que comenzara la matazón. Yo fui designado para hacer esa labor y partí inmediatamente. Al llegar a Ahuachapán hablé a los sitiadores y pude convencerlos para que se retiraran hacia sus trabajos. El coronel Escobar dijo: «Estos hijos de puta sólo entre ellos se entienden.» Ocho días después se dio la misma situación: setecientos campesinos sitiaron decididamente la comandancia local. Es decir, la gente en Ahuachapán, y en todo occidente, estaba moralmente en armas. De nuevo fui yo el destacado para pacificar a la masa y de nuevo tuve éxito, pero en esta ocasión los campesinos me dijeron que esa era la última vez, que yo debía decir al partido que tuviera cuidado con seguir mandando a la gente a echarle agua al fuego, pues los próximos delegados pacificadores (incluso si era yo mismo) iban a correr el riesgo de que «se les encaramara el machete aún antes que al enemigo de clase.» La gente estaba caliente, no daba para más. El partido me ordenó que me quedara en la zona de Ahuachapán para continuar allí el trabajo prelectoral en el campo. La labor fue tremenda y sometida a todas las presiones. Yo trabajaba de día en la ciudad y de noche en el monte, comía cuando podía y dormía una vez cada tres días. Ya cerca de las fechas señaladas para las elecciones, comencé a sufrir alucinaciones por la debilidad y el exceso de trabajo: llegué a ver guardias nacionales que me disparaban y me mataban y llegó el momento en que caí con patatús, desvanecido. El Socorro Rojo me llevó a Santa Ana y de allí me enviaron a San Salvador, pero no pude descansar ni siquiera una semana pues la dirección local de Ahuachapán reclamó mi presencia allá. La perspectiva de que se desatara la violencia ya no era un fantasma lejano, aquello se sentía venir a la vuelta de la esquina. Yo tenía mucho miedo de que viniera la violencia generalizada porque sabía que al pueblo le iba a tocar la peor parte y por ello en mi trabajo trataba de canalizar la furia popular hacia la perspectiva de la huelga general, nivel intermedio entre el electorerismo y la insurrección. Esto no lo sabía el partido, era una labor puramente personal. Y

38 es que en esos momentos, quienes estábamos en los frentes de masas conocíamos realmente el desarrollo de la lucha, y nuestras opiniones tenían que prevalecer sobre los cálculos que allá en el Comité Central se hacían en nombre de la doctrina. Creo que por no haber hecho esto con mayor profundidad y en forma organizada fue que perdimos en forma tan aplastante la batalla de 1932. Porque la dimos, como decimos los salvadoreños, con los calzones en la mano.

A las reuniones electorales del partido llegaba en todo momento una corriente de información muy completa acerca de los preparativos que el enemigo hacía para masacrar al pueblo. En esa época la contrainformación enemiga funcionaba muy mal. Inclusive llegaban a vernos oficiales del ejército que eran simpatizantes nuestros para asegurarnos que el plan del gobierno de asegurarse las elecciones y destruir el movimiento revolucionario salvadoreño era fundamentalmente un plan militar, de eliminación física de nuestros cuadros. Para ese plan, desde luego, la eliminación de Araujo por Martínez iba a ser un factor acelerador. También nos informaban estos oficiales de que en algunos sectores del ejército, sobre todo entre los oficiales, clases y soldados más jóvenes, había disposición de volver los fusiles contra la alta oficialidad y el gobierno, en favor del pueblo. En estas condiciones mi posición se había ido concretando más: mi tesis era que si venía el fraude electoral había que evitar la violencia provocada y refrenar a las fuerzas organizadas, pero si las provocaciones eran tantas de parte del gobierno que llegaran a necesitar una respuesta, habría que encausar la violencia popular hacia la huelga general nacional, huelga general política en cuyo seno podría gestarse la insurrección armada por la toma del poder en condiciones más favorables. El 2 de diciembre de 1931 yo dirigí una gran reunión campesina en las proximidades de Ahuachapán. Después de terminada ésta, me dirigí a dicha ciudad, pero en el camino me interceptaron los miembros de varios comités de mujeres campesinas que me esperaban para hablar de sus problemas y de las elecciones. Ellas me dijeron que circulaba insistentemente el rumor de que se había producido un golpe de estado, que ese golpe de estado era nuestro y que el camarada Martí había tomado el poder para los pobres de El Salvador. Mientras hablábamos, algunos aviones militares sobrevolaban la zona. Al llegar a Ahuachapán supe que el golpe de estado que el partido esperaba se había producido, que el siniestro general Maximiliano H. Martínez había tomado el poder y que era el hombre fuerte que realmente gobernaba

tras la fachada de una «junta de gobierno» que había sustituido a Araujo. Efectivamente, la junta desaparecería de la escena en cosa de horas. Ya en aquellos momentos circulaba profusamente en Ahuachapán un llamamiento a la unidad nacional en torno a la junta y al general Martínez, firmado en Santa Ana por Cipriano Castro, conocido político burgués. Todo el material de propaganda de este tipo que cayó en manos de nuestros camaradas fue quemado de acuerdo a mis instrucciones. Yo me fui apresuradamente hacia la capital, para tratar de hacer contacto con el Comité Central. Cuando el golpe ocurrió, la campaña electoral estaba ya bastante adelantada y los comunistas teníamos candidatos para alcaldes y diputados en todo lo que nosotros llamábamos la zona revolucionaria del país, o sea, la mayor parte del centro y el occidente de la república. Entre nuestros candidatos recuerdo a Marcial Contreras, a quien postulábamos como alcalde de Ahuachapán; al chofer Joaquín Rivas, candidato para alcalde de San Salvador, etc. Olvido los nombres de nuestros candidatos en Sonsonate y Santa Tecla, que triunfaron abrumadoramente cuando llegaron los comicios. De nuestra planilla de diputados por San Salvador sólo recuerdo a Ismael Hernández. Quiero adelantar que —como lo veremos luego— los comunistas obtuvimos indiscutibles triunfos electorales en Sonsonate, Santa Tecla, Ahuachapán (aunque aquí, como se verá, tuvimos que retirarnos al final de la votación y declararnos en huelga), Colón, Teotepeque, etc. Esto no fue una sorpresa para nosotros, nuestros cálculos en todos esos lugares lo anunciaban, esa era la perspectiva que ya teníamos cuando se vino el golpe de Martínez y por eso fue que tal suceso no nos achicopaló. Por el contrario, el partido ante el golpe dispuso que continuara nuestra campaña electoral y que se acentuara la agitación abierta en favor de nuestras candidaturas. Todos los que estábamos en la clandestinidad relativa salimos de una vez a la calle y reactivamos el local público del partido que estaba ubicado frente al parque Centenario en San Salvador. Creíamos que ante la compleja situación había que actuar con audacia. El golpe de estado y sobre todo la figura del General Martínez había traído el desconcierto incluso a algunos sectores reaccionarios poderosos. Como Martínez era teósofo, había venido haciendo propaganda anticlerical, lo cual había perturbado a la iglesia católica salvadoreña, que tradicionalmente ha sido un elemento unificador muy eficaz de las diversas tendencias de la reacción criolla. Bien pronto nos dimos cuenta de que había varios sectores políticos que no hallaban de momento qué hacer y eso nos allanaba

40 el camino a una actividad abierta de mayor intensidad. Nos vimos obligados a abrir locales públicos en Ahuachapán y Sonsonate, y en las zonas rurales de estos dos departamentos los comunistas transitábamos como si ya las fincas y haciendas fueran del pueblo, tal era el apoyo de masas con el que contábamos entre el campesinado. Hacíamos propaganda abierta a partir de todos los niveles de la organización del partido: en los mítines públicos hablaban Farabundo Martí, Alfonso Luna, Mario Zapata, hablaba yo mismo, etc. Intensificamos nuestra propaganda impresa y el periódico de los intelectuales del partido, **Estrella Roja**, que aparecía en el seno del movimiento estudiantil, multiplicó su tiraje. La misma masa nos decía que no hablaríamos tanto, que nos cuidáramos porque el enemigo estaba acechando, esperando tan sólo la mejor oportunidad de destruirnos completamente. La inquietud opositora contra el nuevo régimen crecía sin embargo día a día en todos los sectores de la población. Bien pronto hubo acción entre los estudiantes de secundaria y los universitarios, los primeros sobre todo, en protesta contra la disciplina militar que quería imponerles el nuevo ministro de Instrucción Pública. En medio de tantos datos agitativos, el gobierno de facto decretó sorpresivamente que las elecciones deberían celebrarse el 3 o el 5 de enero. A los partidos burgueses se les había avisado esta fecha con gran anticipación a fin de que se nos adelantaran. Nosotros respondimos intensificando aún más la campaña propagandística. Nuestros mítines proliferaban en los barrios de las ciudades, en los pueblos, en las fincas, en los cruces de caminos, en las carreteras y hasta en las playas. La propaganda reaccionaria atacaba ferozmente: su consigna de fondo era atemorizar a las masas para separarlas de nosotros y para ello levantaban la amenaza de la masacre anticomunista que preparaba el régimen. En esta actividad, el clero, a pesar de sus reservas con Martínez, jugó un papel verdaderamente nefasto. Las elecciones se harían separadamente. Primero se votaría para alcaldes y al día siguiente para diputados.

El día de la votación para alcaldes se ha quedado grabado patente en mi memoria. Aquello parecía más que todo una fiesta, pero bajo el jolgorio aparente la tensión era bárbara. Todos los partidos contendientes se presentaron con gran aparato. Todos llevaban marimbas y hacían repartición de tamales, café, marquezote y horchata en los lugares de votación, menos el Partido Comunista. En este aspecto changonetero se distinguieron el Partido Fraternal Progresista del general Antonio Claramount Lucero y el partido de Gómez

Zárate, que no ahorraron pisto ni esfuerzos en su afán de sobornar a las masas. Todas esas candidaturas hacían el juego en el fondo al martinismo y, después se supo evidentemente, a la ya entonces creciente penetración norteamericana en nuestro país. Araujo había sido el último peón salvadoreño del imperialismo inglés. El Partido Comunista ni en la forma actuaba como ellos, la alegría y el entusiasmo la ponían los oradores y los coros de niñas, hijas de obreros y campesinos, que cantaban canciones revolucionarias, por ejemplo, «Bandera Roja», «La Internacional» y «Caballería Roja». Recuerdo que los turistas extranjeros que estaban hospedados en el hotel Nuevo Mundo, aplaudían a nuestros oradores, cuyos discursos eran los únicos que mostraban contenidos de algún nivel, y el pueblo en general llevaba agua, refrescos y fruta para nuestros equipos de agitadores. La masa votante más fuerte fue indiscutiblemente la nuestra. El Partido Laborista de Araujo había sido fuerte hasta el derrocamiento de éste. Ante el golpe de Martínez, el laborismo se desmembró y su masa se dispersó, nutriéndonos a nosotros y a otros partidos. El ideólogo de Araujo, don Alberto Masferrer, salió del país con la cola entre las patas y terminó por morirse de flato. La votación para alcaldes comenzó a las ocho de la mañana. Todos los oradores de los otros partidos, aunque nos atacaran, reconocían el orden y la disciplina con que los votantes comunistas se habían presentado ante las urnas. Es interesante saber que no hubo violencia mutua entre los partidos contendientes. La violencia vino del poder estatal exclusivamente, que no contaba aún, dado lo reciente del golpe martinista, con los instrumentos políticos necesarios para participar en los comicios de manera eficaz, propiciando el fraude en su favor, etc. Al ser entrevistados todos los candidatos por la prensa nacional y extranjera, los nuestros lucían los más serenos, los mejores orientados y los menos ambiciosos. A las colas de votantes nuestros en San Salvador, venían a unirse los votantes de los pueblos cercanos que ya habían votado allá y que concurrían al centro de la ciudad para animar a sus camaradas. Aparte de todo este panorama estimulante, los trucos del aparato oficial contra los comunistas comenzaron a funcionar desde el principio: nos anulaban votos con cualquier pretexto, retardaban la votación de nuestros compañeros y trataban de confundirlos, ya que entonces el voto no era secreto sino que se hacía de viva voz. Muchos de nuestros votantes se confundían con estas maniobras, por tratarse de trabajadores sencillos y sin malicia política. Mientras tanto, el ejército había instalado nidos de ametralladoras en todos los lugares altos de la ciudad, en

42 azoteas, monumentos, cuarteles, etc. No hubo el menor desorden en aquellas elecciones, sin embargo. Los militares se quedaron con las ganas de ametrallar al pueblo. Por el momento. Una de nuestras desventajas fundamentales fue que cuando terminó el tiempo de votación, la mayor parte de la multitud que se quedó sin votar era de comunistas. Después de terminada la votación, los activistas nos reunimos con el objeto de hacer un balance de la jornada y sacar experiencias. Yo critiqué el tipo de agitación que se hizo frente a la actividad electoral concreta; dije que no se le había dado a la propaganda y a la agitación un contenido de exhortación para el triunfo, que sobre la base de entender que lo principal era la difusión de nuestro programa se había descuidado crear en las masas el ánimo de la victoria. No bastaba con que los comunistas asistiéramos a las urnas como buenos alumnos, ordenaditos y bien peinados. Por otra parte señalé que por puro sentimentalismo habíamos puesto a votar primero a la masa rural de las afueras de la ciudad y que las anulaciones que se hicieron a innumerables votos de esta masa inexperta en tales manejos, retrasaron en demasía la votación y al final del día la mayor parte de nuestros compañeros y simpatizantes se quedaron sin votar. Finalmente señalé que el partido no había coordinado toda la labor de promoción electoral en una forma global y que había habido mucha dispersión de esfuerzos. Todas mis críticas fueron aceptadas por la dirección del partido.

Al día siguiente se llevó a cabo la votación para diputados. Con las experiencias obtenidas de la votación para alcaldes, los obstáculos y las trabazones para nuestro triunfo fueron eliminados en lo fundamental, y en las primeras horas de la mañana ya fue evidente en todos los lugares que arrasaríamos con todos los partidos a nivel nacional. El gobierno se decidió entonces atacar a fondo. Y aduciendo diversos pretextos que no convencieron a nadie, hizo suspender la votación y anunció que la misma se llevaría a cabo algunos días después. Los partidos políticos burgueses emitieron débiles protestas. Nosotros protestamos enérgicamente pero llamando a nuestras masas votantes a la serenidad. Hay que comprender que en ese entonces no existían en el país las cadenas de radio o de televisión que nos permitieran comunicarnos con todos nuestros correligionarios en forma rápida. Una cosa era cierta y eso lo supimos con los reportes telegráficos que recibimos en el transcurso del día: el pueblo salvadoreño había votado más por nosotros que por ningún otro partido político hasta el momento de la suspensión de las elecciones y en algunos

lugares, como los que adelanté arriba, la votación había concluido ya con nuestro triunfo indiscutible. El pueblo no sólo había votado por nosotros sino que nos había ayudado a organizar nuestra participación electoral y había dado una gran batalla al lado nuestro. Esto nos llenaba de optimismo. Pero todos estos hechos eran puros acontecimientos idílicos en el seno de la verdadera tormenta que estaba a punto de estallar en las entrañas del país. La noche siguiente al día de las fallidas elecciones para diputados, el Comité Central de nuestro partido llamó a una reunión secreta y extremadamente urgente. Se trataba de escuchar el informe que nos traía el camarada Clemente Estrada, de origen nicaragüense, a quien apodaban «el Cenizo», que desde hacía un tiempo estaba destacado por el partido en Ahuachapán. Informó que en aquella ciudad se había comenzado a votar normalmente, que los comunistas se habían presentado en una fila compacta cuyo grueso era de más de cinco mil hombres, pero a la hora en que comenzó la votación, nuestra columna había sido rodeada amenazadoramente por la guardia nacional, armada de fusiles y ametralladoras. La provocación llegó a extremos tales que los camaradas decidieron retirarse de la votación y regresaron a sus lugares de trabajo con la disposición de iniciar de inmediato la huelga general de protesta por aquellos desmanes. Al mismo tiempo, la huelga iba a plantear algunas reivindicaciones económicas locales. Efectivamente, la huelga comenzó a organizarse. El centro de la misma fue la finca «La Montañita». Los dueños de esta finca cafetalera, ante la actitud de los trabajadores, que les fue comunicada por el sindicato en forma oficial y respetuosa, hicieron llegar al lugar un fuerte destacamento de la guardia nacional. Hasta el mediodía la situación fue normal; los guardias estuvieron inclusive conversando en forma amistosa con los huelguistas. Pero luego, los patronos de «La Montañita» se llevaron al destacamento a almorzar y emborracharon a todos los guardias y los convencieron con obsequios, halagos y amenazas, para que reprimieran a los campesinos. Los guardias regresaron al lugar en que aquellos estaban reunidos y los provocaron hasta el grado de asesinar a balazos frente a todo el mundo al camarada Alberto Gualán, dirigente campesino de la Juventud Comunista y de herir gravemente a otros compañeros, hombres, mujeres y hasta niños. Los compañeros huelguistas se indignaron y respondieron a aquella agresión gratuita y criminal, ajusticiando a catorce guardias nacionales. Aquel hecho hizo cundir la alarma entre los terratenientes de la zona, los cuales lograron que el gobierno enviara apresuradamente a la feroz caba-

44 llería de Santa Ana a rodear el lugar de los hechos y a tomar venganza contra los campesinos, sin distinguir entre los que habían participado en aquellos hechos de «La Montañita» y el resto de la población pobre. De Ahuachapán no enviaron tropas para esa represión pues tenían miedo de dejar desguarnecido el regimiento. Una ola de terror criminal se desató a partir de aquel momento en todo occidente, principalmente en Santa Ana, Ahuachapán y Sonsonate. Las informaciones sobre muertos, heridos, torturados, atropellados y presos, comenzaron a llegar al Comité Central como una catarata. Discutimos aquella situación gravísima con minuciosidad y espíritu sombrío, a decir verdad. ¿Qué podíamos hacer? La discusión se prolongó mucho y yo propuse tomar el toro por los cuernos, es decir, propuse ni más ni menos que había que intentar parlamentar directamente con el general Maximiliano Hernández Martínez. Martínez había asumido en los primeros días después del golpe la presidencia de la república. Aquella proposición mía cayó como sal en la herida, como limón en la concha, pues se trataba de hablar y parlamentar con el hombre más odiado del país. Todos los camaradas pujaron inconformes y me hicieron mala cara. Recuerdo que esta reunión era en una casa del barrio de Lourdes y en aquellos momentos la tensión fue tanta que yo tuve que salir un rato al patio a darme aire, porque sentí que me ahogaba. Cuando volví a entrar, el negro Martí tenía en las manos un libro en francés y lo leía y dijo que yo tenía razón, traduciendo un párrafo en que se decía que en determinadas circunstancias el estado mayor del proletariado, o sea, el Comité Central del Partido Comunista, puede parlamentar con el estado mayor de la burguesía, o sea, con el Poder Ejecutivo del estado. Martí aseguró que así decía el libro. Quién sabe. Y quién sabe qué libro era aquél. Lo cierto es que me dio la razón. Se serenaron los ánimos y se decidió solicitar la audiencia. La audiencia se pidió en nombre del Comité Central del Partido Comunista de El Salvador al presidente de la república, general Maximiliano Hernández Martínez. Y fue concedida inmediatamente por el dictador. Acordamos invitar a la prensa nacional, pero la prensa no asistió. Entonces los periódicos eran **La Prensa, Diario Latino, Patria, etc. El Diario de Hoy** del sinvergüenza de Viera Altamirano —uno de los más grandes pícaros de Centroamérica— fue fundado después, con dineros oscuros. Entre los delegados nombrados por nuestro partido para hablar con Martínez, iban Clemente Estrada y otros compañeros de Ahuachapán, y Luna y Zapata. El objetivo nuestro era el de hacer proposiciones concretas al gobierno. El Partido Comunista se compro-

metía a calmar los ímpetus de los trabajadores a condición de que se suspendiera la represión. A esta actitud, por supuesto, se le pueden hacer todas las críticas que se quiera, desde el punto de vista de la táctica de un Partido Comunista, pero creo que ante el pueblo salvadoreño ella prueba suficientemente nuestro ánimo de paz. Se llegó el momento de la reunión en la Casa Presidencial. Nosotros nos quedamos tragando gordo. Cuando los delegados volvieron, venían cabizbajos y pálidos. Ni hablar del interés con que les escuchamos. En primer lugar informaron que no habían podido hablar directamente con el general Martínez, pues éste se había excusado argumentando que tenía un fortísimo dolor de muelas, y en su lugar y representación había enviado para hablar con los camaradas al ministro de la Defensa, general Valdez. Mientras se llevaba a cabo la entrevista con dicho general, cuentan los delegados, Martínez asomó la cabeza por un ventanal con un pañuelo atado a la mandíbula. Con el general Valdez no se pudo llegar a ninguna parte. Los camaradas destruyeron toda su argumentación tendenciosa y calumniosa y dejaron claramente establecido que los terratenientes y el gobierno salvadoreño eran los responsables directos del estado de violencia que vivía el país. Inclusive acusaron al gobierno de estar creando conscientemente, con base en la crisis generalizada, una situación que desembocaría en el caos nacional, en una verdadera hecatombe, a fin de sacar la ganancia de los pescadores en río revuelto. Sólo que el río iba a ser de sangre popular. El general Valdez, muy nervioso, vacilante e indeciso, se limitó a repetir una y otra vez que con él no podrían negociar nada, pues no estaba facultado para ello por el ejecutivo. Los camaradas tuvieron que retirarse sin haber logrado el menor resultado, excepto, quizás, el de la humillación. Al salir de la sala en que se había efectuado la reunión, se acercó para hablar con Luna y Zapata quien era para entonces secretario particular del presidente Martínez, Jacinto Castellanos Rivas, quien con los años llegaría a ser un destacado miembro de nuestro partido y quien por cierto nos representó en Cuba después de la Revolución. Jacinto se despidió amablemente de los camaradas, abrazándolos, y les dijo que desgraciadamente la gente del gobierno estaba cerrada en sus posiciones irresponsables y que él creía que lo único que quedaba por comprender era que si bien el ejército tenía muchos fusiles para disparar, los trabajadores salvadoreños tenían muchos machetes que desfilar.⁽¹⁾

46 En esa misma reunión informativa, y de una manera muy firme, yo propuse que llamáramos a las masas salvadoreñas, inmediatamente, a la insurrección armada popular encabezada por el Partido Comunista. Enumeré las condiciones favorables que a mi juicio existían para el triunfo de la misma y el logro del poder político para la posterior realización de la revolución democrático-burguesa. A estas alturas, la reunión se llevaba a cabo ya con Farabundo Martí en calidad de secretario general interino, por la ausencia del secretario general efectivo, Narciso Ruiz, panificador, que a su vez había sustituido a Luis Díaz, y que se encontraba en aquellos días desempeñando tareas organizativas urgentes en Sonsonate. Max Ricardo Cuenca y otros intelectuales se retiraron de la reunión por diversos motivos y, según se supo después, habían ido a buscar refugio seguro para capear la tormenta que se avecinaba. La discusión fue intensa, acalorada. Farabundo Martí finalmente estuvo de acuerdo con mi proposición, aceptando que el deber del partido era el de ocupar su puesto de vanguardia al frente de las masas, para evitar el peligro inminente, mayor, y deshonoroso para nosotros, de una insurrección incontrolada, espontánea o provocada por la acción gubernamental, en que las masas fueran solas y sin dirección al combate. La reunión había durado toda la noche entre el 7 y el 8 de enero de 1932. Se aceptó pues unánimemente (hablo de los presentes, no de los dirigentes que se retiraron) la realización de la insurrección armada popular. No se trataba de una decisión apresurada e irresponsable: dentro de la vertiginosidad de los acontecimientos se pensó mucho y se planificó mucho. Yo propuse que dada la madurez de la situación revolucionaria, se agotarán todos los preparativos en ocho días, al cabo de los cuales debería abrirse el fuego: ese tiempo, bastaba para preparar toda la labor y permitía guardar la sorpresa que Lenin exigía en este caso. Pensando en la exactitud cronológica que Lenin también reclamaba, yo dije que la insurrección debía hacerse no el 15 de enero ni el 17 sino precisamente el 16 a las cero horas. Se aceptó en principio mi proposición y se dispuso que fuera el Comité Central el organismo que se hiciera cargo de la cuestión militar.

Farabundo Martí y otros camaradas se encargaron de buscar contactos operativos con oficiales amigos en el ejército, búsqueda de armas, elaboración de material bélico tal como explosivos, etc., organización de las comunicaciones con diversas zonas del país, incorporación de otros sectores sociales y políticos a la lucha (por ejemplo, personalidades políticas democráticas, movimiento estu-

diantil, etc.), búsqueda de dinero, etc. También fueron encargados esos mismos compañeros de elaborar el manifiesto de la insurrección que se dirigiría al pueblo. Seguidamente se dividió el país en zonas de operaciones y cada compañero de la dirección fue destacado en una de ellas. Seguidamente el CC procedió a nombrar los comandantes rojos que serían los encargados de las comisiones militares en las subzonas, en los centros de trabajos, en los regimientos, en las organizaciones de masas, etc., y que responderían de sus actividades ante dicho CC. En las acciones de la insurrección desatada, los comandantes rojos cumplirían las funciones militares de un capitán al frente de su compañía. Pero las comisiones militares tenían además como núcleos de dirección militar otras atribuciones que iban más allá del mero combate. Dichas comisiones iban a estar encargadas de hacer las labores de organización revolucionaria en el seno del ejército, repartir las unidades en pelotones operativos de diez hombres, buscar armas, ubicarlas en los lugares de repartición y proceder a repartirlas en el momento indicado por el CC, hacer sabotaje en las líneas de comunicación, determinar los itinerarios públicos y secretos del ejército de la burguesía, formar compañías de zapadores (se formaron realmente en San Miguel, Usulután, Santa Cruz, Michapa, pero no llegaron a operar), controlar los ferrocarriles y otros medios de transporte, etc. En nuestros cálculos contábamos con la incorporación a nuestras filas de los cuarteles de Sonsonate y Ahuachapán, donde nuestra penetración era importante, y con la adhesión de por lo menos núcleos relativamente numerosos del cuartel de Santa Tecla. Teníamos también, en la capital, el apoyo de dos compañías del Sexto Regimiento de Ametralladoras que era un regimiento de gran tradición democrática, con dos compañías de la caballería, un núcleo pequeño de soldados del Zapote (Regimiento de Artillería) y con todos los soldados de la guarnición de la aviación de Ilopango. A última hora supimos que también contábamos con el apoyo de dos compañías de soldados del Regimiento de San Miguel, en oriente, y que en torno a ellos y en espera de una acción conjunta, más de setecientos ciudadanos migueleños estaban reunidos en el cementerio local, listos para emprender las operaciones. También teníamos núcleos de oficiales en varios otros cuarteles, pero estos contactos los manejaba única y exclusivamente Farabundo Martí. Es decir, que en el seno del ejército teníamos una fuerza más que suficiente para, con el apoyo activo de las masas insurrectas del campo y las ciudades, derrumbar el aparato del estado burgués.

48 Por otra parte, los sindicatos del campo estaban en pleno desarrollo de una actividad tendiente a la huelga general. Prácticamente estaban en condiciones de propiciar una situación en la cual el proletariado agrícola y rural pudiera dirigir al campesinado en la insurrección revolucionaria. Los sectores de la pequeña burguesía revolucionaria, y esos eran otros contactos que iba a mover casi exclusivamente Martí, se iban a utilizar para formar el gobierno: me refiero a cuadros como el Dr. Merlos, Dreyfus, profesionales radicales, etc. La organización se desplegó en general con eficacia inicial. Hasta esas alturas la represión no había logrado minar el aparato con que se contaba para la insurrección, ni siquiera parar su organización y fortalecimiento. La consigna a esas alturas era ya la de ocupar cada quien su puesto y esperar la orden definitiva. Sin embargo, cuando el 14 de enero volvimos a reunirnos en torno al CC para discutir los últimos detalles, nos encontramos con una pésima noticia: se proponía aplazar la insurrección para el día 19. A ninguno de los asistentes nos gustó aquella peligrosa proposición, pero Farabundo Martí nos calmó diciéndonos que el aplazamiento se había hecho frente a una posibilidad muy real de que se incorporara al movimiento revolucionario la oficialidad y la tropa del Primer Regimiento de Infantería. A estas alturas Farabundo era ya más que un secretario general interino: por la fuerza de los hechos y por su cualidad de dirigente, la jefatura suprema tanto dentro del partido como dentro de la organización para la insurrección, había quedado en sus manos. La insustituibilidad del negro fue seguro una de nuestras mayores debilidades. Lo cual hace más grave la actitud de varios de los camaradas intelectuales que hallaron en la hegemonía de Martí el pretexto para enojarse, para alejarse de la labor revolucionaria y negarse a prestar cualquier colaboración. Martí, intelectual él mismo, pero bien proletarizado, decía que eran unos vacilantes carcomidos por la ideología pequeñoburguesa. Yo propuse en nombre de la Juventud Comunista que el Comité Militar Supremo (nuevo organismo que se proponía, basado en la membresía del CC) se organizara exclusivamente con obreros, como una forma para acabar con tanta vacilación. Después de la reunión nos distribuimos en las zonas de operaciones que se nos habían asignado para comunicar a los mandos intermedios la posposición: a nadie le gustó la noticia. Y al regresar a San Salvador después de esta tarea, nos encontramos con algo peor aún, con otra posposición: se aplazaba el comienzo de las acciones para el día 22 de enero. Llevar esta nueva disposición a la masa enardecida fue una tarea verdaderamente seria. A todo esto

el enemigo había logrado ya una gran cantidad de información sobre nuestros propósitos y cada día, cada hora que pasaba, estaba acorralándonos más y más. Y eso que el enemigo tenía un servicio de información y contrainformación muy deficiente. Nuestro servicio de información era peor y no teníamos servicio de contrainformación. Sobre todo el enemigo se dirigió a destruir desde el principio nuestra dirección política y militar, nuestros núcleos de más alto nivel. Mi hermana mayor tenía un amigo que era policía de investigaciones y que le pasaba información pues era simpatizante nuestro. Por su medio pudimos saber que la policía tenía controlado al negro Martí, a Luna y a Zapata, que conocía la ubicación del escondite en que estaban y que iba a capturarlos de un momento a otro. Yo fui a verlos de inmediato para advertirles del peligro y para darles informaciones provenientes de Santa Ana que hablaban de un inminente levantamiento de inspiración araujista, para el cual, se decía, habían entrado armas a montones desde Guatemala. Martí, ante mis informaciones alarmantes, se puso a reír nomás y me dijo que yo no debía tener miedo —se negó a tomar en serio lo del peligro de ser capturado— y me dio un paquete de bombas de las que habían estado confeccionando en el traspatio de la casa. Incluso se puso a calmar a los dueños del lugar, que se alarmaron con mis noticias. Se trataba de una familia amiga del partido que vivía cerca del colegio «María Auxiliadora». Martí me dijo que yo debía ir a San Miguel y ponerme al frente de las acciones en esta zona oriental, pero yo le dije que ya había sido designado para trabajar en la dirección de las acciones que estarían a cargo de la guarnición de la aviación en Ilopango y que esa era una misión demasiado importante como para dejarla tirada. Martí estuvo de acuerdo. Total que yo me fui y, a pesar de mi insistencia, ellos no dieron importancia a mi información. Esa misma noche los capturaron a todos. Mi hermana llegó llorando a mi habitación para avisarme y yo me fui a refugiar a la casa del maestro José Enrique Cañas, pues suponía que el siguiente capturado iba a ser yo. Inmediatamente se convocó a un pleno ampliado del CC para considerar la situación. Para esta reunión convocó Max Cuenca, quien salió para ello de su escondite y llevó la voz cantante en el pleno. Planteó en términos violentos la suspensión inmediata del trabajo insurreccional pues ya había muchos camaradas presos, entre ellos los dirigentes del movimiento que concentraban en sus manos los más importantes contactos militares. Yo me opuse a tal pretensión y dije que los trabajadores de la república estaban ya moralmente en armas, que ya los habíamos engañado

50 mucho y que a estas alturas no los podríamos detener aunque quisiéramos e hiciéramos los más desesperados esfuerzos. Max Cuenca insistió en la suspensión de la insurrección: dijo que no era posible ir imbécilmente a un levantamiento armado acerca del cual el gobierno sabía prácticamente todo y frente al cual el ejército sólo estaba esperando el primer gesto nuestro para cerrar la trampa a sangre y fuego contra todo el movimiento revolucionario y democrático del país. Informó, cosa que nosotros no sabíamos aún, que el gobierno ya había dado los primeros pasos para institucionalizar la represión y había decretado el estado de sitio en toda la zona central del país, estado de sitio, que seguramente se extendería a las otras zonas de inmediato. La mayoría insistimos en que la vacilación era la muerte prematura de la insurrección, que ya era demasiado tarde, que si nos frenábamos íbamos a perder hasta la capacidad de defendernos frente a la terrible represión gubernativa que iba a ser desatada con insurrección o sin insurrección. No nos equivocábamos en esto. Impusimos tal criterio y se acordó por el pleno continuar aceleradamente con el trabajo insurreccional y hacer varios ajustes y cambios en el plan de las acciones. Max Cuenca, a pesar de sus opiniones, quedó encargado de restablecer los contactos que había manejado Farabundo y en términos generales dispusimos aparentar la línea de la huelga general nacional para comenzar la movilización de nuestras fuerzas hacia la insurrección. Se quedó en no atacar a los destacamentos del ejército sino hasta cuando fuera irremediable y preparamos instrucciones y equipos de cuadros para confraternizar con las tropas que salieran de los cuarteles. Al mismo tiempo se dispuso que se cortaran las carreteras para impedir la circulación de los motorizados del gobierno, cortar desde ya los sistemas de comunicaciones, tratar de fijar al enemigo en las ciudades, aislándolo en ellas y evitando que circularan alimentos del campo a la ciudad. Se nombró en el seno del CC una comisión de información y enlace que se encargaría de hacer circular las disposiciones de la dirección revolucionaria en todos los niveles del movimiento. El CC, sin embargo, después de la caída de Martí, Luna y Zapata, se encontraba falto de información acerca de muchos detalles vitales que era menester manejar para orientar correctamente la insurrección. Era ya 20 de enero y no había una información completa de los medios materiales y humanos con los que contábamos: no sabíamos mayor cosa acerca del número y calidad de las armas que tenían nuestras fuerzas, ignorábamos el número exacto de batallones rojos formados y apenas había datos sobre la integración de los mandos en todos los niveles,

del reparto de responsabilidades concretas, etc. Ignorábamos lo fundamental de la dislocación y los movimientos de las fuerzas enemigas a nivel nacional y sólo teníamos datos esporádicos y no relacionados dentro de un marco general. Los pocos datos seguros con que contábamos estaban guardados celosamente por un número reducido de camaradas del CC y no llegaban al conocimiento de quienes los necesitábamos para obrar en consecuencia. Por otra parte estaba el hecho de que el CC del partido, a causa de la captura de los camaradas referidos, había quedado integrado muy inconvenientemente desde el punto de vista de la unidad de criterio, la mayoría eran camaradas de concepciones encontradas entre sí, de bajo nivel, más y menos sectarios. Creo que a esas alturas nuestro Comité Central no era capaz, en la práctica, de convertirse en una eficaz e indiscutida fuerza coordinadora y directora de toda la labor revolucionaria. En el seno del CC campeaba un increíble desconocimiento acerca de la importancia de la información y su uso revolucionario, una tremenda subestimación acerca del manejo de la técnica militar insurreccional. Hasta última hora el partido manejó la insurrección como un hecho político de masas simplemente, sin desarrollar una concepción militar específica del problema. Simplemente no se reparó nunca en que los problemas militares pasan a ser los fundamentales una vez que se ha decidido hacer la insurrección y que los problemas militares se solucionan con una técnica y una ciencia especiales, que tiene sus propias leyes, etc. Nosotros trabajamos a las masas como si el alzamiento nacional fuera simplemente una forma más elevada de trabajo en el frente sindical, en el frente de masas del partido. El plan militar central casi no era plan militar, como lo veremos más adelante. Como si eso no fuera bastante, contábamos con escasísimos medios materiales: no teníamos ni medios de transporte, ni dinero, ni fuimos capaces de obtenerlos. El mero día 22, fecha señalada para el inicio de la insurrección, yo andaba coordinando células en San Salvador (trabajo previo al de las operaciones con la guarnición de Ilopango), a pie, y sin ni siquiera un cortaplumas en el bolsillo. Y lo que más duele es que el espíritu revolucionario de la masa era tremendamente elevado: un espectáculo muy serio que no era para que lo estudiaran los sociólogos treinta años después, sino que debió haber sido el norte de la brújula insurreccional del partido. Ya para ese terrible 22 de enero, el enemigo nos había cogido la iniciativa: en lugar de un partido que estaba a punto de iniciar una gran insurrección, por lo menos en lo que se refería al aparato de cuadros en San Salvador, dábamos el aspecto

52 de un grupo de desesperados, perseguidos y acosados revolucionarios. De un momento a otro se abandonó prácticamente el trabajo y todo el mundo trató de ponerse a salvo de la represión desatada. El enemigo no esperó nuestra famosa Hora Cero para iniciar sus acciones militares contrarrevolucionarias. A los pocos camaradas que en San Salvador manteníamos contactos mutuos a nivel cercano a la dirección nos comenzaron a llegar noticias del inicio de la lucha en diversos lugares. Cuando esas noticias se referían a lugares que no estaban considerados por nosotros como zonas de operaciones, era evidente que había sido la provocación del ejército lo que había hecho que la masa reaccionara con violencia, dando excusa para proceder a su completa liquidación. A pesar del estado de desorganización en las comunicaciones, el llamado insurreccional del CC había llegado a diversos lugares de occidente y las masas organizadas, disciplinadamente, habían comenzado asimismo a entrar en acción. Noticias en este último sentido llegaron a San Salvador, sobre todo procedentes del departamento de Sonsonate, hacia donde el gobierno despachó una gruesa columna punitiva al mando del general José Tomás Calderón, siniestro asesino, apodado «Chaquetilla». Desde el primer momento se supo que la sangre corría a ríos y que la lucha era completamente desigual y desfavorable para el pueblo, a causa de la mayor organización y el total predominio de volumen de fuego de las fuerzas del gobierno. En momentos en que andaba por las afueras de San Salvador, habiendo perdido contacto por falta de un enlace que falló, me encontré con el camarada Dimas, fiel militante, y me dijo que yo debía ocultarme inmediatamente, por lo menos mientras se hallaba la forma de enviarme a occidente, que era donde se estaba combatiendo de verdad y en donde había que concentrar fuerzas. Me dijo enseguida que tenía un buen refugio en el barrio La Esperanza y hacia allá nos fuimos. Llegamos a una casa ruinosa, cuyo dueño estaba destilando aguardiente en un alambique de contrabando y se puso muy nervioso cuando Dimas le explicó que yo iba a esconderme allí un par de días. En esas estábamos cuando llegó a la casa un camarada del partido llamado Alberto Monterrosa, quien al verme me saludó sin el menor tacto, llamándome por mi propio nombre. Al oír mi nombre el dueño de la casa pegó un respingo y se puso más nervioso aún. Se llamaba Pedro Escobar y era precisamente un informante de la policía que desde hacía dos años andaba siguiéndome la pista. Yo me había enterado de sus informes e inclusive los que firmaba con el seudónimo de «Platero». Y con mi llegada le había caído en las manos a semejante

hijo de puta, la perla del cielo. Al poco rato pidió que lo perdonáramos, que tenía que salir a buscar un mandado. Yo estaba en guardia, aunque eso de que Escobar fuera confidente de la policía no lo confirmé sino hasta años después, y le dije a Dimas que nos voláramos de allí. Dicho y hecho. Nos trasladamos a la casa de Rogelio Morales, que había sido candidato a no sé qué cargo en la planilla municipal del partido para San Salvador, que vivía en el barrio Lourdes. Allí tuvimos la sorpresa de que, como a la media hora, llegó el tal Pedro Escobar. Estaba ya aferrado a su presa y no quería soltarla. Aquello sí que me puso al brinco. Para quitármelo de encima le di dinero para que fuera a comprar una botella de guaro y en lo que él salió, pedí a Morales ropa para cambiarme y le di orientaciones para que confundiera a Escobar, escabulléndome de la casa inmediatamente. Pero resultó que en mi camino, al llegar a la vía férrea, pude ver que venían en dirección contraria unos veinte policías de investigaciones, con las armas en la mano. Sin duda me estaban echando un cerco. Yo me tiré a una faja de monte que había cerca y pude darles un rodeo sin que me vieran y logré salir a la avenida Independencia. Allí me encontré con el camarada Pineda, un miembro de la Juventud Comunista, que me invitó a entrar y quedarme en su casa, pero yo le dije que me estaban siguiendo de cerca y que no quería comprometerlo. Pineda todavía me dijo que no lo ofendiera, que para él morir a mi lado sería un gusto. Una lluvia de ceniza se había desatado sobre San Salvador, al parecer proveniente de la erupción de un volcán en Guatemala, cuyo fragor se escuchaba en la lejanía y hacía decir a la gente que era la artillería de las fuerzas araujistas que habían invadido desde Guatemala el país y que combatían en occidente. Pineda insistió en acompañarme por lo menos mientras no me alejara de la zona de peligro y así lo comenzó a hacer, pero yo le dije que ya se me había ocurrido un lugar al cual ir, muy cerca de allí. Sólo así lo convencí de que volviera a su casa. Efectivamente, me dirigí a casa del camarada Chilano, un activista del partido que vivía en la calle Célis. Allí mismo me coparon. Desgraciadamente el oreja maldito, el tal Pedro Escobar, conocía las casas de todos los comunistas de la zona y llevó a todas ellas a la comisión policial que buscaba. Pasó que me tomé demasiado tiempo en cambiarme de ropa nuevamente, ya que Chilano me ofreció la suya, y los policías me agarraron con los pantalones en la mano. Traté de luchar pero los policías eran muchos y bien armados y no tuve más que aceptar mi derrota.

54 Todavía me duele pensar que los comunistas éramos tan idiotas que ni siquiera garantizamos que cada cuadro tuviera en las manos por lo menos una pistola desde el momento en que se decidió ir a la insurrección. No sé en qué carajos estábamos pensando. Sólo eso explica que dirigentes ya de mi nivel, que se suponía arriesgábamos seriamente la vida al ser capturados, cayéramos en las garras de la policía sin disparar un tiro, sin herir siquiera a un pinche oreja. Bajó una lluvia de golpes, mis captores me condujeron a las oficinas de la policía judicial, que así se llamaba entonces la policía secreta, situada en una casa frontal al cuartel en que se encuentra aún hoy la Dirección General de Policía. Al no más llegar me metieron al interrogatorio. Me interrogó un comandante llamado Gregorio Aguillón. Yo lo conocía muy bien pero él no se acordaba de mí: él había sido obrero panificador y luego guardia nacional en San Vicente y posteriormente llegó a comandante de puesto en Soyapango. Durante el interrogatorio entró en la habitación otro conocido mío, un exsargento de la guardia llamado Arturo Martínez, a quien le pedí que interviniera en mi favor, ya que me habían detenido injustamente, etc. El tipo se asustó cuando le hablé y solamente balbuceó que él siempre me había conocido como buena gente, antes de salir velozmente de la habitación. Aguillón me interrogó acerca del lugar de reunión de la dirección del partido, acerca de las horas y lugares del inicio de la insurrección y acerca de los arsenales comunistas. Desde luego, yo sabía muy poco de todo aquello, pero lo poco que sabía me lo tenía que tragar, de manera que comencé a desviar las preguntas y a replicar en otras direcciones. Le hablé hasta de su propia vida. «Yo lo conozco a usted —le dije— y sé que siempre ha sido pobre, como nosotros los comunistas, como yo. Si en estos momentos le pido que me preste dos pesos, seguro que no los tiene. Esta es la lucha de los pobres contra los ricos y es terrible que sean pobres como ustedes los que los ricos usan para reprimir a los demás pobres.» Y por ahí me le fui y él no me pudo llevar a rozar siquiera los temas que le habían mandado sacarme. Al cabo de una hora más o menos, terminó el interrogatorio y me llevaron al interior, hasta una celda oscura, de doble reja, en los meros sótanos. En las inmediaciones había otras celdas, repletas de reos. Recuerdo haber reconocido en una de ellas al Dr. Salvador Ricardo Merlos. Los cuilios que me llevaron a la celda me advirtieron que pronto iban a volver por mí para otro interrogatorio, pero que éste iba a ser bravo de verdad. Efectivamente, al cabo de unos cuantos minutos llegaron de nuevo y me llevaron directamente a la oficina

de la Dirección General de Policía, en el cuartel de enfrente. Allí me esperaba el propio director general, el temible coronel Osmín Aguirre y Salinas; el subdirector, un coronel cuyo nombre olvidé; y un secretario. Por cierto que el más agudo para tratar de joderme en todo el interrogatorio iba a ser el tal secretario, pues como siempre pasa en estos casos, el hombrecito trató de ganar méritos a mis costillas. Me preguntaron en primer lugar por el viaje a la URSS y por mi militancia partidaria. Yo evité decir todo lo que pudiera ser información utilizable por ellos contra el movimiento, pero les conté de la URSS y de la esperanza que ésta significaba para los pobres del mundo y traté de dejarles en claro cuáles eran las motivaciones profundas de la lucha de los comunistas. Por momentos el interrogatorio se convertía en discusión pura y simple. Como cuando el tal Osmín Aguirre manifestó solemnemente que en El Salvador no había clases sociales. Además de malo era ignorante el criminal este. Yo le dije; «Eso no es motivo de discusión. Es fácil probarlo. Incluso en esta habitación hay clases sociales. Entre usted que no trabaja y vive como un rey y el secretario que trabaja como una mula y vive con el culo roto, hay la diferencia de pertenecer a distintas clases sociales. Si tuviera más tiempo se lo probaba minuciosamente, en el plano nacional.» Osmín saltó hecho un basilisco, pálido y desencajado, y me gritó: «No vas a tener tiempo, infeliz, porque aquí mismo y en este mismo día te vas a morir.» «Con eso no me ahueva, mi coronel —le contesté—, los comunistas siempre estamos listos para morir. No necesitamos ni confesiones.» El coronel se apartó bufando y recomenzó el interrogatorio: los planes del partido, descripción de nuestros efectivos, dónde y cuándo iban a comenzar nuestras operaciones de mayor volumen. Yo no les dije nada, pero la verdad es que ellos tampoco fueron excesivamente insistentes. Creo que tenían sin mí suficiente información. En total estuve allí más de una hora y luego fui devuelto a las celdas. En el corredor adyacente a la dirección había un nutrido grupo de policías uniformados, con gruesos látigos en las manos, y cuando salí armaron gran alboroto. Gritaban «Déjennoslo a nosotros, dénos el permiso, mi coronel, pónganoslo en nuestras manos unos pocos minutos y le vamos a bajar los huevos hasta los carcañales.» Yo escupí ostensiblemente contra el suelo y ellos me amenazaron: «Ni trates de dormir que ya mero vamos a ir por vos y te vamos a hacer mierda. No vas a ser el primero.» Me quedé sumido en mis pensamientos en la celda de la judicial. Noté que habían vaciado las celdas de los ladrones y sólo quedaban ocupadas las de los políticos. A los pocos minutos llegaron

56 de nuevo por mí. En una habitación bien iluminada habían hecho una serie de conexiones eléctricas que iban hasta un sillón metálico, grande como los de las barberías, y habían echado cortinas negras sobre las ventanas. Adentro había unos veinte policías judiciales al mando de un comandante llamado Balbino Luna, que por cierto todavía vive, metido a creyente evangelista. A empujones me hicieron entrar y cerraron la puerta tras mí. Me sentaron frente a una mesita y comenzó un nuevo interrogatorio, sólo que esta vez había un personaje que no había aparecido antes: un abogado que hacía las funciones de notario y asentaba constancia protocolaria de mis respuestas. Esta pantomima se llama «consejo de guerra» o juicio militar, en la cual el reo nunca sabe nada sino hasta cuando está condenado y ha sido la fórmula para legalizar innumerables crímenes cometidos por las autoridades militares en la historia de El Salvador. Las preguntas me las hacía el comandante Luna. Volvieron a lo mismo: la insurrección acordada, jefes, lugares de reunión, organización, locales, efectivos, etc. Frente a la presencia del notario tuve que ser mucho más cauto en mis respuestas. Me preguntaron si era comunista y con dolor de mi alma —y aunque lo había aceptado antes, frente a Osmín— dije que no, que simplemente era un dirigente obrero de la regional. ¿Y el viaje a la URSS? Bueno, aunque el sistema de vida de la URSS era el socialismo, dirigido por el Partido Comunista, no sólo los comunistas podían viajar hacia allí y les conté de los muchos turistas del mundo capitalista que vi en Leningrado y Moscú. Yo no había sido invitado por la Komintern, que era la Internacional Comunista, sino por la Profintern, que era el organismo internacional del movimiento obrero organizado. Claro, después de tantos años y de tantas experiencias, me miro la cara de tonto que debí haber tenido en aquella ocasión. ¿Cómo se me pudo ocurrir que con este tipo de defensa y este tipo de diferenciaciones iba a impresionar a los interrogadores en favor mío? Finalmente cerraron aquel interrogatorio superficial y pasaron a las amenazas de tortura. El notario cogió sus papeles y se fue. Los policías me desnudaron, me descalzaron y me hicieron sentar en el sillón metálico. El interrogatorio continuó allí, pero en un tono grosero y burlón. Eso me enojó y me hizo gritar a los policías: «Ustedes son unos cobardes: lo que pasa es que no tienen valor para matarme y están con estas payasadas. Dejen de mariconadas y háganme pronto el sacrificio indio.» Los impresioné. «¿Qué es eso del sacrificio indio?» —preguntaron. «Pues consiste en amarrarlo a uno con alambres electricos al rojo vivo y luego darle fuego a uno con leña o zacate

verde. Eso duele como la gran puta.» «Qué desgraciados son estos comunistas — dijo un policía— ni ellos mismos se quieren.» Después supe que entre aquel grupo de judiciales se encontraba el agente que avisó a mi hermana acerca de la inminente captura de Martí. También supe luego que en la celda para ladrones que estaba contigua a la sala en que se desarrolló todo este interrogatorio, se había quedado al descuido un ladrón que escuchó todo y que al salir libre fue a contarlo a casa de mi hermana. Luego de una media hora me dijeron que me vistiera y me sacaron de ahí. Me llevaron esta vez a las celdas de la policía nacional, las de la planta alta. Éstas, que son un buen número y bastante grandes, estaban que reventaban de obreros y campesinos. Al grado de que todos estaban de pie, unos junto a los otros, sin poder sentarse ni mucho menos acostarse. Empecé a reconocer caras de camaradas del partido, de la juventud, de la regional, todos ellos mostrando huellas de las torturas y los golpes recibidos. Con el primero que hablé en la atestada celda en que me metieron fue con Gerardo Elías Rivas, llamado «Cafecito», un líder anarcosindical, muy puro y sincero, equivocado políticamente, pero una magnífica persona. Se había educado en México. Un grupo de migueleños «sotistas», entre los cuales recuerdo a un señorón elegante y galán, de apellido Fortis. Otro se llamaba Virgilio y un tercero, Humberto Portillo. Estaban también allí dos jóvenes chalatecos bastante elegantes pero muy tristes, que eran desconocidos para mí; el famoso líder araujista Neftalí Lagos, buen periodista, de Jocoro; y una gran cantidad de trabajadores y empleados a quienes tampoco reconocí. El hacinamiento era terrible: uno defecaba y comía en un espacio reducidísimo. El olor de la pequeña letrina de hoyo era espantoso. Y frente a la puerta de la celda estaba emplazada, apuntando hacia nosotros, una ametralladora de trípode, cuyos manipuladores nos amenazaban a cada rato con disparar. Entró la noche. Desde los garitones cercanos comenzaron las ametralladoras a disparar al aire para amedrentar a la población capitalina. A cada momento pasaban los aviones de guerra rumbo a occidente: iban a bombardear a los campesinos de Armenia, San Julián, Izalco, Sonsonate. Desde ahí me comencé a dar cuenta de que nada nos había salido bien, pues a esas alturas, según nuestros planes originales, todos los aviones militares del gobierno salvadoreño deberían estar controlados o destruidos por la acción de los grupos que iban a tomar el aeropuerto, en colaboración con la propia guarnición del lugar. Yo mismo había coordinado el plan y había dejado bien adelantados los contactos, al grado que mi captura no

58 necesariamente tenía que haber paralizado las operaciones. Al día siguiente, después de una noche de nervios verdaderamente terrible, llegó a la celda la prensa diaria con la noticia, a grandes titulares, de la muerte del doctor Jacinto Colucho Bosque. Los titulares de prensa eran enormes y decían: **ASEGINADO POR LOS COMUNISTAS**, como si aquella muerte hubiera sido la primera de todo aquel proceso y el gobierno no hubiera asesinado a aquellas alturas a centenares de campesinos. Las noticias relataban en términos espeluznantes cómo un grupo de campesinos había dado muerte a este profesional, después de interceptar su auto en la carretera de Sonsonate. Los términos de todas las noticias al respecto estaban dirigidos a crear en las capas urbanas el mayor terror, presentando a los comunistas como desalmados criminales que con un machete en la mano se habían lanzado a una orgía de sangre y terror. La prensa trataba además de aterrorizar a la población anunciando irriminentes asaltos de las «hordas rojas» a la capital y planes de los comunistas de asesinar a todos los propietarios privados, grandes y pequeños, y de violar a todas las mujeres, doncellas, casadas, jóvenes y viejas. Ese clima de terror iba a servir para justificar el real crimen del gobierno y de las fuerzas armadas contra el pueblo salvadoreño. Los jóvenes chalatecos fueron los únicos que se alegraron al ver los periódicos. Yo les pregunté por qué, ya que aquellas noticias eran, sin duda, parte de nuestra sentencia a muerte. «Ese Colucho Bosque recibió el castigo de Dios —me dijeron—. Ese es el culpable de nuestra desgracia actual. Por razones de enemistad personal nos acusó de comunistas allá en Chalatenango, y marcó de rojo nuestras puertas lo mismo que las puertas de otras personas inocentes. Por eso estamos presos. No somos comunistas, pero si ese canalla se fue ya adelante a nosotros no nos importará morir. Ya fuimos vengados de antemano y no vamos a parar en el purgatorio por causas de rencor. Ahora ya podemos perdonar a semejante hijo de puta.» Por cierto que los que mataron a Colucho Bosque fueron unos campesinos de Colón que estaban encargados por el partido de controlar el tránsito en la carretera de occidente, y cuando detuvieron el carro de aquél, reconocieron al profesional que en tiempos del gobierno araujista los había llevado con engaños a trabajar a la carretera de Chalatenango, y una vez allá, los había hecho jornalear como esclavos, maltratándoles y exprimiéndoles, y luego los había hecho arrojar de la zona sin pagarles, valiéndose del apoyo que recibía de las autoridades locales. En realidad aquel carro fue el único atacado, cosa inexplicable si se tratara de asesinos desenfrenados y si se sabe

que como al carro de Colocho detuvieron a muchos carros que transitaban por Colón antes y después de comenzada la masacre oficial, los inspeccionaron y los dejaron seguir. Pero lo que la prensa quería era azuzar la represión contra el pueblo y sus informaciones no analizaban nada sino que se limitaban a ser groseras deformaciones horrorizantes. No tenían para cuándo terminar con lo del vandalismo rojo y demás epítetos. Y nosotros veíamos venir nuestro fusilamiento como algo indiscutible. Cafecito entró en miedo por aquella razón y comenzó a reclamarme en tono subido, echando la culpa al Partido Comunista por la situación en que nos encontrábamos. Yo le discutí con disgusto y me violenté con él. El señor Fortis nos calmó, diciéndonos que si íbamos a compartir la misma suerte era un error estar peleando. Pero el miedo empezó a crecer en horas de la tarde. Cuando llegó la noche la desmoralización era tremenda y hasta yo mismo comencé a sentir que las fuerzas morales me flaqueaban. Era nítido el sentimiento colectivo de la proximidad de la muerte. Entonces decidí tomar una medida radical. Me paré en el centro de la celda y les dije a todos en tono golpeado: «Si sigue este miedo que nos está matando a todos antes del tiempo, me voy a poner a gritar vivas al Partido Comunista para que nos hagan pedazos de una vez con esa ametralladora que nos está apuntando.» Esto calmó bastante los ánimos y por lo menos terminaron los conatos de lloriqueo. Hasta algunas bromas salieron a relucir por ahí, haciéndonos reír a la fuerza.

Pero nadie dormía en la celda. Ni por la aglomeración, ni por el calor, ni por el nerviosismo. Como a eso de las diez de la noche retumbó un grito en medio del silencio: «¡Miguel Mármol, al recinto!» El compañero Cafecito me dijo en secreto que no contestara, que de seguro estaban sacando a la gente para ir a fusilar. Pobrecito Cafecito, esa fue la noche en que murió él también, sólo que en otro paredón. Vino un segundo grito, ya muy cerca de la celda, llamándome. Yo contesté golpeado: «¡Aquí estoy, carajada!» En lo que los policías abrían la puerta, repartí mi comida entre los que se quedaban, el rancho de tortilla y frijoles y unos huevos que nos habían logrado meter desde la calle los familiares de algunos reos. Me sacaron a empujones, tomándome del pelo y pegándome hasta con las pistolas. No me dejaron ni ponerme la camisa, me la amarraron a un brazo después de atarme fuertemente las muñecas a la espalda. Yo todavía les dije, para no perder la moral: «No saben ni amarrar como la gente, chambones.» Ahí me dieron un codazo

60 en el estómago que me sacó el aire y me hizo ver lucitas. A pura riata me bajaron al patio, al grado que yo pensé que ahí mismo me iban a matar. Pero no, me habían llevado allí para reunirme con otros reos. En pocos minutos estuvimos reunidos dieciocho prisioneros, casi todos camaradas del partido o sindicalistas de la regional. Entre ellos recuerdo a Manuel Bonilla, líder del Sindicato de Trabajadores de Hotel, un muchacho de unos veinticinco años, miembro de la Juventud Comunista; a Rafael Bondanza, un gran camarada del partido, maquinista del ferrocarril de Sonsonate; al camarada Marcelino Hernández, panificador; a Santiago Granillo, paisano mío, oriundo de Ilopango y especialmente odiado por las autoridades porque se había dado el lujo de verguear uno por uno a todos los aviadores militares del aeropuerto, pues era un hule el muchacho aquel para dar y quitarse los zopapos, además de magnífica gente (esa noche, por cierto, por estar tan mal recomendados por los de la aviación, se ensañaron con él y le cortaron los brazos al cadáver); a mi camarada Dimas, de la Juventud Comunista, de quien ya hablé antes; a Serafín G. Martínez, líder sindical y trabajador de la Singer, que por cierto no era miembro del Partido; a Alfonso Navas, sastre comunista y hombre muy estimado en su gremio, por trabajador y honrado; al ruso y su ayudante, etc. Este ruso era un extranjero que se dedicaba a vender imágenes de santos en las zonas rurales y la gente decía que era un comunista soviético de la Internacional, pero la verdad es que nunca tuvo contacto conmigo ni con el partido, que yo sepa. Era joven, alto, rubio, bien parecido y tenía tipo eslavo. Y si no era comunista, la verdad es que murió como si lo hubiera sido, con una serenidad tremenda. Su ayudante, un muchacho muy joven, de Santa Tecla, no quería salir de la celda en que se encontraba, pero lo sacaron a culatazos y así le rompieron la cabeza. Cuando nos estaban alineando en el patio, llegaron unos oficiales del ejército y preguntaron por mí. Luego discutieron conmigo superficialidades acerca del porqué de la insurrección. Bondanza y Bonilla se dirigieron a ellos y a los policías en son de arenga, diciéndoles que llegaría el día en que se convencerían de la bondad del comunismo y del crimen que el gobierno estaba cometiendo entonces con nuestro pueblo. Los oficiales contestaron simplemente que ya habían terminado con la insurrección comunista y que en todo el país había miles y miles de muertos. Por lo demás no se mostraron agresivos ni nos ofendieron. Unos policías grandotes terminaron de amarrarme por los brazos con cuerdas fuertes y tan apretadamente que comencé a sentir como si la sangre se me quisiera

salir por la boca. El cuerpo me comenzó a temblar y entonces ellos comenzaron a burlarse diciéndome que tenía miedo. Yo les reclamé ofendido y les dije que era sólo por la presión de la sangre y que en realidad tenía menos miedo que ellos, que ellos en mi lugar ya se habrían cagado tres veces. Un camión grande entró en el patio para llevarnos. Los policías comenzaron a obligar a los reos a subir, a puros culatazos. Yo no pude subir porque la cama del camión era muy alta y entonces dos policías me guindaron de los brazos y me tiraron al camión como si fuera maleta. Caí todo doblado junto al ruso y le pedí que me permitiera recostar la cabeza sobre sus piernas. Él hablaba con acento pero en correcto español, y me respondió con gran cordialidad: «Acuéstese, camarada, no tenga pena.» Así salimos de la policía velozmente y enfilamos con rumbo a los alrededores de la ciudad, precisamente en dirección a mi zona natal, cosa que se me hizo evidente cuando pasamos frente a Casamata, donde un piquete de soldados nos pasó una inspección. A cargo de nuestra custodia iban en el camión diecisiete policías nacionales armados con fusiles máuser, el jefe de la Comisión, llamado capitán Alvarenga, que iba en la cabina con una ametralladora de mano alemana, de las llamadas «Solotur», y el chofer, que también llevaba una «Solotur». Por cierto que el tal capitán Alvarenga falleció algunas semanas después, de fiebres intestinales, impresionado quizás por tantos y tantos crímenes como aquellos. Se fue en caca el hombre. Al pasar por Soyapango nos salió al paso un pelotón de guardias nacionales que tenían tendida una emboscada y pidieron que fuéramos entregados a ellos para fusilarnos allí mismo. Dijeron que nos querían «beber la sangre». El capitán Alvarenga se negó, alegando que la misión era de él y que él la iba a cumplir. Entonces fue que supimos claramente y de una vez por todas nuestro destino. Los guardias finalmente accedieron a dejarnos pasar y les dijeron a los policías que podían actuar con tranquilidad, ya que esa zona estaba controlada por ellos y por tres o cuatro patrullas militares en ronda constante. Yo pensé que en medio de todo había tenido suerte porque me iba a tocar morir cerca de mi pueblo, cerca de donde está enterrado mi ombligo. Como hubo inquietud en el grupo al saberse de plano que no teníamos salvación, los policías comenzaron a repartir culatazos e insultos. Para qué toda aquella crueldad si todos estábamos amarrados como si fuéramos tamales de azúcar. A Serafín G. Martínez le rompieron la boca y los dientes con el cañón de un fusil. Al final paramos en un lugar bien oscuro que corresponde al cantón El Matazano, jurisdic-

62 ción de Soyapango. Había entonces un camino vecinal de tierra, muy polvoriento. Actualmente está ahí la carretera hacia el aeropuerto o boulevard del ejército, en la parte que está frente al motel Royal, un poco más adelante de la fábrica de zapatos ADOC. La luna brillaba en el cielo, pero los árboles hacían que el lugar permaneciera oculto en la oscurana. Nos bajaron a todos del camión a punta de culata. Yo me tiré como pude y quedé como sembrado en el suelo y llegó un policía a ayudarme y me quitó el sombrero de un manotazo. Pero yo lo puse en firme y él se retiró y no me siguió jodiendo. Cuando me incorporé al grupo, sacaron de él a empujones a Bonilla y a Bondanza y los pusieron contra el paredón. Serafín Martínez, con la boca toda llena de sanguaza y de pedazos de dientes le decía al capitán Alvarenga que no mataran a Navas, porque tenía cinco hijos. Era una gran alma Serafín. Pero yo que siempre he sido bruto y endiablado, le dije en voz alta: «No les pida nada a estos hijos de puta, que a matarnos han venido.» Los faros del camión iluminaban la escena. Quince policías se formaron en pelotón de fusilamiento, mientras los otros dos y el chofer y el jefe nos apuntaban a nosotros. El jefe dio la voz de «preparen, apunten y fuego» casi de una sola vez. Digo yo que por los nervios. Pero la tropa estaba muy nerviosa también y de la primera descarga sólo hirieron levemente a nuestros dos compañeros. Con la segunda descarga los hirieron bien, pero los compañeros no cayeron, aguantaron a pie firme los bergazos, aunque en la cara se les vio la muerte. A veces sueño todavía con sus gestos. Bondanza gritó: «¡Viva el Partido Comunista!» La tercera descarga fue certera y los dos se desplomaron. El capitán Alvarenga preguntó: «A ver, ¿quién es el que quiere morir ahora?» «Yo» —grité, y di un paso al frente. El pelotón de fusilamiento estaba a un lado del camino y el paredón estaba del otro. Los policías sudaban, a pesar del frío de verano. Todo el cuerpo me picaba y yo no me podía rascar por el amarre de los brazos. Comencé a atravesar el camino, cuando oí una voz serena: «A la par del camarada Mármol moriré yo.» Era el ruso. Como pudimos nos estrechamos las manos dándonos las espaldas y juntándonos, y nos pusimos frente al paredón con actitud altiva. El jefe dio la voz de mando y nos vino encima la primera descarga. No nos tocaron y yo pensé que eso era por puro joder, por prolongarle a uno el martirio. «Ni a tirar bien han aprendido, cabrones» —les dije, con calma. Los policías todavía nos tiraron dos descargas más, que sólo nos rozaron, y el capitán Alvarenga comenzó a putearlos. A la cuarta descarga sí me hirieron, a la altura del pecho, pero felizmente no

de adelante para atrás sino de lado, por la postura que adopté al sonar la voz de «¡Fuego!» Los tiros me atravesaron la tetilla y el brazo izquierdo. Para mí la herida fue sabrosa, pues al salirme la sangre a borbotones se me alivió la presión que las ataduras de los brazos me hacían. Yo no me acordé ni de bajar santos del cielo ni de nada. De mi madre sí me acordé. Pero más que todo, no sé por qué, aún allí y en aquella situación, yo sentía que iba a salir de aquel lío, que no me iba a morir allí. De todas maneras caí, pateando, por la fuerza de los impactos. El ruso no cayó, aunque fue herido también, en el pecho o en un hombro. Cuando unos policías del pelotón llegaron a ayudarme a incorporar, ya yo estaba otra vez de pie. «Putá —les dije— así no vamos a terminar nunca.» No sé de dónde me salía aquella serenidad, aquel sentimiento de invulnerabilidad. Vino otra descarga. Aquí sí me dieron bien. Sentí varios golpes en el cuerpo y un como timbrazo, un como golpe eléctrico en toda la cabeza. Después vi una luz intensa y perdí el sentido. Al despertar estaba de bruces manando sangre de la cabeza. Mi pensamiento estaba claro. El cuerpo del ruso estaba sobre el mío y todavía goteaba sangre caliente. Cerré los ojos e hice lo posible por respirar sin ruido, aunque me salía sangre por la nariz. Oí que el camión calentaba el motor, pero lo peor vino cuando pude oír que el bandido del capitán Alvarenga ordenaba que le dieran el tiro de gracia a cualquier cuerpo que diera señales de vida. A Bonilla y a Bondanza los encontraron todavía vivos. Oí la voz de Bondanza que decía: «Mátennos de una vez, hijos de puta, con un chorro de tiros.» Bonilla gritó: «¡Viva la Internacional Comunista, viva el Partido Comunista Salvadoreño, viva la Unión Soviética, viva el camarada Stalin, muera el general Martínez!» Y Bondanza contestaba. A mí me dieron ganas de contestar también, pero me contuve. Los policías los insultaron y les dispararon repetidas veces. Luego llegaron hasta donde yo estaba tendido. Levantaron el cuerpo del ruso, que no dio señales de vida. Un policía me iba a tirar a mí, oí cómo el cerrojo del fusil cortó el cartucho, pero el otro le dijo: «Eso es gastar pólvora en zopes, ¿no ves que tiene los sesos de fuera? Lo que podemos ver es si tiene dinero. Al ruso, después me di cuenta, un balazo en la frente le había abierto la cabeza y le había saltado los sesos y parte de la masa de sus sesos me cayó a mí en la cabeza y parecía que eran mis sesos salidos por las heridas que tenía en ambas sienes. Me rompieron el pantalón buscando pisto. Yo sólo tenía ochenta centavos que eran lo que me había quedado después de que

64 mandé al traidor Escobar a comprar guaro. El capitán Alvarengo ordenó que le cortaran las pitas de amarre a todos los cadáveres, para que los enterradores los pudieran arrastrar mejor a la fosa al día siguiente. Entonces fue que machetearon todo el cadáver de Granillo. Luego siguieron cortando los amarres a puros machetazos. Me hirieron seriamente en los dedos y en el brazo que de todas maneras ya tenía muerto por las heridas de la fusilada. Entonces se fueron por fin. Para mí habían pasado los siglos y había vuelto a nacer. Cuando oí el camión bastante lejos, me incorporé dificultosamente y fui a ver si no había algún otro camarada vivo como yo. Todos estaban bien muertos. Me llevé el sombrero café, nuevecito, de Serafín G. Martínez, porque nunca me he acostumbrado a andar sin sombrero.

III

«EL POR QUÉ DE LA INSURRECCION Y SU FRACASO»: EL ANALISIS Y LA DENUNCIA

Desde el punto de vista del contenido, nuestras primeras reuniones de organización y propaganda se caracterizaron por tratar de examinar críticamente, con los escasos elementos de juicio que se poseían en el pozo clandestino a que habíamos sido reducidos, la justeza de la línea insurreccional, la oportunidad de la insurrección, la forma en que ésta fue llevada a la práctica, los resultados obtenidos y la reacción del enemigo contra las masas, el fracaso militar y la situación nacional después de los sucesos y, finalmente, la perspectiva para las fuerzas revolucionarias bajo las condiciones de terror impuestas por la férrea dictadura martinista. Como resultado de las discusiones llevadas a cabo en aquellas reuniones de Usulután y sus alrededores, elaboramos un informe de unas treinta y cinco páginas titulado «El por qué de la insurrección y su fracaso», una copia del cual se envió posteriormente a México y otra a la URSS. No sé cuál de las copias llegó a su destino porque una cosa cierta es que cuando me volvieron a capturar, en 1934, en la policía me pasaron por las narices una copia de dicho informe. En él se llegaba a la conclusión de que a fines de 1931 y a principios de 1932 existían las condiciones para plantear a las masas salvadoreñas la toma inmediata del poder mediante la insurrección armada de las clases trabajadoras de la

ciudad y del campo con el fin de implantar la revolución democrático-burguesía que mejorara las condiciones socioeconómicas de la clase obrera y propiciara su desarrollo; que entregara la tierra a los campesinos necesitados y que desarrollara la industria de la naciente burguesía nacional, que se vería liberada así de las ataduras imperialistas. De haber habido éxito y de haber tenido el respaldo de la existencia de un campo socialista como el actual, el tipo de revolución a plantear de inmediato habría sido, claro está, la del desarrollo de la economía no capitalista sobre la base de la más profunda reforma agraria, las nacionalizaciones, las paulatinas socializaciones y la liberación nacional antimperialista. Pero para entonces. . .

Las condiciones que establecieron **la existencia de una verdadera situación revolucionaria** y que reclamaban el planteamiento de la acción por parte del partido ante las masas (que es un asunto que no se suele examinar entre nosotros actualmente y que es omitido o disminuido entre otros por el Dr. David Luna en sus análisis, asunto sin lugar a dudas fundamental) eran las siguientes:

1) La crisis de la economía mundial capitalista iniciada en 1929 llegó a El Salvador y se cebó en las masas con especial crueldad. Los precios internacionales del café se vinieron al suelo. El hambre apareció en todo el país y la desesperación de las masas trabajadoras llegó a un nivel sin precedentes. La burguesía estaba totalmente desconcertada ante la crisis económica y por el nuevo giro político nacional desde el fracaso de Araujo y su caída. La crisis económica planteaba además a la oligarquía salvadoreña, que vio con espanto las movilizaciones de las masas, un momento crucial: su salida de la crisis y las posibilidades de su desarrollo como poder político nacional en las nuevas condiciones del mundo dependían del aplastamiento del movimiento revolucionario popular.

2) Crisis política nacional. Furia contenida de las masas radicalizadas por el derrocamiento del gobierno de Araujo, derrocamiento llevado a cabo por una facción civil-militar manejada desde las sombras por el general Martínez a escasos nueve meses de asumir el poder con gran apoyo popular y gran pompa ceremonial. Repudio unánime a los golpistas y al nuevo gobierno.

3) Repudio internacional al nuevo gobierno. A un mes y días de asaltar el poder, o sea, cuando se planteó seriamente por nuestra par-

66 te la posibilidad insurreccional, el gobierno de Martínez no tenía el reconocimiento diplomático de ningún gobierno del mundo.

4) El Salvador era uno de los eslabones más débiles del imperialismo en esta parte del mundo. Aún más: El Salvador era un campo de batalla de varias contradicciones interimperialistas, pero todos los imperialismos eran relativamente débiles con respecto al país. No se podía decir rotundamente que el imperialismo yanqui o el imperialismo inglés tuvieran la sartén salvadoreña cogida por el mango en aquel entonces. Inclusive el general Martínez manifestaba claramente sus simpatías germanófilas y se inclinaba por el nazi-fascismo. Desde luego, ya el imperialismo yanqui preparaba su asalto al país y pronto llegaría a desplazar a los demás imperialismos, primero después de la masacre del 32, cuando jugó a la carta del general Martínez y luego, definitivamente hasta hoy, al salir victorioso de la segunda guerra mundial. Es interesante ver cómo en la historia nos encontramos con numerosos casos en que el eslabón más débil del imperialismo en una zona es fortalecido por medio de la violencia: masacres contra el pueblo, guerras locales entre naciones hermanas, conflictos fronterizos, etc. Si el pueblo no se apresura para usar la violencia revolucionaria para dominar la situación favorable en un momento histórico, o, como nos sucedió a nosotros, si se usa mal la violencia, el imperialismo pone más tarde o más temprano su empujón de violencia reaccionaria y fortalece su sistema de dominación local.

5) Había extremo descontento de la burocracia estatal y de los servidores y trabajadores del estado en general por la radical reducción de sus salarios (reducción fijada en un 30 por ciento), dispuesta por el gobierno martinista.

6) Había una tremenda indignación entre las masas campesinas por el acentuamiento de la explotación y la extrema violencia que la clase patronal y las fuerzas represivas gubernamentales habían venido desarrollando en contra suya en todo el país: trato de esclavistas a esclavos en fincas y haciendas, salarios de hambre, rebajas de los salarios en forma arbitraria e inconsulta, despidos masivos injustificados, desalojos en contra de los colonos, negación sistemática de arrendar tierras, agravamiento de las condiciones de trabajo para aparceros, destrucción de la cosecha de los campesinos inconformes por el método de quemar los sembrados o echar sobre ellos el ganado de pasto, cierre de los pasos a través de fincas y haciendas

—inclusive en el caso de que dichos pasos tuvieran la categoría de caminos vecinales—, represión directa y enconada de la guardia nacional en forma de encarcelamientos, expulsiones de domicilio, quema de viviendas, violaciones de mujeres, torturas y asesinatos contra quienes se atrevieran a protestar. Todo esto, agravado por el desempleo y el hambre y todas las demás miserias extremas que trajo la crisis económica, y por el arrebato del triunfo electoral a los comunistas y demás sectores progresistas en los que los campesinos y peones depositaban sus últimas esperanzas, todo ello, hizo que la masa rural entrara en una actitud insurreccional aguda. Las masas urbanas del centro y el occidente apoyaban en lo fundamental el clamor que venía del campo. Las masas populares no querían seguir viviendo como hasta entonces.

7) Intensa agitación político-ideológica y propaganda social de distintos sectores extremistas, como los anarcosindicalistas, los demagogos electoreristas, los araujistas (que habían hecho de la promesa del reparto de tierras —luego incumplida— la base de su propaganda en la campaña presidencial), etc.

8) Contábamos con un Partido Comunista que, aunque poco experimentado y con grandes vacíos ideológicos y teóricos, tenía una gran disciplina y gozaba de una enorme popularidad y autoridad. Su dirección era aceptada por el movimiento obrero organizado, por el movimiento campesino (en el seno del cual su línea era realmente indiscutida) y era muy dominante en el movimiento estudiantil y entre la intelectualidad pequeño burguesa. Además nuestro partido contaba con un buen núcleo de soldados comunistas y hasta con grupos de oficiales situados en lugares claves de la organización militar de la burguesía, como veremos más adelante. En este aspecto creo que podemos decir que contábamos con suficiente fuerza dentro del ejército como para iniciar una insurrección masiva, apoyada en dicha fuerza para dar un primer golpe devastador, de sorpresa, desde dentro del aparato represivo burgués. El PCS tenía, ya a los dos años de su nacimiento, las características de un núcleo de vanguardia que, dentro de las condiciones del país en aquel entonces, podría ponerse a la cabeza de las masas y plantear la revolución. En ese sentido cubríamos todos los requisitos que habían sido señalados en las reuniones informales entre comunistas en la Conferencia de la Sindical Roja en Moscú, o sea, que al lanzarnos a la insurrección no nos salíamos de los criterios corrientemente aceptados en el movimiento comunista internacional de la época. Ello nos hacía es-

68 perar, asimismo, que si nuestra insurrección se veía coronada con el éxito y ante la toma del poder por el pueblo se produjera una intervención extranjera contrarrevolucionaria, imperialista, tendríamos la solidaridad material y moral de todos los partidos comunistas del mundo, del movimiento obrero internacional y de la Unión Soviética de Stalin.

9) Contábamos también con un programa amplio de la revolución democrático-burguesa con el que esperábamos tener un gran campo de maniobra frente al imperialismo y poder incorporar a la revolución a las capas medias, neutralizando inclusive, por lo menos temporalmente, a la oligarquía terrateniente. Este programa tenía un criterio y una sistematización de los problemas inmediatos de gobierno en la primera etapa de la revolución. Incluso estaba ya designada la persona, el negro Martí, que se encargaría de coordinar los contactos para la integración de un gobierno democrático y amplio, con participación de profesionales consecuentes con el pueblo, etc. La toma del poder por parte de la clase obrera y el campesinado para hacer la revolución democrático-burguesa no era una consigna sectaria. El movimiento obrero organizado, aunque de composición primaria ya que el desarrollo capitalista de nuestro país era escaso, tenía un prestigio enorme a nivel nacional y era una fuerza verdaderamente decisiva. Entonces no existía la AGEUS, las organizaciones profesionales, los frentes únicos democráticos. Los problemas políticos populares se discutían fundamentalmente en el seno del movimiento obrero. Y de la población rural ni se diga. Era (campesinos pobres y peones o proletarios agrícolas) la mayoría aplastante de la población (más de 75 por ciento) y estaba en su conjunto en las posiciones más radicales e incluso tendía o comenzaba a tender hacia una insurrección espontánea.

10) Las vías legales estaban agotadas. En primer lugar las grandes masas no creían, no creían más ni en los partidos políticos burgueses ni en el juego electoral burgués. La demagogia del Partido Laborista de Araujo fue la que dio al traste con la fe en los partidos tradicionales y el fraude electoral contra nosotros hundió a todo el sistema electoral ante los ojos de las masas. Las masas indígenas y campesinas, por ejemplo, habían creído que un cambio de autoridades resolvería sus problemas, como ya expliqué, es decir, un cambio de autoridades que llevara a las diputaciones y alcaldías a autoridades indígenas, campesinas, etc., a autoridades provenientes de esas capas superexplotadas. Esta demanda fue muy sentida por

la población y por ello fue que nuestros candidatos, extraídos realmente del seno de la masa, obtuvieron tanto respaldo. El fraude terminó con las ilusiones y la masa engañada y dolida vio que sólo el camino de las armas significaba una garantía para ella.

No creo coger cara de profesor o académico al decir que creo que bastan estos aspectos de la realidad salvadoreña de entonces para comprobar que nos encontrábamos con una situación revolucionaria típica y que era necesario pasar a la acción. No creo que se nos deba atribuir aventurerismo pequeñoburgués por haberlo hecho. Incluso lo hicimos demasiado tarde, como pendejos, lo hicimos después de que el enemigo había comenzado la represión y nos había asestado golpes demoledores en los aparatos de dirección, en los núcleos militares básicos, poniéndonos por completo a la defensiva. Creo que nuestros errores fueron de derecha y no de izquierda. Nuestros errores fueron por una parte de vacilación en la aplicación de una línea que era en lo fundamental correcta, lo cual no permitió el aprovechamiento de la oportunidad, adecuada, la sorpresa, el mantenimiento de la iniciativa, etc. Nuestros errores fueron también de un tremendo desprecio por los medios materiales para la insurrección: armas, transporte, medios económicos, comunicaciones, etc. Y desde luego, nuestros fundamentales y principales errores fueron de tipo militar y organizativo, como tendré chance de explicarlo más adelante. Nosotros creíamos que teníamos un partido suficientemente capacitado para dirigir la insurrección. Este es tal vez uno de los aspectos que se pueden discutir de acuerdo con los resultados, pero después de los hechos, es decir, ahora. Lo que quiero decir es que creo que estábamos a la altura de lo que corrientemente se entendía en aquel tiempo a nivel internacional como un partido capacitado para dirigir a las masas en la acción hacia el poder. En nuestra forma organizativa y nuestra actividad seguíamos las normas leninistas fundamentales, tratando de adaptarlas a nuestro medio. ¿Me van a decir ahora que debíamos haber supuesto que un partido leninista clásico no es un organismo suficientemente capacitado para plantearse la toma del poder si no tiene resuelto el problema militar? Pues eso era exactamente lo que nosotros suponíamos. No éramos niños de pecho. Como ya lo he dicho, nosotros creíamos que con la fuerza con que contábamos en el seno del ejército bastaba para iniciar la insurrección y tener suficientes cuadros de mando para poner al frente de las masas insurrectas de acuerdo con el plan operativo elaborado y del cual hablaré después.

70 Incluso quiero decir que yo en lo personal lo sigo creyendo, incluso ahora que ya puedo citar muchas frases de Lenin sobre este tipo de problemas:

Quisiera hacer aquí un paréntesis y aprovechar para decir de una vez por todas que nosotros no recibimos «órdenes» ni «consignas» de la Internacional Comunista para «hacer» la insurrección. La participación de nuestro partido en aquel acontecimiento histórico de nuestro país es responsabilidad exclusiva de los comunistas salvadoreños. No cabe duda que en aquella época predominaba en el seno de la IC una tendencia sectaria que sin duda tenía una influencia importante en nuestra manera de pensar. Pero la decisión, el análisis previo y la forma en que se emprendieron las acciones fueron exclusivamente nuestras, basadas en los datos locales de nuestro país, de acuerdo a nuestro punto de vista. En este sentido, a la Internacional Comunista no le cabe en los sucesos del año 32 en El Salvador otra responsabilidad que la de haber sido el marco histórico-mundial proletario en el cual se movía nuestro partido. Digo esto porque los publicistas burgueses y la prensa salvadoreña se han aburrido calumniando y mintiendo en el sentido de que los sucesos del 32 se llevaron a cabo en aplicación de órdenes concretas provenientes de Moscú, de la Internacional, de Stalin mismo. Esta es una estupidez y una bandidencia más del enemigo de clase. Tampoco es cierto que la URSS o la Internacional nos proporcionara cuantiosos medios económicos para hacer la insurrección. La única y escasísima ayuda económica que durante algún tiempo recibimos del extranjero fue a través del Socorro Rojo Internacional y para eso que no pasaba de cincuenta dólares al mes, ayuda destinada a las familias de los caídos en la represión, a la defensa de los presos, etc. Si hubiéramos recibido de afuera grandes cantidades de dinero, armas, etc., de seguro que hubiéramos puesto a parir por mucho tiempo al gobierno del general Martínez y no nos hubiera caído tan destructivamente la acción reaccionaria. Desde luego es menester decir también en voz alta algo que nunca negaríamos: los comunistas salvadoreños del 32 entendíamos que con nuestra labor revolucionaria contribuíamos también a fortalecer las posiciones del comunismo en el mundo y que en concreto nuestra labor ayudaba directamente a la consolidación y al desarrollo de la Unión Soviética, única patria donde el proletariado había tomado entonces el poder. Los comunistas siempre hemos sido esencialmente internacionalistas y precisamente por eso es que somos los mejores patriotas: porque nuestro deber internacional más alto consiste en hacer la

revolución en cada uno de nuestros países. Aclaro este punto porque es importante porque es justo y porque es verdad.

También es conveniente situar, por muchos motivos y para ordenar la discusión que se pueda dar algún día sobre estos acontecimientos, el carácter leninista de la actividad del Partido Comunista Salvadoreño desde su nacimiento hasta la masacre del 32. Creo que los hechos siguientes lo fundamentan:

—Nuestra actividad estuvo dirigida principalmente a las masas trabajadoras de la ciudad y del campo (artesanos y obreros urbanos, empleados; campesinos pobres, semiproletarios y proletarios agrícolas), es decir, al sector explotado fundamental del país.

—Estuvo ligada como lucha de masas a todas las capas susceptibles de incorporación, o sea: campesinos medios, dueños pobres de taller, pescadores, vendedores de pequeños comercios ambulantes o no, inquilinos de tierra y vivienda, estudiantes y profesionales, burgueses progresistas, etc. Para cada sector, nuestro partido elaboró programas de demandas específicas sobre las cuales basar su integración a la lucha. Se organizó a los desocupados en demandas de pan y trabajo.

—Se conquistó por parte nuestra la dirección de la Federación Regional de Trabajadores Salvadoreños, principal organización de masas del país, arrebatándola de manos de los reformistas y anarcosindicalistas, lo cual, a más de una necesidad concreta en nuestro país del desarrollo del movimiento revolucionario, era un problema planteado a nivel mundial para todo el movimiento comunista.

—Se proclamó muy principalmente nuestra ligazón internacional con todos los revolucionarios del mundo y con todos los explotados. Proclamamos entre las masas nuestro apoyo a la lucha antimperialista del general Sandino en Nicaragua, a la China revolucionaria, etc., y nuestra solidaridad con el movimiento internacional de los obreros y campesinos organizados y con la Unión Soviética.

—Organizamos y dirigimos huelgas económicas amplias y numerosas en la ciudad y el campo y realizamos incontables y amplias acciones de masas (mítines, concentraciones campesinas —públicas y secretas—, manifestaciones políticas y sindicales, acciones de agitación y propaganda, etc.) contra la injusticia social y el imperialismo, contra la política represiva del régimen, que elevaron la conciencia de las masas y contribuyeron a profundizar la crisis política nacional.

72 —Teníamos asimismo una política concreta (la revolución democrático-burguesa en los términos que he dejado expuestos) y un programa detallado. Por cierto que todas las copias de este programa desaparecieron y no he podido volver a ver ni una desde entonces. Habría que preguntarle a los camaradas soviéticos si no tienen ejemplares en el archivo de la Internacional, porque nosotros les enviamos entonces un montón.

Ahora bien, para dar un panorama completo, los pro y los contra, quiero decir que quienes en el interior del partido se oponían rotundamente a la insurrección, daban, para fundar su criterio, las siguientes razones:

1º) Que solamente teníamos una influencia parcial en el país y que no contábamos con el apoyo de la zona oriental de la república. Esto era falso. Teníamos hasta apoyo militar en la zona oriental y el trabajo de agitación, organización y propaganda era amplio, aunque menor que en el centro y occidente. Además contábamos con que una vez tomadas todas las imprentas y los periódicos, podríamos inundar oriente con nuestra propaganda, destacar equipos de agitadores especializados, etc.

2º) Que había muchos compañeros presos que podían ser masacrados por el gobierno en cuanto comenzáramos las operaciones. Lo que habría que haber planteado fue la forma de rescatar a estos camaradas, pues los resultados fueron que el gobierno de todas maneras mató a los presos que ya tenía y a muchos miles más que andaban «en libertad». Cuando se discutía esto en la dirección del partido, los presos se contaban aún con los dedos de la mano: los hermanos Mojica de Sonsonate, el camarada Zafarrancho, Gabriel Mestica, el camarada Erizábal, etc. Y luego Martí, Luna, Zapata.

3º) Que el imperialismo norteamericano por mucho menos de lo que nosotros proyectábamos había invadido Nicaragua y no dejaría pasar 24 horas sin lanzarnos la invasión militar directa en el caso de que tomáramos el poder, y que no estaríamos en capacidad de hacer frente a sus tropas modernamente equipadas y con gran organización. Esta tesis se nos echó en cara antes y después de la insurrección y no sólo en El Salvador sino en el seno de la Internacional. Camaradas como Panelón, del partido argentino, y Siqueiros, del partido mexicano, la esgrimieron contra nosotros. Nosotros sin embargo no creíamos (y yo veo aún que había mucha razón en nuestra apreciación) que una intervención armada directa del imperialismo

fuera fatal, segura. No eran tan fuertes entonces como para hacer lo que les diera la gana. Inclusive después de la masacre, cuando quisieron desembarcar tropas, el general Martínez no los dejó bajar a tierra como ellos querían. Pero incluso ante la realidad de una intervención yanqui de gran envergadura, el general Sandino nos había mostrado ya el camino desde las selvas segovianas de Nicaragua: la guerrilla en la montaña, la guerra nacional contra el invasor. Y en el caso salvadoreño (partiendo de la posibilidad de triunfo insurreccional que estamos planteando) los yanquis iban a tener que enfrentar una lucha de masas que para entonces, es decir, cuando ellos desembarcaran, ya habría destrozado el poder de la burguesía local. La cosa no era tan sencilla. Además, el programa de la revolución democrático-burguesa daba, como he dicho, campo de maniobra frente al imperialismo. Claro, que en este terreno hubo también camaradas que se fueron del otro lado, es decir, que subestimaban por completo el peligro imperialista y que simplemente creían que éste se iba a quedar con los brazos cruzados para siempre y que hasta nos iba a ayudar. Eso sí ya era orinarse fuera de la bacínica, como decimos los salvadoreños.

4º) Que nuestro partido no estaba en capacidad de dirigir a las masas hacia la insurrección, ni política, ni organizativa, ni militar, ni ideológicamente. En este aspecto hay que establecer algunas diferencias, digo yo. Creo que nuestro partido habría estado en capacidad de dirigir una insurrección en la que se hubiera tenido y conservado la iniciativa y la sorpresa. Pero la verdad es que, por las vacilaciones y los retrasos, por las groseras violaciones de las más elementales medidas de seguridad conspirativa, la insurrección vino a iniciarse por nuestra parte, como ya lo he dicho más de una vez, cuando ya el gobierno había asesinado a todos los oficiales y soldados comunistas dentro del ejército burgués, había capturado y liquidado o estaba a punto de liquidarlos, a la mayor parte de los miembros de la dirección del partido y de las organizaciones de masas. Creo que es mejor pasar a los detalles de la insurrección, para no seguir hablando un poco en el aire. Pues hay que recordar que no estoy tratando de meterme en una discusión teórica.

El inicio de la insurrección se aprobó para el día 16 de enero en una reunión llevada a cabo el 7 de enero, como ya dejé relatado. Ya para el 14 de enero era evidente para todos nosotros que el gobierno tenía información fundamental sobre nuestros planes. En vez de acelerar los preparativos y precipitar los acontecimientos (ya que

74 no había ninguna posibilidad de dar marcha atrás dado el estado de ánimo de las masas que se habrían insurreccionado espontáneamente en ausencia del partido y dadas las provocaciones armadas del gobierno y del ejército contra la población campesina) se aprobó en el Comité Central un nuevo aplazamiento del inicio de las acciones, esta vez para el día 19. Este día fue capturado Farabundo Martí, el dirigente más reputado y autorizado del partido, junto con los camaradas Luna y Zapata, importantes dirigentes del movimiento estudiantil, de las masas urbanas de San Salvador y del partido. Después de largas discusiones se aprobó la insurrección para el 22 de enero. A esas alturas, prácticamente, ya había comenzado la represión en gran escala. El día 16, por ejemplo, nuestros camaradas soldados del Sexto Regimiento de Ametralladoras comenzaron a limpiar sus armas para iniciar las acciones, ya que seguían las consignas emitidas el día 7. Los oficiales se extrañaron muchísimo con aquellos movimientos y hubo además la denuncia directa de un sargento a quien los camaradas le revelaron los planes de alzamiento para tratar de atraerlo. Ese mismo día, con tropas de otros cuarteles y de la guardia nacional que llegaron sorpresivamente al sexto, asesinaron a casi todos los camaradas soldados y clases y los pocos sobrevivientes fueron encerrados en la penitenciaría hasta su muerte, como en el caso de un camarada sargento de apellido Merlos, y otros. Para nosotros aquel asesinato masivo significó en términos operacionales la pérdida de dos compañías de ametralladoras, que habrían sido determinantes si hubieran podido actuar plenamente en el inicio de la insurrección. Asimismo, fueron muertos o controlados, reducidos a la impotencia, nuestros camaradas del cuartel de Casa Mata (Primer Regimiento de Caballería, donde se perdió totalmente una compañía, por liquidación física), del cuartel El Zapote (Primer Regimiento de Infantería) y de la aviación. Además de los asesinatos masivos en el interior de los cuarteles, la comandancia del ejército dispuso un mutuo traslado de tropas y oficiales entre unos y otros cuarteles de la república a fin de descoordinar toda posible operación de alzamiento interno. A los más reconocidos como comunistas se les siguió asesinando en estos traslados, incluso a pelotones y compañías completas, a los cuales el mismo ejército les tendía emboscadas de destrucción total. Asimismo, se hizo un rápido y masivo reclutamiento forzoso de tropas en oriente, donde nuestra propaganda era débil, tropa con la cual se reprimió en la zona occidental y en el centro. No estuvimos en capacidad, en aquellas circunstancias, de coordinar la acción con los núcleos que tenía-

mos en oriente tanto dentro del ejército como en la población de San Miguel y la Unión, que se habían organizado en contingentes paramilitares armados, incluso hasta con compañías de zapadores, sanitarios, etc.

Este descalabro inicial en el seno de nuestros núcleos en el ejército fue terrible para nosotros, decisivo en realidad, de acuerdo con nuestro elemental plan militar que expondré en sus rasgos generales más adelante.⁽²⁾

Para comprender hasta qué punto el gobierno nos tomó la delantera y nos construyó (a nosotros y al pueblo salvadoreño) una trampa mortal, hay que conocer el documento falsificado y atribuido a la secretaría general del partido, que con el nombre de «Instrucciones al comunismo salvadoreño para su ofensiva general del 22 de enero de 1932» comenzó a circular abundantemente por todo el país, por lo menos a partir del día veinte. El documento es el siguiente, con todos sus puntos y comas:

A LOS COMITÉS EJECUTIVOS DEPARTAMENTALES DEL PARTIDO COMUNISTA. INSTRUCCIONES GENERALES URGENTES.

1º) Todos los comandantes rojos deberán operar obedeciendo las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC.

2º) El día 22 de enero de 1932, a las doce en punto de la noche, deberán estar movilizados y listos para el asalto de los cuarteles de las cabeceras departamentales todos los contingentes de nuestras organizaciones revolucionarias, empujando así la acción inmediata para la toma de dichos cuarteles, así como los puestos de la policía y la guardia nacional.

3º) La acción sobre las fuerzas de la guardia nacional deberá ser decisiva, no dejando con vida a ninguno de estos agentes, apoderándose de todas las armas y municiones que tengan.

4º) La acción revolucionaria contra la burguesía deberá ser lo más contundente que sea posible a efecto de que, en pocas horas de terror inmisericorde, quede reducida a la más absoluta impotencia, empleando contra ellos los medios oportunos, es decir: fusilación inmediata o muerte en cualquier otra forma, sin detenerse en nada.

5º) A la casa de todos los burgueses, propietarios y terratenientes conocidos, deberán penetrar nuestras fuerzas, aca-

bando con todos ellos y respetando sólo la vida de los niños y poniendo a disposición de los Comités Ejecutivos Departamentales del Partido Comunista todos los fondos de dichas casas y todo lo que guarden en sus bodegas o graneros.

6º) Deberán ser abiertos todos los almacenes y casas de bancos, apoderándose inmediatamente de todo lo que en ellos se encuentre y poniéndolo todo a las órdenes inmediatas de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC.

7º) Deberá procederse a la requisa de los carros y camiones, lo mismo que a la requisa de toda la gasolina que se encuentre en las tiendas, almacenes y casas particulares.

8º) Las casas vacías y desocupadas deberán estar listas para ser ocupadas para el acuartelamiento de la fuerza del Ejército Rojo y para el abrigo de las familias de obreros y campesinos.

9º) Inmediatamente después de la toma de los cuarteles y demás puestos de la policía y la guardia, y de haber sido reducida a la más absoluta impotencia la burguesía por la acción violenta y decidida de las fuerzas del Ejército Rojo, deberá iniciarse la marcha sobre la capital, disponiendo para ella de todos los vehículos que se tengan, a efecto de que dicha marcha sea lo más rápida posible.

10º) A las órdenes de los Comités Ejecutivos Departamentales del PC deberán estar dos carros de los mejores, los cuales deberán ser manejados por camaradas de la más absoluta confianza.

11º) A todo contrarrevolucionario, así como a todas las fuerzas restantes, deberá fusilárseles sin previo consejo de guerra, inmediatamente de ser capturados.

12º) Toda resistencia de parte del ejército blanco, así como a todos los que en una forma u otra se opongan a la marcha y desarrollo de las operaciones del Ejército Rojo, deberá ser castigada inmediatamente con la pena de muerte.

13º) El abastecimiento de las fuerzas del Ejército Rojo deberá verificarse nombrando para ello comisiones especiales, quienes se encargarán de la alimentación y vestuario.

14º) Deberá organizarse la Cruz Roja, en la cual deben tomar parte todas las camaradas y a disposición de dicha Cruz Roja deberán ponerse todos los vehículos que sean necesarios. A todos los profesionales, como médicos, practicantes de medicina y de farmacia que se nieguen a prestar sus servicios a las fuerzas revolucionarias, deberá tratárseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente. Y a los que voluntariamente se pongan a las órdenes de nues-

tras fuerzas, deberá tratárseles con toda clase de consideraciones.

15º) Deberá organizarse el cuerpo de telegrafistas y telefonistas, procediendo a la custodia, por medio de tropas rojas, de las oficinas que caigan en poder de nuestras fuerzas, fusilando a los empleados contrarrevolucionarios que traicionen o se nieguen a trabajar al servicio de la revolución.

16º) Las imprentas deberán ser custodiadas, poniendo inmediatamente a trabajar a todos los empleados que tengan bajo la dirección del Partido Comunista, entendidos para que se encarguen de la edición de manifiestos comunistas, diarios, periódicos, etc. A los que se nieguen a prestar estos servicios deberá tratárseles como contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente.

17º) Las fuerzas del Ejército Rojo deberán ser tratadas bajo la más estricta disciplina revolucionaria, considerando como contrarrevolucionarios a todos los que desobedezcan las órdenes y fusilándolos inmediatamente.

18º) En vez de municipalidades, deberán proclamarse los soviets, los cuales deben constituirse por consejos de obreros, campesinos y soldados, quienes administrarán la producción y el reparto de la producción con poder suficiente para proceder por su cuenta contra elementos contrarrevolucionarios, fusilándolos inmediatamente.

19º) A las órdenes de los soviets deberá quedar una policía que infundirá con los hechos el terror más grande a la burguesía, capturando y fusilando a todos los elementos reaccionarios y contrarrevolucionarios que aún queden vivos después de la toma de las cabeceras departamentales.

20º) Los Comités Ejecutivos Departamentales quedarán ampliamente facultados para proceder a la toma de todas las medidas que tiendan al afianzamiento rápido de nuestra fuerza y a la conquista inmediata del poder, sabiendo de antemano que todo el éxito de la acción depende de la decisión y disciplina que se emplee en los momentos de la lucha, sin olvidar que mientras la toma de los cuarteles de la capital no se verifique, nada casi se habrá hecho. Por consiguiente, todos deben saber que el objetivo principal es la toma de los cuarteles de la capital y el aplastamiento de la gran burguesía capitalista que en ella vive.

21º) Las fuerzas revolucionarias podrán hacer uso de los ferrocarriles, tratando como contrarrevolucionarios a todos los empleados que se nieguen a prestar sus servicios, fusilándolos inmediatamente.

22º) Deberá darse preferencia para marchar sobre la capital a las carreteras, haciendo uso de todos los carros y camiones que se tengan disponibles y estableciendo un contacto con las tropas de retaguardia por medio de correos en forma de estafetas.

23º) Nada deberá detener a las fuerzas revolucionarias. La menor vacilación será fatal. La ofensiva debe ser desarrollada a toda costa. La defensiva es, como lo sabemos, la muerte de la insurrección. Los golpes deberán descargarse contra todos y contra todo aquello que se oponga a la marcha y desarrollo de nuestras operaciones. Todos los obstáculos deberán ser salvados con empuje revolucionario y con la mayor de las audacias.

24º) Ofensiva general y el mayor terror contra la burguesía, aplastándola en pocas horas y reduciéndola a la nada.

25º) ¡Qué vivan las tropas del Ejército Rojo, que lucharán gloriosamente por la conquista del poder! ¡Qué vivan los guardias rojos! ¡Qué vivan los valientes soldados del Ejército Rojo! ¡Qué viva la revolución proletaria!

San Salvador, 16 de enero de 1932, Secretaría General.

Como se ve, se trata de un documento muy malicioso y muy hábilmente confeccionado, que circuló mucho y realmente nos hizo bastante daño, pues nos presentó ante los ojos de mucha gente sencilla como una bandáda de asesinos, sedientos de sangre, que fusilaban por cualquier cosa y sin preguntar o hacer juicio. También tenía este documento el propósito de atemorizar al ejercito, a los elementos de la guardia nacional y la policía, al hacerles creer que nuestras intenciones eran de asesinarlos a todos. Con esto el gobierno perseguía que sus tropas y cuerpos de seguridad nos combatieran hasta el último tiro y no creyeran en nuestra propaganda que los invitaba a pasarse a nuestras filas y que en verdad estaba dando resultados. Formidables en diversos cuarteles, como el mismo enemigo reconoce, a través de Schlésinger, por ejemplo. Este falso documento perjudicó sobre todo porque estaba redactado en un lenguaje muy parecido al nuestro y porque señalaba muchas actividades que indudablemente nosotros tendríamos que desarrollar en el curso de la insurrección (y acerca de las cuales se había discutido en diversas reuniones a nivel de dirección), con la requisita y ocupación de muchos servicios públicos, sobre todo en materia de trasportes y comunicaciones. Lo único que el documento ese le daba a la actividad insurreccional una mano de sangre tal, que repugnó mucho

en contra nuestra, inclusive en el seno de nuestras propias filas; dando lugar a mucha confusión. Fue en documentos como este que las fuerzas represivas trataron de basar la justificación del asesinato masivo de más de treinta mil campesinos y obreros; alegando que se trataba de una acción preventiva contra los crímenes programados supuestamente por los comunistas. Eso independientemente de las bolas que se echaron a correr: que íbamos a violar a las mujeres, que íbamos a ahorcar a todos los curas, etc. Y en documentos como este fue también que, posteriormente, se basaron algunos partidos hermanos de la Internacional para decir que el nuestro no era un partido, sino una partida de macheteros. El enemigo logró su objetivo confusionista en todos los niveles, inclusive en algunos que no tenía en su mente. La verdad fue distinta. Si nuestro partido hubiera llamado a degüello, si hubiera cometido ese crimen irresponsable y contrarrevolucionario, el drama salvadoreño habría sido aún más catastrófico porque si a alguna organización obedecían las masas populares, sobre todo las masas campesinas, en nuestro país, era a nuestro partido, a nuestro Comité Central. Baste decir, como ya veremos luego en detalle, que los muertos causados por nuestras fuerzas insurreccionadas fueron alrededor de veinte y casi todos ellos cayeron en combate, exceptuando uno o dos casos en que se cayó ciertamente en un exceso reprobable. En cambio el gobierno, repito, al desatar la represión, no paró la masacre hasta haber asesinado a más de treinta mil de nuestros hermanos, la gran mayoría de ellos absolutamente inocentes de toda participación en el trabajo revolucionario.

Examinemos ahora con más detalle los hechos de la insurrección frustrada y de su terrible represión.

Las acciones de insurrección popular se llevaron a cabo principalmente en el occidente del país, como es sabido. En Tacuba se asaltó la Guardia nacional y se tomó el pueblo por uno o dos días, instaurándose un soviét local. En Ahuachapán las masas sitiaron el cuartel departamental y plantearon un duro combate, pero no se logró dominar la situación. La acción más grande fue la de Sonsonate, donde los campesinos se tomaron el edificio de la aduana y varios otros puntos estratégicos. Se asaltó el cuartel del Regimiento Departamental, pero el fuego de las ametralladoras nos hizo mucho daño. Sin embargo, diecisiete de nuestros combatientes lograron penetrar al cuartel a puro machete, pero por la falta de apoyo con un buen volumen de fuego fueron aislados del resto de la masa y fusilados

80 en plena acción. Sonsonate es la tercera o la cuarta ciudad de El Salvador en orden de importancia. En Juayúa se tomó el cuartel local, se instauró el soviét y por tres días la bandera roja ondeó allí al lado de la bandera de El Salvador. Con la represión posterior creo que ninguno de los miembros del soviét de Juayúa sobrevivió. Como dice el tal Pedro Geoffroy en uno de sus poemas: «Al primer soviét de América, lo hicieron mierda a balazos.» Tanto habló de mierda Pedrito en sus versos que terminó bañándose en ella. En Izalco, asimismo, un contingente de unos dos mil camaradas se tomó el pueblo durante tres días y tres noches y sólo mediante el ametrallamiento y bombardeo aéreo fue que dicho contingente se retiró, dispersándose. Nahuizalco se tomó por completo, por un período igual. En Teotepeque las acciones estuvieron dirigidas por el padre de Farabundo Martí, quien comenzó por tomarse la alcaldía a punta de pistola. Nuestras fuerzas se posesionaron asimismo por breve tiempo de Tacuba, Ataco (que era el pueblo natal de los compañeros Cuenca, cuyo padre y hermanos menores fueron ahorcados luego por el ejército y las llamadas guardias cívicas), Salcoatitán Colón, Sonzacate, Turín, San Julián (que fue seriamente bombardeada y ametrallada por la aviación del régimen) y estaban listas para caer sobre Armenia y Ateos. La intensa y bien organizada represión del régimen nos desalojó de todas nuestras posiciones, desorganizó nuestras columnas y lanzó a la fuga, en alocada dispersión por los campos y montañas, a nuestros camaradas y simpatizantes, creando así las condiciones para el aniquilamiento masivo y prácticamente sin respuesta de la población. El asesinato de miles y miles de salvadoreños fue fríamente planificado por el gobierno martinista y los altos mandos militares, con el total respaldo de los núcleos más poderosos de la oligarquía criolla y la naciente burguesía local, y fue llevado a la práctica contra el pueblo en general, indiscriminadamente en lo que tocaba a campesinos y obreros, a lo largo y ancho de todo el país y no solamente en las zonas de acción, aunque en estas zonas, desde luego, la matanza fue mucho mayor. Se trataba de borrar todo vestigio de organización popular eliminando físicamente la militancia real o potencial de las organizaciones democráticas y populares, incluidas las menos radicales. Y se trataba de hacerlo para siempre, para crear una desolación que durara años y años. Los primeros días murieron cerca de dos mil hombres diarios y luego se siguió asesinando al por menor durante dos o tres meses, en toda la república. Y a nivel de asesinato individual, prácticamente durante los trece años del gobierno del general Martínez. A los compañeros que

se trasladaron a otras zonas, los localizaban por las listas de vecinos que se elaboraban en las oficinas de telégrafos y correos por medio del recibo de cartas, e inmediatamente los mandaban a matar, y a los que permanecían cerca de sus pueblos los mataban en cuanto eran reconocidos. Las extensas listas de votantes comunistas usadas para las elecciones dieron la base para la localización y la liquidación de miles de personas. Comisiones de guardias nacionales y policías secretos, vestidos de paisano, recorrían las fincas del país en los días de pago y a quien reconocían como revolucionario o simpatizante comunista, o a quien creían reconocer, lo sacaban de inmediato de la fila y lo iban a matar ahí nomás, en cualquier momento. Los demás campesinos oían los tiros y los gritos y sabían que había caído un comunista más. El terror era, pues, tremendo. Además en cada localidad se organizaron guardias blancas contrarrevolucionarias llamadas «guardias cívicas», formadas por elementos burgueses, oportunistas, delincuentes o fanáticos reaccionarios, que se encargaron de localizar y entregar a los cuerpos armados a las personas clasificadas anteriormente como comunistas o progresistas, y asimismo de cometer por la propia mano asesinatos, robos, violaciones, torturas, etc., en contra de las capas humildes de la población. Incluso personas que luego han pasado a la historia de nuestro país como demócratas y hasta progresistas, formaron parte de estas gavillas criminales y participaron en las más tremendas fechorías contra el pueblo. Ni se diga la cantidad de odios y pleitos personales que se zanjaron por estas vías cobardes.

Es imposible relatar siquiera aproximadamente los detalles de la barbarie desatada en todo el país por la represión del gobierno burgués del general Martínez. Han pasado muchos años y ya en la cabeza de nuestros compatriotas se han acumulado prejuicios casi inmovibles sobre el 32. Desgraciadamente, también las grandes cifras nos dejan fríos y tampoco nos comunican la verdadera intensidad de aquellos acontecimientos. Y también es cierto que el imperialismo en todas partes del mundo ha seguido cometiendo crímenes enormes que dejan atrás el terror de aquellos días que nosotros creíamos insuperables. Pero creo que el drama del 32 es para El Salvador lo que fue la barbarie nazi para Europa, la barbarie norteamericana en Viet Nam, un fenómeno que cambió por completo, en sentido negativo, la faz de una nación. De parte del pueblo salvadoreño hubo en los acontecimientos del año 32 más de treinta mil muertos, lo cual era más del dos y medio por ciento de la población

82 de aquella época. No echamos en la cuenta a los heridos, golpeados, torturados, etc., sólo a los muertos. Tratemos de recordar que cada uno de esos muertos no era un simple número sino una persona con anhelos, dolores y sentimientos; con nombre, apellido, intereses, opiniones, familia, amigos. Es verdaderamente terrible. Y como decía, los sobrevivientes pagaron también un precio terrible: heridos, torturados, apaleados, presos, mujeres violadas, niños que quedaron huérfanos, familias que desde entonces pasaron su vida huyendo de la muerte y de la persecución, hambreados, expulsados de sus hogares, familias divididas, personas despojadas de todo lo que tenían, etc., etc. para no hablar de los miles y miles de compatriotas que tuvieron que salir huyendo con solamente la ropa que tenían encima hacia otras tierras como Guatemala, Honduras, Nicaragua. Hay que decir que la más grande oleada masiva de migración salvadoreña rumbo a Honduras se produjo en el año 1932. Desde ese año maldito todos nosotros somos otros hombres y creo que desde entonces El Salvador es otro país. El Salvador es hoy, ante todo, hechura de aquella barbarie; así lo creo yo firmemente. Todo lo demás son colochos, adornos, caramelos para babosear al pueblo. Puede que haya cambiado el estilo de los gobernantes, pero el modo de pensar básico que aún nos golpea es el de los masacradores de 1932. Basta pensar en muchos nombres de civiles y militares que hoy ocupan los principales puestos en la administración pública y en las fuerzas represivas. Digo todo esto porque la verdad es que no sé por dónde empezar para tratar aunque sea parcialmente esto de los crímenes cometidos por los ricos y por el ejército salvadoreño contra el pueblo en aquel entonces. Sólo diré que las mayores masacres colectivas se dieron en Soyapango (donde se fusiló a la mayor parte de los prisioneros capturados en San Salvador y en oriente), Ilopango, Asino (igualmente), el Playón (Cujuapa) donde mataron a un gran contingente de camaradas o simpatizantes capturados en distintos puntos del país y de una vez, por puro sadismo, a todos los presos comunes que trabajaban forzados en una carretera que pasaba por allí; en Santiago Texacuangos, en Colón, Comasagua, Tacuba, Izalco, Juayúa, Salcoatitán (donde asimismo se ametralló a una gran multitud congregada en la plaza pública), Zaragoza, Teotepeque, Jayaque, alrededores de Santa Tecla y Ahuachapán. En Armenia, un general de apellido Pinto mató personalmente a setecientos campesinos después que sus soldados los obligaban a abrir la fosa, uno por uno. El general Ochoa, gobernador que fue de San Miguel, obligaba a los capturados a caminar de rodillas hasta donde estaba él sentado en una silla, en el patio del cuartel, y les

decía: «Vení, olé la pistola.» Los reos le suplicaban por Dios y por sus hijos, le lloraban y le imploraban, pues antes de entrar al patio habían oído disparos intermitentes. Pero el bárbaro general insistía y convencía: «Si no olés la pistola es que sos comunista y tenés miedo. El que nada debe, nada teme.» El campesino olía el cañón y ahí mismo el general le pegaba el balazo en la cara. «Que pase el otro» —decía luego. El famoso «héroe» de la lucha contra Martínez en 1944, el coronel Tito Tomás Calvo, fue el verdugo de Izalco y tenía una variante hija de puta con respecto al truquito del general Ochoa. Cuando llegaba el campesino preso y amarrado, le decía: «Abrí la boca y cerrá los ojos, a ver como tenés las muelas.» Simulaban que era un examen físico para el reclutamiento forzado. Cuando el hombre abría la boca Tito Calvo le daba un tiro en el paladar. Todos estos hechos los conoció medio mundo en El Salvador. Lo que pasa es que mucha gente suele hacerse olvidadiza a su favor. Este mismo famoso «héroe», Tito Tomás Calvo, ametralló en la iglesia de Concepción de Izalco, que era un simple ranchón con atrio, a más de doscientas personas de una sola vez, la mayor parte mujeres y niños. En Chanmico y Las Granadillas, los guardias nacionales incendiaron todos los ranchos de una zona de veinte kilómetros a la redonda y violaron a todas las mujeres mayores de diez años. A los hermanos Mojica, que estaban presos en Sonsonate desde antes de las acciones, los asesinaron después de horribles torturas, aunque no habían participado, como era lógico, en las acciones. En Tacuba, como ya dije, ahorcaron al anciano padre de los compañeros Cuenca, que no había participado en las actividades políticas de sus hijos, juntamente con los únicos de entre ellos que tampoco habían participado, como en el caso de Benjamín que era un niño. A un camarada de Nahuizalco lo ahorcaron en presencia de su familia y luego los soldados lanzaban el cuerpo al aire tomándolo por los brazos y por las piernas y otros soldados lo recogían aún en el aire, enganchándolo con las bayonetas. En Izalco, para el ahorcamiento del respetado líder indígena Feliciano Ama, llevaron a presenciar el espectáculo a los niños de las escuelas, «para que no olvidaran lo que les pasa a los comunistas que osan levantarse contra sus patrones y las autoridades establecidas». La aviación pasó días y más días ametrallando las zonas rurales: persona que se movía era persona que hacía escupir fuego a los aviones. La gente de Feliciano Ama en los alrededores fueron masacradas así, y por medio de la infantería punitiva. Por cierto que Ama ha quedado en la historia nacional como el último gran representante de la rebeldía indígena, seguidor de la

84 tradición de Anastasio Aquino. Ama había ingresado al comunismo y con él había ingresado a nuestras filas lo más puro de nuestra nacionalidad. Pero Ama no había entrado a la lucha en calidad de indio, sino en calidad de explotado. La familia Regalado, por ejemplo, le había robado toda su tierra y la había hecho apalear y colgar por los dedos. Siguiendo con los ejemplos de barbarie diré que todos los caseños de la zona alta del departamento de Ahuachapán, absolutamente todos, fueron arrastrados por la metralla. Ni siquiera preguntaban o capturaban, el fuego y el plomo era el único argumento. En el caso de los ranchos de paja, primero disparaban y luego entraban a ver si había gente en el interior. Un chofer que años más tarde ingresó al partido y que aún milita entre nuestras filas, nos cuenta que trabajaba en una finca cafetalera de Ahuachapán y que el 25 ó 26 de enero fue obligado por un destacamento del ejército a conducir un camión de carga al que se le instaló una ametralladora en la cabina. En el montacarga del camión se instaló también un pelotón de soldados con armas automáticas. Salieron a patrullar, a «celar el orden», y a cualquier grupo de campesinos que encontraban en su camino, ya se hallaran conversando o vinieran caminando, sin previo aviso, a una distancia de treinta metros o más, los despedaban con el fuego de la ametralladora y de sus armas personales. Luego, el capitán que iba al mando, con una cuarenta y cinco en la mano, obligaba a nuestro actual camarada a seguir la marcha del camión pasando incluso por encima de los moribundos que se retorcián en el suelo dando alaridos. Este compañero estuvo loco casi dos años, de la impresión que le dio sentir cómo se ladeaba el camión al pasar sobre los promontorios de cadáveres. «Bien clarito sentía cuando se quebraban los huesos o se reventaban los cuerpos bajo las llantas» —recuerda el compañero. En San Salvador, a un nutrido grupo de artesanos y empleados furiosamente anticomunistas que se llegaron a presentar a un cuartel para pedir armas o para ingresar en el ejército e ir a combatir a los comunistas, los pasaron adelante cortésmente y una vez en el patio los fusilaron a todos. Eran más de cien. Durante años y años la gente del campo se quedó encontrándose a cada rato la desagradable sorpresa de ver salir de la tierra una mano de esqueleto, un pie, una calavera. Asimismo, a cada rato aparecían los animales domésticos, cerdos, perros, etc., con una mano podrida o un costillar humano entre los dientes. Los perros hicieron su agosto desenterrando cadáveres cuyos asesinos apenas los habían cubierto con una delgada capa de tierra, ya que no había tiempo de hacer fosas profundas, había que seguir matando.

Los zopilotes fueron los seres más bien alimentados del año en El Salvador, se les veía gordos, con los plumajes lustrosos como no se les vio nunca ni se les ha vuelto a ver, felizmente. La guardia nacional fue la institución represiva más feroz. A ellos los habían engañado mucho y los superiores habían publicado supuestos documentos nuestros como el que ya dejé expuesto, en donde se decía que íbamos a acabar hasta con el último guardia después de torturarlos y vejarnos, y que íbamos a matar a sus familiares, etc. Con ese temor y ese engaño, y con el odio anticomunista que les habían inculcado en nombre de la patria, la religión, etc., los que un buen día habían sido honestos combatientes contra la delincuencia, se transformaron en bestias sanguinarias, sin escrúpulos ni piedad. La acción típica de la guardia era al llegar a cualquier ranchito campesino, ametrallarlo. Luego los sobrevivientes, si es que los había, eran alineados fuera de la casa. A los varones mayores de diez o doce años se les fusilaba, con o sin previa tortura, con o sin interrogatorio. A las mujeres mayores de doce años y que no fueran ancianitas, se les violaba allí mismo, en presencia de sus madres, padres, maridos o hijos. Cuando no quedaban sobrevivientes se ponían los cadáveres en una horqueta o una estaca y se les agregaban rótulos en que se advertía que esa era la suerte que esperaba a todos los comunistas y que había que escarmentar y colaborar con la guardia, o bien que se trataba de una familia ultrajada y asesinada por los comunistas. No se crea que exagero. No se crea que estos son inventos propios de la imaginación de un comunista que busca justificarse y justificar a su partido. No. Los mismos gobiernos oligárquicos sucesivos de El Salvador han reconocido estos hechos en más de una ocasión y además, pese a que su línea general ha sido la de echar sobre los mismos una gruesa cortina de humo, la verdad suele surgir cada cierto tiempo para llenar de vergüenza a la nación. Hay por ejemplo un documento oficial muy importante, entre muchos otros que obran en nuestro poder, que aparece en la **Historia Militar de El Salvador**, del coronel Gregorio Bustamante Maceo (quien, dicho sea de paso, es hijo natural del Titán de Bronce cubano, el general Antonio Maceo), publicada en la Imprenta Nacional salvadoreña por orden del Ministerio del Interior en 1951, bajo el gobierno anticomunista y represivo del coronel Oscar Osorio, un gran admirador por cierto del general Martínez. Dice lo siguiente el coronel Bustamante Maceo, refiriéndose a los sucesos del 32:

Así fue que en diciembre de 1931 se efectuaron grandes levantamientos populares en los Departamentos Occidentales

de la República, organizados por los líderes principales Farabundo Martí y los estudiantes Mario Zapata y Alfonso Luna, quienes tenían su cuartel general en los suburbios de San Salvador, donde fueron capturados y fusilados inmediatamente sin forma de juicio alguno. Y habiéndoles cogido varias listas de adeptos en que figuraban nombres de muchos obreros residentes en la capital, todos fueron perseguidos y fusilados a medida que iban siendo atrapados. Inclusive obreros inocentes, que fueron denunciados por inquisidores personales. Pues bastaba el chisme de una vieja cualquiera para llevar a la muerte a muchos hombres honrados y cargados de familia. Todas las noches salían camiones cargados de víctimas, de la Dirección General de la Policía hacia las riberas del río Acelhuate, donde eran fusilados y enterrados en grandes zanjas abiertas de antemano. Ni los nombres de esos mártires tomaban los bárbaros ejecutores. El general Martínez movilizó fuerzas para enviarlas a combatir los levantamientos, dando órdenes sumamente drásticas, sin restricción alguna, a los jefes que mandaron esas tropas. Las ametralladoras comenzaron a sembrar el pánico y la muerte en las regiones de Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Colón, Santa Tecla, el Volcán de Santa Ana y todos los pueblos ribereños, desde Jiquilisco hasta Acajutla. Hubo pueblos que quedaron arrasados completamente y los obreros de la capital fueron diezmados bárbaramente. Un grupo de hombres ingenuos que se presentó voluntariamente a las autoridades prestando sus servicios, fue llevado al interior del cuartel de la Guardia Nacional, donde, puestos en fila, fueron ametrallados sin que quedara uno vivo. El pánico cundió. Varios comerciantes extranjeros pidieron auxilio a sus respectivas naciones y el gobierno británico envió barcos de guerra al puerto de Acajutla, desde donde pidieron permiso al presidente Martínez para desembarcar tropas en auxilio de sus conciudadanos. Y en prueba de ello les trascribió una parte telegráfica, fechado en la ciudad de Santa Ana, transmitido por el general don José Tomás Calderón, que decía: «Hasta el momento llevo más de cuatro mil comunistas liquidados.» La matanza era horrorosa: no se escaparon niños, ancianos ni mujeres; en Juayúa, se ordenó que se presentaran al Cabildo Municipal todos los hombres honrados que no fueran comunistas, para darles un salvoconducto, y cuando la plaza pública estaba repleta de hombres, niños y mujeres, pusieron tapadas en las calles de salida y ametrallaron a aquella multitud inocente, no dejando vivos ni a los pobres perros que siguen fielmente a sus amos indígenas. El jefe que dirigió aquella terrible masacre, pocos días después, refería con lujos de detalles aquel hecho macabro en los parques y paseos de San Salvador, jactándose de ser el héroe de tal acción. Las matanzas siguieron al por

menor, efectuadas por las famosas «cívicas»; organizadas por el general Martínez en todos los pueblos, compuestas de hombres perversos que cometieron abusos incalificables contra la vida (de las personas), las propiedades y la honra de niñas inocentes. Diariamente informaban al mandatario el número de víctimas habidas en las 24 horas transcurridas y el despojo de bienes era tal que hasta las aves de corral quedaron agotadas. Las crónicas publicadas por distintas personas afirmaron que el número de muertos ascendió a más de treinta mil, pero en realidad no bajaron de veinticuatro mil los asesinados. Jamás podrán olvidarse los aciagos meses de diciembre de 1931 y los de enero, febrero y marzo de 1932.

Hasta ahí llega el documento del general Bustamante Maceo. Creo que no hay necesidad de hacer comentarios sobre él.

La sangre de todos esos miles y miles de inocentes asesinados y vejados todavía clama justicia, del cielo o de la tierra, aunque a los revolucionarios nos corresponde que esa justicia sea de la tierra. Venganza no. No somos revanchistas románticos sino pretendemos ser revolucionarios científicos que trabajamos con las leyes de la historia. Buscar una simple venganza sería deshonar a nuestros muertos. Pero sí debemos perseguir la justicia revolucionaria frente a tan espantoso crimen. Y ella no puede ser otra que el logro de los fines últimos que perseguían las masas salvadoreñas al levantarse contra la injusticia social: un cambio de régimen social, la victoria de la revolución. Hasta mientras no venga esa justicia. Hasta mientras no venga esta justicia, nuestra nación, así se censan de engañar al pueblo los demagogos nacionalistas, no podrá ser parte del mundo civilizado, de la humanidad libre y de cara al progreso que ya ha echado a andar en todos los confines de la tierra.

Pero no hay que esperar a que la revolución triunfe para ir aclarando al pueblo estas verdades de su historia reciente. Incluso creo que mientras los sucesos del 32 no estén claros en la cabeza de los trabajadores salvadoreños, la vanguardia revolucionaria tendrá para su trabajo un obstáculo ideológico muy serio. Porque la calumnia sistemática contra los comunistas salvadoreños tiene ya casi cuarenta años. Al tiempo que las fuerzas represivas disparaban los primeros tiros contra el pueblo, la prensa burguesa, la radio, los curas católicos, los maestros en las escuelas y la universidad, etc., comenzaban una campaña enorme (que no ha terminado hasta ahora y más bien se ha agravado con la incorporación de nuevos medios de difusión como las cadenas de radio y TV, el cine, etc.) para tergiversar

88 los hechos del gran crimen y echarnos a los comunistas todas las culpas de la matanza y de los incontables atropellos. Desde entonces se comenzó a pintarnos como una horda de desalmados que entrábamos en las ciudades machete en mano, asesinando y saqueando, volándole la cabeza a los propietarios y violando a las vírgenes. Se echó a correr, recuerdo, entre otras infamias, la especie de que los comunistas habíamos repartido entre nuestras filas unos bonos que daban el derecho de pasar la noche con la mujer que uno escogiera una vez que estuviera en nuestro poder la población de que se trataba. La pequeña burguesía timorata temblaba en sus casas, pensando en sus ahorritos y en la virginidad de sus hijas. Los oligarcas permanecían tranquilos y alardosos porque sabían perfectamente que se cometían en su nombre, contra las clases menesterosas. Los hechos son de una objetividad mayúscula, por otra parte. ¿Dónde están esos numerosos «vejámenes» cometidos por nuestras fuerzas en las poblaciones que cayeron en nuestro poder? Los «grandes abusos» contra las mujeres de la burguesía por parte nuestra nunca pasaron de uno o dos casos en que, por razones de extrema necesidad, los camaradas hicieron que incluso las «mujeres distinguidas» participaran junto a sus sirvientas y mujeres humildes voluntarias en la confección de comida para la tropa hambrienta. Los muertos que nuestras tropas causaron fueron en combate o en defensa propia, con la excepción de uno o dos casos en que, como ya lo he reconocido, se cayó en un exceso criminal que desde luego nosotros habríamos sido los primeros en juzgar y castigar, en cuanto hubiera habido oportunidad. Tampoco quiero decir que una insurrección popular se hace con pinzas, algodoncitos y ceremonias. En una insurrección lo menos que se espera es que haya muchos muertos de ambos bandos y en una batalla las formas de matar no son bonitas ni mucho menos. Se insiste por ejemplo en que nuestros camaradas mataron bárbaramente a los guardias de la aduana de Sonsonate porque los mataron a machetazos y sus cadáveres estaban desfigurados. ¿Qué quería la burguesía? Los guardias de la aduana se defendían y nos atacaban a balazos y nosotros solamente teníamos machetes. ¿Qué debíamos hacer? Seguramente para nuestros acusadores calumniosos, nuestros muertos sí eran «bonitos», «civilizados», «a la moderna», porque murieron asesinados a balazos de ametralladora y fusil. Es el colmo ese reclamo y esa argumentación.

Pero veamos los hechos de nuestra supuesta barbarie a partir del momento en que se hizo el llamado a la insurrección popular por

parte del partido. Los datos de la propia prensa burguesa y reaccionaria y de los libros y folletos escritos al respecto por cagatintas o instituciones del régimen militar e inclusive de algunos estudios de especialistas anticomunistas norteamericanos, comprueban que los comunistas causamos los siguientes muertos en las acciones de insurrección o defensa ante la represión desatada:

a) Dr. Jacinto Colucho Bosque, su acompañante el señor Víctor Durán y (esto el único que lo dice es Schlésinger en su venenoso libro) el chofer que los conducía a ambos. Fueron muertos en la carretera de San Salvador a Sonsonate, al pasar por las alturas de Colón, cuando entre los patrulleros rojos que lo detuvieron hubo quienes reconocieron a Colucho Bosque como el propietario que los había tenido sometido a trabajos forzados en la carretera a Chalatenango y era culpable de mil una tropelías, como yo pude deducir de los relatos que me hicieron los compañeros de celda antes de que nos fusilaran. Si el hombre no se defiende en la forma en que lo hizo, la cosa no habría pasado de un par de pescozadas. Desde luego, la muerte no se justifica por la venganza y repito que nosotros habríamos juzgado a los culpables y deducido sus responsabilidades con el mayor rigor revolucionario. Pero si fuera verdad que estos camaradas que mataron a Colucho Bosque eran unos simples asesinos, ¿Cómo se explica -ya lo pregunté antes- que fuera a él y sus acompañantes a los únicos que mataran, si en sus manos estuvieron centenares de familias que pasaron en sus autos por el lugar, hacia San Salvador, hacia Santa Ana o hacia Sonsonate y que fueron sometidas a control comunista de tránsito?

b) El telegrafista de Colón cuyo nombre no se menciona y el comandante local y secretario municipal del mismo lugar, coronel Domingo Campos y Efraín Alvarenga, respectivamente. El telegrafista era odiado por la población porque era confidente de la policía y el comandante local era un esbirro tal, que mantenía perennemente emplazada una ametralladora pesada en la comandancia, apuntada contra la plaza donde se reunía el pueblo. Los tres murieron en combate, defendiéndose a tiros, no fueron asesinados como dicen las fuentes burguesas.

c) El terrateniente Tobías Salazar, en el departamento de Ahuachapán, y el hacendado Juan Germán, en el mismo departamento. Fueron muertos al chocar y disparar contra patrullas comunistas.

90 d) Señor Miguel Call, alcalde de Izalco, y Rafael Castro Cárcamo, vecino de la misma localidad, que había sido candidato a la alcaldía de Chalchuapa. Fueron muertos en combate abierto, cuando trataron de impedir la entrada de las fuerzas comunistas en la ciudad.

e) Emilio Radaelli, comerciante y terrateniente de Juayúa. Coronel Mateo Vaquero, también de Juayúa. Con respecto a la muerte del primero hay varias versiones, algunas de las cuales dicen que fue muerto por sus enemigos personales, que aprovecharon la confusión y le robaron las famosas joyas que poseía y de las que nunca más se supo. Otros dicen que murió, pistola en mano, defendiéndose de los que suponía le iban a incautar sus bienes, etc. El coronel Vaquero murió en plena refriega, tratando de imponer su autoridad a balazos.

f) Murieron asimismo los ya mencionados guardias de la aduana de Sonsonate, que no pasaron de cuatro o cinco.

g) El teniente Francisco Platero, de las fuerzas represivas, que murió en las operaciones.

h) El mayor Carlos Juárez con dos de sus soldados y el general retirado Rafael Rivas, que murieron en combate en la toma de Tacuba.

i) En Nahuizalco fueron heridos los vecinos Alejandro Martínez, Alejandro García, Antonio Roca y Rafael Ramírez.

En total, pues, diecisiete muertos, más cuatro o cinco de la aduana de Sonsonate, veintiuno o veintidós muertos, y cuatro heridos. Ese fue el saldo en contra de la burguesía y de las fuerzas reaccionarias de la insurrección comunista de 1932 en El Salvador. Veintidós muertos, la casi totalidad de ellos en franco combate y el resto en circunstancias no del todo determinadas, y cuatro heridos, son las cifras que se nos pueden achacar a los comunistas en esta acción. El resto de los treinta mil muertos que hubo es culpa negra y eterna de la oligarquía y burguesía salvadoreñas, del ejército de la tiranía de Martínez, del sistema capitalista dependiente del imperialismo norteamericano que todavía subsiste en nuestro país. Como dijo, más o menos Marx, acerca de la represión llevada a cabo contra los comuneros parisinos, «la burguesía se vengó de una manera inaudita, **del miedo mortal** que había pasado». No se vengó del daño real que le hicimos, porque no le hicimos apenas ninguno.

Puede ser que haya habido más bajas, pero esas son las que ha dado y esgrimido siempre la reacción y ya se sabe que ella no desaprovecha para encajarnos cuanta acusación calumniosa encuentra a mano. Por otra parte, ¿dónde están las mujeres que violamos, los hombres

que torturamos, los grandes saqueos que hicimos? Tuvimos tiempo suficiente para hacer y deshacer en numerosas ciudades, antes de que nos desalojara la represión. Por el contrario, salvo los daños causados por los combates, salvo algunas irrupciones violentas indispensables que apenas cobraron sustos y causaron destrozos, las ciudades que cayeron en nuestras manos fueron respetadas escrupulosamente, reorganizadas con prisa, incorporadas a una nueva manera de vivir siendo iguales los unos y los otros. En la prensa de la época y en todo lo que se escribió desde entonces al respecto, sólo se habla del miedo, del temor, de lo que podría haber pasado, de lo que se imaginaban los comerciantes. Pero ¿dónde están nuestros atropellos contra las poblaciones que dominamos completamente por tres días y más? Claro está que habrá señoritingas para las cuales ayudar a echar un par de tortillas de maíz para un ejército de campesinos descalzos debe haber supuesto un ultraje mayor que la muerte, pero de ahí a aceptar que la conducta de los comunistas justificaba una represalia tan vasta, hay una distancia criminal que ni la bürda soberbia de las clases dominantes salvadoreñas puede hacer desaparecer. Aun suponiendo que nuestras acciones hubiesen dado lugar a veintidós asesinatos verdaderos e indiscutibles, no hay palabras para calificar los treinta mil y más asesinatos que cometió el gobierno del general Martínez en nombre de las clases dominantes salvadoreñas. Y es que la gran verdad, la verdad de fondo, es que estas treinta mil muertes no estuvieron dirigidas exclusivamente contra nosotros, no estuvieron dirigidas a propiciar la destrucción del Partido Comunista de El Salvador, del partido que existía en 1932. Ese gran crimen se hizo para traumatizar y mutilar al pueblo salvadoreño para un largo futuro, para asegurar las condiciones del dominio oligárquicoimperialista en el país, para instaurar una «paz de cementerio» que fuera la base de una férrea dictadura militar como la de Martínez, que por cierto duraría nada menos que trece años. Fue un asesinato colectivo perfectamente planificado y maquinal y fríamente ejecutado y sus consecuencias fueron determinantes en la historia posterior de nuestro pueblo. Lo siguen siendo hasta ahora, según mi criterio. Treinta mil salvadoreños asesinados en pocas semanas, es el argumento más grande que tiene hasta ahora el anticomunismo en El Salvador. Y su manipulación ha sido sin duda alguna magistralmente dirigida en el sentido reaccionario. Los años de dictadura martinista, la continuación del régimen militar hasta la fecha, el volumen de la propaganda imperialista durante décadas, la labor de los púlpitos, la escuela, etc, han logrado echar sobre nues-

92 tro honor revolucionario la carga terrible de aquel gran crimen, mientras los verdaderos criminales, los cuadros de mando del ejército fascista-imperialista que ha pasado por «ejército nacional de El Salvador», los burgueses que asesinaron a tanta gente, incluso por el mero gusto de probar sus escopetas nuevas en las filas de las tristemente célebres «guardias cívicas», los confidentes y los cobardes que hicieron de la denuncia un **modus vivendi**, los instigadores, los que pagaron la iniciativa militar con dinero constante y sonante, los curas que bendijeron las ametralladoras que diezmaron a nuestro pueblo humilde, esos, han estado casi sin interrupción en el poder político nacional en los últimos años largos, casi cuarenta años, unos siendo ya sustituidos por los hijos o por sus discípulos, otros permaneciendo aún, a pesar de su edad, prendidos con dientes y uñas al presupuesto, mostrando una cara de ancianitos que ya comienza a hacer olvidar a nuestro pueblo el furor y la saña con que actuaron en 1932. A mí no me gusta andar con discursos, pero los recuerdos de aquellos días terribles me hacen hervir la sangre y me exaltan hasta hacerme echar lágrimas de furia. Si la verdad no fuera la que estoy exponiendo y si la verdad estuviera en manos del gobierno y de la burguesía, en sus versiones, ¿por qué es que sigue siendo prácticamente prohibido en El Salvador hablar de 1932? ¿Por qué hasta los periódicos de aquella época tremenda han desaparecido de las bibliotecas y hemerotecas, de los archivos de las mismas empresas periodísticas, que se ofrecen como servicio público? ¿Por qué nuestros historiadores y periodistas se siguen conformando con dar a la juventud la visión esquemática, falsa y criminal de «la matanza que en 1932 hicieron los comunistas», y no se atreven a plantear con pelos y señales la verdad desnuda? ¿Es que cuesta tanto aceptar que desde entonces venimos siendo gobernados por un sistema absolutamente manchado por la sangre de nuestros hermanos, padres e hijos? Hay que decir que inclusive los comunistas hemos tenido una actitud profundamente negativa e incorrecta a este respecto. Independientemente de que desde 1932 nuestro partido ha sido sumamente débil, perseguido, reprimido, y ha trabajado en condiciones terribles, la verdad es que no hemos hecho todo lo suficiente para profundizar en aquel acontecimiento que formó la historia contemporánea de nuestro país. Y una cosa es cierta: que el comunista que no tenga claro el problema del 32, su significado y sus experiencias, no podrá ser un buen comunista, un buen revolucionario salvadoreño. Pero no se trata sólo de llevar la claridad a las filas selectas de nuestro partido. Debemos acabar de una vez por todas

con nuestra «leyenda negra» a los ojos del pueblo y poner las cosas en su lugar. Inclusive en lo que se refiere a las graves responsabilidades políticas que nos corresponden como partido. Cuando estas cosas estén históricamente en su lugar, los comunistas salvadoreños también estaremos en nuestro lugar adecuado, como nunca quizás lo hemos estado antes en el país. Sólo entonces podremos enterrar de verdad y con honor a nuestros muertos. A los que murieron asesinados en los montes y las ciudades, a los que murieron en la clandestinidad, después de años de persecuciones, humillaciones y miserias; a los que se pudrieron en las cárceles, a los que se quedaron en las salas de torturas; a los que tuvieron que salir huyendo con los hijos a rastras, con una mano adelante y otra atrás, para Guatemala, para Honduras sobre todo, para Nicaragua y más lejos aún, buscando un lugar que les permitiera, algún día, olvidar tanto horror.

Algunos de estos aspectos, aunque ciertamente no todos, fueron introducidos en aquel informe preliminar que elaboramos en las reuniones de reorganización llevadas a cabo en Usulután, y que fuera enviado al extranjero, como ya dejé anotado. Quiero decir que en la actualidad estoy expresando puntos de vista en los que también ha tenido que ver la maduración del tiempo, la meditación de los últimos treinta y tantos años, la poca elevación que mi nivel político pueda haber experimentado. En todo caso, aquel informe recogía lo esencial, lo más urgente de poner en conocimiento del movimiento revolucionario internacional de la época.

Quisiera ahora decir unas palabras sobre los aspectos estrictamente militares de nuestra concepción insurreccional de entonces. Concretamente, sobre el plan militar que el partido se propuso desarrollar, el plan militar que iba a ser el esqueleto de la insurrección, de la acción para la toma del poder. El plan era sumamente sencillo, como correspondía a quienes lo elaboraron: los miembros de una dirección partidaria que no tenían conocimientos de estrategia militar ni de táctica militar, que no habían leído a los clásicos de la guerra y que no contaban, hay que recalcar esto lo más posible, con la experiencia internacional del presente. Para esa época ni sabíamos quién era Mao Tse Tung y los mariscales soviéticos que ganaron la segunda guerra mundial estaban en las academias o eran todavía tenientes, digo yo. El Che Guevara y Fidel Castro aún dos niños con dientes de leche. Es decir, no estaba elaborada la teoría de la lucha armada antimperialista de los pueblos subdesarrollados y nuestro antecedente fundamental era la insurrección de los obreros

94 rusos encabezados por Lenin, por medio de la cual se tomó el poder y se dio lugar al nacimiento de la URSS. El plan de nuestro partido se basaba en una idea central, que fue detectada tempranamente por el enemigo, como ya he dicho: la toma de los cuarteles principales del ejército en todo el país con el objeto de quebrar en lo fundamental las fuerzas esenciales del enemigo, en uso del factor sorpresa, y con el de apoderarse del armamento liviano y pesado para entregarlo a las masas populares del campo y la ciudad y formar así el Ejército Rojo de El Salvador. Una vez armadas, estas masas se dislocaban convenientemente para tomar el control de todo el país, desde el punto de vista militar, administrativo y político, de acuerdo con las orientaciones y las formas organizativas indicadas por el Partido Comunista y las organizaciones de masas, etc. Para normalizar la vida institucional del país después de la toma del poder, éste pasaría en el nivel local a las manos de los **Consejos de campesinos, obreros y soldados** (soviets).

Para tomar los cuarteles y posesionarnos de las armas, nos planteábamos dos métodos distintos: 1º) La toma del cuartel desde adentro, que se daría en los casos en que en el interior del cuartel tuviésemos la organización comunista de soldados suficientemente fuerte, como pasaba en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, la caballería etc., en San Salvador. Estos contingentes habían recibido instrucciones de actuar antes que nadie, serían los encargados de abrir el fuego de la insurrección. 2º) La toma de los cuarteles desde fuera, o sea por medio de la Educación directa de las masas. También se contemplaban posibilidades de un caso intermedio: cuarteles que se tomaran por la acción de las masas pero con un apoyo limitado desde adentro. Cuando la fuerza interna no fuera suficiente para decidir por sí la situación. También se tuvieron en cuenta algunas variantes, de acuerdo con las particularidades de algunos contingentes especiales en alguna rama de las fuerzas armadas burguesas, como era por ejemplo el caso de la aviación. En este caso se había dispuesto la captura de todos los aviadores y su encarcelamiento, con la excepción del oficial piloto Cañas Infante, que se había mostrado en sus actuaciones como un hombre avanzado y progresista. A Cañas Infante pensábamos obligarlo a bombardear las posiciones del gobierno que resistieran el empuje de las masas o el alzamiento interno de los soldados.

Desde luego cada cuartel como objetivo en concreto tenía su propio plan de asalto o levantamiento, que contemplaba sus características

especiales. Este plan asimismo incluía diversas maniobras para sorprender al enemigo, para reducir la efectividad de sus fuerzas o inutilizar su contrataque.

Para las acciones de la insurrección interna en los cuarteles, los soldados comunistas deberían actuar en unidades pequeñas, correspondientes a las células del partido organizadas, bajo el mando de comandantes rojos elegidos secreta pero democráticamente. Una vez que el cuartel estuviera en manos de las fuerzas revolucionarias y se procediera a armar al pueblo, cada soldado, comunista o simpatizante, habría pasado a ser, por regla general, Comandante Rojo de un grupo de cinco civiles, que a su vez quedaban supeditados a la célula militar de la cual provenía su comandante. Por su parte, el partido había ya nombrado comandantes rojos civiles que dirigirían a pequeños grupos para las operaciones en los departamentos de Sonsonate, La Libertad, Ahuachapán y Santa Ana. Incluso cuando se tratara de operaciones de gran envergadura masiva (por ejemplo, el asalto de un cuartel grande, como el Regimiento de Sonsonate) nuestras fuerzas actuarían internamente divididas en pequeños grupos con gran autonomía de acción.

La represión se desató antes de que hubiéramos terminado de coordinar a nivel nacional este plan y antes de que hubiéramos montado la organización mínima correspondiente. Por eso fue que una vez capturada la dirección del partido y liquidadas las fuerzas comunistas dentro del ejército, la gran masa con que contábamos para la toma del poder en todo el país, quedó dispersa, desorientada, sujeta a intrucciones contradictorias, sin saber qué hacer. Desde luego que la falta de organización a nivel nacional no sólo fue causada por la avalancha represiva de enero de 1932, sino en general por las condiciones del clima de terror fascista impuesto contra todo tipo de organización popular y democrática a lo largo de 1931. Quiero aclarar: sí teníamos en funcionamiento, a duras penas, una organización a nivel nacional, pero exclusivamente para movilizaciones de la masa para actividades abiertas, no armadas, gremiales, economicistas, etc. Esas condiciones y la calidad amplia del movimiento de masas de El Salvador habían determinado asimismo que llegáramos a la etapa preinsurreccional con un alto grado de infiltración enemiga en nuestras filas, lo cual permitió al gobierno estar informado en lo esencial de nuestros pasos. La verdad es que fuimos excesivamente tibios en esto, pues muchas veces dejamos seguir militan-

96 do en paz a traidores contra los que habían pruebas abrumadoras y a los que era indispensable aislar e inclusive ejecutar.

La falta de coordinación, la desaparición de la dirección nacional en el momento más álgido, el descuido en las medidas de seguridad conspirativa, la falta de organización adecuada a nivel nacional para las tareas netamente militares de la insurrección, fueron, creo yo, las principales causas del fracaso militar, base del fracaso total.

Habría que discutir, desde luego, si el plan militar mismo era adecuado o no, si daba margen a la flexibilidad ante el cambio de las circunstancias o no. Algunos piensan que aquel plan militar no era efectivamente un plan militar sino un esquema muy general al cual le faltaban los detalles. Yo estoy inclinado a estas alturas a creer eso, pero en todo caso se trata de un problema para especialistas en asuntos militares de la revolución. Creo que no me corresponde a mí entrar a hacer un análisis profundo y una crítica total en este aspecto. Solamente he querido adelantar una serie de datos generalmente desconocidos por los salvadoreños, que podrán ser examinados por nuestros camaradas más jóvenes y rendir buen provecho para el análisis. Yo no tengo las capacidades ni los conocimientos suficientes. Y creo que esta no es tarea de ninguna persona aislada, por capaz que sea, por bien formada marxistamente que esté. El resultado de un análisis individual frente a un problema tan complejo y tan concientemente enmarañado, será siempre parcial. Es que se trata de una tarea de organización revolucionaria, de partido, que los comunistas salvadoreños no hemos cumplido todavía. ¿La razón profunda? Hay muchas: desidia, exceso de trabajo, opiniones divergentes entre los camaradas a nivel de dirección partidaria, temor a las consecuencias políticas inmediatas que puede tener una labor de revelación de verdades tan serias en el seno de una situación dominada todavía por el enemigo de clase, temor a que la historia nos desautorice, poco dominio de los instrumentos de análisis marxista, criterios que nos alejan del estudio de los problemas históricos y de todo lo que no sea la elaboración de la línea política y de acción para la próxima semana, etc. Y sin embargo, insisto, se trata de una labor revolucionariamente indispensable. Por mi parte yo no le tengo ninguna clase de temor. Por el contrario, creo que sólo moriré tranquilo si mi partido y mi pueblo demostraran haber aprendido las lecciones fundamentales de la hecatombe del año 32.

**CANDIDATOS A DIPUTADOS POR EL PARTIDO COMUNISTA
EN LAS ELECCIONES DE ENERO DE 1932**

Por el Departamento de San Salvador: Propietarios: Ismael Hernández Federico R. Ayala, José María López .

Suplentes: Hermógenes Rodas Guzmán, Balbino Marroquín.

Por el Departamento de La Libertad: Propietarios: Víctor Manuel Angulo, Lázaro Sánchez, Lino Argueta.

Suplentes: Leonardo Luna y José Solórzano.

Por el Departamento de Santa Ana: Propietarios: Federico E. Delgado, Raúl Vides, Pablo Guevara.

Suplentes: Juan Marroquín, Braulio Flores.

Por el Departamento de Sonsonate: Propietarios: Gregorio Cortez Cordero, Pedro Sergio de Leon, Luis S. Magaña.

Suplentes: Tomas Mújica y Carlos Villafranca.

Por el Departamento de Ahuachapán: Propietarios: Abel Antonio Cuenca, Alberto Cadena, Arturo Navas.

Suplentes: Clemente Abel Estrada y Carlos Castillo.

INSTRUCCIONES ELECTORALES DEL PC EN ENERO DE 1932

(Adjuntas a las planillas de diputados.)

Este Comité Central ha acordado las siguientes resoluciones:

1ª) Para el día de las elecciones todas las organizaciones deben portar sus respectivas banderas en las cuales deberá decir el nombre de la organización sindical, por ejemplo: «Sindicato de Trabajadores Agrícolas de los Amates», etc.

2ª) La junta directiva deberá llevar una bandera roja adelante, sin ninguna inscripción, debiendo procurar que el desfile del comité a la alcaldía se haga en el mayor orden y en columnas de a cuatro en fondo, con separación regular entre una organización y otra.

Cada Comité Ejecutivo Departamental deberá desarrollar en su más alto grado la agitación necesaria, a efecto de que estos camaradas salgan triunfando en las próximas elecciones de diputados; no deben, pues, desmayar ni un sólo segundo, y todos los trabajadores deberán apoyar nuestras candidaturas para así llevar al seno mismo de la asamblea, que es donde fragua sus complots el capitalismo, a compañeros que vayan decididos a defender los intereses de nuestra

98 clase explotada. El triunfo es urgente, las masas deben ser movilizadas en su totalidad por la Comisión Nacional de Política Electoral del Partido.

MANIFIESTO COMUNISTA PARA LOS SOLDADOS DE AHUACHAPAN

A los camaradas soldados:

Los obreros y los campesinos, todos bajo la dirección del CC del Partido Comunista de El Salvador, no tenemos nada que esperar del gobierno actual que está en manos de los ricos. Vosotros mismos conocéis que los camaradas del cantón Santa Rita están en una huelga por la que reclaman aumento de salarios, disminución de los terrajes que no les dejan casi nada a los trabajadores agrícolas. El capitalista Rogelio Arriaza y Rafael Herrera Morán, también capitalista, emborracharon a la guardia para que asesinara a los camaradas en huelga. El gobierno, siendo como es, de los ricos, ha mandado fuerzas para aplastar a los trabajadores. Vosotros, camaradas soldados, sois de nuestra clase explotada y no debéis disparar un cartucho contra los trabajadores. Los obreros, campesinos y soldados deben unirse para establecer el gobierno obrero y campesino. Vosotros debéis desconocer a los oficiales y jefes porque todos ellos están contra los trabajadores. Nombrad vosotros delegados para que entren en un acuerdo con nosotros. Acabemos con los jefes y oficiales del ejército de los ricos y formemos el Ejército Rojo compuesto de soldados y de jefes nombrados entre los mismos soldados. Ni un cartucho contra nosotros. Los delegados de los camaradas soldados deben recibir órdenes del Partido Comunista. El Comité Central del Partido Comunista nos llevará a la victoria contra los ricos ladrones.

Ahuachapán, enero 7 de 1932.

SOCORRO ROJO INTERNACIONAL
SECCIÓN DE EL SALVADOR
COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL

(Confidencial y urgente)

Camarada:

Esperamos que a la hora definitiva no se desanime ni lleve desaliento a las masas. Debe estar convencido de que los Estados Unidos mirarán con buenos ojos la insurrección y la atribuirán a una reacción del araujismo y en consecuencia nos reconocerán inmediatamente una veligerancia que de momento nos es indispensable, mien-

tras tomamos las riendas del poder, que es nuestro objetivo, y después, ya con las armas en la mano y con la ayuda de los camaradas de toda América y en especial la de los camaradas de Estados Unidos, podremos enfrentar cualquier situación desesperada. La lucha es de vida o muerte.

Por las víctimas de la reacción y del imperialismo.

Por el Comité Ejecutivo Nacional.

Ismael Hernández, secretario general.

PLAN QUE DESARROLLARÁ EL COMITÉ MILITAR
REVOLUCIONARIO EL DÍA... DEL ACTUAL (ENERO)
EN LA LUCHA POR LA TOMA DEL PODER POR LOS OBREROS,
CAMPESINOS Y SOLDADOS, POR RESOLUCIÓN DEL COMITÉ
CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR

1º) Este CC del PCS nombra al Comité Militar Revolucionario que operará bajo la dirección de este mismo CC y queda integrado por los camaradas:...

2º) El Comité Militar Revolucionario queda facultado por este CC para organizar la insurrección inmediata planteada por este CC ampliado, en su sesión del 8 del actual.

3º) Todos los miembros del Partido quedan bajo las órdenes del Comité Militar Revolucionario a quien le deben la disciplina más severa.

Enero 9 de 1932. Proletarios de todos los países, uníos.

Por el CC Octavio Figueira, Secretario General Interino.

14 de enero de 1932.

POR QUÉ EL SOLDADO DEBE TOMAR PARTE EN LA
REVOLUCIÓN PROLETARIA

Ante todo, el soldado es un obrero o un campesino a quien los ricos explotan en fábricas, talleres y campos. Todavía joven es llevado a los cuarteles, donde se le obliga a manejar un arma para defender las riquezas que como obrero o campesino le hizo a la clase rica. El descontento que el soldado siente en los cuarteles por la opresión en que vive, se debe a que el soldado, a pesar de las mentiras de los jefes y oficiales, siente que ellos son sus enemigos, porque esos mismos jefes y oficiales pertenecen a la clase que los explota en los talleres, fábricas y campos.

Un ejemplo: el golpe del dos de diciembre del año pasado. En este golpe, el soldado comprendió que peleando al lado de sus jefes no

100 consigue más que la mejoría de éstos, quedando él en la misma condición de esclavo; así vemos que mientras los jefes están bien, gozando de todo, al soldado no le pagan: mientras a los cadetes los han ascendido, el esclavo se está muriendo de hambre.

Todo esto te hace comprender, camarada soldado, que tus intereses son los mismos de estas clases trabajadoras a quienes tus jefes y oficiales te obligan a matar, cuando en defensa de sus derechos, como son aumentos de jornales, disminución de horas de trabajo, disminución de terrajes, luchan por lo mismo que a tí te tienen sin sueldo el rico, o sea por la crisis que los ricos echan sobre las espaldas de nosotros y sobre las de ustedes mientras ellos viven como príncipes en grandes banquetes y fiestas.

Por consiguiente, tu deber de hombre proletario, tu deber de explotado como obrero; como campesino o como soldado, es organizarte hoy más que nunca, porque tienes un arma en la mano que te permitirá ayudar de una manera efectiva a tu clase, que dirigida por el Partido Comunista llegará al poder para suprimir la explotación del hombre por el hombre.

No dispare jamás un tiro contra tus mismos camaradas del campo y del taller. No atiendas a tus jefes y oficiales cuando éstos te manden a que te manches las manos con la sangre de los oprimidos, pues tú eras como ellos una víctima del capitalismo nacional y del imperialismo. Saluda a la bandera de la revolución y quiérela porque es la que te llevará a la libertad que durante tanto tiempo te han negado tus jefes y oficiales y el gobierno que es un criado de los ricos.

¡Viva el Partido Comunista que llevará al poder a los obreros, campesinos y soldados! ¡Viva el Ejército Rojo en el cual el soldado tendrá los derechos de hombre y no será un esclavo como es el ejército manejado por los ricos!

COMUNICACIONES DE MILITANTES DIRIGIDAS AL COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO EN LOS DÍAS ANTERIORES A LA INSURRECCIÓN Y UNA INFORMACIÓN DIRIGIDA AL COMITÉ MILITAR REVOLUCIONARIO DE SAN SALVADOR

I

Camarada jefe: quiero que se discuta de una manera amplia y a fondo, para definir un movimiento eficiente y de resultados efectivos, los puntos siguientes: 1) ¿Qué puntos hay que asegurar para el

desarrollo de la contienda? Esto es de vital importancia, porque deben ser de una estrategia definida. 2) Con qué medios y elementos se cuenta, dónde estarán los lugares de aprovisionamiento o si no los hay. 3) Cómo están organizados los diferentes sectores y quienes los comandan para tener seguridad de unificar la acción. 4) Cuáles deben ser los puntos de concentración de los diferentes sectores al iniciarse la acción. 5) ¿Qué medios más rápidos de comunicación deben adoptarse en los momentos necesarios. 6) Qué medios políticos deben emplearse con los habitantes de los lugares que se tomen. Esto también es de vital importancia. 7) Quiénes o quién dirigirá la acción puramente militar. 8) La hora matemática en que deben estar todos en su puesto. Salud. (Fdo.) **MAGON.**

II

Santa Tecla, enero 14 de 1932. Al Comité Central del Partido Comunista. Camaradas nuestros: (Este comité ejecutivo departamental pone en conocimiento de este comité que el cro. Nicolás Gálvez, que el día 1º de enero del mismo puso su renuncia ante el comité por escrito con los puntos que siguen: 1) Que ponía su renuncia por escrito del cargo de secretario de organización para que se le aceptara sin discusión por motivo de su mala situación económica; 2) que tenía que buscar trabajo donde hallara y que se quería retirar de aquí sin zozobra, porque si quería volvía y si no, no, y ahora viene él a dar aquí una resolución del Comité Central del Partido Comunista y vemos que este compañero no tiene ninguna comprobante que lo acredite, así es que necesitamos que se nos conste si está aceptado siempre como miembro del Partido Comunista. También informamos que aquí se nos ha dado la resolución de que en la insurrección armada se tome en cuenta el clero y vemos que esto nos daría mal resultado porque este pueblo no está controlado a base anticlerical sino sólo a base de antipatronato, pues también se nos informa que en el Valle Limón están para organizar una entrada de carácter religioso y lo mismo en el Valle de las Granadillas. Sin más, etc., José G. Solórzano.

San Salvador, enero 15 de 1932.

Al Comité Militar Revolucionario.
Ciudad.

Rindo este informe porque lo creo de mucha importancia con respecto a lo tratado el 10 del corriente pues dijimos que ni a la madre

102 más querida le diríamos pero parece que no acido posible cumplirlo porque andan muchos dibulgándolo diciendo que la cosa está seria y que se preparen esto lo sabe asta la misma policia también andan diciendo lo que se dijo que Claramout y la demás burguesía y burguezes abía que liquidar sólo los niños abía que dejar también andan diciendo que nosotros contamos con la artillería cosa que a mí me parece incombiniente de andar con estas iluciones también aquello que se dijo que a Luiz Díaz y Bondanza y demás que no se les comunicara lla lo saben y si así bamos me parese que no realizamos nada antes del tiempo un camarada quien me a dicho es quintanilla y quien le a dicho cullo nombre no lo sabe la filiación que da es así un compañero alto de Sombrero Estexson ay que abeviguar quien es el también les informó que lla ay un cuerpo de policia que estos tienen instrucciones de Liquidar sin tomar declaración a los agitadores por de pronto ay 22 agentes en estas condiciones.

Sin más que siempre firmes.
Proletarios de todos los países unidos.
Virgilio M. Ramos.

CREDENCIAL DE COMANDANTE ROJO

Partido Comunista de El Salvador.
Sección de la Internacional Comunista.
Comité Central.

Este Comité Central nombra al **CAMARADA Inocente Rivas Hidalgo** **COMANDANTE ROJO DE LAS FUERZAS DEL EJERCITO ROJO** que operarán en la Zona de _____ y en la toma de la ciudad de **San Salvador**, quedando bajo su absoluta responsabilidad la marcha de la lucha revolucionaria hasta el triunfo final contra la clase explotadora.

Extendido en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador a los diez y seis días del mes de enero de mil novecientos treinta y dos.

**POR LA DESTRUCCION IMPLACABLE DE LA
BURGUESIA NACIONAL Y EL IMPERIALISMO**

Por el Comité Central.
El Secretario General Interino.
Octavio Rodríguez.

(En la esquina inferior izquierda se ve un sello con una hoz un martillo y una estrella de cinco puntas y una leyenda circular en

Según la policía y el Ejército, se recogieron más de mil quinientos de estos carnets.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA DE EL SALVADOR A LOS SOLDADOS DEL EJERCITO

San Salvador, enero 20 de 1932.

Camaradas:

El Comité Central del Partido Comunista, se dirige a ustedes en los momentos en que las clases trabajadoras de la república comienzan la lucha armada por conquistar el poder que emplearán para liberarse y libertar a ustedes del yugo del capital y de los grandes dueños de tierras que hoy están condenando al hambre a muchísimas familias trabajadoras en fábricas, ferrocarriles, talleres, fincas, haciendas y demás empresas capitalistas con salarios tan bajos que no alcanzan a remediar la miseria de todos los que producimos las riquezas.

Ustedes mismos conocen las matanzas que los gobiernos de Romero Bosque, Araujo y Martínez, de acuerdo con los ricos y el imperialismo han hecho en los trabajadores de Santa Tecla, Sonsonate y Zaragoza y últimamente, el 5 de este mes, en el cantón Santa Rita, jurisdicción de Atiquizaya. Ustedes conocen también que las huelgas que declaramos los trabajadores tienen por objeto obligar a los ricos a que nos aumenten los jornales, pues no podemos vivir con los mismos pagos que siempre y ahora son miserables. Los ricos y el gobierno actual no quieren que los trabajadores organizados reclamemos derechos y por eso han matado y matan, han puesto presos y ponen todavía a cientos de trabajadores a quienes están mandando a la carretera de Cojutepeque a pesar de que las huelgas se hacen en la forma más ordenada.

Este Comité Central ha guiado a los trabajadores en las elecciones municipales y de diputados. En todas las ciudades, villas y pueblos, todo el mundo se ha dado cuenta de que el Partido Comunista es el más grande de todos, habiendo obtenido mayoría de votos, como los mismos diarios de la clase rica lo han dicho; pero a pesar de esa mayoría el gobierno de Martínez, que es el criado de los ricos, no ha permitido que los trabajadores lleguemos a ocupar las alcaldías, ni puestos de diputados en la Asamblea Nacional.

104 Comprenden los ricos y el gobierno que los trabajadores en esos puestos hubiéramos favorecido a nuestra clase pobre que toda la vida ha estado con el yugo de la esclavitud.

Por estos motivos, el Comité Central del Partido Comunista tiene armados para lanzarse con ellos a todos los obreros, obreras, campesinos y campesinas para conquistar el poder y establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados, quienes por medio de Consejos en que estén representados los obreros, los campesinos y los soldados, tendrán toda la fuerza para aplastar sin piedad a los ricos y a la burguesía en general dando las tierras a los campesinos y soldados y protegiendo a los campesinos pobres que tienen su pedacito de tierra, puesto que nuestra lucha va contra los ricazos que tienen grandes fincas y haciendas y no contra los que tienen un pedacito apenas y no tienen ni siquiera donde morir.

El levantamiento armado de las masas obreras y campesinas, dirigida por este Comité Central, debe encontrar en ustedes, camaradas soldados, toda la ayuda, todo el apoyo que son ustedes capaces de prestar como hermanos nuestros en la lucha a muerte contra los ricos explotadores, que son los mismos que los tienen a ustedes ahí condenados a la disciplina dura del cuartel, no pagándoles y ocupándolos sólo para oprimir a la misma clase de pobres a que ustedes también pertenecen.

En cuanto el movimiento armado comience, en cuanto las grandes masas de trabajadores se levanten al grito de la revolución, deben ustedes nombrar delegados que recibirán amplias instrucciones del Comité Central.

Deben nombrar Comités de Soldados entre ustedes mismos y a un soldado como Comandante Rojo, quien de acuerdo con este Comité Central los dirigirá en el movimiento. **NO DEBEN DISPARAR NI UN SOLO TIRO CONTRA NOSOTROS. ¡VIVA EL EJERCITO ROJO! VIVA EL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO QUE ES EL JEFE DE LA REVOLUCION PROLETARIA! ¡ABAJO LOS OFICIALES Y JEFES!**

**MANIFIESTO DEL COMITE CENTRAL DEL PARTIDO COMUNISTA
A LAS CLASES TRABAJADORAS DE LA REPUBLICA: OBREROS,
CAMPESINOS Y SOLDADOS**

Camaradas:

El Partido Comunista, que es el Director del Proletariado hacia la victoria final que sólo podrá alcanzarse hasta que hayan sido supri-

midas el hambre, la desocupación y todas las demás formas de esclavitud a que la clase rica y el imperialismo nos condenan a nosotros los trabajadores, ha sostenido para bien de los trabajadores una lucha encarnizada contra los gobernantes y los grandes propietarios. Primeramente los ricos y su gobierno trataron de desacreditarlo diciendo que el Partido Comunista era una banda de ladrones. Ladrones nosotros los trabajadores a quienes se nos roba nuestro trabajo, pagándonos un jornal miserable; nosotros a quienes están matando lentamente, condenándonos a vivir en mesones cochinos, sin agua, sin luz, o en cuarteles hediondos o trabajando día y noche en el campo bajo la lluvia y el sol. Somos calificados de ladrones por exigir el jornal que se nos debe, disminución en las horas de trabajo y en los terrajes, que son tan grandes que los ricos se quedan con casi toda la cosecha, robándonos el trabajo.

A las calumnias agregaron la muerte, los palos, las cárceles y la expulsión del país para camaradas luchadores de nuestra clase. Así hemos visto las matanzas de trabajadores y trabajadoras y hasta de niños y ancianos proletarios de Santa Tecla, Sonsonate y Zaragoza y en estos momentos en Ahuachapán. Nosotros los trabajadores, según los ricos, no tenemos derecho a nada, no debemos hablar. Nuestros periódicos han sido suprimidos, nuestras cartas abiertas y robadas. En nuestra lucha por poner alcaldes y diputados de nuestra misma clase, a pesar de que el Partido Comunista es el más grande y disciplinado, el gobierno y los ricos descaradamente nos demostraron que mientras la clase rica no caiga del poder por la fuerza de todos nosotros, siempre seremos sus esclavos. En Ahuachapán, después que no dejaron votar a nuestros camaradas, la guardia, por orden de los ricos, los maltrató. Valientemente nuestros compañeros de Ahuachapán están con las armas en la mano defendiéndose de los asesinos.

En presencia de todo esto, el Comité Central del Partido Comunista, que representa la opinión de todos los trabajadores y trabajadoras de la República y que cuenta con el apoyo moral y material de todos los trabajadores del mundo, y bajo la dirección de la Internacional Comunista,

ORDENA:

El armamento de todos los obreros y campesinos y el establecimiento del Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador.

106 La insurrección general de los trabajadores y trabajadoras hasta establecer un gobierno de obreros, campesinos y soldados.

Camaradas obreros: ¡ármense y defiendan la Revolución Proletaria!
Camaradas ferrocarrileros: ¡tomen los ferrocarriles y póngalos al servicio de la revolución!

Camaradas campesinos: ¡tomen las tierras de las grandes haciendas y fincas y protejan al que actualmente tiene un pedazo de tierra y defiendan sus conquistas revolucionarias con las armas sin piedad para los ricos!

Camaradas soldados: ¡no disparen ni un sólo tiro contra los obreros y campesinos revolucionarios! ¡Maten a los jefes y oficiales! ¡Pónganse a las órdenes de los camaradas soldados que han sido nombrados Comandantes Rojos por este Comité Central!

Camaradas: ¡formemos consejos de obreros, campesinos y soldados!
¡TODO EL PODER A LOS CONSEJOS DE OBREROS, CAMPESINOS Y SOLDADOS!

San Salvador, a 21 de enero de 1932. Dado en el Cuartel General del Ejército Rojo de El Salvador. El Comité Central.

¹ El escritor anticomunista Jorge Schlésinger, en su libro **Revolución comunista Guatemala en peligro**, se refiere a la entrevista PC-gobierno salvadoreño en los términos siguientes:

Los acontecimientos referidos (el incidente de la finca «La Montañita». Nota de R. D.) ocurrían el 7 de enero de 1932 y este mismo día en San Salvador, el Comité Central Ejecutivo nombró a los camaradas Clemente Abel Estrada, Alfonso Luna, Mario Zapata, Rubén Darío Fernández y Joaquín Rivas, para que integrasen una comisión que al día siguiente debía abocarse con el presidente de la república, general Martínez, y protestar a su presencia de la manera más enérgica, por los atropellos efectuados por las autoridades de Ahuachapán. En el pliego de esta comisión, se exige al camarada Estrada que sostenga ante el presidente que las huelgas se efectúan por necesidad de reivindicaciones económicas y políticas. Firma este pliego el secretario general interino Octavio Figueira (Farabundo Martí. Nota de R. D.). Las comisiones piden la correspondiente audiencia para hablar con el presidente de la república, pero el general Martínez se niega a recibirlos pretextando una repentina enfermedad, indicándoles que en su lugar los recibirá el ministro de la Guerra, coronel Joaquín Valdez. Los comisionados informan que se apersonaron ante el referido funcionario y que al interpellarlo sobre los sucesos sangrientos de Ahuachapán, el ministro les respondió que él no tenía conocimiento alguno de lo sucedido, porque eso era del resorte del Ministerio de Gobernación. Dicen los comisionados que propusieron al coronel Valdez que se entrara en un sendero de cordura,

insinuando para el efecto que se **suspenderían las hostilidades**, retirándose los guardias, y que ellos —los comunistas— harían porque los huelguistas **continuaran** en su huelga pacífica y esencialmente de reivindicaciones económicas. Esta exigencia no sólo era absurda sino perversa, en vista de las instrucciones dadas por el CC que excitaban a los afiliados para que entraran en la huelga política por el choque de las autoridades. Los comisionados terminan su exposición en esta forma: «El ministro se salió por la tangente manifestando que necesitaba antes que le diéramos el contenido moral y político de las doctrinas comunistas y sobre si el PC es una organización que aspiraba sólo a reivindicar en lo económico o si aspiraba irrumpir en lo político. En resumen, el coronel Valdez desbarró largamente sobre doctrinas revolucionarias, manifestando al final que no podía aceptar un pacto con el CC del PC, desde el momento que ésta era una organización clandestina que no ha presentado para su aprobación sus estatutos correspondientes. Se levantó y se fue...» «...Tal es el resultado de nuestra gestión oficial. Extraoficialmente, Jacinto Castellanos Rivas afirmó que podíamos tener la seguridad de que el gobierno retiraría sus fuerzas en presencia de una actitud pacífica de los camaradas en huelga. Nosotros nos retiramos manifestando a Rivas que declinábamos toda responsabilidad ulterior en el gobierno y protestábamos por las masacres aludidas». Firman todos este informe. Siguen las firmas de los delegados. Miguel Mármol, contrariamente al caso de otros documentos insertos en el libro de Schlésinger no me dio seguridad de que éste informe haya sido escrito por la delegación del partido. Sin embargo, su contenido coincide en lo fundamental con el relato del mismo Mármol sobre la reunión.

² Sobre la represión contra los núcleos comunistas en el seno del ejército salvadoreño, Schlésinger, en su libro ya citado, omite algunos hechos denunciados por Mármol. Si se sabe que este autor escribió su libro con material que le fuera entregado por la policía salvadoreña y en calidad de plumario pagado por la oligarquía guatemalteca y salvadoreña, su versión evidentemente complementa a la de Mármol sin desvirtuarla. La versión de Schlésinger es la siguiente (PP 176 a 179):

El estado de efervescencia y los progresos de la agitación roja en El Salvador, aumentan en proporciones inusitadas. Las autoridades locales persiguen constantemente a los agentes provocadores, porque desde las elecciones municipales y de diputados, los dirigentes del comunismo se habían descubierto y efectuaban públicamente la propaganda a base de ofrecimientos para los suyos y de amenazas para los adversarios.

En los cuarteles han cundido las noticias acerca de los progresos de la catequización entre los cuerpos de tropa. Los jefes y la oficialidad se muestran intranquilos, sabiendo que la simpatía de la tropa hacia los camaradas —como principiaban a decir—, se hacía a cada momento más visible y hasta más entusiasta. De vez en cuando, entre grupos aislados de soldados, uno de todos da lectura a los boletines del SRI o a cualquier otra pieza de la literatura comunista que furtivamente llegaba hasta los centros del ejército, con el marcado propósito de socavar los cimientos de la institución que podía ser un escollo para el establecimiento definitivo de la nueva modalidad política que proyectaban imprimir al estado.

El 16 de enero de 1932, en el Sexto Regimiento de Ametralladoras, un soldado de apellido González se presentó al sargento Fernando Hernández denunciando una conversación sostenida entre varios soldados, los cabos Trejo y Merlos y el sargento Pérez, en la cual se insistió en que debía acabarse con los jefes y oficiales del cuartel, por ser representantes de la burguesía militar. El sargento Hernández, sin perder tiempo, llamó a un sargento de su intimidad de la compañía sospechosa, para preguntarle con un tono de compañerismo que infundió confianza al interrogado, sobre cómo iban las cosas. Este contestó que todo estaba arreglado; que sólo se esperaban las órdenes definitivas para proceder, y para convencer-

lo le mostró la hoja en que se incitaba a los soldados a pronunciarse a favor del comunismo. Conociendo estos detalles, el sargento Hernández dio al capitán del cuartel el parte correspondiente, entregándole la hoja subversiva que tenía en su poder. Este funcionario dio aviso inmediatamente al comandante del regimiento, quien hizo levantar a todos los jefes y oficiales (era de noche cuando esto ocurría) para celebrar una junta secreta y tratar de resolver lo conveniente, discutiendo sobre la hoja mencionada y otras dos más que se habían recogido al soldado José Santa Ana.

Se rigorizaron los servicios de ronda a cargo de la oficialidad, comisionándoles a la vez para que con la mayor exactitud averiguasen lo que había en el fondo, fijando una hora determinada del día siguiente para conocer las informaciones obtenidas. Esta recomendación fue de mucho éxito porque los oficiales, ya prevenidos, pudieron darse cuenta de los pormenores del movimiento y adquirir nuevas pruebas; entre éstas, la del acercamiento de un automóvil al cuartel en una noche fijada de antemano, para dar con su bocina las señales que indicarían el momento para que se procediera al arresto o asesinato de los jefes y para que se abriese la puerta del cuartel, donde debían equiparse los soldados del Ejército Rojo. Antes estos detalles de una veracidad indiscutible, el comando del regimiento no permitió la salida de los jefes y oficiales, mientras autorizaba el franco de la tropa, dando cuenta al propio tiempo de la situación al presidente de la república. Acto seguido se ordenó la concentración de todas las armas automáticas, dejando solamente las piezas de los torreones y encomendando su custodia a la oficialidad.

El día 18 hubo un conato de insubordinación pero fue sofocada inmediatamente por el capitán del cuartel en unión de los tres jefes del cuerpo.

El comandante general del ejército, por medio del Ministerio de la Guerra, dio amplias facultades al jefe del regimiento para que reprimiera en cualquier forma todo intento de sublevación. Este, ante tales órdenes, se puso de acuerdo con los directores de la guardia nacional, de la policía y de la penitenciaría central y una vez entendidos envió pelotones de soldados sospechosos de la segunda compañía hacia las distintas dependencias apuntadas, donde al llegar se les arrestaba, dando de baja al resto de la referida compañía. El cuartel se reforzó con la escuela militar y después con tropas de otras guarniciones.

Enjuiciados los detenidos, declararon en sus respectivas indagatorias su complicidad y la existencia del movimiento revolucionario bajo la dirección del Partido Comunista. Que los agitadores Joaquín Rivas y Carlos Hernández, chofer este último del regimiento, fueron los que pusieron en contacto a algunos soldados con Martí. Por esta indicación se procedió a la captura del líder y de sus lugartenientes Alfonso Luna y Mario Zapata.

En el día de la acción comunista se acercó el automóvil e hizo las señales convenidas, pero al bajar sus tripulantes se les recibió con un fuego nutrido de ametralladoras, secundadas por la acción de la infantería, ya colocada en orden de batalla en posiciones ventajosas.

La serenidad del comandante del regimiento, coronel Felipe Calderón, y el valor de su oficialidad, salvaron la situación, sofocando el pronunciamiento proyectado sin que se derramara la sangre de los comprometidos. Sujetos los culpables a los tribunales militares, cayó sobre ellos la sanción correspondiente, evitándose con tales medidas el desastre a que hubiese dado lugar la pérdida de un cuartel de efectiva importancia militar.

También en el regimiento de caballería de la capital comenzaron a notarse los indicios de una posible insurrección. Los soldados se muestran huraños, callados, pero con cierta zozobra, como si estuvieran en las vis-

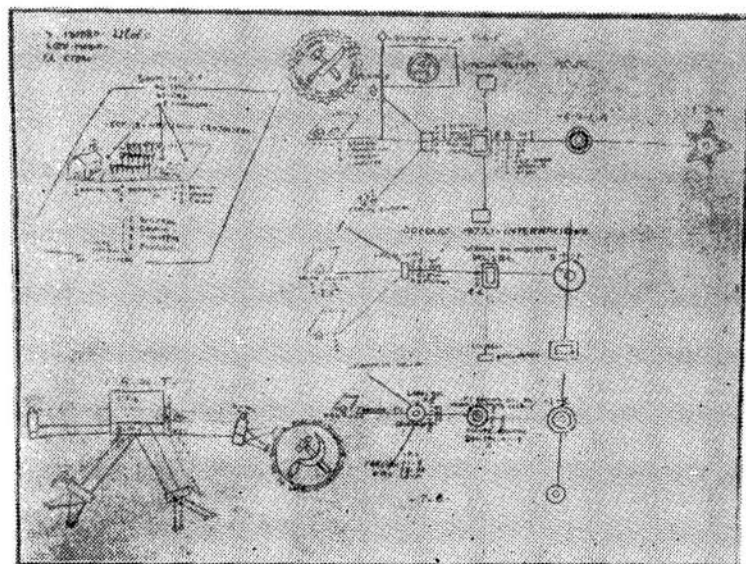
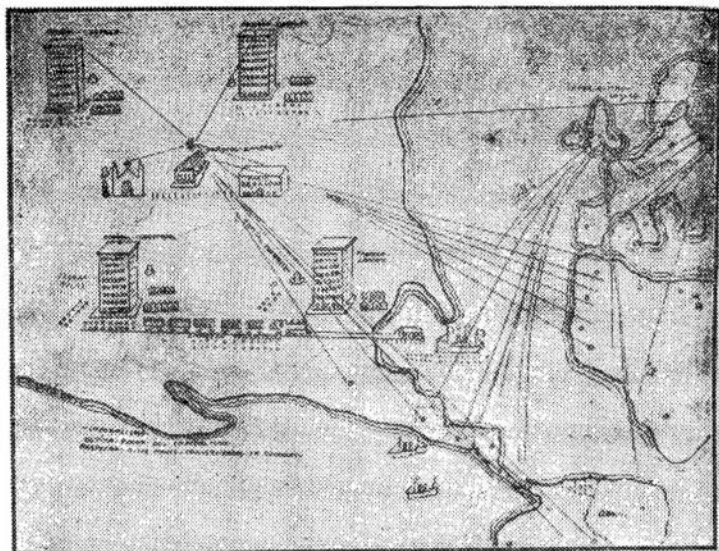
peras de graves sucesos. Estas condiciones preocupan a los jefes que ya sabían algo del estado difícil porque atravesaba el país y que notaron el poco entusiasmo de la tropa en el desarrollo de los acontecimientos del 2 de diciembre, al efectuarse el golpe militar que derrocara al ingeniero Araujo.

Por estos motivos y debido a revelaciones vagas que le hicieran, el jefe del cuartel hace un llamamiento a la oficialidad del cuerpo y a algunos de los ya licenciados. Pretextando el aseo del armamento ordena que todo lo automático se distribuya entre los oficiales, dejando a la tropa únicamente la fusilería ordinaria. Toma estas medidas con el subterfugio de que, por tratarse de armas modernas procúrase instruir a los oficiales para que estos a su vez instruyan a los soldados. Alguien dicta una conferencia sobre la mecánica de las nuevas ametralladoras con lo cual se devolvió la confianza a los soldados comprometidos que de momento, habíanse creído descubiertos.

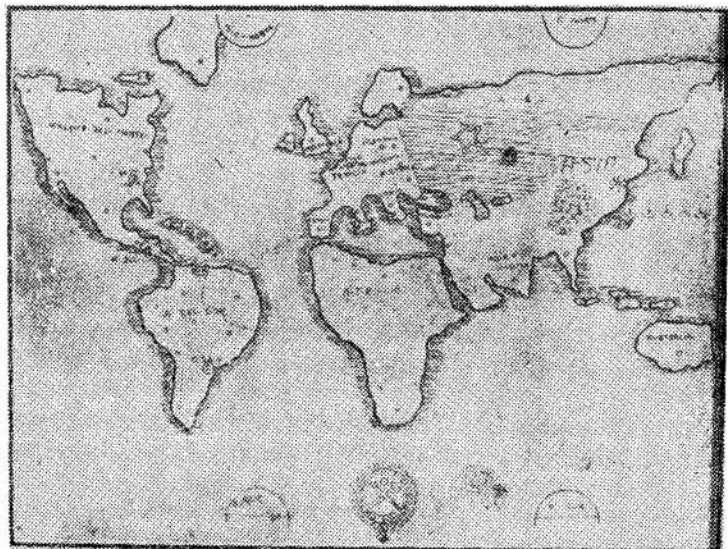
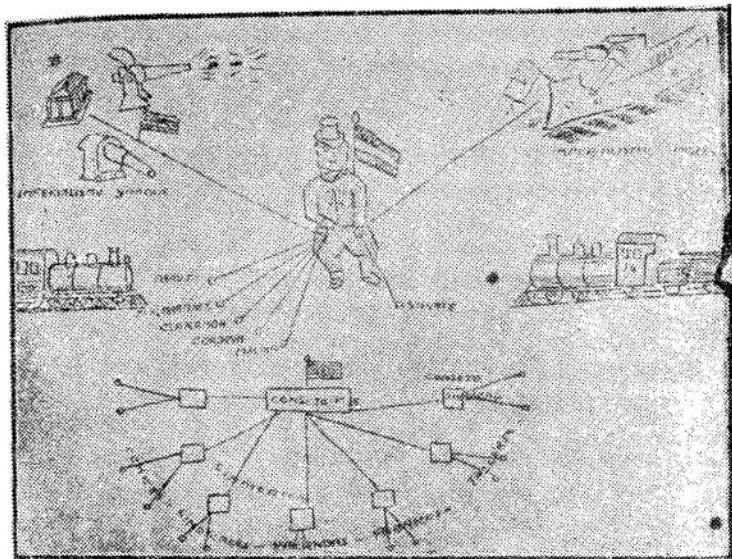
Pero estas armas ya no vuelven a los almacenes; quedan en poder de los oficiales quienes al entrar la noche se colocan en los puntos más dominantes del cuartel; de donde, a la vez de defenderlo, pudieran proceder contra las cuadradas de la tropa al notar movimientos sospechosos de la masa.

El 19 de enero, a las diez y media de la noche, comienzan a formarse grupos de hombres a regular distancia del cuartel, pero atentamente observados por los centinelas, se prepara la defensa. Ya habíase notado que una compañía completa se acostaba con los rifles al lado, sin dejarlos en los guardacantones como de costumbre. Sobre esta compañía se redobla la vigilancia y se colocan en determinados sitios varias ametralladoras para barrerlos al menor movimiento. Uno de los grupos que rondaba el cuartel se acerca demasiado a los muros. Se nota que llevan armas cortas y algunos fusiles. Entonces se les marca el alto por el centinela más avanzado y como no se detuvieran hízose el primer disparo sobre ellos, como señal convenida de antemano, para abrir el fuego. Atacan violentamente y al fragor del tiroteo la compañía sospechosa comienza a moverse lentamente como tratando de echarse sobre el cuerpo de guardia; pero en este momento, secundando el fuego de los murallones abiertos contra los asaltantes, las máquinas del centro abren el suyo contra los sospechosos que al verse atacados inmisericordemente, se amontonan en desorden facilitando en esa forma el exterminio. Los asaltantes, cuando se enteran de que el cuartel no se entrega como estaba convenido, huyen desbandados, perdiéndose en los barrancos cercanos, pero dejando el campo sembrado de cadáveres.

Bastaría un ligero análisis para hacer más que evidentes las contradicciones existentes en las versiones de Schlésinger, sobre todo en lo que se refiere a los sucesos del Sexto de Ametralladoras. Resulta increíble que los jefes adoptaran un procedimiento tan arriesgado por razones humanitarias («el dar licencia a los soldados para luego hacerlos aprender en otros cuarteles») en momentos en que en los cuarteles salvadoreños se fusilaba hasta a quienes llegaban a ofrecer su colaboración, como podrá verse en el documento del coronel Bustamante Maceo citado más adelante por Mármol. Como una información complementaria he de decir que en la p. 179 del ejemplar del libro de Schlésinger que está en mi poder, Mármol escribió al margen con su puño y letra la siguiente aclaración, referida a los sucesos de la caballería: «Esto de los asaltos del 19 de enero es falso. Hicieron la alarma de que Neftali Jova —líder araujista— invadía la capital y ametrallaron a nuestros soldados de caballería.»



Cuatro de los esquemas utilizados en la enseñanza político-ideológica por el PCS. La ingeniosidad suplía el bajo nivel cultural y político de la militancia de entonces. (N.D.R.)







El Salvador: PRINCIPALES CIUDADES

ARGENTINA: CON LAS ARMAS

EN LA MANO

HECTOR V. SUAREZ





116 *PRENSA LATINA entrevista a dirigentes nacionales de las cuatro organizaciones revolucionarias más importantes del país: MONTONEROS, FUERZAS ARGENTINAS DE LIBERACION (FAL), FUERZAS ARMADAS PERONISTAS (FAP) Y FUERZAS ARMADAS REVOLUCIONARIAS (FAR) para componer un panorama de la lucha armada en Argentina.*

Hay un país de ficción, chiquitito, que transcurre en los almuerzos del señor Levingston con algunas olvidables momias políticas; en los sillones exclusivos de Jockey Club; en el ghetto aristocrático de Palermo Chico; en los veraneos cálidos y antes —¡Oh, los Tupamaros!— tan agradables de Punta del Este; en las idas y venidas a Madrid; en los golpes en la mesa que dan algunos dirigentes sindicales con medido sentido de la oportunidad; en las vidrieras deslumbrantes de las calles Córdoba o Santa Fe; en las vacas oligárquicas que engordan pacientemente en la pampa interminable; en la frivolidad brillante de las revistas semanales; un mundo chiquitito protegido por bayonetas relucientes, por el pechismo cuajado de medallas ganadas en ninguna guerra, de los señores generales; los cabildeos de la inextinguible politiquería; los planes, sesudos planes de un desarrollismo imposible.

Y está el otro país, el real, subterráneo y preterido, los «negros», la «mersa» de las villas miseria, del cordón industrial de Buenos Aires, de Córdoba, de Rosario, los que se apretujan en los colectivos; abandonados del no-este, azucareros en Tucumán, braceros en el sur; todos los que acumulan rabia desde hace quince años y mastican una impotencia que no es más que la contracara de una inmensa fuerza sin salida. Las olas oscuras del pueblo que lamen los cimientos de ese engranaje, de ese poderoso juguete que un día van a destripar para ver lo que tiene dentro.

Son gente a la que ya se le está cansando el cuello de mirar al cielo para ver si, por fin, aparece el mitológico avión negro trayendo al postergado mesías redentor; muchos que ya se cansaron de esperar o que piensan, por lo menos, como decía Hemingway: «Si llega la inspiración que me encuentre trabajando.»

Perón, con toda su fuerza, es más que nada un símbolo, el resumen de las aspiraciones estafadas de la clase obrera argentina y el reclamo testarudo de su retorno, y la asunción del peronismo que hace la abrumadora mayoría del proletariado, es el reclamo de ser tenido en cuenta, de conquistar una posición de poder, que si un día no pasó de

ser una ilusión populista, en el mundo de hoy —con una revolución cubana de por medio, con el avance del socialismo, con un continente que se recupera de su reflujó— rebasaría muy probablemente ese marco y no pararía hasta la revolución.

Tal vez eso explique que Perón, incapaz de ponerse a la cabeza de ese proceso, no vuelva. Tal vez eso explique que oligarcas e imperialistas, si se vieran con el agua al cuello —quizá todavía no lo están del todo—, no se decidieran ni así a jugarse la carta del retorno, porque no sería difícil que ni el propio Perón en el país pudiera durante mucho tiempo controlar, domesticar, esa tremenda fuerza que se llama a sí misma peronista, dentro de los respetables marcos del sistema burgués.

El dolor de cabeza permanente que durante quince años tuvieron los sectores del poder oligárquico e imperialista en el país, a partir de la caída de Perón en 1955, fue como desperonizar al proletariado argentino, cómo hacer que fuera digerido por el sistema; y lo probaron todo: desde la represión a sangre y fuego de lo que se llamó la revolución libertadora, al halago o la compra directa de supuestos dirigentes sindicales; desde la misión reudentora de algún militar enviado por la Providencia, hasta el es-

pejismo electoral, eso sí, con las debidas proscipciones. Todo inútil.

Más o menos descarnada, disimulada otras, la violencia fue siempre el factor decisivo de conservación del poder, y el abismo entre el pequeño mundo gobernante y las grandes fuerzas sociales desplazadas fue creciendo un poco más todos los días.

En junio de 1955 aviones de la marina bombardean Plaza de Mayo, donde miles de trabajadores se habían congregado en defensa de su líder y sus derechos. Hay una importante cantidad de muertos y heridos. El difunto teniente general Pedro Eugenio Aramburu, borró del mapa todo lo que recordara al peronismo: los sindicatos y la CGT fueron intervenidos a punta de pistola, el cadáver de Eva Perón, desaparecido; miles de militantes populares fueron perseguidos, torturados o asesinados. Cuando en 1956 el general Juan José Valle fracasa en un intento de golpe para la reconquista del poder por el peronismo, Aramburu firma la sentencia de muerte de 33 complotados, entre civiles y militares.

En 1958 apelan al truco electoral; sube Frondizi con los votos peronistas y al poco tiempo está andando el Plan Conintes; encarcelamiento y tortura de cientos de militantes, represión bru-

118 tal de los obreros del frigorífico Lisandro de la Torre, exterminio de toda protesta estudiantil; secuestro y asesinato del líder metalúrgico Felipe Vallese; enfrentamiento entre azules y colorados en el ejército con un centenar de muertos: por supuesto, todos soldados de fila.

En 1962, el peronista Andrés Framini gana la gobernación de Buenos Aires: no le dan posesión. Al año siguiente, con la correspondiente proscripción del peronismo, Illía es presidente y victimario de una nueva lista de obreros: Méndez, Mussi, Retamar.

Pero desde su lejano «17 de Octubre», de Puerta de Hierro, Perón ha hecho durante estos tres lustros una misma política, simple y efectiva: jugar alternativa o simultáneamente a todas las cartas dentro de su movimiento (en setiembre le mandaba coronas a los montoneros muertos Abal Medina y Ramus y confirmaba, a la vez, a un dirigente petrolero entreguista como Cavalli, en la dirección del movimiento).

El resultado: le sacó la alfombra de abajo de los pies a todo gobierno que pretendió sustituirlo ante las masas y la contracara: no articuló un movimiento coherente que pudiera darle una salida revolucionaria a Argentina.

Quiérase o no, aún ausente, sigue siendo la figura política más viva e importante del país. Si ese era el fondo de su propósito, lo ha conseguido.

Onganía no fue una excepción, sólo que después de intervenir la universidad y numerosos gremios, pese a ciertas seducciones integralistas, terminó por desarrollar una coherente política de represión que se estrelló contra el «Cordobazo», en mayo de 1969.

Y fue a la luz irresistible, al estruendo del «Cordobazo», que se fortalecen o surgen como hongos después de la lluvia, las organizaciones armadas del pueblo. Ahora el diálogo de sordos de estos quince años, tiene un lenguaje distinto y un poco más ruidoso. Y, curiosamente, es el único que puede verdaderamente conducir a un forzado «entendimiento». El señor Levingston, con ser un instrumento tan cuidadosamente preparado por los norteamericanos, tal vez llega, con todas sus aperturas y sus cierres, con toda la complicidad que puedan arrimarle sectores del peronismo, demasiado tarde. Hay un nuevo componente en esta coyuntura que ese sí, por definición, no puede asimilarlo nadie: la lucha armada.

Los integrantes de las organizaciones armadas provienen de distintas vertientes: del partido co-

munista y las fuerzas de la izquierda tradicional que a través de sus contradicciones ideológicas y políticas, a través de sus disidencias van desatando sectores cada vez más radicalizados; de sectores burgueses no peronistas, como el radicalismo, la democracia progresista; del cristianismo y el movimiento ideológico que se desarrolla en su seno y, por fin, del peronismo que con sus propias contradicciones va también desalojando los elementos más revolucionarios que pueden o no después definirse como peronistas, pero que en todo caso constituyen parte de la vanguardia armada.

El «Cordobazo» inicia una nueva etapa en la lucha revolucionaria argentina y encuentra e impulsa a algunas organizaciones ya formadas, define otras, genera un fermento que nutre pequeños y numerosísimos grupos que se preparan y empiezan a operar acciones armadas.

A la sombra de la más estricta clandestinidad, PRENSA LATINA entrevistó a dirigentes nacionales de las cuatro organizaciones revolucionarias más importantes que actúan en el país para formarse un panorama de la lucha armada argentina: los Montoneros, las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL), las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) y

las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

La serie de notas que sigue, cuyo orden de publicación no está necesariamente referido al grado de importancia de la organización, es el resultado de esos encuentros.

● Montoneros: el llanto para el enemigo

«Hoy, 29 de mayo, a las 9:30, nuestro comando procedió a la detención de Pedro Eugenio Aramburu, en cumplimiento de una orden emanada de nuestra conducción, a los fines de someterlo a juicio revolucionario.

»Sobre Pedro Eugenio Aramburu pesan los cargos de traidor a la patria y al pueblo y de asesino de 27 argentinos.

»Oportunamente se darán a conocer las alternativas de juicio y la sentencia dictada.»

Era el comunicado número 1 de los Montoneros: una bomba política que sacudió a Argentina y expandió sus ondas por el mundo entero. Aramburu era en ese momento, el eje de una amplia maniobra política que le tenía prácticamente asegurada la presidencia argentina.

Ahora este muchacho, dirigente nacional de los Montoneros, que

120 maneja con precisión su Chevrolet por las calles congestionadas de un Buenos Aires inoportunamente primaveral, me va a contar por qué secuestraron y ejecutaron a Aramburu, cuál es la ideología y la estrategia del movimiento, por qué son peronistas, cómo entienden la revolución a escala latinoamericana, qué piensan de la revolución cubana; me dirá, por fin, quiénes son realmente los Montoneros.

Las versiones que se manejan sobre las motivaciones que ustedes tuvieron para secuestrar y ajusticiar a Aramburu, van desde que cumplieron una especie de «castigo bíblico», hasta las de un revanchismo anacrónico. ¿Cuáles fueron realmente las motivaciones del movimiento?

Sabemos que corren todas esas versiones. Pero antes de responderle quiero darle algunos antecedentes. Montoneros se había desarrollado, previamente a esta operación, en una larga etapa de organización y preparación, durante la cual nos fogueamos en el combate y realizamos numerosas operaciones. Así, una vez que consideramos que habíamos logrado un desarrollo organizativo mínimo, una consolidación política y una técnica militar y, sobre todo, que el proceso del pueblo argentino había madurado lo suficiente como para prestar una adecuada receptividad a

las acciones armadas, decidimos dar un paso más adelante en lo que hace al grado de violencia ofensiva. O sea, avanzar en la escalada político-militar que se iniciara con atentados, asaltos a policías de parada, a postas militares, a polígonos de tiro, a armerías, entre otras cosas, hasta llegar a la toma de bancos y destacamentos policiales. Por eso planificamos, entre otras, esta operación de envergadura nacional.

¿Y las motivaciones concretas de la operación Aramburu?

Fueron varias y las consideramos absolutamente cumplidas.

Primero: aplicar la justicia revolucionaria. Como tal, consideramos que este hecho, que abarca la detención, juicio, sentencia y ejecución de Aramburu, significa el desconocimiento absoluto de la justicia del régimen y el comienzo de la instauración del poder popular. En segundo lugar queríamos privar al régimen de su carta más importante para la salida demoliberal, dando con ello un golpe durísimo al sistema. Creo que esto queda certificado por la reacción posterior de la «Unión Democrática». Aramburu era el hombre de recambio del régimen, contando para ello con el apoyo de los generales y los oligarcas, su prestigio entre los sectores gorilas e imperialistas y su intentona po-

pulista de acercamiento al peronismo apoyada por la traición cómplice de algunos tráfugas.

¿Qué consecuencias estiman que tuvo la operación?

Creemos que es el primer hecho militar realizado por una organización revolucionaria que implica por sí solo definirse políticamente. Ya asaltar un banco o tomar un destacamento militar no define políticamente a nadie. Y por otra parte, la ejecución provocó una agudización de las contradicciones internas del régimen, de las cuales el resultado es el cambio de Onganía por Levingston y dejó en evidencia que la verdadera disyuntiva del país es peronismo o antiperonismo.

¿Ustedes siguen creyendo en la antinomia peronismo-antiperonismo? El propio Paladino, miembro del Consejo Superior del Movimiento Nacional Justicialista, vocero político del peronismo en el país, declaró que «la antinomia peronismo-antiperonismo ha desaparecido».

Nosotros consideramos no sólo vigente esa contradicción sino cada vez más profunda. Los que han cambiado no son los términos de esa contradicción, sino la configuración de sus elementos. O sea, que el cambio se ha dado en la conformación de esas fuerzas, ya que sectores de una se

han pasado a la otra y viceversa.

Así es que el antiperonismo se ha visto engrosado con los sectores burgueses y las burocracias sindicales del movimiento, que desde 1955 vienen pasándose al campo enemigo, unos enrolándose en el frondifrigerismo desarrollista y otros en el neo-peronismo o peronismo sin Perón. Tendencias ambas que andan convergiendo en estos días. Mientras que por otro lado, también las fuerzas armadas purgaron todos sus elementos peronistas a través de los fusilamientos y bajas resultantes de cada levantamiento peronista. Por ejemplo el Movimiento de Recuperación Nacional de 1956 encabezado por los generales J. J. Valle y R. Tanco; la sublevación del general Iñiguez, en Rosario, en 1960. De esta manera, se han perfilado en ellas dos alas: una proyanqui dependiente del Pentágono, y otra nacionalista, sin pueblo, que siempre termina haciéndole el juego a la otra. Aún así, no negamos la existencia de posibles excepciones y es a tales excepciones que convocamos a que participen de la lucha del pueblo.

Por otro lado, sectores antiperonistas o no peronistas hace quince años, se han acercado e integrado al peronismo, como es el caso de sectores cristianos, laicos y clericales, el estudian-

122 tado universitario y nacionalistas izquierdistas que comprendieron el carácter revolucionario del movimiento.

Volviendo a la operación de Aramburu. Hay sectores de opinión que insisten en que hubo participación, por lo menos indirecta, de los Servicios de Inteligencia del Ejército (SIDE). ¿Qué hay de cierto en esto?

Esos sectores a los que usted se refiere, están interesados en negar la posibilidad de la existencia de una organización armada peronista capacitada política y militarmente, como para realizar una operación de esa envergadura. Además, lo niegan en función de las contradicciones internas del régimen.

De todas formas hay, o por lo menos así se presentan, una serie de puntos confusos. . .

Todo es parte de una maniobra confusionista del régimen, apoyada por los eternos «revolucionarios de café», pero nos consta que para el pueblo no hay puntos confusos y eso, nos basta.

No quisiera quedarme con ninguna reserva y voy a hacerle algunas otras preguntas sobre esto. Ni Masa, ni Abal Medina, ni Ramus fueron reconocidos por los familiares del teniente general Aramburu como participantes en el primer aspecto de la operación:

el secuestro. ¿Cómo se explica esto?

Lo que afirmen o nieguen los presuntos testigos del hecho, es problema de ellos, no nuestro, y no nos importan los distintos intereses que los llevan a afirmar o negar determinados datos.

En cuanto a la aparición del cadáver de Aramburu. Se ha señalado como extraño que fuera sepultado en la propia casa de Ramus, sin tomar precauciones mínimas que dificultaran su identificación como hubiera sido sacarle la sortija matrimonial y la prótesis dental.

Le pido me disculpe que no conteste ahora a esa pregunta, pero su respuesta afectaría normas de seguridad y compartimentación.

Quisiera preguntarte una última cosa sobre esto: el episodio de William Morris donde mueren Abal Medina y Ramus, ¿fue producto de una delación? Toda la operación parece más bien dirigida a exterminarlos que a capturarlos con vida, siendo como eran elementos muy importantes para el esclarecimiento de todo este asunto.

No creemos que la policía tuviera el dato preciso de quiénes estaban allí porque en ese caso hubiera actuado de otra manera: sin duda llevando más efectivos, etc. Por otro lado era imposible capturar con vida a los compañe-

ros que ahí estaban, salvo los que se encontraban desarmados que es el caso del compañero detenido, porque tenían la consigna de resistirse hasta escapar o morir. Le reitero, finalmente, que pensar que Montoneros tiene alguna vinculación con el SIDE es no sólo erróneo, sino absurdo. Detrás nuestro no hay ningún cerebro maquiavélico como pretende el gorilaje, ningún general oportunista, ninguna potencia extranjera. Detrás nuestro sólo pueden estar el pueblo y el general Perón.

Entre las críticas que se le han hecho a la operación Aramburu, desde posiciones revolucionarias, está la de que, dada su magnitud, les creaba a ustedes un problema respecto a cómo garantizar la continuidad y progresión de acciones futuras.

Cuando se realizó la operación Aramburu, estaba suficientemente garantizada la continuidad, lo que quedó demostrado al realizarse la toma de La Calera un mes más tarde. Recién luego de esta operación, comenzaron los problemas que son propios de la etapa en que se encuentra la resistencia armada en Argentina, ya que no podemos suponer que somos invulnerables y que nunca vamos a tener presos y muertos. Todos sabemos que es la primera etapa de la lucha, la más dura y peligrosa y que los que toman la delantera a menudo, deben

pagar con su vida la experiencia que aprovechará a los demás. Aún así se podría disentir con respecto a si el momento era el adecuado o si realmente era necesario afrontar los riesgos que afrontamos en esta etapa.

¿Cuál es el balance que finalmente hacen?

A pesar de todos los problemas sufridos, consideramos un acierto haber realizado hechos de tal volumen, porque abrieron nuevas perspectivas al movimiento armado, tanto en lo político como en lo militar, lo que se comprueba en la creciente expectativa popular y la ola de acciones desencadenada en estos momentos.

¿Ustedes buscaban también ese efecto?

Intentábamos con estos golpes dar un paso adelante en lo que se refiere a la capacidad ofensiva de las organizaciones armadas, demostrando que eran posibles hechos de envergadura y que el régimen era vulnerable a los mismos, con lo cual la lucha armada en Argentina podría traspasar el tope a que había llegado y entrar de lleno a pesar sobre la realidad política. Consideramos haber logrado esos objetivos puesto que no perdimos totalmente nuestra continuidad, provocamos un alza de las acciones armadas y, por tanto, redujimos

124 el margen de maniobra del régimen, como lo demuestra el golpe del 8 de junio, el aplazamiento del proceso electoral fraudulento hasta tanto no se pacifique el país, etc.

¿Cuál es la ideología del movimiento? Entendemos que algunos de sus componentes son el cristianismo y el peronismo, ¿cómo entienden estas concepciones?

Somos peronistas aunque provengamos de distintos orígenes y formaciones. El peronismo tiene una doctrina creada en 1945, que se fue relaborando y actualizando durante los 25 años posteriores. Esta doctrina se sintetiza en las tres banderas del movimiento: independencia económica, justicia social y soberanía política.

Estas tres banderas en 1970 se expresan a través de la necesidad de lograr un desarrollo económico independiente y una justa distribución de la riqueza, dentro del marco de un sistema socialista que respete nuestra historia y nuestra cultura nacional.

Por otro lado, la doctrina fue definida por su creador, el general Perón, como profundamente nacional, humanista y cristiana, respetuosa de la persona humana sobre todas las cosas.

¿Cuál es la estrategia revolucionaria de la organización?

La de la guerra popular. Esta presenta distintas características: debe ser total, nacional y prolongada. Le digo total, porque supone la destrucción del estado capitalista y de su ejército, como previos a la toma del poder por el pueblo. Hablamos de nacional, porque su sentido es el de la emancipación del dominio extranjero, a la par que la reivindicación del pueblo argentino. Y por último, la calificamos de prolongada, porque hay que formar el ejército popular, lo que implica tiempo para desarrollarlo, y además debido a las características del ejército enemigo al cual no es posible derrotar en un combate y sí, en cambio, desgastarlo en la lucha a través del tiempo.

¿Cuál es la relación de los Montoneros con las otras organizaciones armadas argentinas y cómo ven sus estrategias en cada caso?

Las estrategias de las organizaciones armadas de Argentina son básicamente similares. Esa similitud se expresa en los puntos mínimos de coincidencia que creemos indispensables para desarrollar más adelante una tarea conjunta. Tales puntos son el desarrollo de la guerra popular como único método para lograr la liberación de nuestra patria; la

convicción de que esa liberación sólo es posible conjuntamente con la del resto de América Latina y que el movimiento de masas que expresa y encarna esta vocación revolucionaria en Argentina es el peronismo.

Es cierto que existen diferencias de apreciación política y hasta de ideología en algunos casos. Indudablemente con quien tenemos mayor afinidad es con las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP). Pero nuestras relaciones con todas las organizaciones hermanas son de solidaridad y respeto, el que se merecen todos los que luchan honestamente.

¿Cómo ven la revolución a escala latinoamericana? ¿Consideran la necesidad de una estrategia continental?

El general Perón sentó, hace muchos años, la doctrina de la tercera posición. Esto nosotros no lo vemos, por supuesto, como una equiparación del campo imperialista y del socialista, sino como una forma de vinculación solidaria activa con los pueblos latinoamericanos, asiáticos y africanos, los del llamado tercer mundo, explotados por el colonialismo y el imperialismo. En cuanto a Latinoamérica, no sólo la doctrina sino también la historia común determina los lazos fraternos entre nuestros países. Por eso al igual que San Martín y Bolívar, como otros próce-

res hispanoamericanos, necesitaron unirse para independizar a América del dominio español, también hoy nosotros necesitamos unirnos a escala continental para liberarnos del yugo yanqui y de las oligarquías nativas.

¿Cuál sería el momento de continentalizar esa estrategia?

Por ahora nosotros pensamos que la mayor utilidad que le podemos brindar a la revolución latinoamericana es la de ir haciendo la revolución en nuestro país, respetando los procesos particulares de los países hermanos, evitando de esta manera imponer formas y métodos que puedan no corresponder a otras realidades. Igualmente consideramos que para que la revolución se consume y consolide, deberá extenderse a todo el continente.

¿Se consideran los Montoneros la vanguardia armada de la revolución argentina?

Indudablemente no.

Entonces, ¿cómo habrá de constituirse esa vanguardia?

Entendemos que la constitución de la vanguardia armada de la revolución en Argentina se va a dar con la unificación de todas las organizaciones armadas del país. Tal unificación se dará como una necesidad imperiosa de la lucha. Por eso es que sostene-

126 mos el principio de unidad en la acción.

¿Cómo valoran a la revolución cubana?

La valoramos con respeto y admiración hacia el proceso vivido por el pueblo cubano que es ejemplo para nuestros pueblos. El hecho de que no haya conseguido aún la concreción de la prosperidad económica, sólo significa que si la lucha por la toma del poder es difícil, la creación del estado revolucionario y la consolidación de su economía son más difíciles aún. Evidentemente para consolidar ese proceso revolucionario, al igual que en el resto del continente, es necesario hacer la revolución en nuestros países. Entendemos que Cuba necesita la integración geopolítica con una Latinoamérica revolucionaria.

Nuestra solidaridad y simpatía por la revolución cubana, expresan el reconocimiento a su valioso aporte en esta segunda etapa de la independencia de nuestras naciones, lo cual no significa que pensemos que para Argentina haya que copiar exactamente su modelo. Cada pueblo tiene sus propias características que deben ser tenidas en cuenta.

¿Tienen los Montoneros alguna relación con la ejecución de Vandor?

Con la ejecución de Vandor no tenemos ni tuvimos ninguna re-

lación. Ni siquiera sabemos a ciencia cierta cuáles fueron los móviles de la acción, ya que nunca nadie intentó capitalizarla políticamente, al menos en forma pública.

¿Y con la de Alonso? El comunicado emitido por los autores de la operación estaba firmado por un «Comando Montonero Maza».

En cuanto a la ejecución de Alonso y el comunicado a que usted se refiere quiero decirle que el nombre de nuestra organización corresponde a la historia argentina y que fue creado por aquellos que disputaron las primeras luchas nacionales y populares por nuestra independencia en el siglo pasado. Por lo tanto no nos consideramos propietario, entre comillas, del sello y sostenemos que **montonero** es todo aquel que lucha sin cuartel por las banderas populares con todos los medios que su puesto de acción le ofrece. De esta manera todo argentino honesto que participe de nuestra lucha, tiene derecho a llamarse montonero y cuenta con nuestro apoyo y solidaridad.

¿Cuál es la política de los Montoneros ante los dirigentes que llamándose peronistas se han distanciado de las masas y aún han llegado a traicionarlas pasándose a la oligarquía y al imperialismo?

Como bien dice usted, los dirigentes que llamándose peronis-

tas han traicionado a las bases se han pasado al campo de la oligarquía y del imperialismo. De esa manera han dejado de ser peronistas aunque pretenden seguir disfrazándose de tales para no ser repudiados por las bases. Pero éstas son conscientes del truco, de ahí que esos dirigentes fraudulentos carezcan totalmente de representatividad.

Por eso nuestra política es la de no preocuparnos por ellos en tanto su traición a la función de dirigentes no se transforme en clara traición a las luchas que encara el pueblo en estos momentos. En caso de que así lo hagan recaerá sobre ellos la pena correspondiente, que en todos los movimientos revolucionarios del mundo ha sido y es siempre la misma.

¿Se consideran una organización político-militar?

Lo somos.

¿Cómo encaran el problema clave de la relación con las masas?

Consideramos que la tarea militar no está divorciada en ningún momento de la tarea de organización del pueblo. Y que ésta, no se agota con la construcción de una infraestructura que nos permita funcionar militarmente en forma eficaz, sino que además se dirige a abrir canales de comunicación, a ganar lo favorable y neutralizar lo des-

favorable, a extender la organización a todos los niveles o frentes de acción: el político, el sindical, el estudiantil.

¿Cómo se concreta esto?

En esta etapa a través del intento de incorporar a las luchas de masas, por medio del ejemplo, las formas organizativas y los métodos de lucha propios de una organización armada. Es lo que se ha dado en llamar propaganda armada.

¿Han pensado en alguna forma organizativa específica?

Nos hemos organizado y preparado para transmitir toda una serie de experiencias que pueden resultar muy valiosas para el frente de masas, en tanto éste deba soportar la creciente represión del régimen.

¿Qué resultados esperan?

Creemos que de la adopción de las formas organizativas y de los métodos de la lucha armada, y la asimilación de la experiencia clandestina sumadas a una correcta línea política, surgirá la incorporación paulatina y organizada del pueblo a las organizaciones armadas.

Otra acción importante de la organización fue la toma de La Calera. ¿Qué motivaciones tuvo?

Bueno, muchas. Queríamos dar continuidad a la acción iniciada

128 con la ejecución de Aramburu demostrando con hechos la línea montonera; queríamos golpear al más alto nivel militar en el interior del país demostrando simultáneamente que la organización existe a escala nacional y se puede llevar adelante la guerrilla urbana en el interior.

Estos eran algunos aspectos. Otros: demostrar que los hechos militares de envergadura son posibles y que el enemigo es vulnerable; demostrar la capacidad militar, disciplina y responsabilidad de las organizaciones y sus combatientes en operaciones de volumen.

Y varias más: dar testimonio concreto de nuestra solidaridad combatiente con los mecánicos cordobeses reprimidos por la patronal y el gobierno; recuperar armas y dinero; desarrollar la propaganda armada; marcar el ingreso en la etapa de la consolidación organizativa nacional y la intensificación del método de lucha a llevar a cabo.

Creemos que La Calera significó un avance en la escalada político-militar contra el régimen.

Y, comparativamente con la operación Aramburu, ¿cómo la ven?

Entendemos que ambas operaciones se complementan mutuamente, dándose sentido una a otra, y señalan una clara proyección en el desarrollo político-mi-

litar de la resistencia armada nacional.

¿Creen posible una salida electoral del tipo de la que parece estar gestando incluso por peroneros del peronismo?

No podemos esperar nada de ninguna farsa electoral. Ya nuestra experiencia nos dice con toda claridad que cuando no nos proscibieron, nos anularon las elecciones que habíamos ganado. De ahí que digamos que no estamos ni con el golpe gorila, ni con las elecciones fraudulentas y que reiteramos que sólo el pueblo salvará al pueblo.

Finalmente una pregunta que debió ser hecha al principio: ¿cuáles son los antecedentes de la organización, cómo surge, cuál es su composición?

Somos una unión de hombres y mujeres argentinos y peronistas que nos sentimos parte de la última síntesis de un proceso histórico que arrancó 160 años atrás y que con sus avances y retrocesos da un salto definitivo hacia adelante a partir del 17 de octubre de 1945, que en estos últimos años se ha expresado en la Resistencia, la Revolución del 56, los Uturuncos, los Conintes, los Planes de Lucha, el Ejército Guerrillero del Pueblo, el Movimiento Revolucionario del Pueblo, la Central General de Tra-

bajadores, el Peronismo Revolucionario, Taco Ralo.

Todo este proceso ha influido en nuestra formación y es el que le otorga sentido y proyección a nuestra lucha. Luego de haber militado en los distintos frentes del movimiento, varios grupos de diversas partes del país nos organizamos para llevar adelante una guerra larga de resistencia armada contra el régimen gorila. Proveníamos de distintos sectores y orígenes, obreros, estudiantes y profesionales; de tradición peronistas, cristianos, nacionalistas e izquierdistas. Pero nos unieron la convicción y el sentimiento, ya comunes, de la necesidad de luchar con las armas en la mano por la toma del poder con Perón y con el pueblo y la construcción de una Argentina libre, justa y soberana.

Concientes de que carecíamos de medios y experiencias, nos dedicamos largo tiempo a entrenarnos y disciplinarnos, preparando minuciosamente las primeras operaciones, destinadas a recuperación de armamento, municiones, explosivos, etc.

Así fue como se asaltó el Tiro Federal de Córdoba; se asaltaron depósitos de canteras; se tomaron varios destacamentos policiales y postas militares; se realizaron varias operaciones de recuperación de dinero en bancos y de reducción de agentes. Todo este accio-

nar se desarrolló en diversos lugares del país, simultáneamente. Así nos fuimos consolidando como organización político-militar con la característica fundamental de ser una organización de alcance nacional.

En estas condiciones es que decidimos salir del anonimato como organización bajo el nombre Montoneros con los hechos conocidos. Porque consideramos que había que pelear; porque ya era hora de que dejáramos de llorar nuestros caídos; era la hora de que cayeran los de enfrente; era la hora de que llorara el enemigo.

● FAL: el marxismo en la cartuchera

En un punto perdido en esta selva urbana de 120 kilómetros de diámetro, poblada por ocho millones y medio de habitantes; un apartamento cualquiera, una mesa de hule verde en una cocina no muy grande; un café aguado que va llenando los vasos; ceniceros. Vamos a hablar de las Fuerzas Argentinas de Liberación (FAL) con tres dirigentes y varios comandos de la organización, todos jóvenes. Pero antes de empezar a hablar, una muchacha que no parece capaz de matar una mosca, me extiende un papel: es, ni más ni menos, que la planilla del censo de Isaac Rojas, la figura más conspicua del goril!

130 argentino. «Ocupamos seis mil, anoche —dice con tono tranquilo—, son de Palermo y Barrio Norte: oligarcas, yanquis, militares de alto grado, ejecutivos de compañías extranjeras. Ellos nos podrán tener fichados a algunos de nosotros; ahora nosotros los tenemos fichados a todos ellos.»

COMANDO 1. Hicimos la acción en una escuela situada en Las Heras 3086, punto de concentración de las planillas de esos barrios de que le hablaba la compañera. Fuimos dos hombres y una compañera. Redujimos al personal, que era bastante numeroso y esperamos dos horas hasta que se completara la entrega de las planillas. Obtuvimos muchos datos interesantes: no sólo de Rojas, también de Toranzo Montero, Alsogaray, el general Sánchez Lahoz, jefe de un importante cuerpo del Ejército; el coronel Desiderio Fernández, el contralmirante Samuel Toranzo Calderón y unos cuantos familiares del presidente de la República, Mister Levingston. No anduvo mal la cosa.

¿Cuándo surgen las FAL?

DIRIGENTE 1: Surgimos como movimiento hace casi ocho años. Como la mayoría de los movimientos, somos desprendimientos de otras organizaciones, fundamentalmente de origen marxista. Los elementos de ruptura con esas

organizaciones se dan a partir de ciertos ejes: la lucha armada y la crítica al oportunismo que se expresó en nuestro país, en múltiples oportunidades, con el seguidismo a corrientes burguesas, engañando al pueblo con falsas salidas y falsas opciones; en el terreno internacional con el apoyo a la revolución cubana y a los movimientos de liberación nacional que surgieron con posterioridad.

Año 1962: ¿hay algunos fenómenos políticos específicos de ese momento que explican la aparición del movimiento?

Había pasado el período durante el cual Frondizi pudo engañar al pueblo y llevarlo a las elecciones. El pueblo comenzó a resistir, con dirigentes que, con un gran poder de ubicuidad, empezaron a canalizar el proceso para no quedar despegados de sus bases, cosa que es ya tradicional en el proceso sindical argentino. Se lanza el plan de lucha de la CGT, hay ocupaciones de fábricas, manifestaciones, con algunos fracasos y reflujos.

¿Qué experiencia extraen ustedes de ese proceso?

La gente queda descorazonada de ese tipo de lucha que no le permite conseguir los triunfos que buscaba. Entra en crisis un método de lucha, el método pacífico, o más o menos violento, pero no

organizado. Esto nosotros lo señalamos con una gran importancia porque somos producto, creemos, de la crisis del primer espontaneísmo en la capital.

Es un punto de ruptura. ¿Cómo afecta a las demás fuerzas?

Es un punto de ruptura, efectivamente, que afecta a la izquierda, incluso al peronismo: se va a una revisión de métodos, se habla de la forma violenta de llegar al poder, guerra popular, etc.

En el peronismo hay sectores que empiezan a plantear ya en aquel entonces la salida armada en el país contando con una fuerza armada propia: una cosa muy importante y diferencial del resto del peronismo. Hasta entonces se hablaba de la unidad pueblo-ejército, de la democratización de las fuerzas armadas, etc. El ala del secretariado político de las juventudes peronistas toma muchas cosas de la revolución cubana y mucha gente se radicaliza rápidamente.

¿Y en el partido comunista?

Se produce otro tanto: sufre su crisis de sectores importantes sobre todo influidos por las revoluciones cubana y china; se refleja la polémica entre las dos potencias socialistas y la crítica al reformismo y al oportunismo. En esa coyuntura nacemos nosotros.

COMANDO 2. Fuimos nueve hombres y dos compañeras los que tomamos el tren recaudador El Rosarino. El 24 de setiembre. Subimos en la estación Campana, en un punto del recorrido del tren entre Rosario y Buenos Aires y nos instalamos en el primer coche pullman. En un momento determinado sacamos nuestras armas de las maletas; controlamos al resto del pasaje —que al saber quienes éramos no dio muestra alguna de inquietud— y controlando al camarero nos hicimos llevar al furgón, donde estaba la caja de valores, y redujimos a un guarda y a un policía ferroviario. Mientras tanto, otro compañero nuestro tomó el control de la locomotora, condujo el tren y lo detuvo en un punto de la carretera Panamericana donde nos esperaban dos vehículos de nuestra organización. La operación nos reportó diez millones de pesos.

¿Cómo ven ustedes el «Cordobazo» y como influye en la organización?

DIRIGENTE 2: Lo vemos como un hecho fundamental pero que también demostró que el espontaneísmo no es suficiente. Que se necesita la organización de una vanguardia armada del pueblo. Creemos que esto está entendido y se expresa por una gran asimilación de la lucha revolucio-

132 naria por una gran parte del pueblo. El crecimiento nuestro y de otras organizaciones revolucionarias no es casual y hoy en día se está dando en forma vertiginosa. La masa cuando ve una opción clara, de violencia revolucionaria, no pregunta mucho sobre el origen, la estrategia, etc.; pregunta si se está o no en la lucha y se suma.

La burocracia sindical y las direcciones reformistas, ¿ejercen todavía un control efectivo de las bases o ese control está debilitado?

Es un fenómeno claro la falta de captación de masas por parte de la burocracia sindical y el reformismo; han caído en gran descrédito. Los sindicatos están en crisis: las opciones del pasado están agotadas, prenden las acciones de futuro. En el «Cordobazo», donde nosotros hemos participado, veíamos que las consignas que la gente levantaba eran consignas nuevas; persisten símbolos históricos pero el contenido que la gente pueda dar a esos símbolos ya dista mucho del que le daba antes, lo ve como algo alejado, que fue importante en la vida nacional, pero no lo ve como la salida real y concreta. El Che, por ejemplo, prende más que algunas figuras históricas argentinas.

¿Cuál es el margen de la maniobra que les queda a los factores de poder?

Creemos que muy estrecho. El margen de maniobra en lo económico nosotros creemos que es bastante nulo en nuestro país para dar satisfacción a las luchas económicas: o dar manija a la corriente inflacionaria o bien reprimir; no hay otra salida en este país para los sectores de poder.

¿Y una salida demagógica de tipo populista?

Tendría patas cortas.

¿Entonces ustedes calificarían de bueno este momento para la actividad de las organizaciones revolucionarias?

Creemos que es un momento excepcional. Nosotros le decimos muchas veces a nuestros militantes, un poco en broma, un poco en serio, que no se puede dormir más de tres horas por día, este año.

COMANDO 3. Nosotros secuestramos al cónsul paraguayo. Pero quiero aclararle, porque eso se ha tergiversado mucho, que nunca planteamos canje por él. Fue una maniobra del gobierno y calculamos que pudo estar la CIA atrás de eso. Publicaron una serie de comunicados falsos. El secuestro tuvo por única motivación detener las torturas a que esta-

ban siendo sometidos nuestros compañeros Dellanave y Baldú. Se logró detener las torturas a Dellanave, pero ya Baldú había muerto en manos de la policía. Al cónsul lo liberamos porque nunca habíamos planteado el canje: sabíamos desde el principio que no daba para eso.

Hubo una época según algunas críticas hechas desde posiciones revolucionarias, en que ustedes se cerraron bastante a otras organizaciones; cayeron en cierto sectarismo. ¿Esto es así?

DIRIGENTE 3: Hubo un período nuestro en que nos cerramos mucho hacia adentro, es verdad, nos dedicamos a la infraestructura, a fortalecernos política e ideológicamente y nos mantuvimos apartados de otras corrientes porque no veíamos ninguna perspectiva de acercamiento, es decir, nos sentíamos solos en la línea que habíamos escogido. Pero dimos un viraje importante, nos reubicamos; y a través de lo que estaba pasando en el país se produce un flujo de gente hacia nuestra organización, tanta gente, que estaba formando comandos clandestinos de resistencia como gente que estaba preparando la lucha armada ya sea en las ciudades o en el campo. La práctica nos demostró que era factible ese tipo de unidad. Nació, por otra parte, una nueva

ética entre los revolucionarios de lo que llamamos la nueva izquierda, porque hasta entonces la relación de la izquierda era una relación de robo de cuadros, de no querer encontrar la verdad en serio sino que parecía que se quería que la verdad de uno tapara la verdad de los demás.

¿Cuál es actualmente, entonces, la relación con las otras organizaciones revolucionarias?

Una relación buena, fraternal. Hay lucha política e ideológica, por supuesto, pero sin confundir una y otra categoría. La lucha política la entendemos contra el régimen, contra el imperialismo, sin dejar ningún aliado potencial de lado, y la ideológica, por supuesto, llevándola pero no sobreponeándola sobre la política, haciéndola sobre «la positiva», exponiendo las ideas con claridad para buscar una salida y rompiendo con todo dogmatismo y con todo sectarismo.

¿Cómo entienden ustedes el proceso de liberación argentino?

Creemos que en nuestro país la lucha no es sólo de liberación nacional y social: es decir, que en nuestro país se va a dar una guerra no sólo antimperialista sino que se va a dar también una guerra civil; que la burguesía en nuestro país es fuerte, que tiene un manejo político e ideológico muy hábil y que nuestra lucha

134 fiene que tener un tinte antipitalista si bien, por supuesto, a algunos sectores hay que tratar de neutralizarlos o ganarlos.

¿Puede hablarse ya de una vanguardia armada en Argentina?

No, la vanguardia no está formada todavía en el país, sino que se está formando con una cantidad de fuerzas que están actuando. Las fuerzas revolucionarias nos consideramos afluentes de lo que será la vanguardia. Y esto es muy positivo, porque el «ombligismo», el considerarse el «ombligo» de la revolución está ausente entre nosotros y esto nos acerca muchísimo. Nosotros creemos que todavía falta por avanzar, pero que vamos hacia la formación de un frente de liberación donde confluirán las distintas organizaciones.

¿Son marxistas-leninistas?

Nosotros creemos que, en general, las fuerzas representan a una clase: nosotros intentamos representar los intereses del proletariado. Creemos que no es sólo intentarlo sino definirnos en una cantidad de categorías: en lo político, en lo ideológico. A nuestros militantes los formamos en el marxismo-leninismo y nos esforzamos por analizar a fondo lo que es la esencia del socialismo y en nuestra propaganda nos esforzamos por explicarlo y difundir sus principios, pero no en un

plano retórico, sino de la manera más accesible y simple que podamos. El socialismo es la única salida real que nosotros le vemos al país.

¿En qué aspectos esenciales enfatizan esa propaganda?

Nuestra propaganda está dirigida, como le digo, a explicar la significación del socialismo, su contenido. Otro punto en el que insistimos es en el de la fuerza propia: la construcción del ejército popular y, por último, nos parece esencial la destrucción del estado burgués.

Nosotros entendemos que estos son elementos vitales, sustanciales, son los que van a diferenciar a los revolucionarios, estén donde estén, vengan de donde vengan.

¿Cómo reaccionan ante estos planteamientos de ustedes los distintos sectores del peronismo?

Por supuesto que dentro del peronismo hay sectores que respecto a estos tres puntos son irreconciliables: es decir, sectores de la burocracia peronista, en los cuales incluimos al propio Perón, que con esto «no van». Cuando Perón habla de socialismo, como está escrito en **La hora de los pueblos**, dice que la política está por encima de la ideología, de un socialismo «a la argentina» y cosas de este tipo. Nosotros pensamos, naturalmente, que el socialismo tiene que tener caracte-

rísticas totalmente nacionales, pero que tiene categorías en lo económico, en lo político, claras y concisas que, por supuesto, estos sectores no están dispuestos a admitir.

¿Y los otros? ¿Cuántas tendencias reconocen ustedes en el peronismo?

Nosotros reconocemos tres tendencias: la conciliadora, a cara descubierta, que tuvo su expresión en el gobierno Lonardi con el juego aquel de ni «vencidos, ni vencedores»; en el pacto con Frondizi; más tarde con el neoperonismo, es decir, una corriente que tiene como objetivo su integración al régimen de turno, no plantea variante ni siquiera dentro del régimen burgués. Ayer estuvieron con Frondizi y con Onganía y hoy están con Levings-ton; como la llamada «nueva corriente» de la CGT, que se hizo participacionista con todo y entró a sabotear la lucha obrera.

La segunda es la tendencia opositora. Es el sector burocrático que también entró en esa manobra y que ahora sale para librar una pequeña oposición al régimen, para fortalecerse algo, con algunas declaraciones, con algunas medidas de lucha, para entrar desde mejores posiciones en la futura componenda electoral.

Y por último está el peronismo revolucionario que hoy tiene ex-

presiones de mucha importancia, fundamentalmente las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP), que son compañeros que, aunque tengamos divergencias con ellos, los consideramos auténticamente revolucionarios y merecen todo nuestro respeto.

Pero hay sectores revolucionarios del peronismo que levantan la vuelta de Perón y reivindican el Movimiento Peronista en su conjunto. ¿Cómo ven eso ustedes?

Nosotros creemos que eso es un error. Esos compañeros consideran que levantando las pautas de la vuelta de Perón y del peronismo, con todos sus símbolos y demás, van a tener una mayor cabida en el pueblo en general. Nosotros creemos que eso hoy en día no es real, que lo estamos demostrando con la cabida real que tiene hoy en día todo revolucionario y que inclusive ese hecho trae confusión a las masas, ya que hoy en día la vuelta de Perón es planteado por un Paladino y todo el peronismo, sin ningún distinguo. Plantear una vuelta al pasado, a las masas, creo que no les da idea de lo que debemos encarar: un proceso distinto donde realmente el pueblo sea protagonista de la historia. Y creemos que ese enfoque no ayuda al proceso en general.

136 ¿Ustedes no le reprochan el que sean peronistas sino el tratamiento que dan al fenómeno peronistas en relación con la lucha revolucionaria?

Exacto. Nosotros no les reprochamos en absoluto que sean peronistas, incluso en nuestra organización existen sectores importantes que provienen del peronismo, inclusive muchos de ellos que no dejan de decir que siguen siendo peronistas, pero eso no es lo esencial: lo esencial es el contenido de lo que proponemos al pueblo y qué pautas se levantan.

VARIOS COMANDOS. La unidad de Campo de Mayo, la tomamos el 5 de abril. Fue una acción desde el punto de vista militar y operativo muy grande. Para dar una idea de su magnitud, habría que recordar lo que es Campo de Mayo: es la guarnición más importante del país, está en el Gran Buenos Aires, tiene una gran extensión rodeada por límites cuidados militarmente y tiene en su seno a todas las armas y lo más selecto de ellas ya que están las escuelas de cuadros; es el lugar fundamental de las distintas unidades militares.

Eligimos ese objetivo porque, a pesar de ser difícil, marcaba un nivel de audacia en lo que se iba a hacer y dejaba en evidencia la vulnerabilidad del régimen ya que se le golpea-

ba en su más cuidado reducto. Bueno, nos presentamos en un camión camuflado del ejército, y varios jeeps. Controlamos a 57 elementos del personal militar y llegamos al arsenal de donde, por un hecho prácticamente fortuito, habían sido retirados ese mismo día 700 FAL y muchas municiones. Pudimos llevarnos de todas maneras algunos fusiles, pistolas 45 y otros elementos. No se llegó a disparar un solo tiro. Nos dispersamos según lo habíamos prefijado.

Fue una operación que conmovió al ejército porque no tenía contabilizada la fuerza que podíamos mover, una capacidad operativa tal, y eso los asustaba tremendamente. Además vieron un gran despliegue técnico. Nosotros hemos conseguido una publicación interna del ejército donde ellos hacen un análisis de toda la operación en forma muy exhaustiva y se muestran bastante preocupados por la envergadura del hecho y llegan a afirmar que tenía que haber participado en la fuerza atacante una buena parte de militares, porque la disciplina, la cohesión, las órdenes, fueron muy precisas.

Por supuesto ellos lo ven así porque no pueden concebir que se pueda formar un ejército

con esas características, fuera de las fuerzas regulares; pero a tal punto llegaba la prevención de ellos. Hacen una apreciación del monto que llevó la preparación del operativo y también se asustan de eso, porque el monto en realidad fue bastante grande, prácticamente se invirtieron en ella casi 10 millones de pesos (bueno, los recuperamos ahora con la expropiación al tren recaudador), costo que ellos calculan exactamente.

Y otra cosa les preocupa y seriamente: que no hubo resistencia alguna por parte de las fuerzas acantonadas en Campo de Mayo sino que para nosotros fue «un paseo», digamos, la toma de la unidad.

Creo que tenemos que volver al tema del peronismo. Porque aparte del análisis que hacen ustedes, es innegable que se da en la vida del país un fenómeno de persistencia de algo que podría llamarse globalmente peronismo, de determinados elementos que el peronismo dejó en las masas argentinas como la sensación de haber participado en el poder, el haber obtenido avances sociales, de una conciencia más o menos difusa, antioligárquica y antimperialista. Es evidente que el peronismo fue y es un fenómeno de masas, y como tal no puede ser

desconocido. ¿Cómo manejan ustedes ese fenómeno? ¿Cómo relacionan con él la lucha revolucionaria? A nivel de relación con las masas, me refiero.

DIRIGENTE 2: Sí, nosotros creemos que ese fenómeno se da y que es muy importante. En primer lugar nosotros no atacamos al peronismo, es decir no atacamos a Perón, a Evita, ni mucho menos. Al contrario, algunas pautas que han permanecido en el pueblo, las tomamos y las elevamos: el sentido antioligárquico y antimperialista, en general, que ha habido; la sensación de haber participado en el poder, como usted bien dice; los levantamos como hechos importantes. Reconocemos que el peronismo fue la irrupción de las masas en el proceso político argentino; pero creemos también que dejó una serie de elementos negativos que todavía persisten en la clase obrera: fundamentalmente los elementos de conciliación de clases; el delegar cosas que son propias de la clase: la fuerza popular en el ejército; el paternalismo, etc.

Hacemos una crítica a todo esto por «la positiva», es decir, sin criticar directamente, tratamos de superar algunas de las limitaciones más perjudiciales del peronismo. Y para superar todo esto confiamos en la práctica, fundamentalmente.

138 Esto está ligado directamente con el trabajo político. ¿Cómo lo encararían ustedes?

Nosotros creemos que no se puede transitar en Argentina, por lo menos en esta etapa, con un solo pie: el de las acciones armadas; sino que nuestro papel es golpear la superestructura política e ideológica del estado, difundir material político en la lucha ideológica, pero, además, definir funciones de la masa organizándola y tratando de conducirla a un proceso de liberación. Es decir, no vemos a la masa exclusivamente como una fuente de reclutamiento, sino que creemos que allí hay que hacer un trabajo específico. Nosotros propugnamos ese trabajo fundamentalmente en la clase obrera, el movimiento estudiantil y los sectores populares de las villas miseria.

UN COMANDO: Nosotros ocupamos el 7º regimiento de infantería, mejor dicho, la parte del regimiento donde está el parque automotor. Fue una acción que requirió también un despliegue bastante grande de compañeros. Se tomó la unidad, se incautó armamento y no se llegó a cumplir totalmente el objetivo trazado que era incendiar toda la producción de camiones y semiorugas que los yanquis con el Plan de Ayuda Militar (PAN) le ha-

bían entregado al ejército. No se logró esto porque por exceso de confianza nuestro se escapó uno de los conscriptos de allí y pidió refuerzos. Hubo que establecer el plan de emergencia, no pudimos quemar el parque y nos dispersamos, llevándonos el armamento.

Como estrategia revolucionaria, ¿ustedes conciben que la lucha será exclusivamente urbana o también rural?

Sí, también rural. Lo que nosotros estamos haciendo en el campo es trabajar política e infraestructuralmente, pero con visión de guerrilla rural.

¿Combinar ambas formas?

Sí, nosotros creemos que en nuestro país la lucha va a ser combinada, que va a tener predominio la lucha urbana pero que la lucha campesina es indispensable.

OTRO COMANDO: La toma del destacamento de Tucumán fue un hecho de importancia para nosotros. Ese destacamento es muy odiado en el lugar, porque tuvo participación activa en todas las represiones contra el pueblo, en marchas, tomas de ingenios. Por eso después de ocuparlo e incautarnos del armamento vapuleamos al personal de allí —cosa que no hemos hecho en ningún otro lado— lo que cayó muy bien en la población.

Desde el punto de vista latinoamericano, ¿cómo ven el proceso revolucionario?

DIRIGENTE 2: Primero consideramos que la revolución, triunfante se entiende, en un solo país, es un hecho prácticamente imposible. Por supuesto, no pensamos que debe esperarse una coyuntura continental favorable para largar la acción revolucionaria en cada país; pero creemos que es muy difícil que pueda triunfar una revolución social en un país sólo, sino que la lucha será continental.

¿Asumen la tesis del Che de crear dos, tres, muchos Viet Nam?

La asumimos plenamente. Creemos que es el aporte fundamental en los últimos tiempos para la estrategia mundial de la revolución; propugnamos una solidaridad continental estrecha; creemos que no está lejos el día en que esto se pueda materializar con más efectividad; creemos que esto es parte de la lucha revolucionaria mundial con la que está estrechamente entrelazada; nos consideramos parte del movimiento de liberación nacional y dentro de esto pugnamos porque esos movimientos conduzcan y terminen en la liberación social. Creemos en el socialismo; creemos en Cuba; creemos en Viet Nam.

● FAP: con Perón y con las balas

Dos hombres y una muchacha, un mate amargo que recorre la reunión y afuera, Buenos Aires, la policía federal loca detrás de esta organización, las Fuerzas Armadas Peronistas (FAP) que han dado un sello especial a sus acciones, el de «usted también puede hacerlo». Esta misma mañana se llevaron 14 millones del Banco Alemán Transatlántico: secuestraron al tesorero, redujeron a un policía, se hicieron entregar la otra llave por el gerente y se retiraron con el dinero. «Fue una operación limpia —dice uno— sin un tiro.» No hacen ostentación alguna, pero no pueden ocultar que están contentos.

«No apriete mucho que no somos muy teóricos» —desliza el otro, cuando me pasa el mate. Yo tampoco. «Que suerte.» Pero que va a hacer uno si tiene el oficio de apretar.

Ustedes se declaran peronistas. ¿Cómo conciben al movimiento Peronista?

Nosotros concebimos al Movimiento Peronista como un movimiento de liberación nacional. Desde 1955, en que se pierde el poder, lo que se da en Argentina es un proceso en el que el movimiento peronista, de una forma o de otra, expresa una

140 estrategia de conjunto que es la recuperación del poder. Eso explica la resistencia, las grandes huelgas, explica el intento de golpe del general Valle, explica, incluso, que las direcciones obreras se ligaran con los militares.

¿Explica también el pacto con Frondizi?

Lo explica. El pacto con Frondizi se da en unas circunstancias específicas y significa para el movimiento, un movimiento muy heterogéneo y que estaba proscrito, oponer una perspectiva de negociación que, a través de un programa y con algunas perspectivas de conseguir la CGT y algunas cosas, optó por una alternativa que es dar, en las elecciones, el apoyo a Frondizi. La decisión la adopta Perón, en ese momento, como táctica, y nosotros la reivindicamos como correcta porque sirvió entonces para oponerse con un programa que aparecía como nacional y popular, con ciertos planteos de independencia económica, a los sectores más oligárquicos y proyanquis del país

¿Pero estaba claro que, estratégicamente, si aceptamos que el Movimiento Peronista es un movimiento de liberación nacional, de Frondizi no podía esperar nada?

Estaba bastante claro, dentro de la contextura de lo que era el

frondicismo, que inexorablemente, fundamentalmente por las clases que lo apoyaban, no tenía perspectiva histórica para comandar un proceso de liberación nacional.

Nosotros sabemos perfectamente que la burguesía nacional, como se le llama no puede producir un proceso de liberación nacional y llevarlo hasta sus últimas consecuencias. Hoy día, directamente, no hay ninguna posibilidad.

Y desde hoy, ¿cómo ven ustedes todas esas tácticas empleadas por el movimiento?

No totalmente estériles pero sí insuficientes. Creemos que llevaron al movimiento obrero a un desgaste pero también a un gran aprendizaje.

¿En qué consiste ese aprendizaje?

Bueno, que entrar en la variante militarista, entrar en el golpe de estado, entrar en la perspectiva insurreccional, hace que los sectores más honestos, más combativos del movimiento analicen toda esa experiencia y comiencen una nueva metodología que se ve sustentada y enriquecida, además, por las experiencias internacionales: como la revolución cubana y la revolución argelina, que tuvieron mucha influencia en la juventud peronista.

¿Las posiciones que aquí sostuvo la izquierda tradicional en su

valoración del fenómeno peronista no entorpeció la asimilación de esas experiencias?

La desconfianza que existió en el movimiento hacia la izquierda argentina no lo privó de absorber la experiencia de otras organizaciones revolucionarias triunfantes en otros lados a pesar de que, como usted dice, acá la izquierda siempre estuvo de la otra acera. Simultáneamente se dio el proceso de que la izquierda comenzó a comprender el proceso nacional y a acercarse al peronismo.

¿Cómo se reflejó todo esto en el movimiento obrero?

Nosotros pensamos que el movimiento obrero fue el que verdaderamente se sacrificó para que llegáramos hoy a abrir los ojos a esta nueva metodología, porque sufrió en carne propia la experiencia que llevó adelante. Es decir, a nivel de masas se experimentó que por el lado de los militares no hay salida, que por el lado de las elecciones tampoco, que por el lado de las grandes huelgas y las grandes movilizaciones, tampoco va. Es decir, que todo eso puede servir pero dentro de una estrategia de conjunto. Y que era necesario pelear con mayores perspectivas e ir conformando organizaciones que posibilitaran, en una guerra larga, el triunfo final, es decir la reconquista del poder.

Cuando ustedes hablan de reconquista del poder, ¿no se refieren a un retorno a 1955, verdad?

Nosotros hablamos reconquista del poder para referirnos a una experiencia que hizo nuestro pueblo que, en alguna medida, compartió el poder. O sea, que las tres banderas del peronismo: justicia social, independencia económica y soberanía política, sintetizan una política de liberación nacional. Y para el pueblo entender eso, en el último escalón de los sectores explotados, los menos politizados es, por lo menos, volver a la causa del 45 al 55. Pero a nivel de la gran mayoría del pueblo argentino está bastante claro que de volver no se puede volver a repetir lo mismo. El retorno al poder significa tomar el poder para profundizar lo que se dejó en un momento, con una metodología distinta, con un alcance totalmente diferente.

Toda la experiencia de que hablaba no ha caído en saco roto, sino que es una experiencia que ha sido asimilada por la gente: nosotros tenemos la suerte de tener un movimiento obrero muy capaz, muy lúcido, muy claro, que discute todos los problemas y habiendo vivido en fábricas, habiendo participado en reuniones en los barrios, uno se da cuenta que el nivel político de nuestra clase obrera es muy

142 grande. Y es un movimiento nacional, que no está concentrado aquí en Buenos Aires, sino que se extiende a todo el país. Pensar que cuando se plantea la vuelta de Perón o el retorno al poder la clase obrera puede pensar que es retornar a una política que se hizo hasta 1955 es despreciar el nivel alcanzado por nuestro pueblo. En esto nuestro pueblo está conciente. Lo dice todo el mundo: «acá Perón tenía que haber amasijado a todos los gorilas». Es una expresión clara de que es la única forma de seguir adelante en un proceso de este tipo, para mantener las conquistas y para profundizarlas.

¿Y eso podría hacerse hoy dentro del marco capitalista?

Nosotros entendemos que no, que no es factible. Es decir que la única manera es liquidando toda la estructura capitalista.

¿Entonces ustedes consideran que los propósitos de liberación nacional están ligados a los propósitos de liberación social?

Completamente.

¿Creen que esto también lo entienden así la oligarquía y el imperialismo, que el retorno de Perón significaría en sí mismo un hecho revolucionario, es decir, que Perón, a esta altura, no es encuadrable dentro del sistema?

Nosotros creemos que no es encuadrable. Es decir: esto es un

supuesto. Este supuesto parte de la confianza que le tenemos a Perón como líder, confianza que no depende de un nivel de conocimiento psicológico, ni a nivel subjetivo de Perón, sino que arranca de su trayectoria, del compromiso que Perón ha asumido con su pueblo. En el supuesto caso de que Perón estuviera, subjetivamente, en una variante de negociación, de renunciar a todo lo que ha venido planteando, de entongarse con el régimen, a ese nivel creemos que no tendría ninguna posibilidad política. Y por lo tanto creemos que, por su compromiso con el pueblo, por su compromiso con las masas, Perón no es encuadrable.

En la misma medida en que el margen de maniobra política para los sectores dominantes se estrecha, ellos podrían considerar su última carta posible para integrar al peronismo.

No sólo lo consideran, sino que están buscando la forma de lograrlo. Creemos que el gran problema que tiene la oligarquía y el imperialismo en este país es cómo hacen para encuadrar el movimiento peronista.

Sí, está claro: es el gran problema que han tenido durante los últimos quince años.

No es casualidad que metan a Luco en la secretaría de Trabajo, no es casualidad que estén me-

tiendo gobernadores, que estén metiendo gente peronista que se ha autoexcluido del movimiento. Todo esto obedece a una intención por parte de la oligarquía de convertir el peronismo en un movimiento estéril, de domesticarlo, de quitarle toda perspectiva porque si no ellos no pueden seguir haciendo lo que están haciendo. Saben que puede surgir y está surgiendo inexorablemente una fuerza que va a acaudillar al movimiento obrero. Es un problema de clase. El problema que puede tener cualquier otro gobierno burgués, pero que aquí en Argentina se acentúa por la existencia de un movimiento que plantea consignas de liberación nacional y que va detrás de esas consignas. Si bien es cierto que en este momento todavía no visualiza claramente cuál es la perspectiva de triunfo, de qué manera se puede llegar al poder, ve, por lo menos, que ningún gobierno le ha dado lo que le diera el peronismo; ve, claramente, de qué lado está el movimiento peronista y de qué lado está la oligarquía y el imperialismo.

Sí, todo eso está muy claro: es evidente el fracaso de los sectores dominantes en todos sus intentos de integrar el peronismo. Toda esta historia de elecciones, golpes, elecciones, golpes, se repite como un ritornello durante quince años y en el fondo de la cuestión está siempre el

problema del peronismo. El factor nuevo y que pienso que puede considerarse irreversible en esta coyuntura de hoy es, precisamente la lucha armada. Esa sí, por definición, no es encuadrable en el sistema, independientemente de los extremos a que estuviera dispuesto a comprometerse el propio Perón. Y me pregunto sí, precisamente, ante el fracaso de integración del peronismo y enfrentados al hecho armado, los sectores de poder no podrían jugar al retorno de Perón, justamente como última carta para poner freno a la lucha armada en el país, por lo menos a la lucha armada de organizaciones peronistas.

Nosotros no creemos que haya posibilidades concretas de traer a Perón. Porque si Perón regresara, tendría que regresar como candidato a elecciones, ó tendría que venir con alguna perspectiva. Es decir, él dice que va a venir «cuando estén las condiciones dadas». ¿Qué quiere decir con esto? No está muy claro. Pero lo que parece es que Perón juega, maniobra, para forzar al gobierno a una definición. No es casualidad que Paladino vuelva de la entrevista con Perón y venga acá a decir que Perón regresa. Esto es para apresurar una definición por parte del gobierno.

Pero precisamente Paladino, el jefe político del movimiento en

144 Argentina, por designación de Perón, vuelve al país planteando que «las condiciones para el regreso de Perón están dadas (aunque tampoco especifica claramente cuáles son) y que la alternativa electoral es la única forma de poner fin a la 'violencia en el país'». ¿Esto no es una forma de contribuir al juego aparentemente aperturista de Levingston; no contribuye objetivamente a la maniobra del gobierno en contradicción con la línea armada de ustedes?

Nosotros entendemos que el retorno de Perón es una reivindicación concreta. Cualquier individuo que llama a esa reivindicación es un individuo que ayuda al proceso de liberación nacional. Tenga en cuenta que el retorno de Perón no está descolgado, no está fuera de contexto de las reivindicaciones de las tres banderas del peronismo: soberanía política, independencia económica y justicia social. El retorno de Perón incluye el planteo de las tres banderas. Cualquiera, de cualquier manera que lo haga y de cualquier forma, por carta, por una poesía, por un cantito, como se le ocurra, que plantee el regreso de Perón, contribuye, para nosotros, al proceso de liberación nacional. Hay que entender que el proceso de liberación nacional que nosotros vivimos tiene la organicidad que idealmente pudiéramos desear que tuvie-

ra. Por eso, vengan de donde vengan las reivindicaciones de las consignas fundamentales del movimiento, contribuyen.

¿Y si esa jugada política se intentara sin el retorno de Perón, tratando de canalizar al peronismo detrás de otras fuerzas, o de algún militar providencial, sacado de la manga?

Nosotros creemos que no hay cabida para ningún movimiento que no incluya a Perón. El nivel de conciencia del pueblo alcanza perfectamente para comprender que cualquier individuo que acá plantee un peronismo sin Perón, no tiene posibilidades.

Paladino habló varias veces del radicalismo: ¿una nueva versión del pacto Perón-Frondizi, con un pacto Perón-Balbín, por ejemplo, no tiene posibilidades de darse?

Nosotros entendemos que ese pacto no puede darse. No descartamos la posibilidad de que en una determinada coyuntura el movimiento se exprese electoralmente; creemos que quien descarta esa posibilidad es el régimen, que no puede dejar que el peronismo se exprese masivamente. Porque para que se exprese masivamente el peronismo tiene que ser detrás de un candidato que más o menos refleje una política de liberación porque si no la gente no lo va a votar. Y si apareciera un candidato con

planteamientos peronistas, sería el régimen el que lo rechazaría.

¿Se puede hablar de una posición compacta del peronismo en esta coyuntura?

A nivel orgánico existe una conducción del movimiento, esa conducción está en manos de Perón y del Comando Superior Peronista, que aunque a veces parezca contradictoria da los lineamientos generales, lineamientos generales en los que se encuadran todas las corrientes.

De ahí precisamente la confusión que se crea frente al Movimiento Peronista.

Claro, porque se piensa que el Movimiento Peronista es un partido y el movimiento peronista no es un partido. Y tanto es así, que dentro de su seno existen corrientes contradictorias y hasta antagónicas.

Estos días lo vemos: la dirección del movimiento propone la salida electoral para poner fin a la violencia, mientras esa violencia revolucionaria se ejerce por otro sector del propio peronismo. Una contradicción evidente.

Correcto. Pero mientras Paladino no se pronuncie específicamente contra la violencia que ejercemos los peronistas. . . es decir, él dice que la violencia es producto del sistema. Y creemos que, bueno, mientras esté diciendo eso está bien.

Bien, pero más allá o más acá de todo este análisis ¿cuál es, para ustedes, la vía que efectivamente garantizará el desarrollo de un proceso de liberación nacional en el país?

Nosotros creemos que todo este movimiento de liberación nacional no tiene perspectivas de triunfo si no se construye un ejército del pueblo a partir de una organización armada político-militar.

¿Cuáles son los factores que a juicio de ustedes abren la perspectiva armada que hoy vive el país?

Le decía que toda esa experiencia recopilada del movimiento peronista nos llevó a buscar una nueva metodología, que tuviera una perspectiva de triunfo, que diera una posibilidad real de ganar el poder para el pueblo. Ante toda esa experiencia desgastante del movimiento obrero, las huelgas sin salida, los compromisos fallidos, la resistencia sin eficacia, nosotros creemos que en este momento hay que plantearse las cosas de diferente manera y que hay que organizar y desarrollar la lucha armada.

El peronismo ya tiene en el país varios antecedentes de lucha armada. ¿Qué experiencia extrajeron ustedes de esos antecedentes y en qué se diferencian de la práctica armada actual?

Como usted bien dice el peronismo fue de los primeros que se

146 planteó en Argentina la lucha armada. La primera expresión de lucha armada fueron los Uturuncos, en 1959, el campamento guerrillero peronista que es copado en el Plumerillo; el Policlínico Bancario, del sector nacionalista y después Taco Ralo. La resistencia misma de 1955 a 1957 fue una expresión de lucha armada, muy incipiente, muy rudimentaria pero lo fue. Aquí se colocaron bombas como no creo que se hayan colocado en la época de los anarquistas. La gente se jugó.

La derrota táctica que ustedes sufrieron en Tucumán, en Taco Ralo, que tengo entendido marca el inicio de la FAP y la reapertura de sus acciones en las ciudades en 1969 y 1970, ¿supone que la estrategia de ustedes excluye la guerrilla rural?

No, de ninguna manera. Taco Ralo fue una experiencia directamente influida por el ejemplo de la revolución cubana que repercutió dentro del peronismo e impulsó a su vanguardia a concretar su acción dentro de las normas de la guerrilla rural.

Esa derrota táctica no supone que nosotros descartemos en nuestro país el método de la guerrilla rural. En Argentina tenemos grandes concentraciones urbanas, por un lado, y zonas geográficas y políticamente adecuadas para la lucha rural, por otro, lo que de-

terminará que la lucha armada, que en esta etapa se desarrolla fundamentalmente en las ciudades, se extenderá también al medio rural.

¿Y el «Cordobazo»? ¿Puede considerarse un factor detonante de la lucha armada en el país?

Se podría decir que desde el '66, desde el onganianto hasta el «Cordobazo», hay aparentemente un repliegue y una ausencia de la clase obrera argentina de la lucha. Lo que significa el «Cordobazo», a nivel de las organizaciones armadas, es un llamado de atención, en cierta manera, sobre la presencia del pueblo: que el pueblo no estaba ni domesticado, ni dormido, ni quebrado. El «Cordobazo» tiene mucha influencia, sobre toda en algunos sectores, pero la raíz de las organizaciones ya estaba dada.

Pero impulsa mucha gente ¿no?

Impulsa mucha gente, indudablemente. Mucha gente participa en el «Cordobazo», que no fue sólo Córdoba, fue Rosario, Santa Fe, Tucumán y esa experiencia le demuestra todo lo positivo que tiene y también todo lo negativo. Concluye que el «Cordobazo» no es el camino. Pasada la euforia del «Cordobazo» se plantea el problema de la metodología que, forzosamente, tiene que pasar a través de la organización clan-

destina, que no en todos los casos tiene que ser armada, pero que las formas que van adoptando, en cierta medida, son las formas de las organizaciones armadas.

¿Cómo se asimila, concretamente, esa metodología?

Se constituyen células pequeñas de cinco o seis militantes de un sector político y que paulatinamente se van planteando la lucha armada. Hoy, en Argentina, están operando cuatro organizaciones grandes y dos más pequeñas. Esas organizaciones no son las que hacen todas las operaciones; uno lee que acá pusieron una bomba, que allá le sacaron un arma a un policía: estas no son siempre acciones de alguna organización. Aunque muchos de esos comandos se incorporen en algún momento a alguna de las organizaciones armadas, hay muchos que todavía están actuando aisladamente y que son, en cierta medida, producto del «Cordobazo».

Para la FAP, específicamente, ¿qué significó el «Cordobazo»?

La necesidad de apresurar el proceso de consolidación de nuestra organización y, analizando el hecho, la necesidad de que la organización armada diera una perspectiva al «Cordobazo», como forma de aprovechar todo ese estado de conscientización masiva que se había dado. Nos pre-

guntábamos cómo era posible que se hubiera dado un fenómeno de masas como el «Cordobazo», sin que las organizaciones armadas estuvieran ahí presentes, transmitiendo su metodología.

Y ese trabajo con las masas, ¿cómo lo encarnan ustedes ahora?

El eje de nuestra política es organizar la guerra del pueblo. Todo tiene que confluir a eso. La organización de la guerra del pueblo tiene aspectos complejos en lo que respecta a la ligazón con las masas. Nosotros nos consideramos una parte de esa guerra, de ninguna manera su élite. Y creemos que una tarea fundamental nuestra como organización político-militar es responder a la necesidad que tiene planteada el movimiento obrero de poder organizarse, de adoptar una metodología diferente. Nuestra tarea está concentrada, entonces, en establecer formas organizativas de ligazón con el pueblo que garanticen, por un lado, la continuidad y la compartimentación de la organización armada y, por otro, una real interrelación entre el pueblo y la organización. Este problema, complejo como es, creemos que está tomando formas precisas a través del trabajo que estamos realizando.

¿Se puede conocer cómo?

Aportando cuadros con mentalidad político-militar al proceso de

148 lucha que se da a nivel de masas y tratando de extender la metodología de la organización armada a todos los niveles en que se da el enfrentamiento de las masas con el régimen. Es decir, nosotros no desenchufamos el trabajo político del militar; decimos que se complementan, que siempre deben ir unidos; que lo que necesita nuestro pueblo es que se le de una metodología que le sirva para pelear.

Ese intento de vinculación con las masas los tiene que llevar a ustedes, también, a determinar los objetivos de sus acciones considerando cuidadosamente la receptibilidad popular. ¿Cuáles son los criterios en la elección de los objetivos de las acciones, cuáles son los blancos que ustedes consideran de más rendimiento político?

Bueno, nosotros estamos buscando tipos de operaciones políticas que sean comprendidas inmediatamente por nuestro pueblo. No quiero decir que hayamos sido siempre eficaces en ese terreno, producto de nuestras propias limitaciones. Y otro factor que tenemos en cuenta, que nos parece muy importante: un tipo de acciones que sea considerada por nuestro pueblo no sólo como factible de ser realizada por una organización armada, sino por cualquiera que se decida realmente a hacerlas. Es decir, no nos

interesa tanto las grandes operaciones aparatosas donde aparece una organización con un gran nivel técnico y que quien se proponga hacerlas solamente pudiera hacerlo habiendo alcanzado ese nivel técnico. Sino que, por el contrario, tratamos de que en las acciones se visualice fácilmente de que con intención de organizarse y con coraje se pueden llevar las cosas adelante.

Ustedes dentro de la preocupación que tienen de que las acciones armadas lleguen a las masas habrán analizado no sólo las acciones de ustedes sino las de las otras organizaciones revolucionarias; por lo tanto, ¿cómo ven ustedes el secuestro y la ejecución de Aramburu a partir de esto?

Respecto a Aramburu nosotros nos adherimos a los criterios de ajusticiamiento revolucionario de los Montoneros. Participamos de un hecho específico y concreto: lo que significó Aramburu para el movimiento, para el país y para la clase obrera. Lo que creemos sí es que lo que no se evaluó claramente por los compañeros Montoneros fue la perspectiva de continuidad de un proceso desencadenado a ese nivel. Nosotros opinamos que está bien muerto Aramburu, pero que era una acción más para culminar un proceso que para iniciarlo. De todas formas, le insisto, lo rei-

vindicamos en el sentido de que Aramburu había hecho méritos suficientes para ser condenado a muerte por el movimiento revolucionario.

¿Y el caso de Alonso?

Bueno, el caso de Alonso ya es un caso más complicado. Porque a pesar de que quedó claramente evidenciado que Alonso era un instrumento del régimen un funcionario del imperialismo, creemos que la lucha contra la burocracia sindical es una lucha que debe darse por el movimiento obrero argentino en los términos del enfrentamiento antipatronal y antimperialista. Que si el movimiento obrero no tiene fuerza para sacudirse sus parásitos de encima, en ningún caso va a tener fuerza para hacer la revolución. Entendemos que una vez desatado ese proceso y cuando los traidores estén muy claramente marcados por el movimiento obrero va a haber que ejecutarlo; pero entendemos también que el nivel del proceso no estaba para ajusticiar a Alonso.

Claro, a nivel de pueblo la muerte de Alonso no le importó a nadie, lo lloró más Levingston que cualquier obrero.

Entonces: ¿esa indiferencia popular ante la muerte de un supuesto líder obrero no puede considerarse un índice aprobatorio de la ejecución?

Sí, no cabe duda. Es decir, Alonso estaba perfectamente evaluado: más, la oligarquía contribuyó a que quedara bien clarito quién era. Pero por otro lado nosotros no podemos olvidarnos de que Alonso era peronista. Tomando en cuenta esto hay que tener mucho cuidado, en un momento dado como se orienta a la lucha contra elementos peronistas que pueden ser visualizados como traidores.

¿Piensan lo mismo del caso Vandor?

Lo mismo. Las cosas que hizo Vandor en el gremio metalúrgico son directamente de epopeya; hizo barbaridades. Pero hay que ver cómo manejamos este tipo de cosas porque Vandor es otro peronista; burócrata, traidor, todo lo que se pueda decir, pero creemos que a esa gente la mejor forma de combatirla es poniéndola en evidencia ante el movimiento obrero, con una lucha clara e insobornable.

Entrar en el juego de las ejecuciones de esta gente ahora es desaprovechar esfuerzos, desviar la atención del enemigo principal y darle herramientas al régimen.

¿Quién ejecutó a Vandor y a Alonso?

¿Sinceramente? No sabemos. Ahora queremos aclarar que si bien los compañeros Montoneros estuvieron en la operación Aram-

150 buru, no participaron ni en la muerte de Vandor, ni en la de Alonso.

¿Cómo se plantean ustedes la relación con las otras organizaciones armadas?

Nosotros hemos tenido una posición amplia, hecha pública, hacia las otras organizaciones armadas. Quizás hayamos sido los primeros en reivindicar la necesidad de tener en cuenta a las demás organizaciones. Incluso con una organización con la que nos separan diferencias de interpretación política de la realidad, las FAL, a pesar de que nos conocíamos entonces, cuando tomamos la Prefectura del Tigre declaramos que desde nuestra trinchera peronista nos sentíamos hermanados con los compañeros de las FAL. Esto provocó un posterior acercamiento.

Nosotros planteamos las relaciones entre las organizaciones armadas dentro de un marco de absoluto respeto y señalamos la necesidad de un intercambio político, de discusión, no solamente a nivel de dirección, sino a nivel de toda la base. Hemos puesto en vigencia un acuerdo, propuesto por nosotros, de que cada destacamento, equipo o comando, o como se llame cada organización, produzca críticas por escrito a los documentos de las demás organizaciones.

¿Qué los une y qué los separa de las demás organizaciones? ¿Existe la posibilidad de llegar a constituir un frente de liberación con la unificación de las distintas organizaciones armadas que actúan en el país?

Nosotros pensamos, por la interpretación que damos a la realidad del país, que aquí la única forma de hacer la revolución es siendo peronista. Eso no significa que le quitemos el menor mérito a otros compañeros que no piensan así; al contrario: creemos que son compañeros absolutamente honestos y que están, evidentemente, al mismo nivel operacional que nosotros.

Lo que nos separa, creemos, no es de fondo problemas políticos que son fundamentales y lo que nos une sí es fundamental: 1) la metodología, 2) el enemigo y 3) el objetivo final.

Estos tres aspectos fundamentales nos unen pero nosotros no consideramos la necesidad, en esta etapa, de crear ningún organismo artificial. El frente va a ser producto de todo un proceso. Lo que nos interesa, por ahora es que no haya competencia entre las organizaciones revolucionarias, que se dé en la medida que se pueda todo el intercambio político y técnico.

¿Y esta misma pregunta, a nivel latinoamericano?

Creemos que la derrota del imperialismo debe darse a nivel latinoamericano: el enemigo es común para todos los pueblos latinoamericanos y eso condiciona el destino de sus organizaciones revolucionarias. En esta etapa concebimos la relación al nivel político que las fronteras geográficas nos permiten y la comunidad del enemigo nos hace sentir aliados de todas las organizaciones revolucionarias latinoamericanas.

Imprescindiblemente esto alcanzará niveles organizativos, acuerdos concretos. Cuando se presenta la oportunidad de conversar con organizaciones de otros países lo hacemos y buscamos entendimientos a partir de criterios críticos. La fraternidad revolucionaria la entendemos en el sentido de no hacer ningún tipo de concesiones, no ocultar las críticas.

Las relaciones entre las organizaciones revolucionarias argentinas, por suerte, marchan muy bien: no hay competencia, hay preocupación real por expresar una política de confraternización, de colaboración.

¿Y la revolución cubana?

Merece toda nuestra simpatía y toda nuestra confianza.

● Las FAP en acción

TORTUGUITAS: Ocupamos simultáneamente dos destacamen-

tos policiales que estaban separados por unos 500 metros, en Tortuguitas, sobre el ferrocarril Belgrano, a unos 30 kilómetros de Buenos Aires. Nos llevamos el armamento, uniformes etc. El objetivo fundamental de la operación fue foguear a la gente y darle aparición pública a la organización (aunque ya habíamos hecho algunas otras operaciones de fogueo, ocupación de pertrechos y recuperación de dinero).

HOMENAJE A NIXON: Volamos las instalaciones de televisión de un canal que debía retransmitir un discurso de Nixon a América Latina. Los argentinos y los uruguayos, «lamentablemente», nos quedamos sin oír al presidente de Estados Unidos.

DIA DE LA SOBERANIA: Colocamos 18 bombas en empresas yanquis. Fue el 20 de noviembre, conmemoración del Combate de Vuelta de Obligado donde nuestros antepasados enfrentaron a fuerzas invasoras. El sentido de nuestra operación, entre muchas que podremos hacer, fue el de enganchar la lucha nuestra con la de los soldados de la primera independencia mostrando que son dos etapas de una misma pelea: ayer contra ingleses y franceses; hoy contra el imperialismo yanqui.

VILLA PIOLÍN: Es una villa miseria de Buenos Aires muy conocida por su combatividad. Sus

152 habitantes enfrentaron con toda a la policía para recuperar su miserable lugar de vida que había sido quemado intencionalmente. Controlamos el destacamento policial que había allí distribuimos juguetes, recién expropiados (los mejores que encontramos), porque era el día de reyes, pasamos la marcha peronista y repartimos un comunicado.

OPERACION DE LA PELOTA:

Fue el asalto a un puesto militar en Campo de Mayo. Varios compañeros nuestros se acercaron al puesto con gorros de Boca Juniors, un cuadro muy popular aquí y jugando al fútbol. Redujimos al oficial y cuatro soldados y nos llevamos el armamento. Fue una acción muy popular: gustó lo imaginativo de la acción y nuestro interés «común» por el fútbol.

PREFECTURA DEL TIGRE: Aquí utilizamos a un compañero que llevaba un «niño» en brazos (un muñeco que encubría la metralleta) al que acompañaba una mujer «embarazada» de granadas. Fue una operación importante: ocupamos el local de dos pisos de la Prefectura Policial que tiene la jefatura de la zona del delta del río Tigre. Fueron reducidos un oficial, un suboficial y nueve soldados. Nos llevamos mucho armamento. Fue otra operación que «pegó» a nivel popular.

RADIO RIVADAVIA: Controlamos la radio pero no pudimos transmitir un discurso de Evita que llevábamos. No supimos operar los aparatos. De todas formas la operación se realizó: controlamos la planta, se cortaron los teléfonos, grupos de contención vigilaron los alrededores, distribuimos volantes y nos llevamos algún arma. Un policía se resistió y hubo que dispararle. La próxima vez sabremos manejar esos aparatos.

51 BOMBAS: Fueron colocadas en 28 objetivos. Fue una forma de reafirmar que el peronismo sigue teniendo los mismos enemigos, en momentos en que se están amasando supuestas salidas electorales, etc. Fue el 16 de setiembre.

ASALTO AL BANCO ALEMAN TRASATLANTICO: Ya se lo contamos.

● **FAR: con el fusil del Che**

En la calle se les conoce por «los de Garín», una operación militar matemática que les permitió controlar una población de treinta mil habitantes durante casi una hora; en los círculos clandestinos se les conoce como «los hombres del Che», porque estaban preparados para sumarse a la guerrilla de Bolivia; ellos, después de considerar varios nombres, decidieron levantarse en armas bajo una firma que ya

está haciendo historia: Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR).

Un dato para la policía federal: les va a dar trabajo descubrir detrás de este joven delgado y apacible, bien vestido, que tiene la corrección de un atento empleado de banco, al combatiente y dirigente nacional de las FAR que me habla de su organización en una confitería, una de las mil confiterías de Buenos Aires.

Sí, nosotros nacimos como grupo que se proponía incorporarse a la guerrilla del Che. Conocimos el proyecto con cierta antelación y nos preparamos para incorporarnos. Nuestro grupo era entonces pequeño, compuesto por gente que venía de la izquierda tradicional, algún peronista y mucha gente nueva sin antecedentes políticos. Eramos conocidos, amigos, compañeros de luchas políticas y nos unía una idea: servir en lo que pudiéramos en la columna del comandante Che Guevara. No nos habíamos planteado una línea política independiente, delegábamos todo lo que se refiera al desarrollo integral de una organización, como es lógico, a la figura del Che.

Pero cae el Che y ya no podemos pensar así, ya no podemos delegar en nadie, sino que tenemos que hacer un esfuerzo por concebimos como una organización que se plantee la totalidad de las variantes que requiere la lucha revolucionaria.

Siendo concientes, por supuesto, de que no éramos los únicos consideramos que, en una primera etapa, lo más conveniente y prudente era desarrollarnos como grupo, consolidar una organización que tuviera cierta solidez, cierta homogeneidad, que pudiera, además, producir hechos y entonces iniciar una política de apertura.

Sigue un período desde la muerte del Che a mediados de 1969, un año de transición en Argentina y también para nosotros, en que nuestro trabajo apunta fundamentalmente a la consolidación organizativa y a la definición de nuestra estrategia. Nosotros, que habíamos arrancado de la concepción del foco guerrillero rural, nunca subestimamos la lucha urbana, pero entonces no le dábamos la importancia que le damos actualmente. No obstante, si la guerrilla urbana había sido siempre una preocupación en nosotros, no habíamos conseguido articularla bien dentro de una estrategia. Fue recién el año pasado cuando nosotros incorporamos la lucha urbana como elemento fundamental de nuestra estrategia y pasamos a actuar en consecuencia.

Nuestra anterior estrategia, como es lógico se reflejaba en todo lo que hacíamos: los planes de instrucción militar, apuntaban fundamentalmente a la guerrilla

154 rural; los planes de formación de cuadros tendían a su preservación, o sea, formábamos la gente y la cuidábamos para la lucha superior que era la guerrilla rural; la política de recursos la trasladábamos para un momento más cercano a la instalación del foco. Y todo así.

Fuimos haciendo nuestra experiencia, y bueno, un poco la realidad nacional nos llevó a ir completando nuestro planteo estratégico que visto desde hoy hacia atrás consideramos, efectivamente, que era parcial, incompleto, insuficiente.

Nosotros ya habíamos empezado a discutir el problema de la importancia de la lucha urbana y estábamos en eso cuando en Argentina sobreviene el «Cordobazo» que, por supuesto, nos impacta a nosotros, como impacta a todos y produce realmente un cimbronazo que confirma un poco todas estas cosas.

A partir de ahí iniciamos toda una nueva etapa. Intentamos definirnos, siempre dentro de una característica, quizás aprendida de los Tupamaros, que escribimos poco, realmente. Siempre nosotros decimos que nuestra práctica está un poco más allá de nuestra teoría.

Ahora estamos haciendo un esfuerzo por nivelar esta cuestión. Haciendo un balance organizati-

vo nos planteamos que la construcción de organizaciones de este tipo suponía el desarrollo simultáneo, o lo más simultáneo posible de varias áreas de trabajo. Dentro de nuestra terminología los llamamos los principios básicos de la construcción organizativa y que serían: 1) lo que llamamos la continuidad y progresividad operacional, 2) clarificación estratégica, 3) capacitación técnica, entendido por técnica militar, y, por otro lado, 4) la técnica organizativa, o sea, todo lo referente a la infraestructura organizativa a niveles de seguridad, de crecimiento, de reclutamiento.

Nuestra historia es un poco una historia de avances a saltos en cada una de estas áreas. Hemos tenido etapas en que priorizamos la capacitación técnica, pero producíamos un salto en la técnica en desmedro de las otras áreas. A lo estrictamente estratégico y político es recién ahora que le estamos dando la debida importancia aunque, por supuesto, como le decía, siempre lo discutimos.

Llegó un momento en que creímos tener un grado de capacitación técnica bastante adecuado, pensamos que teníamos un buen nivel operacional. Iniciamos las operaciones —una serie de operaciones que no se sabe que las hicimos nosotros porque todavía no

firmábamos como organización— y comprobamos que la gente se comportó bien, que revelaba una gran combatividad y que habíamos alcanzado la capacidad para planificar y ejecutar operaciones complejas y, puede decirse, «presentarnos en público». Y tenía que ser una buena presentación.

Así surge la idea de tomar Garín. La acción no era una locura porque ya habíamos hecho, como le digo, otras operaciones con una movilización importante de gente, teníamos una buena experiencia acumulada en este sentido.

Siempre nos había gustado mucho la toma de Pando por los Tupamaros; tanto es así que cuando decidimos planear la acción la llamábamos «Pandito», aunque, después, lógicamente, le dimos otro nombre.

Nosotros queríamos —y queremos— desarrollar un tipo de acciones que combine diversos aspectos: expropiatorios, que siempre deben estar presentes porque a nuestro juicio son esenciales para nuestro desarrollo organizativo y la demostración de eficiencia frente a una acción de este tipo: una acción que revelara lo más claramente posible la eficacia de un método de lucha.

Los factores políticos no fueron determinantes en Garín. Se tomó por estas consideraciones que le decía, por razones predominantemente militares. Aunque, claro,

si hubiera habido factores políticos negativos no la hubiéramos hecho. Pero por el contrario, Garín está cerca de una zona donde está produciéndose un importante desarrollo industrial: la Ford está muy cerca y una serie de fábricas como Alba, una fábrica importante de pinturas. Todo este desarrollo se ha producido a partir de la apertura de la ruta panamericana que llega justo hasta Garín, a unos 35 kilómetros de Buenos Aires.

Nosotros, entonces, hicimos un estudio y llegamos a la conclusión de que ese era un lugar bueno. Montamos, por supuesto, un plan de observación. Teníamos la idea de la acción pero —y esto es importante— queríamos verificar si era posible su concreción en la práctica. Se le decía a todos los compañeros que iban a ver el lugar que nos dieran sinceramente su opinión; que la acción no era un imperativo de nadie, que si era posible se haría y había que hacerla bien. La suma de las opiniones personales nos fue dando como resultado que la acción era posible: todo el mundo lo veía.

Y se hizo. Y creemos que, verdaderamente, salió bien. Ocupamos el pueblo que tiene unos treinta mil habitantes, durante 50 minutos; tomamos el destacamento policial, el banco, la oficina de teléfonos (que fueron

156 cortados); se ocupó un aparato de radio - teléfono que había en una casa particular; se controló la estación ferroviaria que tiene comunicación independiente, aunque no se llegó a tomar porque no hubo necesidad; se controlaron los dos accesos principales, desviando el tránsito: no se permitía salir a nadie, lo que se permitía era entrar después de un control por parte nuestra (en un auto venía un agente de policía, lo hicimos bajar y lo retuvimos hasta que terminó la operación). Nos incautamos tres millones y medio de pesos, armamentos, uniformes policiales y otras serie de elementos útiles.

La acción impresionó, creemos, por la sincronización con que fue hecha, los medios técnicos empleados y realmente conmovió a la opinión y a los medios represivos.

Ahora, a partir de esto, nosotros presentimos que entramos en una etapa en la que nos vamos a enfrentar con un gran problema, el problema al que se enfrentan todas las organizaciones que llegan a un grado de desarrollo: el de la vinculación de la organización con las masas. Nos planteamos en términos serios esta tarea, no tanto de la vinculación con las masas, que nosotros pensamos que, de alguna manera, se logra con las mismas acciones, sino de como se van incorporando

las masas (el famoso problema de las correas de transmisión) cada vez más al proceso de la lucha revolucionaria. Y pensamos que para lograr la incorporación de las masas a la lucha es necesario hacer un trabajo político-militar

Ahora usted me preguntaba como veíamos el problema del peronismo dentro del contexto. Nosotros consideramos que el peronismo juega un papel decisivo en la lucha revolucionaria en Argentina. Nosotros actualmente tenemos el problema del peronismo en el primer plano de nuestras discusiones porque a partir de las relaciones con los compañeros de las FAP, relaciones muy cordiales, hemos empezado a discutir con más profundidad el asunto.

Nosotros nos resistimos, en primer lugar, a que se nos ubique políticamente diciendo: «ustedes provienen de la izquierda y los compañeros de las FAP provienen del peronismo». El hecho de que personalmente algunos militantes de nuestra organización hayan hecho su experiencia política anterior en la izquierda no impide que nosotros asumamos el peronismo como la experiencia revolucionaria de mayor nivel que se ha registrado en Argentina; a nivel de masas, por supuesto.

Pensamos que el peronismo es la expresión política de la gran mayoría de la clase obrera y que

una política revolucionaria debe partir de esa premisa. Pensamos que el peronismo no es un movimiento agotado, en decadencia, que haya caducado; por el contrario: pensamos que tiene vigencia, que perdura, que desde adentro del peronismo surgen fuerzas revolucionarias tan importantes como son las FAP. Y, por lo tanto, creemos que hay que partir de esa premisa y desarrollar todos los contenidos más revolucionarios del peronismo.

¿Qué nos incorporemos o no al Movimiento Peronista? Bueno, esto es un problema que estamos discutiendo y sobre él ya no podría hablar en nombre de todas las FAR, porque las FAR tienen una estructura nacional y la dirección nacional tiene en proceso de discusión todo este problema del peronismo. Pensamos que hemos avanzado mucho en la consideración del problema y no sé si llegaremos a considerarnos alguna vez parte del Movimiento Peronista. En las últimas discusiones con los compañeros de las FAP, ellos nos dicen que sí se consideran parte del Movimiento Peronista y que lo consideran un movimiento de liberación nacional. Nosotros no estamos convencidos de esto, pero vuelvo a decir que estas son consideraciones que no tienen nivel de decisión oficial de las FAR.

En cuanto a nuestra condición de marxistas-leninistas quiero decir-

le que nos consideramos marxistas-leninistas en el sentido de que utilizamos el marxismo-leninismo como método para el examen de una realidad pero no lo utilizamos como una «camiseta» política.

Este proceso armado que se ha abierto es muy joven, podríamos decir, y las relaciones entre las diferentes organizaciones revolucionarias no se han consolidado suficientemente todavía. Anteriormente ha habido, a nivel de grupos políticos revolucionarios, miles de intentos de confluencia. Lo que diferencia a estos intentos de aquéllos es que aquéllos se hacían sobre la mesa de las discusiones teóricas y aquí toda la experiencia nuestra revela que nosotros hemos ido participando en un proceso con las otras organizaciones a nivel de la práctica y de la acción.

Nosotros bautizamos a toda una etapa, con los compañeros de la FAP, la «etapa de los bolsones», porque era «tomá armas», «dame armas»; «tomá esto», «dame aquello», o sea, toda una gran primera etapa de relaciones que está asignada por este tipo de colaboración concreta de los grupos revolucionarios que no se preguntan mucho «¿qué pensás de esto?» «¿qué pensás de aquello?», porque esas cosas están realmente muy, pero muy en segundo plano.

158 Lo que todos sabíamos era que estábamos por la lucha armada, que apuntábamos bien y que lo demás se daría como consecuencia del mismo desarrollo de la lucha. Ahora, después sí, creado un clima muy bueno, en fin, uno ya empieza a discutir, pero es a otro nivel. Por ahí peleamos, discutimos fuerte, pero hay una identidad básica entre todos los que tenemos armas en la mano.

Nosotros con los que tenemos unas relaciones más estrechas es con los compañeros de las FAP. Con los compañeros de las FAL también tenemos relaciones pero, por algún motivo que todavía no hemos determinado bien, no son tan intensas como las otras.

Lo mismo pensamos en el plano latinoamericano. A nosotros se nos planteaba la disyuntiva de hierro entre estrategias continentales o estrategias nacionales. Por supuesto que en la época del Che, estaba claro. Nosotros tuvimos oportunidad de discutir este problema nuevamente, cuando la reaparición del Inti. Tuvimos conversaciones con el ELN. Y no estábamos de acuerdo con el planteo de estrategia continental que hacían los compañeros bolivianos que consistía, esencialmente, o por lo menos así lo recibíamos nosotros, en considerar a la guerrilla boliviana como la vanguardia de la lucha revolucionaria en esta zona del continente,

con una jefatura única, y a las que todas las organizaciones nacionales tenían que dar su aporte, para que una vez que se constituyera ese núcleo del ejército popular desprendiera sus ramas por los distintos países.

A nuestro juicio el proceso era inverso. Es decir, no nos cabe ninguna duda del proceso de continentalización de la lucha; es demasiado obvio decir que en Latinoamérica son más las cosas que nos unen —empezando por el enemigo— que las que nos separan.

Tenemos los mismos fines, utilizamos los mismos métodos, tenemos una historia común; son muy pocas las cosas que nos separan, pero hay particularidades nacionales que no se pueden abolir por decreto.

Esto de las particularidades nacionales lo discutimos alguna vez con compañeros revolucionarios de otros países y los foquistas más ortodoxos no nos tomaban en cuenta. Porque parecía como si nosotros planteáramos lo de las particularidades argentinas para concluir en que aquí no había condiciones para la lucha revolucionaria y era todo lo contrario, creíamos que Argentina tiene algunas particularidades a favor y no en contra de la lucha revolucionaria. Fundamentalmente por su clase obrera, que no es inexperta, sin organización, sino

que tiene una gran experiencia de lucha, un grado de organización bastante importante, sindical, que, de acuerdo, no es suficiente, pero que en otros lados ni eso existe. Y que ha producido hechos importantes y que tiene un nivel de conciencia que también es importante.

Y ahora hemos entrado en este período franco de lucha armada. Porque por un lado en Argentina se han asimilado mucho las experiencias internacionales y nacionales y ya en el país no cabe duda de que cualquier individuo u organización que se plantee seriamente una perspectiva revolucionaria tiene que pensar en la lucha armada.

Esto ya estaba claro desde 1962 cuando los peronistas ganaron con Andrés Framini la gobernación de Buenos Aires y no le dieron posesión. Desde entonces quedó claro que no hay salida electoral.

Antes se podía divagar más o menos sobre el punto, pero no después de aquella demostración concreta. El punto máximo fue el derrocamiento de Illía, la famosa «revolución» Argentina. Porque Onganía barre con todo, con la constitución; con la universidad, con todo. Onganía tiene esa virtud, digamos así, es un enemigo fenomenal, porque frente a ese régimen, ¿qué alternativa queda que no sea la armada?

Hoy leía en el diario las declaraciones de Paladino y de Balbín y hacen unos malabarismos increíbles para no decir que hay que agarrar las armas. Porque hoy hasta los Radicales del Pueblo tendrían que decir que hay que agarrar las armas. Y Paladino sigue haciendo «llamados a la reflexión» al gobierno; pero ¿hasta cuándo van a estar haciendo esos llamados?

Y está el hecho capital del «Cordobazo», todo lo que ocurre en Argentina entre los meses de mayo y setiembre de 1969. No sólo en Córdoba, en Rosario, en Tucumán, en Corrientes en fin. Eso despierta a todo el mundo.

Nosotros en esa época estábamos en discusión con una gente que había inventado la teoría de la europeización de Argentina, de la aristocratización de la clase obrera que Onganía estaba encausando las cosas y no que sé que más y después del «Cordobazo» ¡nos quedamos sin interlocutores!, ¡no aparecieron más! Incluso se hablaba de la pasividad de la clase obrera por aquella época y nosotros decíamos que esa pasividad escondía un elemento positivo: su resistencia a integrarse al régimen. Y el «Cordobazo» mostró que esa pasividad era aparente.

Esta conclusión de que la salida electoral está cerrada ha preñi-

160 do lo suficiente en la clase obrera como para hacerla receptiva a la salida armada. No quiero decirle con esto que esté totalmente claro. Si estuviera totalmente claro ya las masas estarían haciendo la revolución, pero hay un grado considerable de receptividad a la lucha armada.

Nosotros nos hemos movido siempre con aquella síntesis genial del Che de la «necesidad del cambio y la posibilidad del cambio». Las masas hoy reclaman un cambio y no un cambio cualquiera, un cambio con orientación, porque no por casualidad la gente, los peronistas, se ponen contentos cuando gana Allende en Chile, porque es una masa que tiene un sentido antioligárquico y antimperialista que no puede desconocerse. No quiero decirle con esto que tengan todavía claro el problema del socialismo y del comunismo; eso es otra cosa.

Argentina, además, está jaqueada, el cono sur es un volcán: es Uruguay, es Bolivia, ahora es Chile. Toda la etapa que alguna vez se llamó del reflujó, ha cambiado de signo; ahora se puede hablar del flujo revolucionario en toda esta zona y de un flujo a un nivel más organizado, con la experiencia asimilada. Nosotros somos muy optimistas sobre el futuro de la lucha en Argentina.

● Hacia un mismo blanco

Ya está pasando un poco como en el cercano Uruguay donde el gobierno empieza a pensar con la cabeza de los Tupamaros: ¿qué harán hoy?, ¿cuál será su próximo movimiento político?, ¿y ahora?, ¿qué respondemos nosotros que, bien que mal, somos el gobierno? En muchas esquinas de Buenos Aires, afiches policiales de buen tamaño piden a la sana ciudadanía que denuncie a Arrostito y Firmenich, los montoneros prófugos; cada mañana, al abrir el periódico se puede buscar, con la seguridad de encontrarla, la última acción de las organizaciones armadas; el lapso del 8 de octubre, muerte del Che, al 17, día de 1945 en que las masas en la calle reclamaron el poder para Perón tuvo sin dormir a los medios policiales. La lucha armada se ha vuelto un componente insoslayable en la vida política argentina.

El «Cordobazo», a mediados del año pasado, inaugura una efervescencia hasta entonces desconocida por los métodos de lucha directa contra el régimen: proliferan, sobre todo en las grandes ciudades del país, infinidad de comandos que se preparan con paciencia, que empiezan a actuar; las organizaciones más antiguas se fortalecen, maduran, se tecnifican; en el movimiento

obrero comienza a extenderse una metodología clandestina en sustitución del sindicalismo al uso.

Pueden seguir, en un plano cada vez más alejado de la realidad del país, las componendas del régimen, la búsqueda de falsas puertas de salida, con la complicidad no declarada de pretendidos representantes del pueblo argentino; pero los muchachos que empuñan sus armas contra el sistema parecen marchar, en un proceso lento pero aparentemente irreversible, a un encuentro decisivo con las grandes masas que buscan, a su vez, una manera verdadera de expresarse políticamente después de quince años de frustraciones.

Un repaso de las organizaciones revolucionarias que están actuando, sus análisis del país, sus métodos de trabajo, las relaciones que las vinculan, permite diagnosticar que el movimiento armado, en su conjunto, ha alcanzado un nivel de madurez política y de capacidad operativa que lo convierte en el más peligroso enemigo del sistema y por qué no, en su probable verdugo histórico.

Las cuatro organizaciones consultadas por PRENSA LATINA (Montoneros y las tres F: Fuerzas Argentinas de Liberación; Armadas Peronistas y Armadas Revolucionarias) muestran funda-

mentales coincidencias: en primer lugar coinciden, por supuesto, en el método: la lucha armada; saben que sólo a través de la guerra prolongada, que en sucesivas etapas agregará la lucha rural a la que se ha desatado en las ciudades, podrán incorporar a sectores importantes del pueblo, a un ejército revolucionario que dará la batalla decisiva por el poder. No tienen apuro: han escogido el camino de la paciencia y el valor y la intransigencia de principios. Y están trabajando con seriedad.

El enemigo es el mismo y suma a la oligarquía argentina y al imperialismo norteamericano por lo que no se plantean solamente la lucha de largo alcance por la liberación nacional sino también por la social, fuera del marco capitalista, hacia el socialismo.

No recluyen tampoco sus perspectivas al territorio argentino: saben que otros pueblos latinoamericanos, desde sus respectivas trincheras, están dando la misma batalla y que los movimientos revolucionarios confluirán inexorablemente en un torrente común para enfrentar la estrategia continental asumida por el imperialismo. Pero no se quedan esperando esa coyuntura histórica, la van construyendo aquí y ahora; mientras siguen con interés, intercambian experiencias, sufren cada derrota, celebran cada éxi-

162 to, de los movimientos armados de países vecinos.

Toda la complejidad del fenómeno peronista que durante tres lustros desarticuló cada alternativa de consenso popular buscada por el régimen, se proyecta también sobre el movimiento armado y explica las divergencias tácticas de las distintas organizaciones.

Las grandes masas argentinas, la mayoría abrumadora del proletariado, son peronistas. ¿Cómo lo eran en 1955? Aquí empieza la discusión; ¿tienen todavía un místico acatamiento al viejo líder ausente, a su nacionalismo populista o están reclamando, en la figura de Perón, lo que en una época histórica les dio el peronismo: la sensación de que el poder pertenece a los trabajadores y hoy quieren ejercer ese poder con una proyección de más alcance?

Las FAP y los Montoneros —aunque con matices diferenciales— (los Montoneros tienen una actitud crítica más acusada hacia sectores del peronismo) asumen la condición de peronistas. Es desde dentro de ese movimiento, lleno de las contradicciones y tendencias que estimula el juego táctico del propio Perón, que esas organizaciones armadas piensan desarrollar su captación de masas para la revolución; una revolución que, inevitablemente, «pa-sa por el peronismo».

Las FAR reconocen esa premisa, piensan que, como fenómeno de masas, el peronismo fue el escalón más alto alcanzado por el proceso revolucionario en el país, que de su seno emergen activas fuerzas de transformación radical pero no forman parte, al menos por ahora, del Movimiento Peronista.

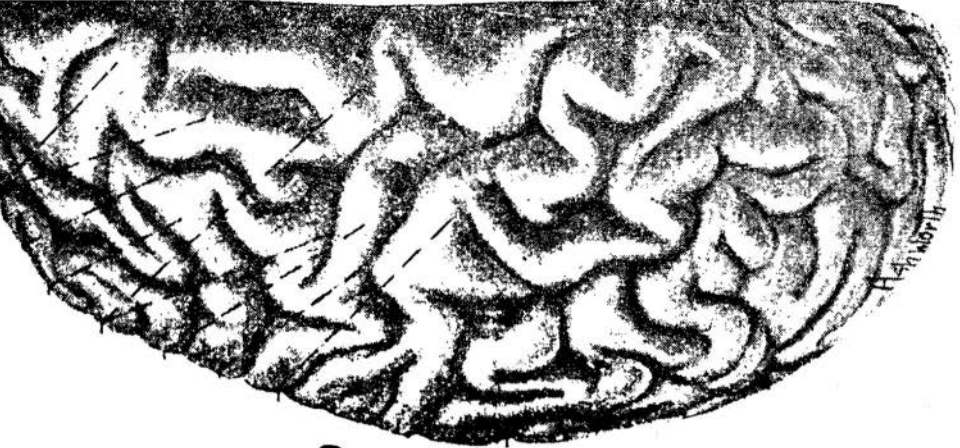
En cambio las FAL, marxistas-leninistas (las otras organizaciones le critican usarlo en cierta medida más como «camiseta política» que como método de análisis y guía para la acción), trabajan desde fuera del movimiento tratando de desarrollar una conciencia de clase desenajenada en la fuerza obrera, proponiéndole el socialismo. No niegan la importancia del hecho peronista, pero no lo ven como globalmente beneficioso para el movimiento obrero sino que, después de reconocer que le ha dado conciencia de su fuerza, un sentido general antioligárquico y antimperialista y una sensación de haber sido poder, le reprochan, básicamente, la tendencia a la conciliación de clases, el paternalismo y la dependencia del ejército (y no de una fuerza armada propia) que ha dejado como resabios indeseables en la conciencia obrera.

Las cuatro organizaciones, sin embargo, son unánimes en reconocer que estas son diferencias secundarias, subordinables a la

práctica común del método armado, frente a un enemigo común y orientada hacia una finalidad común.

Esto determina la existencia de buenas —en algunos casos muy buenas— relaciones entre ellas, el mutuo respeto, el diálogo crítico que no deja de ser fraternal,

el intercambio de recursos, cierto grado de coordinación y una proyección no por lejana menos firme, hacia un frente de liberación, que si bien ninguna desea que sea un mecanismo artificial creado apresuradamente, reconocen como necesario e inexorable por el propio desarrollo del proceso revolucionario en el país.



**CLASE
Y CONFLICTO DE CLASES**
JOSE NUN



166 El interés de este trabajo se define por su objeto mismo: el ejército y la clase media en América Latina, cuyas relaciones recíprocas de determinación han sido muy poco estudiadas. En este sentido abre una perspectiva de análisis que no puede ser desconocida, y este es el motivo de su reproducción aquí. Queremos, sin embargo, expresar nuestra reserva sobre el tipo de objetividad que pretende y que se define, parcialmente, por el diálogo cortés que sostiene con los llamados «cientistas sociales», a quienes invita, implícitamente, a superar la «subordinación pragmática» en que se encuentran (cf. nota 4); como si sólo de esto se tratara. La referencia peyorativa es para el marxismo vulgar, que nos habla de «los buenos y los malos».

El autor, «científico», prescinde de tales valoraciones y se limita estrictamente a una perspectiva sociológica que nos parece insuficiente y ambigua. Por otra parte, si, como él dice, esta clase está en el medio pero no puede quedarse ahí por carecer de intereses propios específicos, entonces la conclusión queda problematizada. Se trata más bien de con quién se identifica la clase media, o su sector de más fuerza, en el momento crítico. Entonces habrá conservación del statu quo, reforma, o revolución. En los dos primeros casos, a corto o mediano plazo, se apunta a lo alto; en el último abajo, pero nunca a un centro quimérico. La lección más importante es política y puede ser

aprovechado por el imperialismo o por los revolucionarios. Suponemos que esto no haya pasado inadvertido al autor.

José Nun fue protagonista de una polémica en el semanario *Marcha* de Montevideo sobre el Proyecto Marginalidad, dirigido por él y financiado por la Fundación Ford. Las imputaciones que se le hacen son las de promover y organizar investigaciones útiles al imperialismo. Esta polémica fue reproducida por Referencias (publicación del PCC de la universidad de La Habana, no. 1, mayo-junio de 1970). También en la revista *Casa* (no. 61, p. 33) se publicó un trabajo de Ida Paz sobre el Proyecto Marginalidad y sus repercusiones políticas e ideológicas.

Lo que sigue es un comentario sugerido por la lectura de diferentes trabajos sociopolíticos norteamericanos sobre América Latina y no un intento de investigación sistemática de las fuentes originales. Por lo tanto, parece justo anticipar brevemente mis conclusiones para que el lector pueda decidir si quiere seguir o no con la lectura del tema.

Una gran parte de la literatura sociopolítica norteamericana sobre América Latina se basa en el sistema conceptual de tres puntos: inestabilidad política, tamaño de las clases medias y el mi-

litarismo.¹ La trama tiene dos alternativas, que yo llamo **tradicional** y **moderna**. De acuerdo con el análisis **tradicional**, el militarismo —concebido como un fenómeno típicamente latinoamericano— es la causa principal de la inestabilidad política, que a su vez victimiza a las clases medias que han estado surgiendo. Sólo a través de la consolidación de estas clases medias, los militaristas regresarán a sus cuarteles y se establecerá una democracia estable al sur del Río Grande. Desde el punto de vista **moderno**, aún cuando el militarismo —concebido como un fenómeno típico de los países en desarrollo— es un factor en la inestabilidad política, puede promover el desarrollo económico, que a su vez patrocinará el crecimiento de las clases medias y permitirá de esta forma la democratización de América Latina. En ambas perspectivas, las connotaciones de valor van más allá del significado cognoscitivo de los conceptos en uso: la estabilidad democrática y el crecimiento de las clases medias son fenómenos positivos e interdependientes **a priori**, mientras que el militarismo tiene un statu conceptual ambiguo: de una desgracia total o de una desgracia parcial e incluso a una inconveniencia recomendable.

A mi juicio, la simple lectura de aquellos trabajos y de los escasos datos empíricos que presentan, autorizan un ordenamiento completamente diferente del sistema conceptual mencionado con anterioridad. Dejo a un lado la dudosa conveniencia de considerar a América Latina como una unidad de análisis y acepto provisionalmente la estrecha definición de la estabilidad democrática como un campo periódico de autoridades mediante las **elecciones constitucionales**. Pero, invirtiendo la ecuación, considero que, en muchos casos, las clases medias de América Latina están amenazadas por la oligarquía o por la clase obrera, y el **voto es uno de los instrumentos principales de esta amenaza**. Por lo tanto, el ejército —que en la mayoría de los países representa a la clase media con todas sus contradicciones— viene a la defensa de los sectores **amenazados y permite la inestabilidad política en la defensa de un proceso prematuro de democratización**. Luego entonces, las clases medias confrontan un dilema, que de acuerdo a Costa Pinto, constituye un miedo doble: miedo al problema y miedo a la solución. En

¹ Blankston (:325) señala otra trilogía posible «occidentalización», «modernización política» y «sectores medios». Pero creo que se refiere a los países subdesarrollados en general, mientras que yo estoy considerando los estudios específicos sobre América Latina.

168 otras palabras, sugiero que hay bastantes razones para considerar a las clases medias latinoamericanas como factores de la inestabilidad política, cuyo instrumento es el ejército, y cuyo detonador son precisamente las instituciones democráticas que aquellos sectores aparentan apoyar. Esto es un fenómeno latinoamericano peculiar que puede llamarse **el golpe militar de la clase media**.

Se ha llamado la atención al carácter impresionista y periodístico de los trabajos norteamericanos respecto a la política latinoamericana. Creo que este es el aspecto superficial de un problema más profundo: la estructuración defectiva del objeto de análisis.

El militarismo latinoamericano es un buen ejemplo. Es cierto que el ejército —o algunos de los miembros— juega a la política; y también es cierto que el ejército, como institución, experimenta, cambia en el tiempo, y en cada situación concreta está representado por personas reales. El analista **realista** tiende a escoger entre dos formas de observación: una es la sicología; la otra es institucional. Si escoge la primera, tenderá a analizar la frecuente toma del poder político por el ejército en términos de la ambición personal de sus líderes. Este punto de vista está representado por Lieuwen en su

análisis de la América Latina del siglo XIX. La ve como un popurrí de «hombres ambiciosos y oportunistas» que utilizan sus armas para mantenerse en el poder uno tras otro.² La segunda forma es más desarrollada. Trata de comprender las características de la organización militar misma. La profesionalización del ejército parece ofrecer campo a la especulación (Lieuwen: 151-153; Johnson 69-78):³ la creciente dedicación de los militares a sus tareas específicas los

² Hace más de cincuenta años, el historiador argentino Juan Agustín Alvarez (:26), hizo la siguiente observación: «Una gran parte del error estriba en atribuirle más importancia a la apariencia externa de los hechos que a la investigación de las causas. Es como si se confundiera el sistema detonador con la carga explosiva. Casi siempre el jefe militar o el caudillo era detonador... Es por eso que la revolución parecía como resultado de la voluntad del caudillo. Esto sería como creer que la evolución de los precios se debe a la habilidad del subastador.»

³ En un contexto teórico más amplio, el profesionalismo del ejército es el concepto central del excelente estudio de Huntington sobre la intervención militar. Sin embargo, Finer (:26-31) muestra cómo el mismo proceso puede estimular la intervención militar, señalando algunas características específicas relacionadas con éste, tales como la noción privada del interés nacional, el desarrollo del sindicalismo militar y un rechazo creciente a ser utilizado para coaccionar a los oponentes nacionales del gobierno. Pero el propio Finer, tratando de encontrar una explicación a nivel de fenómeno, finaliza esa parte de su análisis con una tautología: «Sin embargo, el factor más importante (inhibiendo el deseo de los militares de intervenir en política es la aceptación de las fuerzas armadas del principio de la supremacía civil» (:32).

y los aislaría de las luchas de la alejaría de los intereses políticos sociedad. Pero está claro que un inmenso número de ejemplos (siendo Argentina y Brasil los más recientes) han llevado a la melancólica verificación de Whittaker⁹⁹: «Por el contrario, en aquellos países en que ellas (las fuerzas armadas latinoamericanas) han sido profesionalizadas en mayor grado, parece que se han vuelto mucho más estrechamente ligadas al resto de la sociedad que antes. Pero aún hay más: permitiendo ser confundidos por las apariencias cambiantes pero aún similares de los fenómenos, los observadores tratan de valorar su diversidad aplicando calificativos cuyo carácter uniforme, como veremos, es muy poco verosímil. De esta forma se evita la penosa tarea de estructurar el objeto del conocimiento: uno obtiene la ilusión de topar con la realidad al costo de utilizar el mismo significado para sucesos diferentes, y por tanto, se niega una base sólida para la explicación.»⁴

La generalización en la historia

Antes de considerar más directamente el esquema conceptual anteriormente mencionado, quiero hacer otra observación general que puede brindar una pista para la comprensión de la repetición del problema epistemológico es-

bozado en los párrafos anteriores.

En Estados Unidos, además de los geógrafos y antropólogos, los historiadores han estado más ocupados que nadie con los problemas latinoamericanos. El status científico del historiador es particularmente ambiguo. Pudiéramos decir que podríamos trazar una línea continua entre el conocimiento matemático de un extremo y el conocimiento histórico del otro; es decir, por una parte una clase de investigación que se desconecta de la realidad para trabajar con modelos, y por la otra, un tipo de investigación que sacrifica los modelos para trabajar con la realidad (Granger: 207). Pero la contraposición es solamente relativa. Lo que caracteriza la tarea del historiador es una tensión constante entre la valorización inmediata de una experiencia y el intento de alcanzar la objetividad científica a través de generalizaciones válidas. La explicación histórica trata de demostrar que el

⁴ Este problema se hace más agudo por una especie de subordinación pragmática del científico social (cf. Blanksten:324). Por ejemplo, el gobierno norteamericano puede estar interesado en descubrir las mejores formas de manejar a los ejércitos al sur de su frontera. Pero esto no significa que para dar una respuesta respecto a los militares, debe dársele prioridad a un estudio de los militares por sí mismos. Sería un pobre médico aquel que diagnosticara solamente basándose en lo que le dice el paciente.

suceso no era simplemente un «producto de la casualidad» que «debía ser esperado en vista de ciertas condiciones» (Hempel: 463); es decir, que el episodio aislado puede ser registrado en el marco de una ley general que debiera ser **brindada por el científico social**.⁵ En ausencia de una buena teoría del cambio (al menos hasta ahora) el científico social no puede brindarle al historiador las leyes generales que necesita y por lo tanto acude frecuentemente a proposiciones abstraídas, en forma no crítica, de otros textos explicativos. Se produce entonces un proceso de causalidad circular; el científico social recibe información histórica distorsionada que desbarata su elaboración de modelos útiles sin los cuales esa clase de información tiene grandes posibilidades de permanecer total o parcialmente errónea.

Volvamos al tópico inicial de estas notas. ¿Qué quieren decir los escritores norteamericanos cuando escriben acerca del militarismo latinoamericano? No quiero ser culpable de lo que se ha llamado «el mito semántico de las ciencias sociales» (Kaphan: 71). Estoy de acuerdo que el proceso de especificación del significado es una parte del mismo proceso de investigación. Pero un sistema de definiciones progresistas no puede ser igualado con aquellas marchas y contramarchas

conceptuales erráticas que impiden la delimitación de un contexto de verificación aceptable. Para evitar un largo ejercicio, intentaré reconceptualizar una forma simple de significados comunes del militarismo norteamericano, hallados en la literatura. Me limitaré al uso de las tres variables dicotómicas siguientes:

a. **Militar-no militar:** Definido por ser miembro o no de la organización a la cual el gobierno de una nación le confía el monopolio parcial o total⁶ de la fuerza pública, de acuerdo con un sistema de normas institucionalizado.

b. **Acceso al poder: constitucional-inconstitucional:** la perspectiva de la democracia liberal —que orienta la mayoría de los escritores sociopolíticos norteamericanos— define a la democracia como acentuadora del modo mediante el cual se desig-

⁵ Este es un problema oscurecido frecuentemente por el hecho de que muchos historiadores son científicos sociales que, en vez de trabajar con los datos del presente, están trabajando con los datos del pasado.

⁶ Hago esta distinción para diferenciar otros cuerpos legalmente armados para defender el orden: la policía; la guardia, etc. Esto parece ser a propósito para un análisis del siglo XIX, hasta donde la debilidad del ejército nacional dio preponderancia a los guardias urbanos. Una prueba adicional de la importancia de la distinción la da el papel jugado por la Policía Federal Argentina durante los decisivos acontecimientos de octubre de 1945.

na a la autoridad.⁷ El mejor ejemplo lo da Lipset con esta definición: «La democracia en una sociedad compleja puede definirse como un sistema político que brinda oportunidades constitucionales para el cambio de los funcionarios gobernantes y como un mecanismo social que permite a la mayor parte posible de población influir en las decisiones de importancia y escoger entre los aspirantes al cargo político» (Lipset: 45).

Por lo tanto, esta dimensión ocupa un lugar central en el análisis de la estabilidad democrática en América Latina y viene a ser el único indicador que utiliza el propio Lipset para distinguir entre los sistemas políticos de esta área (Lipset, 1960: 45-50).

c. Desarrollo económico y social: orientación positiva-orientación negativa: aunque el desarrollo es una materia típica del período de la posguerra, solamente a fines de los años cincuenta centraron los norteamericanos su atención en el desarrollo latinoamericano. Para evitar una detallada elaboración de este tópico, que no se relaciona con mis propósitos, tomaré como criterio de referencia el **statu quo ante** y consideraré negativa la orientación que trate de mantenerlo o de restaurarlo, y positiva la que trata de provocar cambios de cierta magnitud.

La clasificación en cruz de estas variables permite la construcción del cuadro siguiente:

	No militar		Militar	
	Constitucional (1)	Inconstitucional. (2)	Constitucional (3)	Inconstitucional (4)
hacia el desarrollo Orientación negativa	Gobierno no conservador (a)	Gobierno fraudulento (c)	Gobierno conservador (e)	Gobierno reaccionario o personalista (g)
Orientación positiva hacia el desarrollo	Gobierno reformista (b)	Gobierno revolucionario (d)	Gobierno reformista (f)	Gobierno de tipo Nasser (h)

Parece innecesario señalar que este esquema es muy simple y que no tiene otro propósito que el de facilitar la comprensión de lo que sigue. Los objetivos utilizados en cada columna de la clasificación en cruz son solamente ejemplos

de ciertas características sobresalientes de los ejemplos que podrían entrar en cada categoría.

⁷ Para una excelente elaboración de este tema, ver Burdean (:V:408 y VI: **passim**). Los diferentes tipos de representación son rigurosamente analizados por Gorrioni (:45:74).

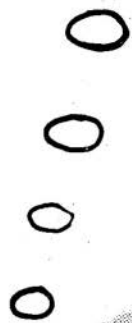
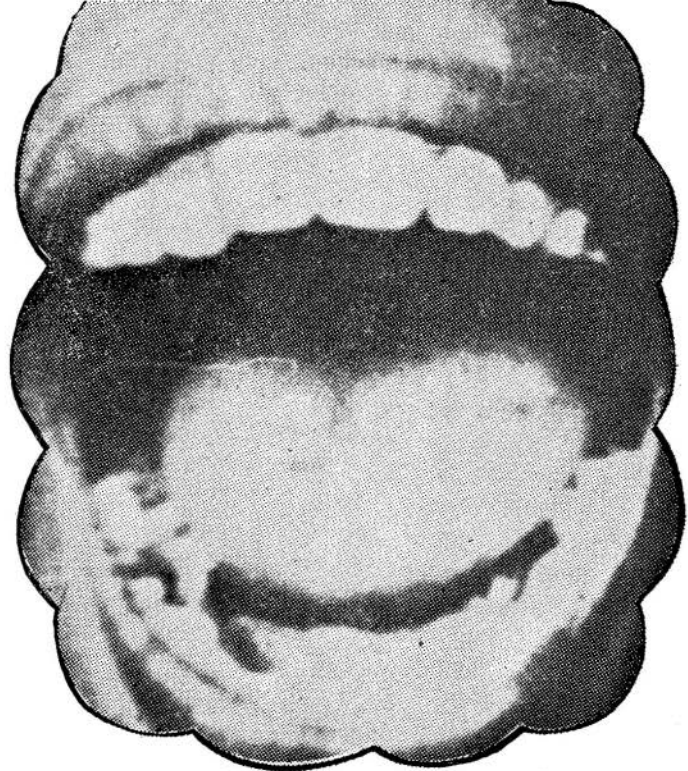
172 Esto no implica, por ejemplo, que un gobierno conservador, o uno reformista, no sea tan **personalista** como el clasificado en el apartado (g). Dejaré a un lado la columna 1 (tipos a y b) debido a que son inadecuados para mi objetivo actual. Mantendré entonces que la literatura actual sobre el militarismo latinoamericano no hace una distinción entre las otras categorías, y que este hecho lleva a una gran cantidad de contradicciones.

Tipo c: En este caso el error es por omisión debido a que este tipo no está incluido en el análisis. Como se ha señalado recientemente: «En la medida en que una persona o grupo —conciente o inconcientemente— cree o refuerce barreras a la ventilación pública de los conflictos públicos, **esa persona o grupo tiene poder**» (Bachrach-Baratz: 949). Si creemos que la misión específica del ejército es resguardar la implantación de las normas constitucionales, cuando esas normas son violadas y el ejército no interviene, ¿aceptaríamos la posición apolítica que los observadores se atribuyen a sí mismos, o sería nuestra obligación examinar todos los componentes de esa fase restrictiva del poder?»⁸

Tipo d: Es trivial recordar que aun el ingenioso David necesitó

una honda y una piedra para derrotar a Goliat. No es tan trivial si uno piensa en las dificultades en que muchos autores se encuentran cuando incluyen todos los tipos de movimiento armado en el fenómeno militar. ¿Constituyen un ejército los grupos desorganizados de peones armados siguiendo a su patrón y/o caudillo en el siglo XIX? ¿Pueden incluirse los guerrilleros cubanos en un universo de discursos llenos de consideraciones respecto a los

⁸ Cf. Finer (:23). La historia contemporánea argentina ofrece buenos ejemplos del problema. Quizó el mejor de todos lo da el general Manuel A. Rodríguez, ministro de la Guerra del gobierno del general Justo, «miembro de la logia (San Martín) y llamado por algunos apologistas 'como hombre de deber' (quien) mantuvo al ejército fuera de la discusión y consideración de los problemas nacionales. Esto se llamará no jugar a la 'política'» (Ramos: 63). Pero una de las misiones principales de esa logia era purificar **políticamente** al ejército separando a aquellos oficiales con simpatías hacia el radicalismo. Por otra parte, el general Rodríguez era ministro de un gobierno que subió al poder por medio de las elecciones fraudulentas de 1932. También, el régimen del general Justo constituyó la etapa central en lo que se ha llamado «la década infame», caracterizada por la violación de las normas constitucionales, la reaparición de la oligarquía tradicional en todos los puestos de mando y la apertura del país a la entrada y subsecuente dominación del capital extranjero. Ver *Revista de Historia* (Buenos Aires), no. 3, con su bibliografía. También Imaz (:39). Este autor señala un hecho importante: «El secretario de Información (de la Argentina) —con su derecho implícito al veto de la elección de los funcionarios altos y medios— ha estado siempre en las manos del ejército» (Imaz: 56).



174 atributos de la carrera militar?⁹ Sin embargo, Lieuwen incluye a ambos en su estudio. Contrario a Johnson (:17), considera como ejércitos a aquellos grupos informales y temporales del siglo XIX; aún más, dedica un capítulo a la revolución cubana en el que a Fidel Castro no se le califica nunca como un hombre educado en una universidad, sino que nunca deja de llamarle comandante (Lieuwen: 17-28 y 263-98).

Tipos e y f: Supongo que el interés en el militarismo latinoamericano ha surgido de un hecho histórico: la frecuencia con la que los militares han tomado el poder a través de medios ilegales. Debido a esto, es difícil para mí comprender la inclusión sistemática en el análisis de las categorías de la columna 3. Puedo juzgar positiva o negativamente los gobiernos de Carlos Ibáñez, Jorge Ubico, Juan Domingo Perón o Jacobo Arbenz; lo que no puedo discutir es que obtuvieron el poder legítimamente; elegidos de forma regular y de acuerdo a los procedimientos constitucionales establecidos de sus países. Está claro que la condición militar del jefe de estado es un aspecto necesario del análisis de un régimen dentro del fenómeno del militarismo, pero aparte de ser necesario, ¿es esta una condición suficiente? Si es así lo sentiría por Washington y aun por Eisenhower.¹⁰

Tipos g y h: La columna 4 delimita lo que a mi juicio constituye el fenómeno militarista típico, tomando en consideración que todos los autores consideran al **gobierno** como la unidad central de su sistema analítico.¹¹

⁹ Lyle McAlister (:148-52) incluye entre esos atributos: orden, jerarquía, disciplina, sentido de misión, espíritu de cuerpo, honor, lealtad al estado y a la institución —que puede estar en conflicto—, y autoritarismo.

¹⁰ De acuerdo al propio Lieuwen (:70 ff), «es suficientemente curioso» que Perón diera un gran estímulo al profesionalismo «aconsejando a sus jóvenes oficiales a dedicarse a sus problemas militares y mantenerse alejados de la política». El mismo autor ha caracterizado el profesionalismo como «una fuerte contracorriente que reacciona contra el militarismo» (:151-53). La conclusión lógica es que Perón no estaba inclinado al militarismo. Con respecto a Perón, Lieuwen comete un grave error al mantener que «él armó, equipó y organizó una milicia obrera que era numéricamente más fuerte que el ejército regular...» (:69). El dato es erróneo y es sorprendente que este autor lo incluya sin elaboración. Armar a una milicia obrera «numéricamente mayor» que el mayor ejército de América Latina habría sido algo más que una decisión administrativa y si hubiera ocurrido, habría llevado a los observadores a una interpretación completamente diferente de la ideología peronista.

¹¹ Hago esta calificación debido a que la consideración del fenómeno puede centrarse en otras unidades de análisis; tenemos entonces la «proporción de participación militar» que Andreski (:54) define como la «proporción de individuos utilizados militarmente respecto a la población masculina adulta total». La definición del Finer (:23) de la intervención militar en la política es más amplia: «La sustitución impuesta a las propias políticas de las fuerzas armadas y/o sus razones para sustitución de la política de las autoridades civiles reconocidas.»

Desde el punto de vista interpretativo, creo que uno puede distinguir dos etapas en los trabajos acerca del tema: una culmina con el libro de Lieuwen y el otro comienza con el trabajo de Johnson. En términos del esquema anterior, el primero favorece al eje vertical (formas de acceso al poder), mientras que el segundo se refiere más a la dimensión horizontal (orientación hacia el desarrollo).

Regresando a mis observaciones iniciales respecto a un estructuramiento defectivo del objeto de análisis, quiero explicar por qué ambas perspectivas, aun incluso cuando tratan de permanecer al nivel de fenómeno, están basadas en modelos implícitos trasferidos al contexto latinoamericano de una forma no crítica. La primera perspectiva se relaciona con el antimilitarismo europeo del siglo XIX. Esta tendencia toma forma en la contraposición de Comte entre las sociedades militares y teológicas, por una parte, y las sociedades industriales y científicas por la otra, y se fortalece con los trabajos de Spencer.¹² El pensamiento norteamericano fue nutrido con la tradición antimilitarista; esta tradición ofrecía un marco apropiado para un «pacifismo de negocios», que llegó a concebir desembarcos militares en Cuba, Nicaragua o Santo Domingo como avanzadas del progreso.

La explicación era relativamente coherente: América Latina no se desarrollaba y en América Latina las intervenciones militares en la política eran un fenómeno diario. Por lo tanto, esto era una repetición del problema europeo: el atraso y el militarismo eran sinónimos.¹³ Los puntos débiles del esquema son evidentes: desde el simple hecho de que América Latina **no** es Europa, a la suposición

¹² «Aunque era inglés, sus doctrinas tuvieron mayor aceptación en Estados Unidos que en su propio país. Se convirtió en una novedad intelectual que persistió por dos generaciones y que penetró en la capa menos intelectual de la social» (Huntington: 222). Ver el excelente análisis de Huntington (:222-26) dedicado a lo que llama «el pacifismo de negocios» y que califica de «industrialismo contra militarismo». Para una perspectiva general del problema, consultar a Vagts (:293-406). Respecto a Estados Unidos ver la nota crítica de Oeconom (:119-131). Es interesante subrayar una importante diferencia entre Comte y Spencer: mientras que para el primero el progreso de la civilización industrial sería la causa de la desaparición de las guerras, para el inglés —menos optimista— la abolición de las guerras es una condición necesaria para la transición del tipo militar al tipo industrial de sociedad. Está claro que de acuerdo a esta línea de pensamiento es que se escriben cosas como la siguiente: «Afortunadamente (México), ha resuelto el problema del militarismo. **Ese es una de las principales razones del porqué se ha convertido en una de las naciones más progresistas de América Latina**» (Lieuwen: 121).

¹³ El punto lo hace explícitamente T.V. Smith (:passim) quien sugiere que la supremacía de los civiles sobre los militares, junto a la separación de la iglesia y del estado, y con supremacía judicial, son elementos particularmente exportables de la democracia norteamericana.

176 más o menos explícita de que el progreso y el gobierno civil son, a su vez, sinónimos.¹⁴

Este esquema —ni siquiera válido para el contexto europeo (recuérdese el papel revolucionario de los ejércitos napoleónicos)— estaba no solamente desaprobado parcialmente por una reiterada experiencia de gobiernos militares más o menos progresistas y de gobiernos civiles abiertamente reaccionarios, sino que recibía el impacto teórico de un sistema de interpretación que fue elaborado para los países de África y Asia. El énfasis ha sido traspasado del antimilitarismo¹⁵ liberal a una clase de militarismo protécnico (Kautsky: 436-43). De acuerdo a la feliz frase de Seton-Ratson (:176), cuando se habla de dictadura militar, es necesario distinguir entre «los restauradores del orden» y «la intelectualidad con uniformes». A este respecto, el análisis de Lucian Pye sobre el militarismo afroasiático¹⁶ es un punto de partida significativo: en el contexto del subdesarrollo puede concebirse al ejército como una organización moderna y al mismo tiempo como una gente modernizante.

Este enfoque encuentra eco en el trabajo de John Johnson acerca del problema militar en América Latina. El adopta una posición aparentemente **realista**: si la intervención militar es un hecho in-

negable en la vida política latinoamericana, y si es un «freno» a la violencia que puede causar el extremismo, es necesario tratar de transformar a las fuerzas armadas «en instituciones más constructivas socialmente» (Johnson: 262). De esta forma, a través de lo que el Departamento de Estado ha llamado «acción cívica», el ejército sería transformado en un efectivo agente de modernización.¹⁷ Aquí de nuevo se hace el intento de analizar un aspecto de la realidad latinoamericana haciendo uso

¹⁴ En un período de aguda transición, los ejércitos europeos de los siglos XVIII y XIX tendieron a convertirse en depositarios de las tradiciones aristocráticas mediante un cuerpo de oficiales que, como plantea melancólicamente Mosca (:232), «se convirtió cada vez más en una clase de nobleza burocratizada».

¹⁵ La ecuación no sólo la refutan los ejemplos como Costa Rica, que, incluso sin un ejército desde 1948, es aún una «república bananera» con un ingreso per cápita de menos de 200 dólares, sino el fenómeno que Johnson (:120) llama «militarismo civil».

¹⁶ El antimilitarismo y el anticlericalismo son ingredientes típicos del síndrome liberal. La «huelga de Dolores» ofrece un ejemplo visible, una celebración anual de los estudiantes guatemaltecos para reírse de la iglesia y del ejército.

¹⁷ Un distinguido antecesor de estos trabajos es «L'arte della guerra» de Maquiavelo. Para este autor la creación de la milicia nacional es útil para transformar al pueblo apolítico en ciudadanos del nuevo estado fundado en la «buoni ordini»; la idea colectiva de la patria surgirá de un contacto unificado entre la infantería del pueblo y la caballería burguesa. Ver también Janowitz (:473-93) y Braibanti (:173-75).

de modelos implícitos elaborados para otros contextos.

La concepción antimilitarista europea del siglo XIX tenía en mente a un ejército que representaba el último refugio de una aristocracia tradicional¹⁸ desplazada y era, por lo tanto, una amenaza potencial para la burguesía industrial. El análisis del África y del Asia se refiere a países **nuevos**, caracterizados por «la introducción de instituciones desde el exterior, con una concesión mínima a los valores y comportamientos del pueblo», siendo el ejército una organización moderna «que ha sido introducida artificialmente de cierta forma en sociedades de transición desorganizadas» (Pye: 82-3).

De acuerdo a estos puntos de vista, los ejércitos latinoamericano se conciben más como fuerzas externas que interfieren en el proceso histórico «normal», que como elementos integrantes de aquellos procesos (McAlister, 1963: 342). Lo que cambia eventualmente en ambas perspectivas es la dirección de esa interferencia: negativa en el primer caso, cuando aparecen como obstáculos para el progreso, y positiva en el segundo caso, cuando son introducidas como agentes de cambio. Pero en ninguna de estas suposiciones está la respuesta a las preguntas claves: ¿Por qué intervienen los militares en la política

latinoamericana? ¿Cuál será la orientación de esta intervención? (Cf. Raway: **passim.**) Creo que se puede buscar la respuesta al nivel de las fuerzas armadas como instituciones o en términos de la sociedad como un todo.

El primer enfoque (implícito en casi todos los trabajos existentes), que a mi juicio permanece a nivel de fenómeno, trata de definir los atributos de la subcultura militar como el elemento explicatorio principal. Hasta ahora los resultados son muy poco satisfactorios, y es inadecuado el apoyo de los datos empíricos sistemáticos.¹⁹

¹⁸ La viabilidad de las proposiciones —y la atracción que pueden tener para los militares latinoamericanos— puede juzgarse a través de este ejemplo bien intencionado: «Repúblicas como Ecuador y Perú pueden acuartelar sus tropas en elevaciones que van desde el nivel del mar hasta los 16 000 pies y **utilizarlas como conejillos de Indias.**» (Johnson: 266; el subrayado es mío.

¹⁹ No existen estudios empíricos que traten de medir el impacto del entrenamiento militar en los militares de carrera latinoamericanos. Este hecho ayuda a aumentar el interés en los intentos como los de Mario Monteforte Toledo, en que analiza dos ejemplos: Uno (que llamaré A) de treinta estudiantes matriculados en la Escuela Politécnica (Academia Militar* de Guatemala, los cursos de 1950 y 1951; y otro (que llamaré B) de treinta oficiales guatemaltecos graduados en servicio en 1950, cuyas edades variaban entre 29 y 30 años. El autor considera que «los datos de este último grupo están relacionados con los datos de los estudiantes que acaban de comenzar su carrera, debido a que las condiciones de los candidatos, los métodos educativos y las circunstancias de la academia y el tipo de régimen

178 A pesar de las diferencias de estas notas —su carácter impresionista y la imposibilidad de generalizar respecto a América Latina— parece útil, sin embargo, analizar el fenómeno más profundamente para revelar sus características internas en relación con toda la sociedad. La exposición razonada de este intento está dada por lo que parece ser un hecho simple acerca del cual coinciden todos los autores: la mayoría de los oficiales latinoamericanos provienen de la clase media.

El análisis de la primera dimensión del sistema nos lleva a examinar el segundo, puesto que, si

quiero explicar el militarismo en términos de la clase media, tengo que plantear dos proposiciones:

a) que dadas ciertas circunstancias, en ciertos países latinoamericanos, los sectores de la clase media inducen y/o favorecen el intervencionismo militar; y b) que la orientación contradictoria de estas intervenciones militares es reflejo de las contradicciones ideológicas de la clase media.

Antes de continuar, quiero aclarar que: **no postulo una explicación monista ni creo que el fenómeno militar es solamente aparente y que su única explicación**

de los graduados no han variado en las últimas dos décadas (con la excepción de los cambios políticos ocurridos desde

1944)» (:367). He seleccionado ciertas cuestiones que parecen tener especial importancia.

	Ejemplo A	Ejemplo B
1. Valores éticos que se refieren a:		
Religión	8	4
Justicia social	9	12
Orden y disciplina	11	12
Otros	2	2
2. Comunismo:		
A favor	3	4
En contra	24	25
Indiferente	3	1
3. El mejor gobierno del país sería:		
Civil	13	14
Militar	17	12
Mixto		4

Ni la técnica ni el cuestionario utilizado en la encuesta permiten conclusiones definitivas. Sin embargo, debe notarse que en la pregunta 1 hay igual apoyo para los valores que se refieren al orden y la disciplina, que son considerados típicos de la educación militar. (La variación más

significativa con respecto a la religión y a la justicia social podría estar relacionada con el período revolucionario de esa década.) Con respecto al comunismo no hay variaciones de importancia, aun cuando aquí se puede decir de nuevo lo mismo con relación al grupo «procomunista».

real estriba en los problemas de la clase media. Espero que esta declaración me liberará de otras notas explicatorias parciales.

Desde mi punto de vista, este es un problema típicamente de superestructura con cierta consistencia propia. En este caso como en otros, la determinación **final** por la estructura de clases parece estar mediada y determinada a su vez por las tradiciones nacionales, por valores que se consideran como propios por el grupo en particular, por contingencias internacionales, etc. (Cf. Sartre: 35 ff; Althusser: **passim**.) Pero creo firmemente que plantear de esta forma el problema —en su relación con la clase media— ayudará a arrojar alguna luz sobre las características específicas del fenómeno, y que concebir estas características como hechos particulares de una contradicción más general puede allanar el camino para algunas predicciones válidas.²⁰

Es posible establecer una clasificación dicotómica de los países latinoamericanos tomando en consideración la proporción de la clase media sobre el total de la población como un indicador de su importancia política (ver tabla 1).

Quiero recalcar la naturaleza puramente tentativa de estos datos: a menos que se suponga una correlación automática entre la

estructura profesional y la orientación política, la estructura profesional sirve simplemente para mostrar el área a ser explorada. Hay otras fuentes de arbitrariedad en el uso de este indicador. Por ejemplo, en el caso de Bolivia en 1952 (y probablemente ahora), las condiciones contextuales pueden darle a la clase media un peso político que no guarda relación con su proporción numérica. Lo mismo puede decirse en el caso de Perú. Por otra parte, la falta de congruencia entre la estructura profesional y otros indicadores del desarrollo económico pueden reducir a un cierto punto la importancia de la proporción de la clase media en Panamá, que es la misma de Brasil (Lambert: 37). Comparando la tabla anterior con la lista de Lambert (:291-94) sobre los golpes militares en América Latina, **es po-**

²⁰ «La más fácil de todas las teorías de la intervención militar busca explicarlo todo en términos del interés de clase. Según esta teoría, los militares apoyan al poder civil cuando éste pertenece a una misma clase social y lo derrocan cuando pertenecen a una clase social diferente y hostil» (Finer: 40). Cito este párrafo para mostrar lo que **no** quiero hacer. De todas formas, me parece que el planteamiento de Finer es algo injusto ya que crea un adversario que se puede derrotar muy fácilmente. Tal «interpretación de los intereses de clase» simplista ha entrado ya en el museo de las interpretaciones vulgares de Marx. Unas cuantas páginas después (:esp. 42-3), el propio Finer trata de aplicar una interpretación similar que «(en) ciertas circunstancias, no obstante, (esto) es de una gran importancia y a veces decisiva» (:40).

TABLA 1

	(a) % urbana (1960)	(b) % analfabetismo (1961)	(c) % Población económicamente activa en producción y construcción (1960)	(d) % Población de las clases medias y altas (en el año 1950)	(e) % Población urbana en las clases medias y altas (en el año 1950)	(f) % producto bruto nacional per cápita (\$U.S. 1960)	(g) Total en las fuerzas armadas regulares	(h) Proporción de "g)" al total de la población	(i) Presupuesto militar como % del presupuesto nacional	(j) Golpes militares exitosos (1930-1965)
GRUPO A										
Argentina	68	14	29	36	38	466	108 500 (1963)	0,51	13,2	7
Uruguay	82	15	28	(33) *	13.110 (1963)	0,49	1,0	.
Chile	63	20	24	22	30	439	45 710 (1965)	0,62	18,0	2
Cuba	55	22	18	22	36	...	79 000 (1963)	1,21	...	4
Venezuela	62	48	15	18	27	885	22 240 (1962)	0,33	8,0	4
Costa Rica	38	21	15	22	31	310	1 230 (1964) *	0,09	1,0	1
México	54	43	15	17	37	272	52 850 (1964)	0,15	1,0	5
Brasil	39	51	17	15	35	168	263 100 (1960)	0,37	11,4	2
Colombia	46	38	17	22	28	250	22,900 (1964)	0,15	...	9

TABLA 1 (Continuación)

	(a) % urbana (1960)	(b) % analfabetismo (1961)	(c) Población económicamente activa en producción y construcción (1960)	(d) Población de las clases medias y altas (en el año 1950)	(e) Población urbana en las clases medias y altas (en el año 1950)	(f) % producto bruto nacional per cápita (\$U.S. 1960)	(g) Total en las fuerzas armadas regulares	(h) Proporción de "g" al total de la población	(i) Presupuesto militar como % del presupuesto nacional	(j) Golepes militares exitosos (1930-1965)
GRUPO B										
Ecuador	35	44	25	10	21	161	13 280 (1963)	0,30	...	3
Panamá	41	30	10	15	32	363	3 439 (1964) **	0,32
Perú	36	53	10	190	44 490 (1963)	0,41	18,0	4
Bolivia	30	68	13	8	26	36	11 010 (1960)	0,31	11,0	9
Paraguay	34	34	17	14	27	129	9 100 (1962)	0,50	...	7
El Salvador	33	61	14	10	25	200	6 650 (1961)	0,25	12,0	6
Nicaragua	34	62	13	..	23	229	4 100 (1963)	0,25	...	1
Rep. Dominicana	29	57	11	207	17 200 (1963)	0,57	26,0	4
Honduras	22	65	9	4	25	186	4 200 (1965)	0,21	7,0	2
Guatemala	31	71	10	8	16	156	8 500 (1965)	0,22	...	6
Haití	13	89	7	3	14	98	23,0	5

182 sible confutar las hipótesis esperanzadoras al respecto a una relación inversa entre el tamaño de la clase media y la repetición de los golpes militares.²¹

Por otra parte, creo que la propuesta dicotomía permite la discriminación de la importancia de ciertas hipótesis. Me refiero aquí al excelente trabajo de Merle Kling, uno de los pocos esfuerzos para investigar profundamente el fenómeno de la inestabilidad política latinoamericana. Ese fenómeno sería, según Kling, «una función de la contradicción entre las realidades de una economía colonial y los requerimientos políticos de la soberanía entre los estados latinoamericanos» (:138). A mi juicio esta conclusión es válida, en general para países del grupo B, pero no para países del grupo A. El grado de desarrollo de esos países «A» hace difícil aceptar la idea de que el gobierno es «una base singular del poder económico que, a diferencia de las bases económicas convencionales de poder, está sujeta a fluctuaciones en la posesión» (:136). Luego, aceptando la validez de la hipótesis de Kling para países del grupo B, voy a centrar mis comentarios en los países del grupo A. Desgraciadamente, es corriente hacer referencia a la clase media diciendo que carecemos de estudios sistemáticos respecto a su

comportamiento político.²² En general, la literatura norteamericana les ha considerado con un criterio aristotélico, como siendo defensores de la democracia y portadores del progreso, a tal extremo que un autor ha invertido los términos y ha considerado a los que apoyan el progreso

²¹ La tabla de Lambert tiene algunas omisiones que he tratado de corregir. Abarca hasta principios de 1963 y la he completado con los principales sucesos militares de 1963 a 1964. De todos modos, los datos son aproximados, dadas las dificultades de definición que he sugerido en el texto. Por otra parte, la comparación tiene un valor relativo, ya que el por ciento de la clase media ha sido calculado por un punto a la vez y los golpes de estado han sido enumerados por un período de treinta y cinco años. De todas formas, el coeficiente de Spearman es de .02, lo que apoya la falta de una correlación inversa entre la proporción de la clase media y la frecuencia de los golpes militares. Aún más, si tomamos a 1945 como base —dado el crecimiento de la clase media durante el período de guerra— el coeficiente es 0.39, mostrando la existencia de una correlación negativa muy débil y no importante. En todo caso, no pretendo la existencia de ningún tipo de regularidad estadística entre la proporción de la clase media en el total de la población y la frecuencia de los golpes militares. Y esto, por lo menos, parece estar verificado por dichos cálculos.

²² Hace un cuarto de siglo, Bouglé (:5) ya había planteado que sin grandes encuestas nacionales y sin trabajos comparativos era imposible definir si la heterogeneidad de la clase media es esencial o superficial. Y Lane (:322) ha escrito recientemente: «No conocemos de estudios sistemáticos del comportamiento político de la clase media 'vieja' contrastada con la 'nueva' de Estados Unidos.» En este aspecto, el trabajo de Mill es aún el más importante.

como miembros de la clase media.²³

Dejaré a un lado el no resuelto problema semántico del simple uso del concepto «clase media» y me limitaré a señalar, en general, que la clase media se define por oposición a las otras dos clases —la clase trabajadora y la clase alta— o por la enumeración de los grupos que la forman. El último tipo de definición permite las subcategorías de **vieja y nueva clase media**. En cualquier caso, **lo que se quiere decir con la definición es que son grupos de individuos de diferentes características pero con orientaciones políticas supuestamente homogéneas.**²⁴ Por ejemplo, John Johnson incluye en lo que él prefiere llamar «sectores medios» un grupo «que va desde los empleados de administración gubernamentales pobremente remunerados, con una educación limitada y a menudo con una falta de conexiones familiares útiles, a los ricos propietarios de empresas comerciales e industriales por una parte y a los profesionales educados, maestros y burócratas de alto nivel gubernamental, usualmente de viejas familias establecidas, por la otra» (Johnson, 1958: XX). Estos sectores, que según el mismo autor «no llenan la condición central de una clase» debido a que «sus miembros no tienen bases comu-

nes de experiencia» aparecen, sin embargo, como un factor relativamente homogéneo. Es más, en el último capítulo, el libro culmina con una predicción respecto al «papel político del sector medio en el futuro predecible» (:181). El único argumento que Johnson da para apoyar la «co-

²³ «Un miembro de la clase media, como se entiende en este estudio, es un individualista que puede estar en cualquier parte de la escala social desde abajo hasta arriba. La característica fundamental que lo señala es un miembro de la clase media no es su posición en la jerarquía social, sino más bien su actitud hacia la sociedad en que vive. Si está determinado a moverse a una posición preferida en la escala social, pertenece a la clase media. Es activo, modificador, alterador, cuyo propósito fundamental no es destrozarse a la sociedad, sino alterarla de forma tal que él, como individuo, obtenga una posición mejor. Cuando cesa de buscar una posición más alta y se concentra en mantener la posición que tiene ahora, ya no es más un miembro de la clase media. Se ha vuelto más interesado en los privilegios y la restricción que en el cambio» (Grayson: ix).

El siguiente párrafo —escrito por el arzobispo de Tarragona— puede ser un ejemplo de algunos escritos sobre la clase media: «Si el marxismo ataca a la propiedad privada... y si ese ataque también incluye a las clases medias porque encuentra en ellas la resistencia mayor a sus planes subversivos, es lógicamente claro, **a priori**, qué posición debe tomar la iglesia al juzgar, estimar y defender a la clase media en este respecto» (Benjamín y Castro: 192).

²⁴ Aunque no parece estar apoyado por los datos obtenibles, la hipótesis de Hosolitz respecto a las diferentes orientaciones de la clase media "vieja" y "nueva" constituye una excepción altamente estimulante. Para una discusión de su validez, ver Germani (: 175-76).

184 hesión y continuidad» de su «sector medio» es que parece tener seis características comunes: urbana, educación, apoyo a la industrialización, nacionalismo a favor del intervencionismo del estado y adhesión a los partidos políticos.²⁵

Antes de preguntar sobre la validez de estas suposiciones quiero llamar la atención sobre dos circunstancias:

a. **El mito de la «mano invisible»:** Este tipo de interpretación de los atributos subjetivos de una clase social está implícitamente basado en la idea (muy de acuerdo con los economistas clásicos) de un ajuste automático de las orientaciones. Casi milagrosamente, y a través de ciertos «mecanismos de mercado», grupos sociales diferentes sin bases comunes de experiencia coincidirían acerca de ciertos principios, como si la dispersión individual de las perspectivas fueran la mejor garantía para su cohesión final. La «mano invisible» actúa aquí a través del voto, el acto que integra las orientaciones aisladas. El mercado electoral ejecutará su papel crucial y la armonía surgida de la dispersión. Personas diferentes, con ingresos, ocupaciones y status diferentes, aunque más o menos todas de la ciudad y educadas, percibirán naturalmente los mismos enemi-

gos y encontrarán convenientes las mismas soluciones para problemas diferentes. El único requisito parece ser un sistema de votación de una competencia perfecta, dando después de todo la razón al punto de vista pesimista de Proudhon del sufragio como «un mecanismo para hacer que la gente mienta».

b. **La falacia del aislamiento:** La observación anterior lleva a ésta, que me parece de importancia decisiva. El puente entre ellas es la cuestión elemental siguiente: suponiendo que la clase media comparta ciertos valores, ¿de dónde vienen esos valores y por qué son compartidos? En mi opinión, si el observador aísla la clase particular que quiere analizar, no tiene modo de solucionar el problema a menos que, de nuevo aquí, trabaje por analogía, transfiriendo atributos de otros contextos, porque buscando ese aislamiento olvida que por definición una clase es solamente concebible como un elemento de

²⁵ En la forma de «descubrir» las características de la clase media latinoamericana, Alba (:468-69) sobrepasa a Johnson: encuentra quince. De hecho, se parece más al programa político del propio autor para la clase media que a una descripción de las orientaciones reales de estos grupos. Esta suposición está apoyada, además, por declaraciones como esta: «En América Latina, hoy día, los intereses de la clase media coinciden con los intereses de la sociedad latinoamericana como un todo (y, en la presente coyuntura, con los de la humanidad)» (:470).

un cierto sistema de relaciones. Esto quiere decir que la definición de cualquier clase debe tomar en cuenta la relación de esta clase con los otros grupos del sistema. Para explicar quien es un proletario en el sentido marxista debemos traer el concepto de capitalista. Cuando hablamos de una clase media, suponemos la existencia de una clase inferior y de una clase superior. Esto constituye una distinción fundamental entre una clase social y un grupo profesional independientemente del tamaño. En este sentido, los grupos profesionales pueden ser comparados con grupos étnicos o religiosos; pueden ser descritos sin referencia a la relación entre uno y otro» (Ossowski:133). En otras palabras: **es imposible concebir a la clase media en el vacío, y si esto es así, sólo un examen de las relaciones de estas clases con otros grupos sociales nos permitirá formular proposiciones válidas respecto a la homogeneidad de las orientaciones políticas de sus componentes y respecto a la forma y modo de la aparición de estas orientaciones.** Lipset dice: «La creciente clase media en estos países (países latinoamericanos), **al igual que su contraparte europea del siglo XIX, apoya a una sociedad democrática intentando reducir la**

influencia de los tradicionalistas anticapitalistas y el arbitrario poder de los militares» (1960: 138). Esta afirmación representativa de la tendencia mayoritaria en la literatura norteamericana respecto a América Latina,²⁶ no toma en consideración varios factores de importancia radical. En primer lugar, mientras que en el siglo XIX una considerable parte de la clase media europea (y también norteamericana) era de origen rural, la clase media latinoamericana es principalmente urbana.²⁷

Por otra parte, la clase media europea consolidó su posición durante un período en el que la presión de la clase obrera era relativamente baja. Disraelí podría referirse a «dos naciones entre las que no hay intercambio ni simpatía; que son tan ignorantes de los hábitos, pensamientos y sentimientos de la otra como si vivieran en zonas diferentes o fueran habitantes de planetas diferentes, formados por

²⁶ Sin embargo, aparece una nueva tendencia en algunas contribuciones recientes y muy interesantes como las de Wagley (:passim) y Whitaker (:passim).

²⁷ Para un excelente análisis de las relaciones entre las clases sociales y el proceso de urbanización, ver Pizzorno, A., «Sviluppo Economico e Urbanizzazione». *Quaderni di Sociologia*, XI, 1962 pp. 23-51. Considero que algunos de sus descubrimientos pueden rehacerse precisamente en términos del modelo dialéctico implícito en mi explicación.

186 razas diferentes y alimentados con alimentos diferentes, ordenados por costumbres diferentes y que no son gobernados por las mismas leyes» (citado de Bendix:66). En los países latinoamericanos del grupo A, y especialmente desde los años treinta, el mismo proceso de industrialización que fortaleció a la clase media los enfrenta a una clase obrera movilizada. Esta clase obrera entra en la sociedad industrial más bien a través del consumo que a través de los patrones de producción (Touraine, 1961:85 ff). En otras palabras, su presencia en el estrado político y sus exigencias de gratificación no son resultados del desarrollo, como en el caso europeo, sino que están presentes desde el mismo comienzo del proceso.

Desde otro punto de vista, el ciclo europeo puede considerarse en términos de la ley marxista de la concentración industrial; o sea, las empresas pequeñas y medianas son absorbidas gradualmente por las grandes unidades económicas que caracterizan el período del capitalismo monopolista. Por otra parte, en América Latina ocurre cierta ley inversa de concentración: en la primera etapa, se establecen las grandes empresas industriales,

principalmente de origen extranjero, y en la segunda, como consecuencia, aparecen pequeñas unidades a cargo de las tareas que están subordinadas a los planes de producción de las grandes industrias (producción de partes, reparaciones, servicios, etc.). Este proceso se extiende a otros campos de actividad. Un ejemplo típico es el abogado nativo de las empresas extranjeras. ¿Por qué estos grupos de la clase media, desarrollados bajo la protección del capital extranjero, han de ser especialmente nacionalistas?

De la misma complejidad son las relaciones entre las clases media y alta en la esfera de la producción rural, y en la misma medida en que los hombres de negocio y artesanos pequeños son amenazados por el establecimiento de las grandes empresas, los pequeños productores están en constante conflicto con los terratenientes que les arriendan las tierras y/o con las grandes empresas que constituyen el mercado necesario para su producción. Refiriéndose al sector industrial, Brasil y Argentina son ejemplos típicos de desarrollo industrial no planificado que ha surgido a la sombra de las relaciones dictadas básicamente para el beneficio de los grupos tradicionales rurales y de la protección automática ofrecida por

la segunda guerra mundial. En este caso, algunos sectores de la clase media han percibido el regreso de la oligarquía al poder político efectivo como una amenaza directa a sus intereses.

El propósito de esta enumeración no es hacer una lista completa de los factores diferenciales, sino indicar los serios riesgos de comparar el crecimiento de la clase media latinoamericana a su contraparte europea. De la misma importancia sería tratar el análisis de las consecuencias políticas de grupos importantes de la clase media, especialmente en Argentina, Uruguay, Chile, el sur del Brasil y Cuba (Germani:179-271); los efectos de la escasez de posibilidades profesionales de la clase media para individuos con mayor educación y por lo tanto con mayores aspiraciones (Cf. Di Tella, 1961: *passim*; Lipset, 1964:28); y las diferencias y similitudes de la orientación entre los miembros de la clase media vieja y la nueva, etc.

Creo que lo que se ha dicho en los párrafos anteriores es suficiente para apoyar mi argumento contra la suposición *a priori* de la homogeneidad política de la clase media: diferentes grupos perciben diferentes enemi-

gos, y la dialéctica del conflicto político define concepciones diferentes de la sociedad en conjunto que no están necesariamente de acuerdo.²⁸ Touraine (1963:165 ff) analiza otro factor significativo: la posición de adelanto o retraso que ocupa un grupo en relación a un enemigo potencial o real, tomando como criterio de referencia cierto proyecto de desarrollo. Tales grupos elaborarán explícita o implícitamente sus estrategias o contraestrategias de acuerdo a sus posiciones relativas.

Con este marco de referencia es posible comprender fenómenos que las generalizaciones del tipo Johnson dejan a un lado. Por ejemplo, la actitud ambivalente de los grupos de la clase media con respecto a la intervención del estado en la economía. En Argentina no fue la clase media sino la oligarquía la que, confrontada con la crisis de 1929,

²⁸ Los partidarios de la lógica formal que rechacen la dialéctica pueden rehacer mi planteamiento en términos de lo que Boulding (:25) llama **procesos de reacción**, «en los que un movimiento por parte de un partido cambia de tal forma el campo del otro que fuerza un movimiento de este partido, quien a su vez cambia el campo del primero, forzando otro movimiento del segundo, y así sucesivamente». Aunque esto no altera la idea de mi argumento, sería quizá conveniente subrayar una vez más que el **proceso de reacción** y el **proceso dialéctico** no son la misma cosa.

188 patrocinó la participación activa del estado. Es cierto que al final de la guerra grupos de empresarios con movilidad ascendente pidieron la protección oficial a medida que la necesitaron. Pero una vez que sus intereses se consolidaron, algunos de ellos se pondrían en contra de los intentos del estado de promover nuevas industrias.²⁹

Como señala un reciente estudio sobre Brasil: «El principio de la no contradicción parece perder su validez en lo que respecta a las modernas fabricaciones de los industriales brasileños. El estado que ayuda a 'mi industria' no tiene nada que ver con el estado más abstracto que, legislando y actuando, participa en la vida económica y se convierte en el símbolo eterno de la anti-empresa» (Cardoso:164).

El carácter proindustrialista de la clase media, en general, parece ser confutado por ejemplos notables, tales como el de la Unión Cívica Radical de Argentina, que Johnson considera correctamente como un típico partido de la clase media, aunque exagera el «nacionalismo xenofóbico» de Irigoyen. Esto no quiere decir que en los años cuarenta, como resultado del crecimiento industrial espontáneo que he mencio-

nado anteriormente, no hubiera grupos proindustriales. Pero en ese momento, como en el presente, «estar en favor de la industria» era una fórmula general que no indicaba mucho respecto a los términos concretos del conflicto: prioridad de la industria ligera o pesada; economía planificada o libre empresa; financiamiento de la industria por medio de la inversión nacional o extranjera; preferencia de la estabilidad monetaria a costa del desarrollo o viceversa, etc. De nuevo, respecto al «nacionalismo» de la clase media, en el siglo de las consignas, ¿debe uno favorecer el análisis del «lenguaje de las palabras» o el del

²⁹ Algunos sectores de la industria ligera argentina sirven de buen ejemplo a este punto. Claro está, todos eran profundamente proteccionistas en 1945, cuando el fin de la guerra planteó el problema de las importaciones competitivas. Pero diez años más tarde, cuando fue lo suficientemente fuerte la Federación Argentina de Industrias Metalúrgicas, se estaba ya quejando respecto a la protección de «aquellas industrias que pretenden producir alimentos delicados de alta precisión que otros industriales deben emplear en las maquinarias o en los equipos de su propia producción». (Federación Argentina de Industrias Metalúrgicas, *Memoria*, 1955.) De la misma forma, la Cámara Gremial de Fabricantes de Caños y Tubos de Acero estaba pidiendo la importación libre de arcos de acero, lo que provocaba la indignación del Centro de Industriales Siderúrgicos (*La Nación*, 4/30/57. He tomado la cita anterior y esta Polit: 66). El proteccionismo se convierte en una cuestión de conveniencia personal y, finalmente, en un simple problema de costos.

lenguaje de los hechos»? Lipset describe a Perón como «anticapitalista». Parece que esto es decir demasiado de un gobierno que no cambió la estructura de la propiedad rural argentina, que patrocinó por todos los medios el crecimiento de la industria ligera privada, que trató de solucionar la crisis rural de 1951 mediante mecanismos de precios que hicieron subsidiarias permanente a las grandes industrias empacadoras de carne y a los grandes productores de lana, que inauguró en Argentina un nuevo ciclo de concesiones petroleras a las empresas extranjeras, etc. Es cierto que también dictó una legislación social avanzada, y que le dio a las masas populares un verdadero sentido de participación. **Pero el hecho es que ni Perón ni Vargas, ni ningún otro representante de la clase media puesto en ese lugar, puede ser capitalista si, como tal, entendemos a un dirigente de estado que esté puramente comprometido con los valores de la libre empresa y de la democracia liberal.**

Estos tipos de gobiernos son precisamente un reflejo de las profundas contradicciones de la clase media, con sus ambigüedades, sus intentos de utilizar a la clase obrera como un instrumento

contra la oligarquía, y su necesidad de la protección de esta oligarquía cuando las masas parecen estar fuera de control. Por lo tanto, Whitaker tiene razón cuando postula como «ley» que «lo único cierto respecto a los miembros más emprendedores de la clase media latinoamericana es que no permanecerán en el medio» (Whitaker:97): La contradicción puede solucionarse con un cambio en la política, como en el caso de Perón o Quadros, o con un disparo, como en el caso de Vargas.²⁰

Esta línea de análisis nos ayuda a comprender las resquebrajaduras que dividen a la clase media de nuestro grupo A. Al mismo tiempo, se aparta de las interpretaciones mecanicistas y **a priori**, algunas de las cuales tra-

²⁰ La falta de comprensión de este carácter contradictorio de la clase media lleva a Johnson (:1958:138 ff.) a un callejón sin salida: encuentra en el peronismo la mayor parte de los atributos de sus sectores medios pero aún no considera a Perón como un representante de esos grupos. Vale la pena escuchar al propio Perón: «El desarrollo histórico de los pueblos modernos del mundo muestra, de una forma absolutamente indiscutible, que mientras mejor sea su clase media, mayor será el estado moderno» (Perón: 115). Unos cuantos párrafos después considera a la clase media como «la fuente, sin lugar a dudas, de los valores más importantes del pueblo argentino» (:130). Para un «anticapitalista» que no representa los intereses de los grupos importantes de la clase media, se comporta muy amablemente.

190 tan de acomodar la contradictoria realidad de estos grupos a una armonía preconcebida; otras son características del marxismo vulgar forzando distinciones entre los «buenos» y los «malos», entre un sector de la clase media que, por definición, está inclinado a formar una alianza con la oligarquía y a tratar con el inversionista extranjero, y otro sector que, también por definición, es el amigo natural del proletariado y el defensor del progreso.

Surgen varias hipótesis del punto de vista que he adoptado. Solamente citaré aquí algunas de ellas como ejemplo:⁸¹

a. Es posible que el sector tradicional de la clase media rural (especialmente hombres de negocios y artesanos pequeños), amenazados por el progreso técnico o industrial, encontrará refugio en los valores vernáculos, refugiándose en la defensa ideológica del pasado (Cf. Kautsky).

De esta forma pueden convertirse en una buena clientela para los movimientos conservadores, o dada su falta de identificación con los grandes propietarios que constituyen la élite de tales movimientos, pueden convertirse en defensores de las tendencias «populistas», atraídos por el ataque a las inversiones extranjeras que generalmente implican esos mo-

vimientos populistas. Es decir, en esta última suposición, el nacionalismo de un grupo puede ser positivo mientras se oponga a los obstáculos de un desarrollo independiente, pero también puede transformarse en un obstáculo si el movimiento llega al poder y no puede poner ese nacionalismo al servicio del desarrollo industrial.

b. Por otra parte, los nuevos sectores de la clase media rural que encuentran un modo de ascender mediante la educación —que usualmente se desarrolla más rápidamente que la industrialización— pueden convertirse en núcleos potenciales y radicales de los movimientos revolucionarios cuando comprendan que las esperadas posibilidades profesionales están bloqueadas por la falta de demanda o por la preponderancia de las selecciones arbitrarias.

c. Los sectores urbanos de la clase media conectados directa o indirectamente con la administración pública pueden adoptar una orientación **pro-statu quo**, únicamente penetrada por demandas de una mejor distribución de los ingresos (Cf. Hoeslitz: 60-65). En países donde el «sistema de prebendas» juega un

⁸¹ Dado su carácter meramente ilustrativo, escogí estas proposiciones al azar, sin ninguna intención de sistematización en una o más dimensiones.

papel predominante, la orientación de estos sectores pueden relacionarse con su posición en la jerarquía del poder, como sugiere Dahrendorf (:55-6), y/o con la amenaza que siempre implica un nuevo régimen respecto a la distribución del empleo público. El tamaño de este sector terciario en Uruguay —desproporcionado respecto a los otros sectores de actividad— podría entonces explicar, al menos parcialmente, la estabilidad tradicional de este país.

d. La sugerencia de las proposiciones respecto al sector industrial mismo —especialmente si uno incluye al grupo administrativo— es mucho más compleja. Además del problema de analizar las orientaciones políticas del grupo administrativo, uno tiene que añadir la pregunta clásica respecto al comportamiento de los trabajadores de cuello y corbata y de la capa alta de la clase obrera. A mi juicio, uno debe buscar los indicios en el modo en que estos sectores tienden a definir: 1) su membresía; 2) un grupo de referencia; y 3) sus adversarios. Estas definiciones son de importancia decisiva al hacer deducciones respecto a sus perspectivas en la sociedad en general, y, por lo tanto, respecto a sus orientaciones políticas. Además, estas definiciones deben considerarse como interac-

tuando y determinándose entre sí, sirviendo su separación solamente a propósitos analíticos. ¿Tienden los trabajadores no manuales a identificarse con los trabajadores manuales o con los sectores independientes de la clase media? ¿Planean su movilidad, en términos tradicionales (transeúntes en un trabajo que, a través del ahorro, los llevará a su propio negocio), o en términos modernos («haciendo una carrera» en la empresa a través de la especialización: identificación de su progreso personal con el crecimiento de la empresa)? ¿Se consideran los empresarios como miembros de una comunidad migrante cerrada, como promotores de un sector de técnicos y especialistas ascendente, como habitantes de las fronteras de una clase superior que es depositaria del prestigio social, etc.? ¿Cuál es la forma del conflicto latente o manifiesto entre el empleador y el empleado según su orientación inicial respectiva? ¿Entre un trabajador de cuello y corbata que percibe al empresario industrial como a su aliado en el desarrollo del país y otro que se identifique con los defensores del *statu quo*? ¿O entre un empresario que favorezca las tradiciones familiares en su compañía y uno que trate de imponer los patrones racionales en su organización? No hay duda de

192 que existen diferencias profundas y que de acuerdo con estas diferencias los términos de la lucha o del contrato variarán. Las acciones recíprocas de todos estos factores se manifiestan cuando se piensa cómo una relación paternalista —e incluso un síntoma menos tradicional de gratificaciones personales— puede separar a los trabajadores de cuello y corbata de otros trabajadores, además de separar a los trabajadores mismos.

Por supuesto, estas relaciones están incluidas en un mayor campo de acción que está limitado por el estado. Las ambigüedades del comportamiento del estado surgen y actúan sobre ellos. Por ejemplo, en Brasil, el varguismo creó una legislación laboral a favor de los trabajadores, pero al mismo tiempo cerró los medios legales para su organización independiente. El peronismo, confrontado a una estructura sindical proexistente, no solamente se apoderó de ella (lo que no fue suficiente para controlarla), sino que tendió a una creciente burocratización de los conflictos, cuya potencialidad explosiva se diluía entonces usualmente en los pasillos del Ministerio del Trabajo.

La validez de cualquier generalización respecto a la clase media parece ser dudosa sin un co-

nocimiento superficial por lo menos de estas materias, excepto si uno parte de un idealismo filosófico a **outrance**, reconociendo que los conceptos tienen el poder kantiano de constituir la realidad.

En este punto, debo aclarar que la literatura sociopolítica está llena de trabajos prescriptivos que se limitan a verificar lo que ya sabemos: o sea, que no sabemos. No es mi propósito incluirme en esa literatura. Claro está, celebro esa clase de investigación que acabo de sugerir, en la que, afortunadamente, se encuentran enfascados ahora muchos especialistas. Lo que digo es que mientras tanto, basándome solamente en datos incompletos e incluso en estudios impresionistas, **lo único que se puede postular es la ausencia básica de cohesión y homogeneidad de la clase media latinoamericana.** Esta falta de homogeneidad plantea un problema político inmediato: la lucha por el poder dentro del marco de una democracia representativa.

Aquí de nuevo el observador puede permanecer al nivel del fenómeno o ir más allá, no buscar su esencia **tras**, sino **en** el propio fenómeno, debido a que la armoniosa apariencia del acto electoral puede disfrazar —y de hecho lo hace— la verdad de tal armo-

nía, que es una **compenenda**. Al elaborar este tópico alcanzamos la tercera dimensión del esquema conceptual que se analiza.

Es necesario insistir en la importancia del bien conocido proceso de extensión del voto. (Cf. Marshall: **passim**; Bendix: 74-100.) En el caso europeo, esas clases medias «que nunca están en el medio» encuentran en el voto el instrumento necesario para destruir el control político de las clases altas. Es un instrumento necesario, pero no es suficiente, debido a que la clase alta, enfrentándose a un adversario que articula un proyecto más racional, puede aceptar el reto y responder con una estrategia colocada al mismo nivel. Por ejemplo, esto es lo que ocurrió en la famosa Asamblea Nacional Alemana, Frankfurt, en 1848, cuando los liberales defendieron el voto calificado y los conservadores (animados por la posibilidad de un manejo paternalista de las masas rurales) defendieron el sufragio universal (Bendix:97). Del mismo modo, el voto rural de hoy puede ser difícil de manipular para los sectores más progresistas de la clase media latinoamericana.

En 1957 Emilio Willens (:552) escribió con referencia a Brasil: «La principal función social del sufragio era la de **preservar la es-**

tructura del poder existente. Dentro de los patrones tradicionales, el sufragio añadió oportunidades para desplegar y reforzar la lealtad feudal. Al mismo tiempo, reforzó y legalizó el status político del terrateniente. A pesar de todos los cambios que han tenido lugar, esta es aún la situación prevaleciente en la mayor parte de las zonas rurales de Brasil.» Esta observación fue verificada por las elecciones de 1962 cuando la tendencia conservadora-señorial y clientelista recibió 41,2% de los votos contra 27,8% del nacional-progresismo, y 31,0% del conservadurismo-liberal. (Utilizo las categorías y los datos elaborados por Helio Jaguaribe, **passim** 7.) Como era de esperar, 63,5% de los votos que obtuvieron las dos primeras tendencias vinieron de las zonas rurales. Sin embargo, la intensidad del fenómeno está disminuyendo en relación directa a la movilización de las masas rurales brasileñas, como resultado de la acción política del laborismo, de la democracia cristiana, del comunismo y de las ligas campesinas de Francisco Julião. Uno de los medios de esta acción política han sido las campañas de alfabetización que trataron de calificar a los obreros rurales para el voto. Las motivaciones del golpe de estado de 1964 no estaban desligadas del miedo que sentían las élites tradicionales res-

194 pecto a ese proceso importante. Pero a este problema de la clase media —que en términos simples podemos calificar de **amenaza del ala derecha**— tenemos que añadir otros de igual, si no mayor, complejidad. Los países de nuestro grupo A tienen un alto grado de urbanización y hay evidencias suficientes para plantear que la urbanización y la industrialización son fenómenos independientes (cf. Germani: **passim**), y plantear la hipótesis de que las ideologías políticas radicales son productos urbanos más que industriales (Scares, 1964: **passim**):

Los procesos de movilidad colectiva y movilización masiva producidos por la urbanización plantean el problema de un electorado cada vez más conciente del valor de su voto, por lo menos como un instrumento de negociación; y del mismo modo, afectan la estructura de las zonas urbanas de modo tal, que es imposible estudiar estos movimientos solamente en términos de un contexto que cambia **con la sola presencia de esos migrantes** (cf. Costa Pinto: 41 ff; Tourine, 1961: 83 ff.).

Algunos escritores han conceptualizado el problema diferenciando dos etapas del proceso. La primera corresponde al crecimiento de la clase media y la se-

gunda a su consolidación (ECBA: 94 ff). En la primera etapa, la clase media buscaría el apoyo de las clases populares como un apoyo a su promoción social; en la segunda, una vez establecida en el orden social, se convertiría en «la clase media domesticada», guardián de ese orden. En ambos casos el liberalismo de esta clase sería una función de su pragmatismo.

Aun cuando este es un enfoque útil, su exagerado esquematismo lo hace vulnerable y contradice lo que algunos autores han planteado respecto a la heterogeneidad de nuestra clase media («clase media sin fisonomía» en el contexto latinoamericano, ECLA:108). Creo que la tendencia existe en ambas etapas y que su intensidad y forma variarán con los sectores de la clase media que se consideren.

En este punto es necesario que haga una digresión casi a lo Rousseau. Para Rousseau, la idea de la representación destruye la idea de la democracia pues él concibe la democracia como un sistema donde los mismos individuos interesados, y solamente ellos, pueden encontrar soluciones a sus problemas. La noción implícita es que la **mayoría puede constituirse como un deseo general** mediante el procedimiento de mayorías. En otras

palabras: **es necesario que el soberano sepa lo que quiere** (que el programa por el que él vote sea la ley potencial que los elegidos transformarán en acción) para que el mandato sea imperativo y no simplemente representativo y para que el mandatario sea estrictamente dependiente del deseo popular. Lo paradójico es que para hacer esto posible se necesita un alto grado de consenso previo; de otra forma, el procedimiento de la mayoría ideado para la solución del conflicto es solamente eficiente cuando los individuos están de acuerdo o con muy estrechas márgenes de desacuerdo (Bourricaud:780).

Las sociedades actuales están lejos de cumplir este requisito de integración cultural y homogeneidad social. Pueden caracterizarse mejor como reinos de negociaciones. Para acomodarse al procedimiento de la mayoría, la heterogeneidad de las opiniones han sido obligadas a ceder al punto que se ha dicho —respecto a los países occidentales industrializados— que el fenómeno político típico son precisamente las coaliciones de partidos. Esto le permitió a Robert Dahl elaborar su teoría de la poliarquía basada «no en los prerrequisitos constitucionales, sino en los prerrequisitos sociales de un orden democrático» (:82).

Una poliarquía es una combinación especial de dos tendencias opuestas: una, hacia la desigualdad en el control del proceso de las decisiones como fue formulada en la «ley de hierro de la oligarquía» de Michels; la otra recíproca, hacia el control de los no dirigentes sobre los dirigentes. La dominación exclusiva de la primera tendencia produce una dictadura puramente unilateral, al igual que el absoluto predominio de la segunda lleva a la clase de democracia pura imaginada por Rousseau. La poliarquía cae entre los dos extremos mientras los no dirigentes ejerzan el control sobre los dirigentes, pero los líderes no comparten en modo alguno el control de la política con los dirigentes» (Dahl-Lindbolm: 284).

La ambigüedad de la voluntad de la mayoría es lo que transforma la función de los dirigentes: el mandatario no tiene solamente que llevar a cabo una decisión colectiva sino interpretar sus incoherencias, decidir entre opciones incompatibles y balancear requerimientos disidentes. En otras palabras: el soberano presenta, en vez de una voluntad coherente, expresiones de deseo que dejan un amplio margen de decisión al mandatario. Una condición de la poliarquía es una multiplicidad irreducible de los centros de decisión. «La poliarquía requiere un

196 grado considerable de pluralismo social; o sea, una diversidad de organizaciones sociales **con una gran medida de autonomía entre sí.**» (Dahl-Lindholm: 302; el subrayado es nuestro.) Por lo tanto, la existencia de núcleos de influencia organizados diferentes, limita «la capacidad de los funcionarios para extender su control sobre los ciudadanos ordinarios» (:97), siendo esto último el peligro implícito en la estructura contradictoria del gobierno de la mayoría.

Desde los años treinta, o aún antes, en países como Argentina y Uruguay, la clase media ha jugado un papel importante en la política de los países del grupo A. En estas naciones el procedimiento de la mayoría es un hecho constitucional al que los sectores que luchan deben adaptarse de una forma o de otra. Todas estas ambigüedades y contradicciones de clase media se reflejan entonces en la inconsistencia de sus programas de partido y en las singulares alianzas que tratan de establecer.

«En sentido general, la esencia de toda política competitiva es el soborno del electorado por los políticos» (Dahl: 68). Pero aquí tengo en mente algo más: me refiero a la tensión estructural de las orientaciones de los sectores de la clase media que quieren

condiciones tales como: desarrollo económico y estabilidad monetaria; protección estatal y no intervención; mejoramiento de los servicios públicos y reducción de los impuestos; aumento de la productividad rural y respeto a la propiedad rural; libertad de opinión y represión de manifestaciones de opiniones **antistatu quo**; abolición de los privilegios y el acceso a salones aristocráticos, etc. Todo esto debe enmarcarse en una fraseología capaz de atraer a las temerosas masas populares sin alienar a la oligarquía protectora.

Como dice Wagley: «La clase media de América Latina ayuda a crear las condiciones previas de la revolución, pero no quiere realmente sufrir esa experiencia» (:7). Entonces, uno no debe sorprenderse si entre los sectores de la clase media encuentra los grupos más frustrados de la sociedad latinoamericana de hoy. «Claro, el problema básico de la gente como nosotros», dice un personaje de Orwell hablando en nombre de todos los trabajadores de cuello y corbata, «es que nos creemos que tenemos algo que perder» (citado por Mills: xi). Esta idea puede extenderse a los sectores empresariales que siempre imaginan que tienen algo que ganar.

Como en los países occidentales donde las normas liberales están en vigor, el acto electoral se tras-

forma en la síntesis de las componendas entre las contradicciones internas y externas de la clase media. **Los problemas básicos de la poliarquía son entonces planteados, pero faltan los medios necesarios para su solución,** porque sus divisiones, su dificultad para articular una ideología coherente y, en la mayoría de los casos, su resistencia individual a organizarse por trabajos o sindicatos,³² junto con sus orígenes recientes, no ayuda a darle a la clase media una organización autónoma propia. En este vacío organizativo estas clases están a merced de las circunstancias.

Si un gobierno tiene suficientes recursos económicos —como el gobierno de Perón hasta 1949— es posible que pueda mantener por un tiempo la situación ambigua de favorecer al mismo tiempo al proletariado y a la clase media sin realmente dañar mucho a la oligarquía.³³ Pero si faltan esos recursos y el gobierno aún quiere que lo apoyen los terratenientes, entonces acudirá muy a menudo a la devaluación de la moneda. Los efectos de esta medida en la clase media serán diferentes de acuerdo con la etapa de desarrollo del país. En Brasil en los años treinta la resultante redistribución de los ingresos, que favoreció a los grupos tradicionales, favoreció al mismo tiempo a la

clase media, ya que la industria recibió protección indirecta (Furtado, 1962: 183 ff); pero en Argentina, la misma medida, durante el gobierno de Frondizi, llevó al deterioro radical de la posición de la clase media (Ferrer: b: **passim**). Es necesario enfatizar no solamente los serios efectos que los altos grados de inflación tienen sobre la clase media, sino la falta de capacidad de estos sectores para reaccionar eficiente e inmediatamente debido a la falta de organizaciones representativas adecuadas.

A estos ejemplos tomados de la economía, se pueden añadir otros ejemplos a nivel institucional, tales como las consecuencias de la coexistencia del federalismo y el voto calificado en Brasil, que plantea al poder ejecutivo escoger entre dos fuentes de legitimidad: una que surge de la constitución y la otra de la voluntad

³² Para decirlo con las propias palabras de Perón: «Deben haber notado que un trabajador nunca pide un aumento de salario para sí mismo sino para todos los miembros de su sindicato. Un hombre de la clase media nunca pide en nombre del pueblo de su misma posición. Pide solamente para sí mismo. Esta es la fuente de la debilidad de la clase media» (: 131).

³³ Generalmente, es necesario distinguir dos momentos en el desarrollo del peronismo: el más populista, apoyado por las reservas financieras acumuladas durante la guerra y el segundo como consecuencia del agotamiento de estas reser-

198 del electorado.⁸⁴ La variedad de situaciones que doy como ejemplo tiende a disminuir cualquier carácter mecánico de conclusión a estos comentarios. Por lo tanto, mis observaciones sumarias se referirán a una **tendencia** en el desarrollo político latinoamericano.

Lo que se ve como excepcional es que un gobierno (**un gobierno constitucional elegido mediante elecciones normales**) puede mantenerse un período de tiempo largo en esta situación ambigua. Para salir de esa situación **tiene**

vas y de la crisis de 1951. Mientras que en la primera fase el régimen podía responder a las demandas de una masa movilizadora aumentando su gratificación sin introducir realmente reformas estructurales profundas en el régimen socioeconómico argentino, la crítica situación de principios de los años 1950 lo enfrentó a un margen de elección más estrecho para fomentar el desarrollo económico del país. Este fue el «momento de la verdad» para el peronismo, y sus elecciones fueron relativamente claras: aminsonar las demandas populares, poner énfasis en el desarrollo de la libre empresa, tratar de aumentar la producción rural mediante mejores precios para los sectores tradicionalmente agrícolas e, incluso, tratar un retorno explícito a la efectiva democracia liberal. Sin mayor elaboración esta vez, quiero enfatizar el hecho de que el peronismo no era de ningún modo una **alternativa** al capitalismo, sino una de las formas peculiares que puede asumir el propio capitalismo en un país subindustrializado pero moderno con una masa urbana altamente movilizadora. Este enfoque comparte ciertos aspectos de la caracterización de Jaguaribe del «neobismarkismo»; pero al mismo tiempo trata de mostrar las deficiencias de esa solución, siendo mi punto de vista menos optimista que el planteado por el erudito brasileño.

que escoger, y al escoger alienará inevitablemente a algunos de sus defensores. Esto se ilustra con los famosos «virajes históricos» de un Frondizi o de un González Videla. Por otra parte, lo que también sorprende al observador es la obstinación con la que el

⁸⁴ En relación al problema de federalismo y la restricción del voto solamente a los que saben leer y escribir, Furtado (1964) dice: «El actual sistema federal, dándose un gran poder al senado controlado por las pequeñas haciendas agrarias y por las zonas más atrasadas, pone de hecho el poder legislativo en las manos de una minoría de la población, que vive en regiones donde los intereses de los terratenientes ejercen un poder absoluto. En la cámara de representantes el número de diputados es proporcional a la población de cada estado. Por lo tanto, mientras mayor sea el número de analfabetos en un estado, mayor será el valor del voto de la minoría... Dado el hecho de que la oligarquía es más poderosa en las zonas de gran proporción de analfabetos, el sistema electoral sirve para preservar su supremacía (:13). «En las características peculiares del reciente proceso político brasileño, el principio de la legitimidad del poder plantea una contradicción. Para ser legítimo el gobierno debe operar dentro de los marcos constitucionales. Pero, por otra parte, para responder a las esperanzas de la gran mayoría que lo ha elegido —especialmente la población urbana políticamente conciente— el presidente tendría que lograr objetivos que son incompatibles con las limitaciones creadas por el congreso dentro de las reglas del juego constitucional. Por tanto, los dos principios de la legitimidad de la autoridad su subordinación al marco constitucional y su obediencia al mandato sustantivo que emana directamente de la voluntad popular se convierten en principios conflictivos, enfrentando al presidente con la alternativa de traicionar su programa o forzarlo a una salida no convencional, que pudiera ser incluso su renuncia» (:16). Para un análisis similar, ver Soares (1964:1-19).

gobierno de Illía se mantiene en la ambigüedad sin comprender aparentemente que, a la larga, esto también polarizará al electorado.

Cuando llegue finalmente el momento de la decisión, la clase obrera y la clase alta **pueden o no** ser afectadas por la decisión adoptada por el gobierno. Depende de que si la solución es una política obrera abierta o una oligarquía. Pero, debido a su posición en el espacio sociopolítico, ciertos sectores de la clase media serán afectados siempre, cualquiera que sea la decisión. Y, como he apuntado anteriormente, la capacidad de defensa de estos sectores se ve reducida por la falta de organizaciones tales como los sindicatos de la clase obrera y su falta de instrumentos representativos tradicionales como los utilizados eficientemente por la oligarquía.

Ahí es donde interviene el ejército.³⁵ Bouricaud dice respecto a los países desarrollados con un pluralismo social organizado: «El 'appel au soldat' no tiene posibilidades de oírse **en tiempos normales**; incluso cuando muchos sectores de la opinión pública estén siempre listos, solamente tendrán éxito en movilizar al resto de la población en aquellas circunstancias en las que recurrir a la espada sea considerada por la mayoría como una forma de

última ratio.» (Bouricaud: 788; el subrayado es nuestro.) Pero, ¿qué son **tiempos normales** para la clase media de los países que nos ocupan? En el mejor de los casos, para los grupos que están en el centro, son tiempos de una actividad agobiante, una actividad de Sisifo, porque están tratando en vano de conciliar y unir a los extremos. La representación típica de estos grupos en la arena política de América Latina lo son los socialdemócratas, los revolucionarios y los pacifistas, partidarios de arreglos más bien que de los cambios en la estructura, dirigentes de una clase obrera imaginaria «al estilo europeo» en alianza frecuente con los grupos tradicionales e intentando convertirse en la «oposición leal». Un socialismo, protector de la propiedad privada y de la libre empresa, que, frente a la amenaza de la revolución social (no enmarcada precisamente en términos fabianos), se transforma en

³⁵ Como hice en el caso de la comparación del tamaño de la clase media y la frecuencia de los golpes militares —y teniendo en mente los mismos impedimentos metodológicos— he tratado de correlacionar al último con la participación de votantes en las elecciones generales. (He utilizado como mi fuente para los datos sobre la participación de votantes los suministrados por el Statistical Abstract of Latin America, 1960 (Los Angeles: Universidad de California, 1960, p. 14). De nuevo, la aplicación del índice de Spearman no muestra correlación entre ambas variables: 0,035 (1930-64) y 0,03 (1945-64).

partidario de los golpes de estado y pide enfurecidamente —como en Argentina— la intervención del ejército.⁸⁶ Las respuestas del ejército pueden variar dentro de cierto límite. Si mi razonamiento es correcto hasta ahora, **siendo el ejército de hoy una institución representativa de las clases medias de los países que estoy considerando** (cf. Lambert: 266 ff). Las contradicciones de estas clases se reflejarán por sus resquebrajaduras internas mediatizadas por algunas características de la institución misma. Este tópico ha sido considerado muy ligeramente en los trabajos norteamericanos los que, con cierta precaución sin embargo, tienden a considerar al ejército como una unidad.⁸⁷

Uno de los pilares de la lógica antimilitarista —ejemplificada por las constituciones francesas republicanas de 1791 y 1875— es el esfuerzo para evitar la politización del ejército, debido a que esto presupone la deliberación y la deliberación, a su vez, trae divisiones que pueden debilitar a las fuerzas armadas y, por lo tanto, a la ley.⁸⁸ La evidencia de la

liberales ha tenido muchas oportunidades desde su creación en 1926 para tomar el poder y transformar al país. No solamente no ha hecho esto sino que en varias ocasiones (ej. 1931, 1933, 1938, 1945), a pesar de su posición mayoritaria, el partido apoyó a candidatos de la derecha. Este fue el caso del conservador Velasco Ibarra, elegido en 1945 con la contribución de los votos socialistas. Inmediatamente después, Velasco Ibarra, anuló la constitución de 1945 —elaborada por el Partido Socialista mayoritario— y persiguió sistemáticamente a los líderes socialistas. Díaz (:110) señala que una de las principales razones del fracaso de los socialistas en Ecuador es su tendencia a colaborar con los terratenientes y la burguesía.

⁸⁷ Ver, por ejemplo, la distinción de Alba entre militares de cuartel, militares de escuela y militares de laboratorio (:56-72).

⁸⁸ Ver el «Petit catéchisme de l'armée en république» de Domenach (:634-35). Las constituciones de Bolivia (1945) y Colombia prohíben explícitamente las deliberaciones militares, como el proyecto constitucional de Alberdi: «Las fuerzas armadas no pueden deliberar, su papel es solamente pasivo.» (art. 25.)

Las constituciones de El Salvador, Venezuela y Guatemala plantean los aspectos apolíticos del ejército, mientras que las constituciones de Nicaragua y Panamá le prohíben a los militares dirigir peticiones a la autoridad si estas peticiones no están estrictamente relacionadas con sus tareas específicas (of. Bidart Campos: 74-5). Sería provechoso revisar los principios liberales del apoliticismo militar. Por una parte, el intento de reducir la misión de las fuerzas armadas a una técnica pura y estrecha excluye «la comprensión del significado mismo de la 'profesión'» (Lacroix: citado por Domenach: 637). Por otra parte, la pasividad y la indiferencia del ejército contradice los mismos principios democráticos de los cuales surge. «Cuando el objetivo es educar a cada individuo para formar un ciudadano responsable, ¿cómo puede ser reducido un cuerpo nacional a una obediencia ciega, a un servilismo estúpido?» (Domenach: 637). Ver también García Lupa (:1962 (b): 9-29).

⁸⁶ Incluso en un país como Ecuador, donde el pequeño tamaño de la clase media permitiría predicciones respecto a su radicalización, enfrentada a una aristocracia tradicional, los observadores se han asombrado por su tendencia a comprometerse con la clase alta. Díaz (:109) enfatiza el hecho de que el **Partido Socialista Ecuatoriano** representante típico de la clase media si dejamos a un lado a la burguesía, representada por los

politicización militar en América Latina habría tenido entonces que llevar a los observadores al análisis de fraccionalismo evidente de los ejércitos latinoamericanos que puede cristalizar en **logias**,³⁹ que a su vez revelarían claramente la variedad de matices en el «sentido de misión» que se atribuye a menudo a los militares.

Dado el estado actual del estudio del militarismo latinoamericano, sería ingenuo y prematuro aceptar que las divisiones del ejército son simples réplicas en una escala de las diferencias que separan a los diversos sectores de la clase media, especialmente porque insiste en reconocer que el fenómeno militar tiene una consistencia relativa. Pero entiendo que es más importante analizar las relaciones entre ambos niveles de grupos. Esto también revelará los rasgos eventualmente característicos de la subcultura militar misma.

No debemos contentarnos sólo con analizar los casos frecuentes de civiles que invitan explícitamente a los militares a intervenir en la política.⁴⁰ Esto sería sencillo, pero significaría de nuevo que el análisis quedaría al nivel del suceso, **porque no es necesario para dos personas o grupos conocerse a fin de compartir ideologías similares.** Es más, en muchos casos,

la estructura organizativa que presupone el ejército puede llevar a algunos de sus grupos a formular demandas aisladas de una forma más o menos coherente **antes** de que estas demandas alcancen un cierto grado de consistencia entre los civiles.

Por otra parte, ni la clase media ni el ejército están actuando en el vacío, sino dentro del marco de una cultura dominante, **que aún está controlada por la clase**

³⁹ Hay pocos estudios de las logias militares latinoamericanas. Para el caso de Argentina, ver García Lupo (1962 (a): 53-66). Es también importante enfatizar el hecho de la participación muy **limitada** de los militares en esta clase de actividades políticas concretas. El fenómeno global oculta el hecho del tamaño muy pequeño de los grupos comprometidos en la política. Bajo Perón, de alrededor de cien generales —«según fuentes fidedignas» apenas quince estaban identificados personal e institucionalmente, con el manejo político» (Imaz: 38). Para un «caso de estudio» altamente interesante, ver Perón (1931: 10-86).

⁴⁰ Colombia brinda un buen ejemplo. Tradicionalmente los civiles estaban en el poder, el número de oficiales y sus salarios era muy bajo, y aún el ministro de la Guerra era de costumbre civil. Hasta 1950 hubo un solo intento militar de tomar el poder, en 1944, durante el gobierno de Alfonso López, y fue un fracaso total e inmediato. Pero fue Laureano Gómez, un presidente civil, quien desde 1950 comenzó a favorecer a las fuerzas armadas para oponerse a los liberales. Durante esa década el deterioro del contexto político colombiano alcanzó un punto crítico tal que «el ejército se convirtió en la roca a la que se aferraba el estado para sobrevivir» (Helguera: 355), y finalmente un profesional muy conocido, el general Rojas Pinilla, tomó el poder.

202 **alta tradicional.** Esta clase alta controla grandemente la prensa y los ambicionados atributos del prestigio.

Este hecho puede llevar algunas veces a suposiciones erróneas: o sea, la propaganda oligárquica puede ser una inteligente fachada para encubrir el descontento de la clase media, que la aristocracia trata de acomodar a sus propios fines. Por lo tanto, esa propaganda se vuelve tan reveladora de los temores de la clase alta como que es un síntoma de la inquietud y vulnerabilidad de la clase media. Aquí de nuevo es un error creer que la habilidad del subastador es el principal detrimento del sistema de precios. Los bienes oligárquicos pueden ocultar los componentes de clase media del proceso, llevando de nuevo a una falsa interpretación que deja a la clase media en el medio.

Brasil es, quizá, un buen ejemplo. La aristocracia brasileña estuvo amenazada por un proceso social más que por las medidas tomadas por el gobierno de Goulart. Como se podría esperar, los ataques contra Goulart estaban centrados en el aspecto superestructural del régimen: corrupción administrativa, inflación, el peligro del comunismo, amenaza a

los valores religiosos, etc.⁴¹ Después del golpe, una interpretación posible y cómoda lo llevaría a uno a esperar el simple acceso al poder del ala derecha tradicional. En este sentido, cualquier política reformista «templada» del gobierno **de facto** debe tomarse como inexistente puesto que no encaja en el modelo preconcebido. Pero esta interpretación no toma en consideración por lo menos dos factores: a) Las tendencias **moralistas** de los diversos sectores de las propias clases medias (clases que no eran solamente receptores pasivos de las prédicas derechistas, sino que también sufrían las consecuencias de un desarrollo no planificado, «falta de servicios públicos, escuelas abarrotadas y una de-

⁴¹ «La derecha (también) defiende un punto de vista superestructural del subdesarrollo, tratando de apoyar la tesis de que Brasil debe su pobreza a una crisis de hombres y a una falta de consolidación de las élites; otros voceros de la derecha hacen hincapié en el problema de la educación, que ellos consideran una causa y no un resultado del subdesarrollo; otros le dan prioridad a los problemas de salubridad, pero todos, sin excepción, ignoran típicamente la consideración de los problemas estructurales del país y defienden nerviosamente las líneas tradicionales del semimonopolio de nuestro comercio exterior, la subordinación de nuestra política exterior y una adhesión incondicional al bloque occidental (bajo la dirigencia económica y política de Estados Unidos), argumentando que este es el único modo para responder al peligro comunista» (Josué de Castro: 211-12).

senfrenada inflación»⁴² (Wagley: 7). Esto los llevó a la oposición a un régimen que permitía el crecimiento de una amenaza izquierdista o al menos populista). b) Un énfasis igualmente **moralista** del ejército aumentando cuando se enfrentaron a la subversión de su jerarquía por parte del gobierno, lo que estimuló la acción política de los suboficiales y clases y también aumentó debido a la identificación de diferentes grupos del ejército con los problemas de las clases altas y, principalmente, con los problemas de algunos sectores de la clase media. Lo que ocurrió después, dice Wagley, ocurrió «con el consentimiento de la clase media brasileña. Es más, parece... que la clase media se siente aliviada porque el ejército ha tomado el poder» Wagley: 8).

Este es precisamente el fenómeno latinoamericano que quiero señalar y al cual, hasta donde conozco, no se le ha dado ninguna atención.

Esto no sería el sencillo esquema del golpe de estado de la derecha o el golpe del ambicioso oficial del ejército. Los golpistas duros y los golpistas blandos⁴³ representan las contradicciones existentes entre los sectores de la clase media y la clase alta. Las medidas reformistas podrían ser impracticables o inconsistentes, pero son medidas **reales**, tan

reales como los programas impracticables e inconsistentes de la clase media.

Una ecuación en la que el ejército era siempre una amenaza para los amantes de la estabilidad democrática, la clase media, nos ha impedido ver, hasta ahora, el fenómeno, un fenómeno que no puede entenderse en términos del contexto europeo del siglo XIX o del contexto afroasiático del siglo XX.

La extensión prematura del sufragio a las masas enfrenta a los diversos sectores de la clase media con el problema de competir por el poder con la clase alta y con la clase baja, antes de que hayan consolidado su propia posición mediante un sistema organizativo articulado. Entonces, el período electoral se transforma en la arena de las negociaciones por

⁴² Ligada como está a la burocratización, la clase media brasileña es una categoría urbana **par excellence**, y cronológicamente reciente en el sistema de estratificación social. Sus problemas parecen surgir de la acción simultánea y contradictoria de dos tipos de factores: a) factores estructurales, relacionados con el desarrollo, que estimulan su crecimiento; b) factores económicos relacionados con la inflación, que contribuyen a deteriorar su status, basado en ingresos fijos. **El resultado es que entre los grupos asalariados que coexisten en la sociedad brasileña, los grupos de la clase media son los más inestables. Esta característica, si no es singular, es, sin lugar a dudas, una característica reciente de la estratificación social de Brasil.** (Costa Pinto: 85; el subrayado es nuestro.)

⁴³ En español en el original.

204 excelencia. Como en cualquier compromiso, cada parte trata de resolver después la ambigüedad resultante, obteniendo la mejor parte. Aunque con sindicatos cada vez más poderosos, el movimiento obrero (casualmente reformista) presiona **contra los privilegios**. A través de sus canales de influencia experimentados, la élite tradicional presiona para **preservar los privilegios**. Por una parte, la amenaza del socialismo o del populismo; por la otra, la amenaza de un gobierno oligárquico y, en el centro, estas clases medias que no pueden permanecer en el medio. Cuando estas alianzas precarias alcanzan el punto de ruptura —o sea, cuando tienen que hacerse las decisiones críticas— existe entonces una gran probabilidad de que los miembros del ejército sean llamados para ayudar y/o vengán al rescate de aquellos sectores de la clase media con los que tienden a identificarse cada vez más. En un final, la razón para esto en la mayoría de los países que he considerado es que las fuerzas armadas parecen ser hoy día si no la mejor, una de las instituciones mejor estructuradas de la clase media.

Nota final

Este artículo fue preparado en base a las notas utilizadas en

mi trabajo entregado en la conferencia sobre «Tendencias de la investigación de las ciencias sociales en los estudios latinoamericanos», en Palo Alto, California, del 9 al 11 de octubre de 1964.

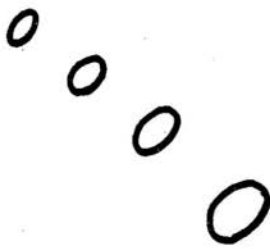
He autorizado a los editores a publicarlo aquí, pero no he tenido la oportunidad de introducirle correcciones que considero necesarias, correcciones que, francamente, exigirían escribir de nuevo el artículo. Por lo tanto, dejemos que esta nota sirva de excusa para mis planteamientos ocasionalmente ligeros por una parte, o la excesiva seguridad por la otra, debido sobre todo a la necesidad de la exposición oral y la polémica. Incidentalmente, la fecha de este trabajo explica la mención de ciertos sucesos como historia inmediata. Se han añadido las referencias bibliográficas y he cambiado (ampliando y poniendo al día los datos) la tabla estadística presentada originalmente. En los últimos tres años, he tenido la oportunidad de reexaminar el tema del artículo. Mientras sigo pensando que el argumento central del artículo es válido, he tratado de plantearlo en términos ligeramente alterados, especialmente para el período que siguió a la depresión de 1930: este fue un período de crisis en la hegemonía de las oligarquías, de dificultades que confrontara la clase media en estos países

para constituirse como una clase capitalista auténtica («burguesa»). O sea, que las elecciones deben verse solamente como un indicio de esta dimensión más general, de la cual se hace comprensible el papel de las fuerzas armadas como una capa que protege a aquellos grupos sin ca-

pacidad para gobernarse a sí mismos («sin vocación hegemónica»). El lector interesado puede remitirse a «The Middle Class Military Coup Revisited», en la edición de Claudio Véliz, **The Politics of Conformity in Latin America** (Londres, Oxford University Press, 1967).

**CONTRAOFENSIVA
IDEOLOGICA EN LA
NUEVA CIENCIA SOCIAL
LATINOAMERICANA**
IDA PAZ





**CONTRAOFENSIVA
IDEOLOGICA EN LA
NUEVA CIENCIA SOCIAL
LATINOAMERICANA
IDA PAZ**

Comienza a vislumbrarse en el continente los destellos de una nueva tendencia en las ciencias sociales que irrumpe con nuevas fuerzas en el cuestionamiento de la problemática latinoamericana, tan expuesta a debates, análisis e investigaciones. ¿Por qué una nueva tendencia en las ciencias sociales que parte de supuestos metodológicos muy reñidos con los tradicionales? Esta pregunta sugiere una breve explicación a modo de respuesta.

Las ciencias sociales predominantes en América Latina se encontraban sustentadas sobre los preceptos de una teoría del desarrollo acorde con intereses de una burguesía «nacional» dependiente del imperialismo que, debido al devenir de una conciencia crítica en la región hacia la década de los cincuenta frente a los Estados Unidos y Europa (fortalecida, además, por el auge de las ideologías nacionalistas), se dirige a la creación de instituciones nacionales capaces de proyectar el desarrollo económico y social latinoamericano. Este desarrollo estaba inspirado en la concepción de una América Lati-

na «dualista» dividida en sectores: el subdesarrollo aparecía como la consecuencia de la pervivencia de una «sociedad tradicional» al lado de una economía moderna «penetrada» por el capitalismo y dirigida hacia la exportación.

Las ideologías desarrollistas prevaletcientes se han trazado distintas metas en su intento por «superar» la etapa económica actual del continente, siguiendo los modelos (aún no alcanzados) de las sociedades desarrolladas. La secuencias de fases (de desarrollo hacia afuera, desarrollo hacia adentro e integración latinoamericana) que, bajo la orientación de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y sus consabidos teóricos (Prebish y otros), se había proyectado hacia una política de desarrollo «independiente», ha culminado en el fracaso. El propio Felipe Herrera, presidente de la institución integracionista, el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), ha consignado esta derrota. En el último informe elaborado por la CEPAL, se plantea la situación global de estancamiento de América Latina.

En la evolución de la economía latinoamericana en 1966, se advierten nuevamente los dos rasgos que vienen caracterizando desde hace varios años

* Héctor Silva Michelena, Heinz Rudolf Sonntag, *Universidad, dependencia y revolución*, Siglo XXI, col. Mínima, México D F, 1970.

la lentitud y la irregularidad del crecimiento económico. El producto bruto por habitante se mantuvo prácticamente estacionario para la región en su conjunto después de dos años consecutivos en que había crecido a tasas relativamente satisfactorias que sucedían a otros años depresivos.¹

En esta situación objetiva que vive América Latina, se encuadra la crisis de la ideología desarrollista precisamente en un período en que los gobiernos latinoamericanos adoptan medidas de planificación y se produce una aceptación de las principales tesis desarrollistas. Frente a este fracaso, es inevitable una crisis de todo el modelo de desarrollo económico y también de las ciencias sociales en las cuales se fundamenta.

La crisis de las ciencias sociales latinoamericanas, derivada de la crisis del modelo de desarrollo, ha propiciado el auge de nuevas tendencias que tratan de encontrar una explicación científica a la problemática latinoamericana mediante la utilización de conceptos renovadores destinados a proyectar una teoría de la dependencia a través del estudio del desarrollo de los países latinoamericanos.

Héctor Silva Michelena y Heinz Rudolf Sanntag, en su obra **Uni-**

versidad, dependencia y revolución, intentan la elaboración de un modelo de interpretación del desarrollo latinoamericano que parta de un sistema conceptual adecuado para el análisis de este continente sometido a un proceso de progresiva neocolonización. En este contexto, la dependencia, como categoría analítica, adquiere un papel central en el esfuerzo por desmistificar la problemática latinoamericana; esfuerzo destinado a establecer un esquema estructural de interrelación entre las variables esenciales del subdesarrollo **capitalista** latinoamericano: dependencia cultural y universidad.

Importa destacar que este análisis no debè ser contemplado aisladamente, sino como parte de la tendencia de las ciencias sociales latinoamericanas que, con un cuerpo teórico **revolucionario**, se enfrentan a la ofensiva ideológica del imperialismo; desplegada con el fin de consolidar la enajenación político-ideológica que vive la región.

Este «despertar» de las ciencias sociales latinoamericanas es una de las consecuencias de la in-

¹ CEPAL. «Estudio económico de América Latina», 1966, primera parte, por Theotonio Dos Santos, «La crisis de la teoría del desarrollo», en **La dependencia político-económica de América Latina**, Siglo XXI, México, DF, 1969, p. 165.

Para nuestros propósitos nos basta señalar que la victoria del socialismo en un país latinoamericano [Cuba], que en muchos respectos era modelo de subdesarrollo y de neocolonialismo, probó en la práctica los tres aspectos de las hipótesis formuladas por la actual ciencia social latinoamericana: primero, que en una sociedad dependiente, por fuertes que sean los lazos de dependencia, es posible el socialismo; segundo, que **el subdesarrollo presenta una barrera insuperable** por vía capitalista; y tercero, que las formas del socialismo latinoamericano están determinadas por su peculiar configuración socioeconómica. En particular, es de singular importancia destacar **el impacto sobre la ciencia social latinoamericana, que a partir de este momento comienza a adquirir mayor independencia y por lo tanto, mayor capacidad para diagnosticar la estructura del subdesarrollo** (p. 44 : subrayado por mí.)

La tendencia surgida en la última década en la vanguardia de las ciencias sociales en el continente, está vinculada con los nombres de Andre Gunder Frank, Hugo Calello, Ruy Mauro Marini, Ludovico Silva, Alonso Aguilar, Héctor Silva Michelena, Octavio Ianni, Tomás A. Vasconi, Theotonio Dos Santos y otros,²

cuyos estudios están contribuyendo al desarrollo de una ciencia social renovadora, exenta de las mistificaciones que el imperalismo ha impuesto a la ciencia política.

El camino emprendido es arduo y difícil, si se tienen en cuenta los obstáculos de orden metodológico e informativo para el desarrollo de una **autenticidad** científica (que no implica, por supuesto, el desechar la herencia cultural universal) en el contexto de la dominación política e ideológica de América Latina

El planteo del subdesarrollo latinoamericano, en el empeño por articular los elementos de una nueva teoría del subdesarrollo y del carácter de la dependencia, tomando como punto de partida la ley del desarrollo desigual del capitalismo que impuso la estructura de dependencia a determinados países, es, sin lugar a dudas, una tarea central para la **nueva ciencia social latinoamericana**.

Los orígenes del subdesarrollo latinoamericano y su dependencia estructural se remontan al pro-

² Por supuesto, estos nombres ejemplifican determinadas tendencias surgidas en el continente en los últimos tiempos, las cuales hacen pensar en una línea renovadora de pensamiento latinoamericano, a la cual pertenecen muchos otros pensadores que no se mencionan.

ceso de colonización, el cual no fue una «verdadera colonización» sino «una acción destructora y depredadora, que destruyó las culturas precolombinas que, a partir de entonces, no se reprodujeron jamás». (p. 79)

Paul Baran (pionero) que inspiró las modernas teorías de la dependencia latinoamericana, elaboró las premisas para el estudio del subdesarrollo a través del concepto del excedente económico producido por los países subdesarrollados para el consumo de un centro hegemónico de poder, para la comprensión de la problemática latinoamericana. Andre Gunder Frank retoma de Baran el concepto y elabora para la realidad latinoamericana (a través del estudio de Chile y Brasil) un esquema de **dependencia estructural**, el cual constituye un aporte decisivo para el desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas.³ Las características principales del modelo de Gunder Frank son las siguientes:

—Latinoamérica fue colonizada por Europa en la fase de su expansión capitalista mercantil y la economía que se formó es complementaria de esa economía mundial.

—No se puede hablar de feudalismo, ya que las características de la economía latinoameri-

cana son mercantiles, pues está dirigida fundamentalmente hacia el exterior.

—Las zonas más subdesarrolladas en el continente son las que tuvieron un gran auge mercantil (sector exportador); de ahí que sea absurdo ligar el subdesarrollo al feudalismo.

—El subdesarrollo es, pues, el producto necesario de cuatro siglos de desarrollo capitalista y de las contradicciones internas del propio capitalismo: la expropiación del excedente económico a los más y su apropiación por los menos; la polarización del sistema capitalista en un centro metropolitano y en satélites periféricos y la continuidad de la estructura fundamental del sistema capitalista a lo largo de la historia de su expansión y transformación. Estas contradicciones han generado subdesarrollo en los satélites periféricos expropiados, a

³ Andre Gunder Frank, **Capitalism and underdevelopment in Latin America (Historical studies of Chile and Brazil)**, New York, Monthly Review press, 1967. (Existe edición cubana.) El modelo de Frank ha sido sometido a rigurosas críticas por diversos autores latinoamericanos quienes le atribuyen a su modelo teórico un carácter estático y el carecer de una fundamentación clasista (Theotonio Dos Santos). En su último ensayo, **Lumpenburguesía-lumpendesarrollo**, Frank completa el estudio emprendido, a partir de un análisis de la estructura de clases del continente, la cual se encuentra condicionada por las formas características de dependencia estructural de la región.

212 la vez que generaban desarrollo en los centros metropolitanos que se apropiaron del excedente económico de aquéllos. Como consecuencia, en la actualidad se realiza un proceso de **desarrollo del subdesarrollo** en el continente.

El aporte fundamental de este modelo consiste en que introduce nuevos elementos (anteriormente ignorados y contemplados dogmáticamente, siguiendo los moldes tradicionales europeos y norteamericanos) para el estudio de la problemática estructural latinoamericana y la desmistificación de los mitos expandidos **sobre el «feudalismo»** en el continente, al cual se le atribuyen las **causas fundamentales del «atraso»**. Este estudio constituye la base necesaria para el análisis de los fenómenos superestructurales de la región, los cuales permanecen hoy en día en la zona oscura que recién empieza a ser investigada.

En realidad, la **especificidad** del fenómeno latinoamericano ha sido subvalorada e incluso tergiversada durante años por los especialistas europeos y latinoamericanos de las ciencias sociales. Los autores de **Universidad, dependencia y revolución** apuntan este resultado desfavorable para **el desarrollo de la teoría del subdesarrollo**:

En efecto, los economistas, sociólogos, historiadores y demás científicos sociales latinoamericanos —salvo excepciones— parecen haber escrito todas sus obras sobre nuestra realidad situados al margen de su signo fundamental: cuatro siglos y medio de dominación. Otros de nuestros científicos sociales han visto, por su parte, el problema de la dominación, pero lo han visto mal, **con una óptica que, hasta el presente, ha traído desalentadores resultados.** (p. 66)

Los distintos modelos de interpretación del proceso histórico del continente han adolecido de importantes **fallas teóricas: los enfoques pseudomarxistas, dualistas o tricotómicos no han contribuido al esclarecimiento de la problemática real del subdesarrollo latinoamericano y su liberación de los aspectos ideológico-teóricos de la sociología del desarrollo.**

Los elementos fundamentales para una nueva teoría del subdesarrollo y del carácter de la dependencia son, según los autores, los siguientes:

1. El desarrollo por una parte y el subdesarrollo por otra, se hallan en interdependencia mutua y dialéctica... El desarrollo capitalista produce el desarrollo de un polo y el subdesarrollo en el otro.

2. El subdesarrollo no es un simple atraso, sino algo más que una etapa del desenvolvimiento de las sociedades humanas, por lo que identificar el subdesarrollo con una etapa «normal» en el proceso de desenvolvimiento y, **por tanto, con el simple atraso** o menor desarrollo, o hablar de la «descomposición» del feudalismo en la agricultura o de la «penetración» del capitalismo en el campo es encerrarse en una confusión y en un serio error metodológico y conceptual donde prevalece una concepción ideológica del **tiempo histórico**, que es sustituido por el tiempo físico para situar los hechos históricos.

3. **Subdesarrollo significa**, en realidad, un tipo de sociedad dependiente y explotada que contribuye al desarrollo de los países céntricos y que acumula en su interior los «efectos» de esta posición.

4. La dependencia es un rasgo específico e ineludible del subdesarrollo, la cual tiene carácter estructural.

5. En el subdesarrollo las variables dependencia, carácter de **clase y superestructura** forman un todo estructurado.

En el contexto del modelo de subdesarrollo ofrecido, importa destacar el lugar que ocupa la **dependencia** como concepto que

«no posee un referente empírico específico. Por ello no puede ser tratada como una variable susceptible de ser agregada a los modelos analíticos existentes». (p. 32)

Se pretende, entonces, que el concepto de dependencia pase a desempeñar un importante papel como fundamento de una nueva concepción del subdesarrollo, en la cual esta categoría de análisis estaría concebida en el contexto de la etapa actual del proceso de neocolonización de América Latina: la integración capitalista de los países periféricos; proceso que debe ser entendido como la forma que asume en la actualidad el sistema capitalista como totalidad mundial y, en especial, los renovados esfuerzos de la potencia hegemónica, Estados Unidos, por preservar este sistema en una época de acusados conflictos sociales.

Los nombres vinculados a esta nueva tendencia de las ciencias sociales latinoamericanas, han efectuado una ruptura con las concepciones rostowianas sobre el subdesarrollo,⁴ concebido co-

⁴ Según las tesis de Rostow, expuestas en **Las etapas de crecimiento económico**, todas las sociedades se pueden considerar, atendiendo a sus dimensiones económicas, en cinco categorías: la sociedad tradicional, las precondiciones para el despegue, el despegue, el impulso hacia la naturalidad y la época del alto consumo de masas.

214 mo una etapa o estado original de las sociedades supuestamente «tradicionales» y aquéllas que niegan la existencia de una **historia** a los países subdesarrollados, arrancándolos de la historia del capitalismo como totalidad mundial.

En las formulaciones extremas de este esquema conceptual, las sociedades subdesarrolladas llegan a ser descritas como entidades duales, porque coexisten en ellas dos economías y dos estructuras sociales desfasadas en siglos. Una de ellas, como polo de tradicionalismo, se caracteriza por el aislamiento, el atraso y la estabilidad que tenderían a extenderse sobre el conjunto. La otra, como polo de la modernidad, se caracteriza por la vinculación con el mundo de su tiempo, por sus tendencias industrialistas y capitalistas, de las que sería **foco difusor**.⁵

El solo hecho de romper con todos estos esquemas, los cuales no son más que reflejos de una sociología profundamente comprometida con el neoimperialismo y la dominación en todas sus variantes, tanto nacionales como importadas, sitúa a los autores de **Universidad, dependencia y revolución** dentro de la nueva **ciencia social latinoamericana**.

II

El concepto de dependencia no se limita solamente a sus significados estructurales: los autores destacan la interrelación existente entre dependencia y superestructura, ya que el subdesarrollo, además de su base económica, tiene su propia superestructura ideológica, política, institucional, etc: «El punto de partida está en la relación históricamente determinada entre dependencia, estructura de clase y superestructura en las formaciones periféricas.» (p. 109)

El problema de la penetración cultural, así como los conceptos de «alienación ideológica» y «americanización», cobran sus exactas proporciones a través del examen que proponen los autores de los mecanismos que hacen eficaz la política de «invasión cultural»: «la penetración en cualquiera de sus órdenes no ocurre en un espacio vacío; para que ella se manifieste en la práctica, se necesita de una clase dominante **estructuralmente dependiente** que actúe como su condición.» (p. 111).

El factor de clase social, tan comúnmente ignorado y mistifica-

⁵ Cf. Darcy Ribeiro, **Las Américas y la civilización** (dos tomos), Centro Editor de América Latina, Cuadernos Latinoamericanos, Buenos Aires, 1969.

do por la sociología del desarrollo (contrarrevolucionaria en esencia) es tomado en este libro como base analítica para ofrecer una reinterpretación de la articulación existente entre las esferas política, cultural, institucional, etc., y los intereses concretos de las clases dominantes en los países subdesarrollados.⁶

El problema del neocolonialismo cultural tiene múltiples implicaciones y profundas raíces estructurales: comúnmente ha sido considerado como la cuarta dimensión del imperialismo. Esta dimensión cultural ha adquirido gran importancia a partir de la «ofensiva ideológica» emprendida por el imperialismo en la última década mediante el control ideológico que despliega sobre el continente; ofensiva que se dirige hacia la introducción de nuevos elementos de enajenación ideológica que despliega sobre el continente; ofensiva que se dirige hacia la introducción de nuevos elementos de enajenación ideológico-cultural que acrecientan los problemas del subdesarrollo económico y cultural de América Latina.

De todos los elementos que componen el subdesarrollo y la dependencia neocolonial, los problemas de la dependencia cultural y político-ideológica han sido

los más superficialmente examinados o enfocados casi siempre como algo que tiene propia o que fue creado de la nada por el centro imperialista.⁷

La ofensiva ideológica del imperialismo, que tiene raíces estructurales profundas, persigue como finalidad específica dirigir el desarrollo internacional a través de la introyección del sistema de valores y las necesidades artificiales en las periferias neocoloniales, desde el centro que elabora los modelos ideológicos idóneos para perpetuar la dominación neocolonial. Este proceso, que se opera sin pasar por la conciencia del neocolonizado, está dirigido hacia la creación de una «supraconciencia social en la periferia, que, sin embargo, debe ser asumida como conciencia social y,

⁶ Cf. el estudio realizado por Tomás Amadeo Vasconi, «Cultura, ideología y alienación», en *La crisis del desarrollismo y la nueva dependencia*, Moncloa-Campodónico, Lima, 1969.

⁷ El profesor Hugo Calello, en *Ideología y neocolonialismo*, Universidad Central de Venezuela, col. Avance, Caracas, 1969 ha realizado un aporte considerable al problema ideológico del subdesarrollo, mediante la definición de las ideologías del neocolonialismo. Por otra parte, Ludovico Silva, en su obra *La plusvalía ideológica* (libro en prensa en la Universidad Central de Venezuela), ha designado «plusvalía ideológica» a esta relación neocolonial que origina la enajenación cultural e ideológica.

La ofensiva contemporánea llevada a cabo por Estados Unidos en América Latina, toma la forma de «ayuda», extranjera (en todos sus aspectos: económicos, culturales, político-sociales etc.), cuyo máximo exponente fue la Alianza para el Progreso —la cual presentó un intento por institucionalizar esta «ayuda»—; y la «integración económica», realizada por medio de los proyectos de integración. Dicha integración está destinada a adecuar las estructuras latinoamericanas a las necesidades de las empresas e instituciones multinacionales del imperio (la creación del Mercado Común Latinoamericano, la Asociación Latinoamericana para el Libre Comercio y otras organizaciones integracionistas fueron concebidas de acuerdo con estos objetivos, de los que se desprende una agudización de la dependencia neocolonial). Las implicaciones políticas de estos propósitos («ayuda» e «integración») consisten en una mayor alianza y dependencia político-económica de la clase burguesa latinoamericana, la cual, a través de la integración, pretende la obtención de una parte del excedente económico producido y apropiado por las empresas neocapitalistas norteamericanas.

En este contexto, la integración cultural de América Latina se inscribe dentro de estos procesos, y es una respuesta del centro hegemónico a la nueva conciencia crítica surgida en el continente... «y es posible debido al incremento de la dependencia: nuestras clases sociales, más dependientes, hacen más eficaz este proceso». (p. 119)

En los últimos años, Estados Unidos ha iniciado una serie de actividades de coordinación e integración culturales con objetivos políticos muy definidos: el de la homogenización cultural bajo la égida de ese país. O sea, homogenización bajo homogenización.⁸

Con la aprobación por el senado norteamericano de una ley de educación internacional (1966), que contempla el fortalecimiento de las instituciones norteamericanas para los propósitos de educación en el desarrollo internacional, se incrementan las actividades de las instituciones norteamericanas en los aspectos educacionales: las universidades, fundaciones, el Instituto Internacional de Educación (IIE), la Agencia Internacional de Desarrollo (AID) y otras similares, se encargan de elaborar los progra-

⁸ Héctor Silva Michelena, José A. Silva Michelena, «Sobre la integración cultural de América Latina», en *Reductante*, no. 5, 6 y 7, Caracas.

mas culturales de investigación y enseñanza que satisfagan los objetivos culturales de los intereses del **establishment** norteamericano: «... ya no se trata del tristemente célebre 'Plan Camelot', sino de un enfoque más sutil y por ende más peligroso: la creación y fortalecimiento de institutos de excelencia científica, pero de un cómplice 'apoliticismo' que **les importe continuar apaciblemente** en sus investigaciones, aún cuando el régimen sea una dogmática dictadura militar.»⁹

La integración, como ideología del neoimperialismo en la actualidad, intenta ofrecer los esquemas de solución para superar el subdesarrollo en una etapa en que las soluciones proclamadas por las instituciones desarrollistas latinoamericanas (CEPAL, por ejemplo) han resultado un fraude rotundo. No hay que olvidar, por otra parte, que el imperialismo en Latinoamérica no sólo se ha valido del estado para realizar sus intereses, sino que se ha apoderado de la casi totalidad de las instituciones económicas y políticas, lo cual trae como resultado el condicionamiento de las estructuras institucionales del subdesarrollo al imperialismo y la utilización por las clases burguesas nacionales de los moldes teóricos del neoimperialismo, **así como la adecuación**

de los intelectuales autóctonos a los intereses de una supuesta "neutralidad política de las instituciones burguesas, frente a un imperialismo en constante ofensiva ideológica.

Se precisa con premura el examen de la situación y el subdesarrollo actuales de América Latina, a partir de sus orígenes históricos, con el fin de desentrañar la verdadera esencia de la ideología integracionista: precisamente, el continente latinoamericano se encuentra integrado desde hace más de cuatro siglos al sistema capitalista mundial; esa ha sido su historia y, como consecuencia, la integración proclamada constituye un factor esencial de su progresivo estancamiento.

III

En la creación de la supraconciencia neocolonial, le corresponde un papel esencial al imperio de los medios culturales de comunicación, parte primordial de la industria cultural imperialista productora de arquetipos sociales «ideales», tendientes a introducir en los consumidores neocolonizados la imagen de la superioridad colonial; y desarrollar una «conciencia falsa» en el

⁹ Ibid.

218 continente. A través del control de estos medios, industria editorial, cine, radio, televisión y el aula de clase en todos los niveles, el imperialismo «vende» su ideología integracionista, consolidada la enajenación cultural, e impone sus moldes culturales destinados a acentuar el proceso de desculturación a que están sometidos los países neocolonizados del eufemísticamente llamado tercer mundo.

Estos medios culturales constituyen el vehículo idóneo para proyectar la ideología integracionista; ellos elaboran un tipo de mensaje para el mercado de consumo en función de una supuesta **cultura de masas**, creando, por este medio, una de las formas más importantes de dependencia cultural: «La alienación del consumo de amplias masas de la población de los países subdesarrollados a la producción sofisticada de los países desarrollados.» (p. 131).

Importa destacar que la producción de los países capitalistas avanzados «crea el sujeto de consumo periférico, excita en este sujeto la necesidad de aquella producción y determina el modo o patrón de consumo en las regiones subdesarrolladas dependientes» (p. 134), las cuales se verán precisadas, de acuerdo con su escaso nivel de desarrollo, a

importar sus bienes de consumo industriales, factor fundamental para la acentuación de la dependencia.

En la actualidad, dicha dependencia se encuentra profundizada por la alienación a que están sometidas las estructuras latinoamericanas con respecto a la tecnología de los países imperialistas. La base de la dominación se convierte, a raíz de la segunda mitad de este siglo, en una nueva fuerza: la fuerza tecnológica que se presenta con diversos disfraces, tomando la forma de automatización, cibernética, tecnología industrial, tecnología química (o sea, la sustitución de las materias primas del satélite por los productos industriales de la metrópoli), tecnología agrícola (la importación por los satélites agrícolas de productos comestibles de la metrópoli industrial) y la tecnología militar, que incluye tanto la tecnología de las armas nucleares como la de la guerra contra las guerrillas.¹⁰

La nueva tecnología, impulsada por la segunda guerra mundial, es mucho más internacional y ha tenido una repercusión decisiva en la industria cultural latinoamericana, ya que a través de los satélites de comunicaciones, no

¹⁰ Cf. Andre Gunder Frank, **Capitalism and underdevelopment in Latin America.**

solamente **Life, Time, Reader's Digest**, las películas de Hollywood y las publicaciones de la Agencia de Información de Estados Unidos (USIS), están al alcance, sino también el material de la televisión norteamericana está disponible al instante; todos los medios útiles para obtener una unidad «cultural» que refleje la dirigencia imperialista de Estados Unidos¹¹.

De lo anterior se desprende la falacia de los argumentos «desarrollistas» que promueven el desarrollo latinoamericano a partir de las estructuras capitalistas subdesarrolladas existentes: el desarrollo capitalista mundial impide **no sólo la creación de una industria verdaderamente nacional, sino también el desarrollo de una burguesía industrial nacionalista y de instituciones latinoamericanas independientes, que desarrollen una auténtica política cultural, consolidándose aún más la dependencia imperialista.**

El consumo ideológico alienado representa una de las formas adoptadas por el consumo en los países del continente; es decir, el consumo de las ideologías exportadas desde el centro, las cuales reflejan los objetivos del neocolonialismo: la ideología de la sociología burguesa, cuya finalidad consiste en la investigación de verdades parciales y de los medios reformistas aplicados para

«cambiar» la sociedad, pretende sustentarse en una concepción peculiar de la metodología del funcionalismo o el estructuralismo. Además, se acude a principios como el de la «neutralidad valorativa» de las ciencias sociales, con el fin de separar los principios ideológicos de la ciencia como tal.

La situación descrita se vuelve evidentemente más peligrosa en el caso de las llamadas ciencias económicas y sociales, porque estas ciencias pueden tener dos objetivos contrarios: dada la estrecha relación que hay entre las ciencias sociales y los intereses contradictorios de las clases, pueden servir, por una parte, al mantenimiento del **establishment** o, por la otra, para el cambio revolucionario de la sociedad. **La pretendida neutralidad de las ciencias y, sobre todo, de las «ciencias sociales», no es más que una nube ideológica.** (p. 185 subrayado por mí.)

Agencias difusoras del neocolonialismo

Una vez efectuada la integración de los intereses neocapitalistas a raíz de la segunda guerra mundial (proceso que conllevaría a estrechar los mecanismos de engranaje entre las instituciones imperialistas más importantes: CIA, fundaciones, universidades,

¹¹ Cf. Harry Magdoff, «La estrategia del gran capital», en **Pensamiento Crítico**, No. 8 - La Habana, 1967.

centros de investigaciones, etc.), se consolidan las bases para formar un verdadero **sistema mercantil imperialista** destinado a **organizar e integrar** la «inteligencia» de los países subdesarrollados de América Latina mediante distintos canales: becas, premios, programas culturales, financiamiento de las investigaciones, etc., esto constituye los medios que utiliza el neocolonialismo para aumentar la dominación cultural.

No se trata, como bien ha advertido Jason Epstein, de comprar a unos escritores o a unos universitarios,

sino de establecer un sistema de valores arbitrario y ficticio mediante el cual los universitarios obtienen adelantos, los redactores de revistas son pagados, los sabios son subvencionados y sus obras publicadas, no ya, necesariamente, a causa de su valor intrínseco, a pesar de que éste sea a veces considerable, sino a causa de su obediencia política... La CIA y la Fundación Ford, entre otros organismos, han establecido y financiado un aparato de intelectuales seleccionados por sus posturas correctas en la guerra fría.¹²

Los centros de investigaciones y las universidades norteamericanas, mediante los proyectos sociopolíticos de investigaciones, se esfuerzan por efectuar una polí-

tica integracionista, utilizando las proyecciones para medir «el potencial de guerra interna» (Proyecto Camelot), los estudios destinados a «integrar» las capas marginales latinoamericanas (Proyecto Marginalidad) o las actividades de la «inteligencia armada» del imperialismo sobre los movimientos potenciales de insurgencia en América Latina y sobre la capacidad de las fuerzas armadas latinoamericanas para combatirlos (Proyecto Agile). Frente a esta ofensiva ideológica imperialista, ¿qué papel le correspondería desarrollar a las universidades latinoamericanas y a los intelectuales de las ciencias sociales?

Los autores de **Universidad, dependencia y revolución** señalan que, a pesar de que las universidades del continente no se han prestado **concientemente** a desempeñar el denigrante papel de agente activo de la CIA u otra agencia norteamericana, han actuado como **agentes objetivos** del imperialismo norteamericano. Al propio tiempo muchos profesores militantes políticos han contribuido a facilitar la difusión de ideologías encubiertas bajo la neutralidad científica (p. 116).

¹² Jason Epstein, «The CIA and intellectuals», en **The New Review of Books**, 20 de abril de 1967; citado por Claude Julien, **El imperio americano; intellectuals**, en **The New Review of** 1970, p. 319.

(Está más que demostrado que bajo apariencias neutrales se suelen esconder los preceptos ideológicos más dañinos.)

Los autores apuntan el caso de la Universidad Central de Venezuela, en la que un grupo de profesores de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales dirigió el 21 de enero de 1969, una comunicación al consejo de la facultad, en la cual denunciaba que la CIA había ensayado la penetración del CENDES (Centro de Estudios de Desarrollo), con fines de servirse de la investigación sociológica que ese instituto desarrollaba. El problema consiste, evidentemente, en la diferenciación que se precisa realizar entre los métodos que utiliza el imperialismo en la actualidad, valiéndose de la estructura **dependiente** de la universidad latinoamericana. Esta resulta un campo propicio para la adopción de los modelos teóricos de las ciencias sociales norteamericanas; ya que, como consecuencia de la dependencia económica de los centros latinoamericanos (particularmente los que están vinculados con las ciencias sociales) a las estructuras institucionales norteamericanas, se origina la dependencia **ideológica** y el control de **la opinión pública mediante la introducción**, por los intelectuales,

de las concepciones de la sociedad norteamericana (p. 101).

El CENDES fue **terreno abonado** para aventurar el ensayo, por cuanto las hipótesis originales de la investigación sobre «Estrategia para el cambio social» tenían su fundamento teórico en la **sociología funcionalista, norteamericana**, a esa **hehaviorial science** que las agencias intervencionistas del gobierno de Estados Unidos utilizan para evaluar «el potencial de guerra interna de las sociedades nacionales». (p. 169; subrayado por mí).

El problema de la universidad venezolana se encuadra, en consecuencia, dentro de la problemática específica que determina la alienación científica derivada de la sociedad dependiente latinoamericana.

En un intento por ofrecer la relación directa que existe entre la dependencia socioeconómica y los factores que componen una superestructura que es expresión del subdesarrollo, los autores enmarcan el problema de la institución universitaria dentro de esta problemática, proponiendo un modelo específico de interpretación tendiente a revolucionar el contenido y la orientación metodológica de las ciencias sociales, lo cual constituye una premisa indispensable para los objetivos de imponer al contexto ideológico del imperialismo el cuerpo

222 teórico de una nueva ciencia social latinoamericana.

La ofensiva ideológica del imperialismo ha calado muy hondo, a tal punto, que ha logrado vencer las resistencias de conciencias nacionalistas para instalarse como una estructura dominante en las capas más remotas del inconciente, manipulando así la conducta de los intelectuales (universitarios, literatos, científicos sociales y otros). De ahí que la verdadera renovación universitaria, la liberación de la **alienación** científica, pueda plantearse a partir de la subversión universitaria, la subversión de la sociedad subdesarrollada, en tanto raíz que impregna los puntos más remotos de una superestructura característica de este modo de producción específico (el subdesarrollo).

La contraofensiva ideológica de la nueva ciencia social latinoamericana surge, al propio tiempo, como una necesidad planteada por el propio desarrollo de una ciencia social condicionada por la dependencia cultural neocolonialista; dependencia que introduce los modelos de la sociología del desarrollo en el continente, intentando, a su vez, dirigir el desarrollo de los científicos sociales hacia una «especialización» (que parte de los preceptos de la ideología formalista

y empirista), con el fin de suministrar datos para los científicos de las clases dominantes. **Se conviene, así, al científico social del país subdesarrollado en mano de obra neocolonial.**

Los autores de **Universidad, dependencia y revolución**, plantean la necesidad de transformar las estructuras institucionales latinoamericanas (en este caso, la universidad) en función de las necesidades derivadas de los problemas del subdesarrollo latinoamericano y no «para la formación de futuros integrantes de las élites de sus respectivas sociedades» (Lipset); necesidad inmediata de destruir la imagen de una universidad **funcionalizada**, punto de apoyo de la sociedad tecnocrática, la dependencia y la explotación.

Se propone, por consiguiente, un modelo de renovación universitaria destinado, fundamentalmente, hacia una nueva facultad de ciencias sociales que rompa teórica y metodológicamente con los esquemas de las ciencias sociales burguesas y sus concepciones dirigidas hacia la investigación de verdades parciales y los medios reformistas aplicados para cambiar la sociedad; la ruptura con las concepciones funcionalistas que proclaman la supuesta «neutralidad» de las ciencias, la separación total del inte-

lectual y el científico del contexto político-social de su obra, impregnando de un «apoliticismo» las instituciones latinoamericanas burguesas, que le impiden al intelectual revolucionario, en la medida en que se agudizan las contradicciones y avanza el proceso revolucionario, hacer uso de sus instituciones —universidades, editoriales, prensa, etc.— para elaborar una teoría y una práctica marxistas verdaderamente revolucionarias:

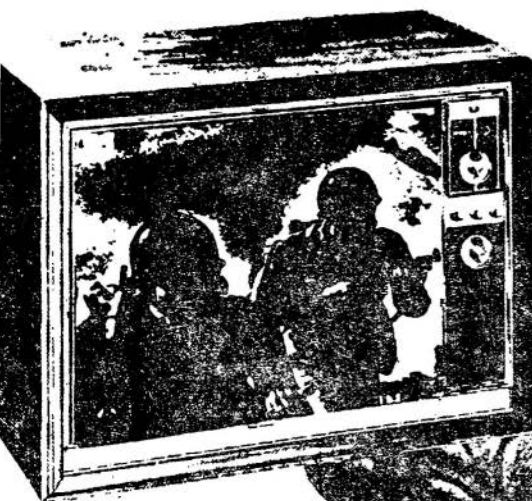
Los propios autores señalan, las **dificultades para la transformación** de las obsoletas estructuras universitarias; la clase dominante trata de impedir por todos los medios la realización de una

nueva universidad, cuyos ejemplos recientes pueden encontrarse en las masacres sufridas por el movimiento estudiantil a nivel continental; y en la propia intervención policial de la universidad Central de Venezuela.

En algunas partes del continente, ha llegado ya la hora en la cual las puertas de las instituciones burguesas se cierran ante los marxistas: en las demás, no tardará en llegar. El intelectual latinoamericano y marxista deberá decidir si piensa quedarse dentro para continuar el reformismo o pasar al exterior, con los que hacen la **revolución**.¹³

¹³ Andre Gunder Frank, ponencia presentada en el Congreso Cultural de La Habana, 1967.

POR UN MEDIO DE COMUNICACION DE MASAS NO MITOLOGICO



ARMAND MATTELART



226 Para asegurar su legitimidad, el modo de producción capitalista precisa de un cuerpo de fetiches que arman su racionalidad de dominación social. La aparición de estos fetiches está íntimamente ligada al desarrollo de las fuerzas productivas. Dicho en otras palabras, los fetiches de la alta tecnología difieren de aquellos que dotan de sentido y cohesionan el sistema capitalista en los albores del maquinismo. Marx habló del fetichismo de la mercancía y del dinero inherente al modo de producción capitalista. Fabricar un fetiche o promover un proceso o fenómeno al rango de fetiche significa «cristalizarlo bajo la forma de un objeto puesto aparte»,¹ abstraerlo de las condiciones reales que presidieron o presiden su producción. Así la burguesía erige la **riqueza** al rango de fetiche cuando, cristalizándola en los metales preciosos **oro y plata**, la aparta de su génesis: un proceso de acumulación y de plusvalía en manos de una clase propietaria de los medios de producción.

En la misma forma, los **economistas liberales** «fetichizan» cuando propugnan sus teorías sobre la determinación del valor por la naturaleza de las cosas y de los productos en sí. Marx saca a luz el fetiche cuando, de-

trás del concepto **valor del trabajo**, que es la forma aparental, expresión real de una clase dada, descubre otros dos conceptos subyacentes que no afloran a la superficie, es decir, en la manifestación discursiva de los economistas burgueses: **valor de la fuerza de trabajo y trabajo creador de valores**. «Es —según sus propias palabras— la fantasmagoría que hace aparecer el carácter social el trabajo como un carácter de las cosas, de los productos ellos mismos.»² La sociedad burguesa determina el valor del producto por el intercambio pero no quiere reconocer lo que le da su valor: el trabajo gastado en su producción.

Obviamente, el vocablo **fetiche** corresponde a la palabra, puesta en boga por Roland Barthes,³ **mito**. Ambos remiten a un cuerpo racional de mecanismos que apuntan a ocultar las relaciones sociales de producción prevalentes en la sociedad burguesa. A toda la mitología económica, jurídica —desentrañada por Marx— que permite a la clase dominante controlar los medios

¹ C. Marx, *Crítica de la economía política* Ed. Revolucionaria, 1966.

² Citado en J. L. Baudary en *Linguistique et Littérature, La Nouvelle critique*, 1968, p. 50.

³ R. Barthes, *Mythologies, Le Seuil*, París 1958.

de existencia del pueblo, ha venido a sumarse otra con el desarrollo de lo que podría considerarse como una nueva **fuerza productiva**: el medio de comunicación de masas. Dicha nueva fuerza es el poder tecnológico de manipulación y de adoctrinamiento. Controlarlo significa controlar las conciencias a través de la legitimación cotidiana y masiva de las bases del poder de una clase.

Un nuevo fetiche: medio de comunicación de masas

A este nuevo circuito de fetiches, pertenece una primera área de la mitología sobre los medios de comunicación de masas y puede formularse de la siguiente manera: **la categoría «medios de comunicación de masas» se ha erigido en un mito.**

El medio de comunicación de masas es un mito en la medida en que se lo considera como una entidad dotada de autonomía, una especie de epifenómeno que trasciende la sociedad donde se inscribe. Así la entidad medio de comunicación de masas se ha convertido en un actor en la escenografía de un mundo regido por la racionalidad tecnológica.

Es la versión actualizada de las «fuerzas naturales». Es lo que explica que la clase dominante misma —en circunstancias en que tiene el control monopólico sobre estos medios— puede darse el lujo de denunciar la acción nefasta de dichos medios. Extraemos dos ejemplos de la prensa liberal chilena:

Favorece a que la juventud prescindiera de la cultura e influjo de lo que el profesor... ha denominado con acierto los «instrumentos técnico-culturales», o sea la prensa, el cine, la radio, la televisión. Honestamente habrá de convenirse que no pocos de estos medios de expresión no están en condiciones de cimentar el saber, el gusto por lo bello o el sentido crítico. Por el contrario lo vulgar, violento o pornográfico son elementos habituales que los jóvenes reciben sin lograr en ese primer momento discriminar sobre la valía o nocividad de tales aportes. ¿Qué lee la juventud?. Si lo hace, las preferencias se orientan hacia las novelas detectivescas o sentimentales, cuando más hacia el libro de moda. (*El Mercurio*, 4-5-1968.)

La sociedad contemporánea sufre un considerable impacto erótico, alimentado de modo artificial. Son numerosos los medios de comunicación que se prestan a ello formando un ambiente nutrido por la sexualidad más desordenada... influjo pernicioso y perturba-

Actor del mundo tecnológico, en esta mitología, el medio de comunicación se concibe como el factor dinamizador de la sociedad y dispone de una movilidad propia. Implanta un concepto de revolución, la revolución de las esperanzas crecientes (cuya procedencia se silencia) y lo sustituye a otro. Ilustramos con dos textos extraídos del programa político del candidato «independiente» a la presidencia de la república:

Hay consenso universal en cuanto a que no puede haber progreso social estable y duradero si no existe un acelerado desarrollo económico que permita satisfacer las legítimas aspiraciones cada vez mayores de las masas, como consecuencia de los avances portentosos de los medios de comunicación y difusión alcanzados en el mundo moderno. (**Suplemento del Mercurio**, 11-1-1970, p. 2.)

Hace aún más urgente la realización de esta tarea el prodigioso avance de la ciencia y de la tecnología al llevar las comunicaciones a un grado de progreso inimaginable que ha traído como lógica consecuencia un acercamiento cada vez más estrecho de todas las regiones de la tierra. Es así como aún quienes viven en los lugares más lejanos y por desamparada que sea la situación

en que se encuentran, están en condiciones de conocer por uno y otro medio el alto nivel de vida de los países que ya obtuvieron su pleno desarrollo. (*Ibid*, p. 7.)

En la misma línea de búsqueda de las causas de las «crisis del mundo actual» participa toda la argumentación que achaca las diversas expresiones de la violencia juvenil a los medios masivos. En todos estos casos el medio de comunicación es mito en la medida en que permite presentar un pseudoautor, elevado al rango de causalidad de fenómenos y procesos sociales, de manera indiferenciada, y ocultar tanto la identidad de los manipuladores como la funcionalidad de las ideas que expanden para el sistema social patrocinado por la clase dominante

Como tal, este concepto apunta a borrar todo esquema de estratificación social y a ofrecer a los receptores la imagen de una sociedad sometida al mismo determinismo indiferenciador. Junto a él, ha surgido la serie de los conceptos del amorfismo social tales como: sociedad de consumo, sociedad de abundancia, sociedad de masas, sociedad moderna, opinión pública, etc. En todos estos términos-comodines se esfuma el soporte de la dominación social.

En otras palabras, esta lengua sirve de pantalla, de coartada a un aparato de dominación, de fórmula que permite disolverlo en el universo eufórico de la modernidad, del consumo, de la publicidad. Así es en nombre de la **opinión pública**, que el diario liberal indistintamente reclama la represión de los movimientos sociales y toma el pretexto de un mayor nivel de consumo para justificar la vacuidad de un cambio estructural. La opinión pública se convierte en el actor imaginario —apoyo de los intereses de una clase— que permite traspasar una opinión privada como si fuera pública. Es el signo del consenso que integra todos los conflictos y diferencias de una sociedad dada y compone una unanimidad provocando ficticiamente una reconciliación que hace todo imposible. Es la fusión de las conciencias dislocadas en la realidad conflictual de la sociedad de clases.

La mitología del sistema

La segunda faceta de la mitología del medio de comunicación de masas liberal radica en el carácter mítico de los modelos normativos que vehiculiza. La mitología es la reserva de signos

propia de la racionalidad de la dominación de una clase, una reserva de signos adscritos ya que deben ser funcionales al sistema social cuyas bases enmascara. De no ser funcional, revelaría la mistificación de la clase que dictamina la norma de lo que es la realidad y la objetividad.

Ya es ampliamente conocida la afirmación según la cual ideas dominantes en una sociedad dividida en clases son aquellas de la clase dominante que determina así su período histórico. Lo es también la otra según la cual la clase que es la potencia **materia**l dominante de la sociedad es también la potencia dominante espiritual. «Los pensamientos dominantes —escriben Marx y Engels en la **Ideología alemana**— no son otra cosa que la expresión ideal de las relaciones materiales dominantes; son estas relaciones materiales dominantes captadas bajo forma de ideas; por lo tanto son la expresión de relaciones que hacen de una clase dominante; dicho de otro modo, son las ideas de su dominación.»⁴

La mitología dominante cumple con una función práctica: con-

⁴ C. Marx y F. Engels, **La ideología alemana**, Ed. Revolucionaria, 1966.

230 fiere a un sistema social determinado cierta coherencia y una unidad relativa. Al penetrar en las diversas esferas de la actividad individual y colectiva, **cimenta y unifica** (según palabras de Gramsci) el edificio social. Dotándolo de consistencia permite a los individuos insertarse, de manera natural, en sus actividades prácticas dentro del sistema y participar así en la reproducción del aparato de dominación, sin saber que de la dominación de una clase y de su propia explotación se trata. Para el individuo inscrito en un sistema social dado la mitología es una experiencia vivida, una experiencia que vive sin conocer «las verdaderas fuerzas motrices que lo ponen en movimiento.»⁵ El **modus operandi** que caracteriza a la mitología es, en última instancia, hacer olvidar o silenciar estas verdaderas fuerzas motrices o en otros términos hacer perder de vista los orígenes del **orden social existente** de tal manera que los individuos puedan vivirlo como un **orden natural**. Procura de alguna forma enmascarar el carácter de instrumento de la dominación social que estampa todas las instituciones sociales que la clase dominante patrocina. Apunta a evacuar de la sociedad burguesa una contradicción que si no es mediatizada,

la hace aparecer como incoherente, quiebra su unidad. Esta contradicción, raíz de la dominación social, es la que permite que se cree un cierto sistema de repartición de bienes donde una minoría se apropia de los productos de las fuerzas sociales. Es la que traduce el descalce entre la propiedad social y la apropiación capitalista y el consecuente antagonismo entre los actores del modo de producción

Este «imaginario colectivo» dará al individuo la ilusión que la sociedad en la cual vive y las relaciones reales que vive en ésta están situadas bajo el signo de la armonía social y escapa a la dialéctica y al conflicto. De haber conflictos y antagonismo, los explicará a través de una ley natural, no tributaria del modo de producción particular en que sucede. En el medio de comunicación masiva, todo mito cumple una función determinada: sitiar a las fuerzas capaces de contrariar o desenmascarar la impostura de la clase dominante y su sistema. Cuando aparece en la sociedad un proceso o un fenómeno susceptible de revelar las contradicciones inmanentes al sistema, el mito hace desaparecer el sentido indicativo de una realidad social que dicho fenómeno o

proceso podría tener asignándoseles una explicación que oculta las contradicciones de este sistema.

Los ejemplos se hacen legión cuando se examinan las actitudes asumidas por una clase frente a un proceso de cambio como la reforma agraria. Anotemos, a título ilustrativo, aquel ejemplo que consiste en el hecho de ubicar sistemáticamente la casualidad de la reforma en una relación de exterioridad respecto de la «realidad agraria». Según la prensa liberal y por ende en el concepto de la clase dominante, serían las actuaciones de los agitadores y las quimeras teóricas de los burócratas las que explicarían que haya una presión violenta para una reforma agraria. Nunca esta casualidad será encontrada en las condiciones efectivas de tenencia y de atraso de raigambre histórico, etc. **El mito gestado por los terratenientes revela que para ellos es inconcebible que de la realidad pueda brotar la necesidad de tal reforma, lo que se traduce en una actitud sistemática de disculpar los elementos estructurales que constituyen el sistema de dominación.**

Como escribe Barthes, el mito vacía de lo real los fenómenos sociales, deja el sistema inocen-

te: lo purifica. En cierto modo priva a estos fenómenos de su sentido histórico y los integra a la «naturaleza de las cosas». El mito, pues, domestica la realidad, la anexa en provecho de una seudorealidad, la realidad impuesta por el sistema, la cual no es «real» sino admitiendo las bases sobre las cuales se halla edificada la ideología dominante (la clase dominante como parámetro de objetividad y universalidad).

Algunas derivaciones

1. El hecho de situar el cuerpo de mitos como la racionalidad de todo un modo de producción y, por ende, de la clase que lo administra hegemónicamente remite a una primera constatación: la coherencia del sistema. Hay una concordancia entre la infraestructura y la superestructura. A una base social dada, corresponden determinadas representaciones colectivas que convergen hacia la mantención de un orden social establecido. Estas representaciones expresan los intereses, las preocupaciones y temáticas de la clase soporte del modo de producción. En una sociedad burguesa, la mitología dominante —que vehicula el medio de comunicación liberal

232 que no hace sino operacionalizar estas representaciones— es el espectáculo que la clase dominante se da a ella misma de su propia vida. Y ello incluso si el emisor periodista, programador, etc., no pertenece formalmente a la clase dominante y al clan de su poder económico. A través de la experiencia vivida de la representación colectiva burguesa, el emisor se hace cómplice de la perpetuación de un sistema que en su intención hasta puede impugnar.

Precisamente si uno puede considerar al medio de comunicación de masa, manipulado por la clase dominante dependiente como el ideólogo moderno de la dominación social, es porque existe una concordancia entre la infraestructura del sistema de dominación —una economía dependiente— y su superestructura. Todo mensaje emitido por dicha clase o sus representantes es en alguna forma un argumento **ad hominem**: no hace sino actualizar y expresar las coordenadas de dicho sistema y asegurar su reproducción cotidiana. Es la razón por la cual es difícil poder hablar de medios de comunicación de masas para la prensa de izquierda, por ejemplo, en una sociedad burguesa: sus mensajes vienen a insertarse, de manera por así decirlo epifenoménica, en

una sociedad que no le es funcional y encuentra un auditorio cuyas representaciones ya están preformadas por la mitología dominante. (Aquí no pretendemos que todos los mensajes de la prensa de izquierda reflejan valores de emancipación frente al sistema burgués. En una sociedad burguesa incluso la contraideología al sistema y sus representantes están expuestos a la contaminación de la institucionalidad prevaleciente.)

Conclusión importante: Sin por ello caer en un mecanicismo dogmático y por lo tanto simplista, digamos que es difícil pretender cambiar drásticamente el contenido de los medios de comunicación de masas y alterar su impacto hipnotizador si no se alteran las coordenadas del sistema. Tal postulado significa ubicar la problemática del cambio de contenido en el contexto de un cambio cultural ligado el mismo a una modificación de la racionalidad del sistema, una sustitución del sistema capitalista. Los contenidos no pueden salir **ex nihilo** y de la imaginación de una vanguardia so pena de caer en el voluntarismo («La imaginación es una cualidad de los ricos», escribía B. Brecht). Los nuevos contenidos para un nuevo medio de comunicación de masas deben estar vinculados a una nueva

práctica social. Volveremos más adelante sobre el punto. También puede pretenderse desvirtuar las representaciones colectivas y la cultura dominante si los nuevos contenidos no aterrizan en el terreno de una nueva institucionalidad en gestación.

Así no puede pretenderse cambiar las representaciones colectivas, las costumbres, los gustos y los reflejos si la neurosis del universo sigue acechando a la sociedad entregada a la doble ley del provecho y de la competencia. Resultaría erróneo el pensar poder infundir valores de solidaridad permanente en la población si la sociedad sigue establecida sobre principios individualistas y ofrece a la ciudadanía simulacros de movilización que obedecen a la ley de la selva. De no cambiar la base social, todo intento de introducción de nuevos valores, de nuevos contenidos corre el riesgo de ser recuperado por la mitología dominante. Basta para convencerse de ello referirse a un ejemplo más que corriente: uno tiene el derecho de preguntarse si no se reduce muy fuertemente la efectividad de la carga subversiva de un programa televisivo de denuncia social si se tiene en cuenta que dicha obra de desmistificación está yuxtapuesta con una publicidad de la casa propia en

el barrio alto o entrecortada por otro tipo de publicidad. (Para ser más completo cabría agregar que en una sociedad tan fuertemente estratificada como la sociedad chilena, la publicidad no hace sino reflejar la problemática de una clase determinada y a lo sumo encuentra sus modelos de referencia en la pequeña burguesía.) En este sentido el cambio en el medio de comunicación de masas no puede ser un **cambio enclave**. Es la problemática de la revolución entera, la construcción del «hombre nuevo» del Che o de la «nueva vida moral» de Gramsci. Recordamos lo que escribía este último refiriéndose a la creación de un arte nuevo: «Luchar por un arte nuevo significaría luchar para crear artificialmente. Se debe hablar de lucha para una nueva cultura, vale decir, para una nueva vida moral que no puede sino encontrarse íntimamente ligada a una nueva intuición de la vida y transformarla en una nueva manera de ser y de sentir la realidad y por consiguiente en un mundo consustancial a los «artistas posibles» y a las «obras de arte posibles».⁶

2. No obstante lo dicho en el punto anterior —o mejor para

⁶ Citado en R. Fernández Retamar, «Les intellectuels et la Revolution», *Lettres nouvelles*, París, 1967.

234 complementarlo— es preciso recalcar tres hechos que nos parecen de primera importancia para situar el medio de comunicación en una sociedad dependiente.

a. Gracias al desarrollo de la técnica de difusión, ciertas representaciones colectivas que no emanan de una infraestructura donde vienen a inscribirse tienen la posibilidad de penetrar todas las capas sociales. Con estos instrumentos, los epígonos de la dominación social pueden hacer avanzar masivamente las conciencias más allá de las bases reales de la vida social, más allá del estado de las fuerzas productivas. Es finalmente lo que la sociología burguesa junto con la prensa del mismo sello llama la «revolución de las esperanzas crecientes» o un injerto de aspiraciones estimuladas por el polo foráneo imperialista. Para frasear una imagen tan manoseada en esta prensa: el indio que vive las relaciones sociales de producción precapitalistas tiene la posibilidad de conocer elementos de la superestructura de las sociedades de alta tecnología a través de su transistor, incluso si el bien de consumo que se le propone está fuera de su alcance.

Ahora bien, esto nos indica la importancia cada vez más creciente de la **instancia ideológica** de la dominación social. El me-

dio de comunicación es un dinamizador del consenso frente al sistema y sus estrangulamientos.

b. Junto a la expansión cuantitativa del medio de comunicación, se asiste a una mutación de los contenidos de la mitología de la dominación social.⁷ La mitología que vehicula el medio de comunicación está vertebrada por otro principio que aquel que permitió la instalación y la legitimación de la democracia representativa burguesa. Las palabras libertad, respeto de la persona, democracia, que forman parte del circuito de la ideología jurídico-política de la burguesía son sustituidos por la red de los términos de la **ideología tecnocrática** y su seudocultura eufórica publicitaria. **El objeto**, «nuevo fetiche», enmascara la mistificación de una clase que deja de blandir su utopía política de igualdad cívica de los hombres para proclamar una democracia pragmática a través del consumo y de la producción. Como lo proclama un aforismo publicitario: la TV para todos y todos para la marca X.

El núcleo de la mitología tecnocrática consiste en celebrar la

⁷ Sobre esta mutación, véase A. Mattelart, C. Castillo y L. Castillo, *La ideología de la dominación en una sociedad dependiente*, Ediciones Signos, Buenos Aires 1970.

neutralidad de un proyecto político por el intermedio de la neutralidad del instrumento con que realiza su sociedad: la tecnología. Ahora bien, con el mito de la neutralidad de la introducción de la tecnología, se precipita también el mito de la neutralidad de los objetos que asume carices variables, neutralidad del significado del consumo que se convierte en consumidorismo anárquico, etc. Todo lo cual lleva en última instancia a la neutralización e inmovilización de las estructuras sociales en que se introduce esta tecnología. La mistificación de la tecnocracia reside en el hecho de querer hacer admitir que este objeto agota su sentido y saca todo su significado de su función instrumental aparente. Si la mistificación puede subsistir y aparecer como la expresión de la racionalidad de la tecnología, es porque no está cuestionada la validez de una definición exclusivamente instrumental del objeto. De ponerse en tela de juicio, se comprobaría que este instrumento no puede ser aprehendido sin su inserción en un sistema que operacionaliza, no pudiéndose confundir con el sistema mismo. Dicha ideología tecnocrática —que reconstruye el mundo cotidiano idílico— significa a la vez la vulgarización

de las bases de la dominación social. Vale decir, la hace más asequible y también más digerible para los dominados. Por lo mismo, la mitología de la dominación se hace más difusa y, por lo tanto, con ello se aminoran las probabilidades que dichos dominados capten la dosis de mistificación que encubre dicha ideología.

c. Con el tecnocratismo, resulta también más difícil **identificar socialmente** al emisor de los mensajes que vehiculan los medios de comunicación de masas liberales. La clase dominante criolla, y sus representantes, es, cada vez más, la administradora de un cuerpo de mitos que la supera. A través del medio de comunicación de masas no hace otra cosa que actualizarlo mecánicamente para asegurar la permanencia de la administración de su posición dominante. Esta clase importa del polo foráneo, en forma intensificada, las ideas de su dominación nacional y con la tecnocracia, empieza a incurrir en un determinismo absoluto. Las ideas que importa en la sociedad dependiente son ideas funcionales en primera prioridad con el sistema internacional de la división del trabajo. El cuerpo de mitos que maneja es antes de todo funcional a un sistema que asegura la

236 hegemonía del polo imperialista y conlleva modelos de desarrollo que llevan cada vez más al subdesarrollo. Para retomar la idea del título de un libro recién aparecido: Lumpenburguesía, lumpendesarrollo.

El carácter del tecnocratismo permite a la ideología de dominación social ser divulgada por todos los sectores sociales. Y si bien es cierto, para dar una ilustración, que un poblador o un obrero chileno puede permitirse desmistificar la noción de democracia, de libertad, que quiere imponer la clase dominante criolla a través de sus medios informativos, es mucho menos cierto que pueda hacerlo con las nociones de moderno, ciencia, tecnología, etc. De ahí también que el tecnocratismo es un peligro latente para todas las contraideologías que surgen en el contexto de la sociedad dependiente.

Para legitimar y propagar esta imagen difusa del tecnocratismo y del emisor del medio de comunicación de masas, han visto la luz un conjunto de doctrinas que hacen aparecer al medio de comunicación de masas, expresión última de la tecnología moderna, como un monstruo sin cabeza y que propaga su propia ideología de medio en

sí. A través de todas estas tentativas ha aparecido el mito del fin de las ideologías, fachada remozada del mito de la democracia burguesa que concentra todos los parámetros de la verdad, de la ciencia, de la realidad en las manos exclusivas de la clase que detenta el poder.

3. A la luz de esta perspectiva debería enfocarse el problema de la **propiedad de los medios**: La expropiación de los medios de producción ideológica —como son los medios de comunicación de masas liberales— puede significar a la vez un cuello de botella del reformismo como un peldaño esencial en la creación de un medio de comunicación no mitológico.

a. La burguesía nunca ha ignorado que lo que, en definitiva, constituye el poder ideológico real, es decir la posibilidad en formar la conciencia social, es su institucionalidad. En este sentido no ignora que una cooperativización en el contexto de la sociedad capitalista no afectará de manera drástica este poder. Los nuevos administradores del medio de comunicación de masas bien pueden constituirse en administradores de una institucionalidad que sirve de marco de acción a los que aparentemente sustituyen a la burguesía. Enfoque en este contexto la coope-

rativización de los medios de comunicación seguiría la misma línea de la cooperativización en la reforma agraria integracionista del régimen anterior: el cambio—enclave que por su carácter de tal está recuperado por la institucionalidad dominante.

b. Por otra parte, la expropiación es un peldaño en una política de gestación de un nuevo medio de comunicación de masas en la medida en que permite apartar la información y la entretención de un circuito mercantil. Sin embargo, nada sería más erróneo creer que sólo el problema de la propiedad resuelve el mercantilismo del medio de comunicación. En la medida en que este medio sigue en una sociedad regulada por las leyes del mercado capitalista y los estímulos materiales de este sistema, la publicidad se convierte en un elemento intrínseco al sistema, en una necesidad vital (basta referirse por ejemplo a la importancia de la publicidad en los canales de televisión hasta ahora, pese a que **la clase dominante chilena no ejerce el control directo a través de la propiedad de estos medios**). Con todos los limitantes del caso, la cooperativización en este contexto puede también significar una reorientación de los medios de comunicación de masas en función de otro criterio que

el de la competición. Permite encarar una complementación de programa.

No obstante, será realmente un peldaño en la creación de un nuevo medio de comunicación de masas sólo si la expropiación de los medios de producción ideológica va aparejada a un cambio paralelo en las relaciones frente a la propiedad de los instrumentos de producción material y empieza a gestarse en esa forma las bases de una nueva sociedad. De no tocar estos últimos la expropiación de los medios de comunicación de masas, resultaría una medida-efecto de demostración.

c. De ninguna manera el problema de la cooperativización se cierra y se resuelve incluso tomando en cuenta las anotaciones y reservas hechas anteriormente. Si bien es cierto que en la empresa de producción de bienes materiales, la transferencia de la propiedad y de la gestión a los trabajadores significa entregarles un instrumento completo de poder para reformular su relación frente a los instrumentos de producción, en la expropiación de una empresa elaboradora de información no resulta del todo similar. La cooperativización entrega a los trabajadores del diario, de la radio, la posibilidad de

escapar al control directo e indirecto del propietario capitalista. Pero otro elemento debe considerarse. El medio de comunicación de masas está destinado a formar conciencias. La cooperativización en los términos mencionados anteriormente significa entregar el poder de formación de las conciencias a un conjunto de trabajadores, pero no significa la participación de todos los trabajadores en la formación de estas conciencias. Ahí radica, en nuestro sentido, el escollo de una cooperativización concebida en estos términos. En otras palabras, tal cooperativización sigue un concepto burgués de medio de comunicación de masas. Para la burguesía (y por lo demás para la ciencia social burguesa), la cultura **masiva** significa la cultura **popular**. Una cultura es popular si alcanza a la mayoría de los receptores. En el concepto de la burguesía, la función del medio de comunicación de masas administrado por ella es en última instancia la colonización o la imposición de valores de una clase sobre las demás clases. En una sociedad nueva que se aparta del sistema capitalista, el medio de comunicación de masas será popular no en la medida en que el grupo de trabajadores que la maneja posee el control de la empresa, sino en la medida en que el

pueblo es emisor y no solamente receptor. En otros términos, si el cambio en las relaciones de propiedad dentro de los medios de comunicación de masas no quiere significar una usurpación de poder de una minoría, las organizaciones sociales deben tener acceso a los medios de comunicación de masas. No trataremos aquí la forma según la cual deberían participar las organizaciones sociales. Digamos que es sólo en la medida en que el medio de comunicación de masas refleja una práctica social del pueblo, que el medio no será un instrumento coercitivo de una minoría, de una clase sobre una mayoría.

En este sentido, valdría la pena interrogarse sobre el significado exacto de lo que debe ser una televisión que se dice universitaria. Si bien es cierto que afortunadamente las cadenas televisivas han escapado del poder formal de la clase dominante, no lo es menos que la coyuntura en que han nacido no las hacen del todo perfectas. Cabría preguntarse en qué medida el reformismo universitario no significa muchas veces una sustitución de la burguesía por la pequeña burguesía. Y finalmente en qué medida ciertos programas no reflejan la concepción que tiene la pequeña burguesía del mundo

de los trabajadores. Para juzgar este hecho convendría recordar que la televisión ha trabajado mucho tiempo con un auditorio limitado y privilegiado, y es solamente en los últimos cuatro años que ha empezado a ser un medio de comunicación masivo. Y por lo tanto muchas veces y mucho tiempo ha trabajado con una imagen implícita del público que tenía la posibilidad de acceder a este medio.

En este sentido el medio de comunicación televisivo, en alguna forma, seguirá el ritmo con que la universidad se abre realmente al pueblo y deje de colonizar culturalmente a los otros estratos sociales. Resulta significativo, siempre en la misma línea de reflexión, la experiencia a que hemos asistido, donde estudiantes de periodismo asesoraban a los pobladores en la confección de un diario para su comunidad. Si bien hay que evitar generalizaciones, podemos advertir que el peligro de la colonización es real sobre todo en la medida en que la universidad no entrega al alumno este instrumento desmistificador que es la crítica ideológica de sus propios planteamientos.

4. Toda transformación de los contenidos del medio de comunicación de masas debe ser vincula-

do con una práctica social. Ninguna sociedad socialista puede entregarnos recetas para cambiar del día a la mañana la mitología dominante en que estamos viviendo y que forma las características de una personalidad de base de la sociedad burguesa. Prueba es la dificultad que tiene y ha tenido la revolución cubana para crear una nueva cultura. Avanzando a pasos de gigante en ciertos dominios tales como el cine, por ejemplo, se está abocando a ciertos escollos reales que uno puede captar cuando recorre ciertas revistas femeninas, por ejemplo, que junto con reformular toda la inserción de la mujer dentro de un proceso revolucionario, dejan subsistir secciones de historias que relevan más bien de una prensa romántica. Al igual que el hombre nuevo la cultura nueva se crea en la práctica social. Crear una cultura socialista significa llegar a que las nociones de solidaridad y de movilización permanente en función de otros estímulos que los del interés material personal lleguen a penetrar los reflejos de los hombres que viven en esta sociedad. Y no puede resumirse en una repetición de consignas solidaristas. La solidaridad se alcanza en la medida en que las instituciones de la sociedad son otros tantos mecanismos para crear este hombre solidario. En esta construcción de una nueva cultura, un punto nos

240 parece todavía importante de desatacar.

Es necesario precaverse en contra de toda la mitología dominante y evitar acatar todos los mitos que directa o indirectamente utiliza una clase dominante para integrar artificialmente todos los estratos sociales y borrar el esquema de la estratificación social rígida. El campo cultural es un terreno propicio para olvidar que en Chile la historia la ha hecho una sola clase explotando a las demás. No es sin reticencias que uno puede aceptar todos los conceptos como idiosincracia, **cultura nacional** etc. Es necesario desentrañar lo que realmente constituye **lo propio**. Peligrosamente y de manera folklórica, lo propio está siendo utilizado como un caballo de batalla por todos los sectores. Sólo se puede aceptar un concepto tan vago a condición de preguntarse si no es en última instancia la norma de la mitología burguesa la que define y configura este **propio**. Una tradición, un conjunto de valores son propios en la medida en que detrás de este propio hay una historia que no refleja las contradicciones y los antagonismos entre clases. De no ser así, lo propio es el concepto que tiene la burguesía de sus propios valores. Y ahí tocamos un problema fundamental: es muy difícil en una

sociedad donde ha imperado la dominación de una clase durante siglos separar lo burgués de lo que no lo es.

Toda sociedad cobija un conjunto de valores de emancipación frente al sistema. Es más bien en esta línea que deberíamos buscar una definición de lo propio. Significa buscar los gérmenes de una cultura solidaria y socialista. Como escribía Mao Tse Tung: «Es necesario quitar a la antigua cultura las escorias de naturaleza feudal y asimilar de ella la esencia democrática. Es la condición indispensable del sentimiento nacional. Pero no hay que asimilar nunca ni retener alguna cosa sin espíritu crítico. Es preciso hacer la distinción entre todo lo que es podrido y que pertenece a las clases dominantes del antiguo feudalismo, y la excelente cultura popular de la antigüedad que posee más o menos un carácter democrático y revolucionario. El nuevo sistema político y económico actual procede del desarrollo del antiguo sistema político y económico, al igual que la nueva cultura actual proviene del desarrollo de la antigua cultura; razón por la cual debemos respetar nuestra historia y no romper con ella. Pero este respeto consiste solamente en conferir a la historia una ubicación determinada en las ciencias, a

respetar el desarrollo dialéctico de la historia y no glorificar lo antiguo para condenar el presente, no laudificar todo elemento pernicioso feudal. Lo importante consiste en conducir a las masas populares y a la juventud estudiantil a no mirar atrás sino a

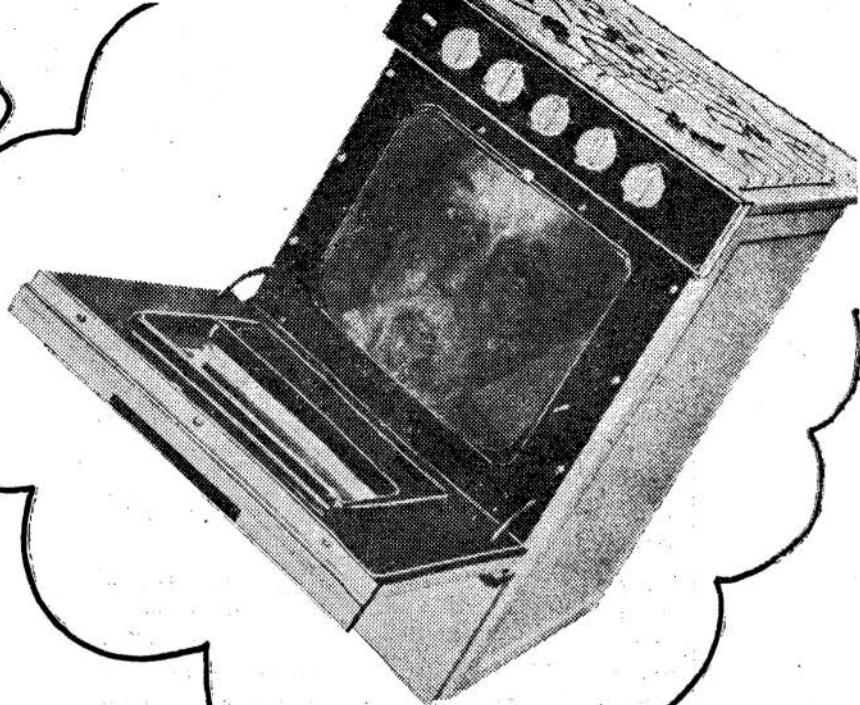
llevar sus miradas adelante. La cultura de la democracia nueva pertenece a la masa y por lo tanto es democrática.»⁸ 241

Noviembre de 1970.

⁸ Mao Tse Tung, «La democracia nueva, Ed. en Leguas extranjeras, Pekín.

000





EL PLAN DE PAZ DE NIXON

WILFRED BURCHET



Ni el «Plan de Paz» de Nixon, ni el rápido despliegue de aprobaciones por parte de los editoriales y senadores norteamericanos, impresionaron a la delegación de la RDV y del FNL-GRP a las conversaciones de París. Al preguntársele qué pensaba de la reacción norteamericana, el vocero oficial de la delegación de la RDV, Nguyen Than Le, respondió: «No es la primera vez que incurrir en tales errores de juicio.

»En agosto de 1964, el senado aprobó con sólo un voto en contra, la resolución del golfo de Tonkín que daba carta blanca a Johnson para hacernos la guerra. Les tomó casi seis años admitir su error y revocar la resolución el pasado junio. Ahora los senadores repiten su error dando carta blanca a Nixon también para prolongar la guerra indefinidamente. Y todo un coro de editorialistas cantan loas de aprobación.»

Nguyen Than Le continuó diciendo que después de un estudio cuidadoso de las proposiciones, la delegación de la RDV llegó a la conclusión de que «no había nada de valor en ninguno de los cinco puntos». En otras palabras, que fueron correctas las reacciones de las delegaciones de la RDV y del FNL-GRP, expresadas en la sesión del 10 de octubre de las conversaciones de París, pocas horas después del discurso de Nixon. Nguyen Than Le subrayó lo anterior con un análisis detallado punto por punto.

1 ● Cese al fuego inmediato en los tres países indochinos

«Sólo puede haber cese al fuego después de que todas las partes interesadas firmen un acuerdo general sobre los problemas políticos y militares. Sólo de esta forma pueden cesar la lucha y la guerra misma. Al hablar de un cese al fuego, Nixon estaba tratando de:

- »a. Desviar la atención de la proposición de ocho puntos de Nguyen Thi Binh para lograr un cese al fuego real, basada en un compromiso por parte de Estados Unidos de retirar sus tropas y las de sus satélites antes del 30 de junio de 1971.
- »b. Legalizar la agresión y ocupación militar continuada de Estados Unidos en Viet Nam del Sur.
- »c. Legalizar la permanencia de los regímenes de Thieu-Ky-Khiem en Saigón, de Lon Nol en Phnom Penh y del Vientiane en Laos.
- »d. Impedir que los pueblos de los tres países indochinos se defiendan legítimamente de la agresión imperialista.

»Pero —continuó diciendo Nguyen Than Le— mientras las tropas norteamericanas permanezcan en Viet Nam, su pueblo tiene el derecho de continuar la lucha y la continuará. La proposición de cese al fuego de Nixon no está encaminada a terminar la guerra. Cualquier cese al fuego sin un acuerdo general sería de naturaleza muy precaria y sin valor real alguno.

»De hecho, esta es una petición disfrazada de que el FNL se rinda y de que el pueblo vietnamita acceda a que Viet Nam del Sur se convierta en una neocolonia. Nunca aceptaremos esto.

»De todas formas, esta no es una guerra convencional. A pesar de sus inmensos esfuerzos y de su técnica militar, los norteamericanos nunca han logrado establecer un frente de batalla. Esta es una guerra popular y un cese al fuego al estilo de Nixon es impracticable. Vale la pena señalar que el día antes del discurso de Nixon, las agencias noticiosas norteamericanas atribuyeron a un oficial norteamericano el siguiente comentario: 'Los comunistas no aceptarán tal proposición a no

ser que estén en las últimas.' Nixon sabe muy bien que lejos de estar 'en las últimas', el FNL está más fuerte que nunca, militar y políticamente. Su posición no está encaminada a terminar la guerra realmente, sino que persigue los fines imperialistas básicos de agresión y neocolonización.»

Nguyen Than Le no entró en detalles, pero se sobrentienden ciertos puntos relacionados con la impracticabilidad de un cese al fuego sin acuerdo general en las cuestiones políticas y militares básicas.

Las fuerzas armadas de liberación están «en todas partes y en ninguna parte». A pesar del empleo de toda una fantástica gama de aparatos detectores y del monopolio del poder aéreo, el mando Estados Unidos-Saigón nunca ha podido señalar con exactitud las bases principales del FNL, ni localizar sus unidades militares en las áreas liberadas. En las zonas en disputa, los guerrilleros están en movimiento continuo. Es un tipo de guerra «sin fronteras». El secreto de sus posiciones —y su identidad— son armas mayores. En las áreas controladas por Saigón, sucede con frecuencia que los luchadores de la resistencia son campesinos durante el día y guerrilleros por la noche. A pesar de repetidas campañas de «pacificación» durante las cuales «peinan» cuidadosamente las aldeas en busca de presuntos guerrilleros y cuadros; a pesar de planes gansteriles como el «Programa Fénix» dirigido a eliminar físicamente mediante el asesinato a todos los cuadros del FNL, la infraestructura política y militar del mismo permanece intacta.

Aun en áreas aparentemente controladas por Saigón, es el FLN quien en realidad ejerce el control, secretamente por el día y abiertamente durante la noche. Un cese al fuego absoluto como desea Nixon, obligaría al FNL a descubrir sus posiciones y, por lo menos en las áreas en disputa y supuestamente dominadas por Saigón, serían barridos por el superior poderío militar Estados Unidos-Saigón

con el pretexto de «suprimir el terrorismo». En otras palabras, aparte de la demagogia barata para conseguir votos de sus proposiciones de alto al fuego, Nixon está tratando de obtener en la mesa de conferencias lo que no ha sido capaz de ganar en los campos de batalla.

Para hacerlo más aceptable, Nixon asegura que habrá «control internacional» de los arreglos para el cese al fuego. Ya los sudvietnamitas han pasado por todo esto con anterioridad. La Comisión de Control Internacional creada para supervisar los acuerdos de Ginebra de 1954, pudo observar y, algunas veces, condenar —pero nunca impedir— la liquidación física por parte de las tropas de Diem y de la policía, de miles de patriotas por haber participado en la resistencia contra los franceses. Y en el momento que les convino, el régimen de Diem, con la aprobación oficial de Estados Unidos, sencillamente repudió los acuerdos de Ginebra. ¿Qué garantía existe de que el actual régimen Thieu-Ky-Khiem no hará lo mismo con la aprobación norteamericana, una vez que parte de los combatientes de la resistencia hayan sido barridos con el pretexto de «suprimir el terrorismo» que se desprende del plan de Nixon? Los editoriales y senadores norteamericanos aplaudirán tal concepto, pero el pueblo vietnamita jamás aceptará una repetición de los años negros de 1954-1960. La única garantía de que no se repita lo sucedido después de 1954, es la presencia constante de las Fuerzas Armadas de Liberación, y la preservación de su infraestructura político-militar intacta hasta que los norteamericanos se hayan marchado y se logren acuerdos sólidos entre los mismos sudvietnamitas.

2 ● Una conferencia internacional

Continúa Nguyen Than Le: «El problema de Viet Nam se ha estado discutiendo en París desde

hace más de dos años. No ha habido progreso porque Estados Unidos se aferró a su vieja política de agresión y neocolonialismo. Si Nixon estuviese realmente interesado en resolver el problema, lo hubiera logrado fácilmente dentro del marco de la Conferencia de París. La forma de la conferencia no es importante, lo importante es que Nixon cambie su política. Lo que obstaculiza la solución no es el aspecto formal de la conferencia, sino la persistente política neocolonialista norteamericana. Entre los fines que persigue Nixon al proponer una Conferencia Internacional, están:

- »a. Eludir la responsabilidad por el estancamiento de París y tratar de culpar del mismo a las delegaciones de la RDV y del GRP.
- »b. Tratar de superar el aislamiento de Estados Unidos en la arena internacional donde muchos gobiernos, incluyendo a sus aliados, condenan la política norteamericana en Indochina.

»Sin embargo, la Conferencia de París está en un impás. Ante sí tiene la solución global de diez puntos y los ocho puntos aclaratorios que, unidos, pudieran ofrecer una solución justa y razonable. Si los norteamericanos tomaran en serio estas proposiciones, el problema de Viet Nam podría resolverse y ya existirían los elementos para resolver también los problemas de Laos y Cambodia. El plan de cinco puntos del príncipe Sihanouk, el 23 de marzo, y el del Neo Lao Haksat del 6 de marzo, sientan las bases para resolver la cuestión de estos dos países. Es más, el problema de Cambodia no existiría a no ser por el golpe del 13 de marzo, instigado por la CIA y la subsiguiente invasión norteamericana.»

3 ● Retirada de tropas

Nguyen Than Le señaló que algunos periodistas norteamericanos han subrayado como señal «posi-

tiva» el que Nixon haya abandonado su exigencia de retirada «mutua» o «simultánea» de tropas. Pero, de hecho, esta exigencia que coloca a agredidos y agresores en el mismo nivel, fue disimulada por la aparentemente inocente frase de que Estados Unidos estaba «dispuesto a retirar todas nuestras fuerzas como parte de un acuerdo basado en los principios enumerados anteriormente».

Estos «principios» son precisamente los de retirada «mutua», etc. «Antes de que hubieran transcurrido 24 horas —continúa Nguyen Than Le—, ya Nixon estaba informando a los periodistas que una retirada norteamericana 'dependería de la retirada vietnamita'. Desde el principio hemos rechazado el concepto de retirada vietnamita de nuestro propio suelo como contrapartida de que los invasores norteamericanos abandonen Viet Nam del Sur. La declaración de Nixon sobre la retirada de las tropas no fue más que un intento de evadir una respuesta directa a la demanda de Nguyen Thi Binh de que todas las tropas norteamericanas y de sus satélites fueran retiradas antes del 30 de junio de 1971.»

4 ● Acuerdo político

La fórmula de Nixon era casi idéntica en forma y contenido a la expresada en su discurso por televisión el 30 de abril. Palabrería hueca sobre «autodeterminación» y acuerdos de «acatar el resultado de los procesos políticos acordados»; pero, en realidad, un rechazo franco, aún más categórico que el de su discurso del 20 de abril, a cualquier concepto de gobierno de coalición. Una defensa más vigorosa que nunca del actual régimen saionés. «El ataque de Nixon a la proposición de Nguyen Thi Binh de un gobierno de coalición tripartita, donde estuvieran incluidos elementos del régimen de Saigón, excluyendo a Thieu-Ky-Khiem, del GRP

y otras personalidades políticas en representación de las distintas tendencias fue una parodia de los hechos reales», dijo Nguyen Than Le. «Nixon ha acusado al FNL y al GRP de querer 'desmantelar los partidos no comunistas organizados y asegurar la toma de posesión de su partido'. Ellos demandan que se excluya del gobierno a quienes deseen, ha dicho Nixon.»

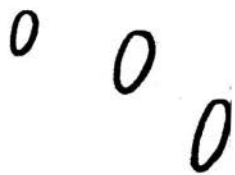
«Esto es una distorsión deliberada de la proposición del GRP», continúa Nguyen Than Le. «Es la forma que utiliza Nixon para rechazar la coalición gubernamental tripartita que representaría todas las tendencias políticas y los intereses nacionales al máximo. Nixon exige que permanezca en el poder un régimen totalmente creado por Estados Unidos. Con ello revela su concepto neocolonialista de la 'autodeterminación'. Conocemos de fuentes absolutamente confiables, ajenas a la conferencia, que Nixon ha prometido oponerse a la integración de un gobierno provisional de coalición que organizaría elecciones realmente democráticas y que seguirá insistiendo en elecciones organizadas exclusivamente por el régimen Thieu-Ky. No ha cedido un ápice en cuanto a esto.»

5 ● Liberación inmediata e incondicional de los prisioneros

Nguyen Than Le señaló: «Nixon sabe bastante bien que, hasta ahora, la liberación de los prisioneros de guerra tiene lugar después y no antes de llegar a un acuerdo en cuanto al cese de las hostilidades.

»En resumen, no existe valor alguno en ninguno de los cinco puntos. Sólo constituyen una treta maquiavélica para tratar de culpar a la RDV y al GRP de los resultados de la política criminal de Nixon. Desde luego que queremos terminar la

guerra y terminarla rápidamente. Pero no en los términos de 'paz a la americana' de Nixon.» Nguyen Than Le terminó diciendo: «Interpretamos la declaración de Nixon como que no tiene intenciones de retirar las tropas norteamericanas y que desea continuar la política de agresión y neocolonialismo en Viet Nam del Sur. Sus proposiciones parecen estar dirigidas a los electores norteamericanos y no a las conversaciones de París.»



MARTA PEREZ-ROLO



MARTI LIDER POLITICO

Alrededor de las ideas de Martí se ha escrito mucho y se ha polemizado más. Durante medio siglo de vida republicana, distintos autores han asumido posiciones diversas en el análisis de su pensamiento. Unos lo han resaltado como un místico, otros como un apóstol o un santo, los más como un héroe, pero es sin duda alguna en el estudio de sus ideas políticas donde encontramos la riqueza renovadora, el análisis de situaciones y las conclusiones revolucionarias que lo llevan a realizar una práctica verdadera de **líder político**.*

Últimamente, los debates se han dado en otro terreno. Si era Martí idealista o no, si podemos encontrar en él rasgos del marxismo, si corresponden sus ideas con las ideas más revolucionarias de la época en que vivió. El libro de Griñán Peralta —escrito en 1941— tiene el valor de haber analizado a Martí, en aquel momento, desde una posición de izquierda, y aunque, a nuestro juicio, esquematiza muchas de sus ideas, centra el estudio en el plano más importante: la organización de la guerra revolucionaria y cómo y por qué pudo llevarla a cabo.

«Se puede creer a los que dicen que Martí era, fundamentalmente, un evolucionista, siempre que recuerden que, en su concepto, la revolución es una de las formas de evolución; pero no se les puede creer cuando pintan a Martí predicando que la solución del problema social vendrá por sí sola y

* Leonardo, Griñán Peralta, **Martí, líder político**, Ed. Ciencias Sociales, 1970

sin violencia, porque fue violentamente, por medio de una insurrección, que él trató de lograr la independencia de Cuba.»

II

Al hacer el análisis de las raíces económico-sociales de las ideas políticas de Martí, el autor hace los siguientes planteamientos:

—Martí pudo encontrar una salida a la situación existente, porque buscó, precisamente, los errores cometidos por la emigración en la Guerra Grande, los estudió y profundizó para sacar experiencias de ellos y llevó adelante una política nueva de unión para poder lograr su propósito.

—Como teórico revolucionario, analizó las contradicciones existentes para determinar cuál era la fundamental, si «el antagonismo entre el gobierno español y el pueblo cubano», o «el antagonismo entre los criollos de alma republicana y los que no comulgaban con ellos», además de tener en cuenta la «contradicción externa entre Washington y Madrid».

—En la determinación de estas contradicciones, ¿analizaba Martí el problema desde el punto de vista meramente político, o también tenía en cuenta los problemas económico-sociales? ¿Veía el fenómeno social como una resultante de la lucha de clases? En este sentido, hay afirmaciones contradictorias de Martí que van desde: «Cuando las dos entidades hostiles de un país viven en él, con la aspiración, confesa o callada, al predominio, la convivencia de las dos sólo puede resultar del aba-

timiento de una de ellas»; hasta esta otra: «Her-
manar es nuestro oficio. No hay más que dos cla-
ses entre los hombres: la de los buenos y la de los
malos. Enoja oír hablar de clases. Reconocer que
existen es contribuir a ellas. Negarse a reconocerlo,
es ayudar a destruirlas.» Sin embargo, haciendo un
análisis más profundo se concluye que Martí sola-
mente postergó el problema de las clases, porque
se hacía inminente, como premisa, la revolución
política contra el régimen español, la liberación
para después desarrollar otra lucha más profunda.
Y si concluye todo esto, es porque se da cuenta que
los países coloniales no pueden intentar resolver
sus problemas como si fuesen libres.

—Para entender completamente las ideas y la ac-
titud de Martí, hay que tener en cuenta su «inser-
ción social». Como estaba en la zona medianera
entre las clases dominante y dominada, como hom-
bre de la clase media que era, hay en sus ideas
político-sociales un eclecticismo que las hace muy
discutibles, porque a unos parece demasiado revo-
lucionarias y a otros más conservadoras de lo que
debían ser.

Hasta aquí, las ideas fundamentales de Griñán
Peralta; nosotros tenemos algunos criterios al res-
pecto.

Martí analizó profundamente la **situación con-
creta** del momento en que vivía América, y dentro
de ella, Cuba, para llegar a las conclusiones polí-
ticas a las que llegó. En este análisis, nos plantea
claramente la significación que tendría hacer una
revolución de liberación nacional, en ese momen-
to, en el Caribe, y lo que esto supondría para el
naciente imperialismo yanqui. Consideramos por
lo tanto que hay en Martí una adquisición teórica
fundamental para el desarrollo de la teoría de la
revolución, sus concepciones sobre la revolución
de liberación nacional; y que este logro lo obtiene

Martí haciendo el análisis desde su problemática: el subdesarrollo en un país colonial. La problemática del marxismo en aquel momento era otra, era hacer la revolución en los países capitalistas desarrollados, con una estructura de clase definida por el desarrollo del capitalismo, etc. Martí, en su circunstancia, tenía que plantearse como lo fundamental el hacer la revolución liberadora, pero no porque postergase o no la lucha de clases, sino porque sólo **haciendo y teorizando** esa revolución podía realmente dar una respuesta concreta al momento histórico en que se encontraba.

Por otra parte, no creemos que Martí haya sido más o menos revolucionario porque haya pertenecido o no a la clase media. En primer lugar, creemos que esto es situar el problema dentro de un concepto economicista y no marxista de las clases sociales. Pero, además, ¿qué estructura «de clases» tenía Cuba en 1890-95? ¿Puede hablarse realmente de «clase media» en un país colonizado, donde todavía no habían siquiera cristalizado todos los elementos formadores de la nación, y donde el capitalismo presentaba características diferentes al capitalismo europeo? Creemos realmente que no puede hablarse de una estructura económico social de clases a la usanza europea para América, pues el problema es mucho más complejo.

Martí descuella por encima de todos los políticos de su tiempo y desarrolla ideas absolutamente nuevas para América y Cuba porque su genio político se lo permitió, pero además porque su ideología correspondía a su época y al país en que vivió y todos sus análisis los hizo desde esta posición.

Creemos, además, que supo aprovechar convenientemente las ideas sobre la revolución de la guerra anterior que podrían servirle, pero que al estudiar-

las y profundizarlas creó realmente una teoría para hacer la revolución en un país subdesarrollado a fines del siglo XIX. Por lo tanto, las contradicciones a las que alude Griñán en las ideas de Martí se obvian al estudiar cronológicamente el **desarrollo** de estas ideas, que no pueden ser, por supuesto, totalmente iguales en los últimos años de la década del 80, como en el 94-95, y que va en concordancia con la práctica política que fue desarrollando en esos años.

Opinamos, en fin, que más que buscar si el entronque de Martí con el marxismo está dado porque haya descubierto teóricamente cuál era la contradicción fundamental, o porque tuviera determinada posición de clase, el problema reside en cómo estudiar a Martí hoy **desde** una posición marxista; no queriendo forzar tal o cual idea a una idea similar del marxismo, sino teniendo en cuenta el condicionamiento social a la época en que vivió Martí —principio fundamental del marxismo—, los aportes martianos a la teoría de la revolución —centro de la doctrina marxista—, y su posición práctica de hacer en su momento lo que tenía que hacer.

III

En la tercera parte del libro, el autor analiza a Martí como dirigente, haciendo un estudio de sus ideas políticas fundamentales:

—Como estratega, elabora un plan consistente fundamentalmente en atraer y fundir a los separatistas emigrados y en ligarlos con los residentes en Cuba, establecer relaciones con los pueblos amigos que puedan ayudar a la revolución, organizar, para lograr los objetivos revolucionarios, un partido político, preparar la guerra y buscar el momento conveniente para el alzamiento.

—Esta estrategia de lucha la fue llevando a cabo con tácticas diferentes, adecuándose a las diferentes situaciones que se presentaban, y desarrollando la propaganda revolucionaria que tendría como factor fundamental que todos entendiesen la necesidad y las razones de la guerra, que todos comprendiesen «la guerra necesaria».

—Como organizador, su tarea fundamental fue crear el Partido Revolucionario Cubano. Después de utilizar hábilmente, durante algún tiempo, las organizaciones legales que podían ayudar (tales como la Sociedad Literaria Hispanoamericana y la Liga), creó el partido, organizando los clubs de emigrados y convirtiéndolos en asociaciones, agrupando a sus presidentes en cuerpos de consejos y llevando él adelante, como delegado, la línea política de ese partido que se constituyó concretamente: «para ordenar una guerra generosa y breve encaminada a asegurar en la paz y en el trabajo la felicidad de los habitantes de la isla».

—Como estratega, como propagandista y como organizador se constituye Martí en líder supremo del movimiento revolucionario, y es a partir de esta posición que interviene tratando de traer el partido a Cuba, y es desde esta posición que decide venir a compartir la experiencia de la guerra.

Creemos que es en esta parte del libro de Griñán, donde se hace un análisis más complejo y cabal de la figura de Martí. Aunque el autor, en un prin-

cipio, trata otra vez de encontrar las «categorías» que llevaron a Martí a elaborar un plan estratégico completo, después se olvida de esto y profundiza en Martí propagandista y organizador.

El centro del pensamiento político de Martí está en su concepción del partido. El Partido Revolucionario Cubano surge como un partido de nuevo tipo **para hacer la guerra**, y es la primera vez que esto ocurre así en la historia.

Marx ya había planteado la necesidad de que la clase obrera se constituyese en partido político opuesto y diferente a los antiguos partidos políticos, y que esto era indispensable para asegurar el triunfo de la revolución social; esto, que no fue llevado a la práctica como tal hasta que Lenin constituyó en 1898 el Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, Martí lo llevó a cabo en América, dentro de la problemática de América, o sea, para hacer la revolución liberadora del poder colonial, creando un partido de nuevo tipo, diferente a los partidos que habían existido en América hasta entonces, partido no para la paz sino para la guerra.

Pero, además, a través de sus escritos sobre el partido, de su propaganda revolucionaria, es que podemos encontrar las ideas básicas de Martí sobre la nueva república a fundar, sobre la verdadera revolución que vendría después, una vez liberados del poder colonial, ya que «la revolución no es la que vamos a iniciar en la manigua, sino la que vamos a desarrollar en la república».

Son sus concepciones sobre el partido y la revolución las que lo llevan a concebir la república «con todos y para bien de todos» como la forma de resolver el problema del colonialismo y por lo tanto como la constitución verdadera de la nación cubana.

Martí organizador tiene en cuenta, por tanto, la unión de todos los elementos étnico-culturales que

pudieran ayudar al establecimiento real de la futura nación; pero además tiene en cuenta la necesidad de la unión de la América Latina frente a la América Sajona para poder, como una patria hispanoamericana, enfrentarnos al imperialismo yanqui.

Hay a nuestro juicio en las concepciones de Martí sobre el partido el núcleo de ideas que lo llevan a plantear una verdadera revolución para un país subdesarrollado, ideas que han tenido validez para los países de América y que constituyen un aporte de Martí a la teoría de la revolución.

IV

En el pequeño último capítulo del libro, el autor hace planteamientos interesantes sobre el líder y la masa, y destaca que siguiendo la línea del pensamiento martiano llegará a concluirse en Cuba la revolución no lograda en el 95 (hay que señalar de nuevo que el libro fue escrito en 1941).

Y es que precisamente, siguiendo el pensamiento de Martí, surgió la generación del Centenario, desarrollando sus ideas fue que surgió la vanguardia que llevaría adelante nuestra revolución liberadora, vanguardia que **entroncó realmente** las ideas martianas —ideas del mundo colonial, subdesarrollado— con las ideas marxistas; y que ajustó realmente los conceptos del marxismo sobre el partido como vanguardia con la necesidad de crear una **organización para hacer la revolución**, como la hiciera en 1891 José Martí y como intentó hacerlo

Mella en 1925 con la creación del Partido Comunista de Cuba y Guiteras en 1934 al formar la «Joven Cuba».

Recordamos las palabras del Che: «La revolución cubana toma a Marx donde éste dejara la ciencia para empuñar su fusil revolucionario, y lo toma allí, no por espíritu de revisión de luchar contra lo que sigue a Marx 'puro', sino simplemente, porque hasta allí, el científico colocado fuera de la historia, estudiaba y vaticinaba. Después, Marx revolucionario, dentro de la historia, lucharía.»

autores

Roque Dalton

poeta y escritor salvadoreño, Ha publicado recientemente **Revolución en la revolución y la crítica de derecha**, que reúne dos ensayos suyos. Su libro de poemas, **Taberna y otros lugares** fue premiado en el Concurso Casa de las Américas 1969.

Ida Paz

economista, colaboradora de **Pensamiento Crítico**, ha publicado en el número 34-35. «El capital monopolista», reseña del libro de P. Baron y P. Sweezy de idéntico título.

Marta Pérez-Rolo

directora del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana.

Héctor V. Suárez

corresponsal de Prensa Latina.

Armand Mattelard

sociólogo, investigador del CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional) de la Universidad Católica de Chile.

Editorial Signos, Buenos Aires ha editado recientemente su ensayo **La ideología de la dominación en una sociedad dependiente**.

Wilfred Burchett

periodista y escritor australiano, autor de **¿Por qué triunfa el Vietnam?** y **¿Otra vez Corea?**, publicadas en Cuba por la editorial Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro.



INSTITUTO CUBANO DEL LIBRO
Unidad Productora 04, "Urselia
Díaz Bález", La Habana, Cuba.

FE DE ERRATAS

En nuestro núm. 47 (diciembre 1970), en la presentación del artículo «El desarrollismo y las relaciones económicas internacionales de América Latina» apareció la siguiente cita (p. 94): «surge como una necesidad vital romper con la teoría capaz de comprender la realidad latinoamericana», propósito insólito para un ensayo con el tema que anuncia el título. La cita correcta es: «surge como una necesidad vital romper con la teoría desarrollista para encontrar una teoría capaz de comprender la realidad latinoamericana»

En «Los autores» (p. 236), el texto correcto correspondiente al compañero Jesús Martí es: Corresponsal de Prensa Latina en Hanoi en dos oportunidades, especializado en los problemas políticos del sudeste asiático.

Pedimos excusas a nuestros lectores y autores.

SI

NO

